

ROYAL
ACADEMY

OF SCIENCES

AND ARTS

OF GREAT BRITAIN

AND IRELAND

AND THE

WEST INDIES

AND

AFRICA

AND

ASIA

AND

AUSTRALIA

AND

THE

PACIFIC

OCEAN

AND

THE

ANTARCTIC

AND

ARCTIC

REGIONS

AND

THE

ISLANDS

OF

THE

PACIFIC

OCEAN

AND

THE

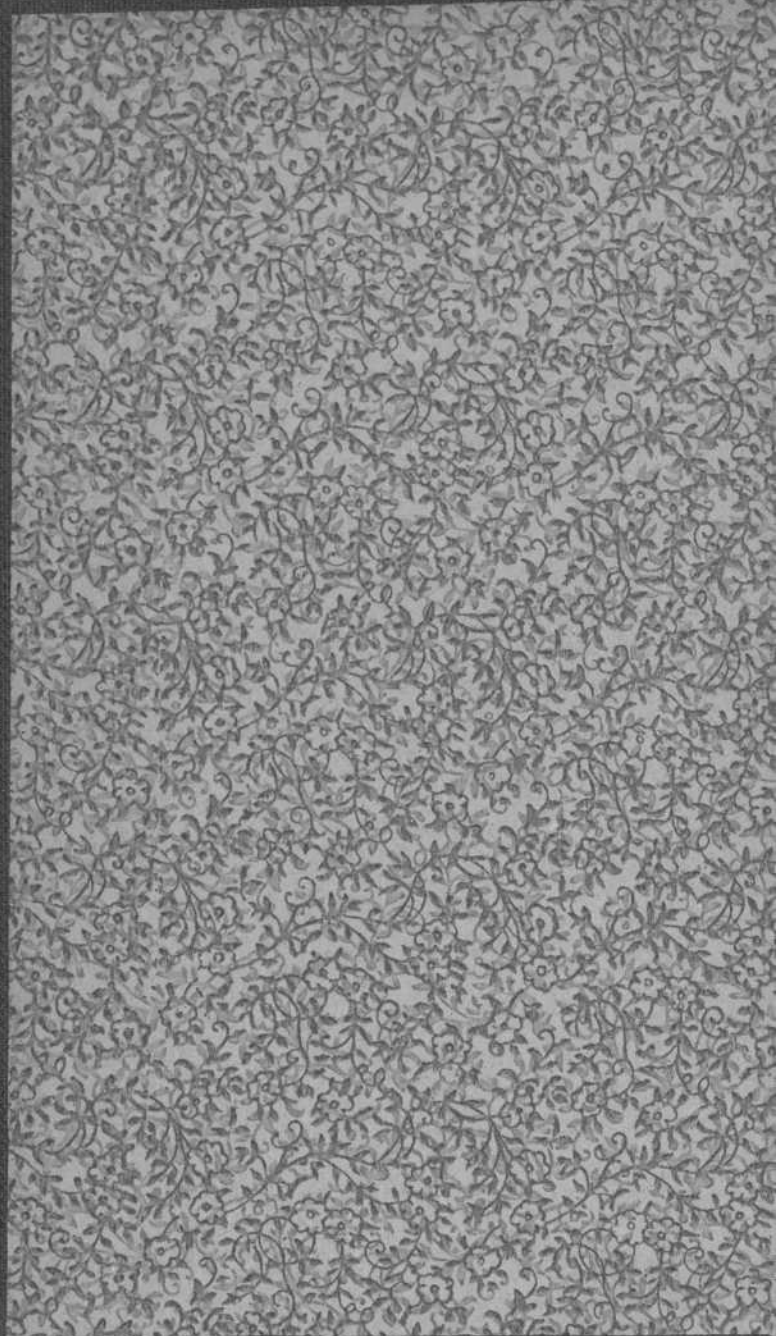
ANTARCTIC

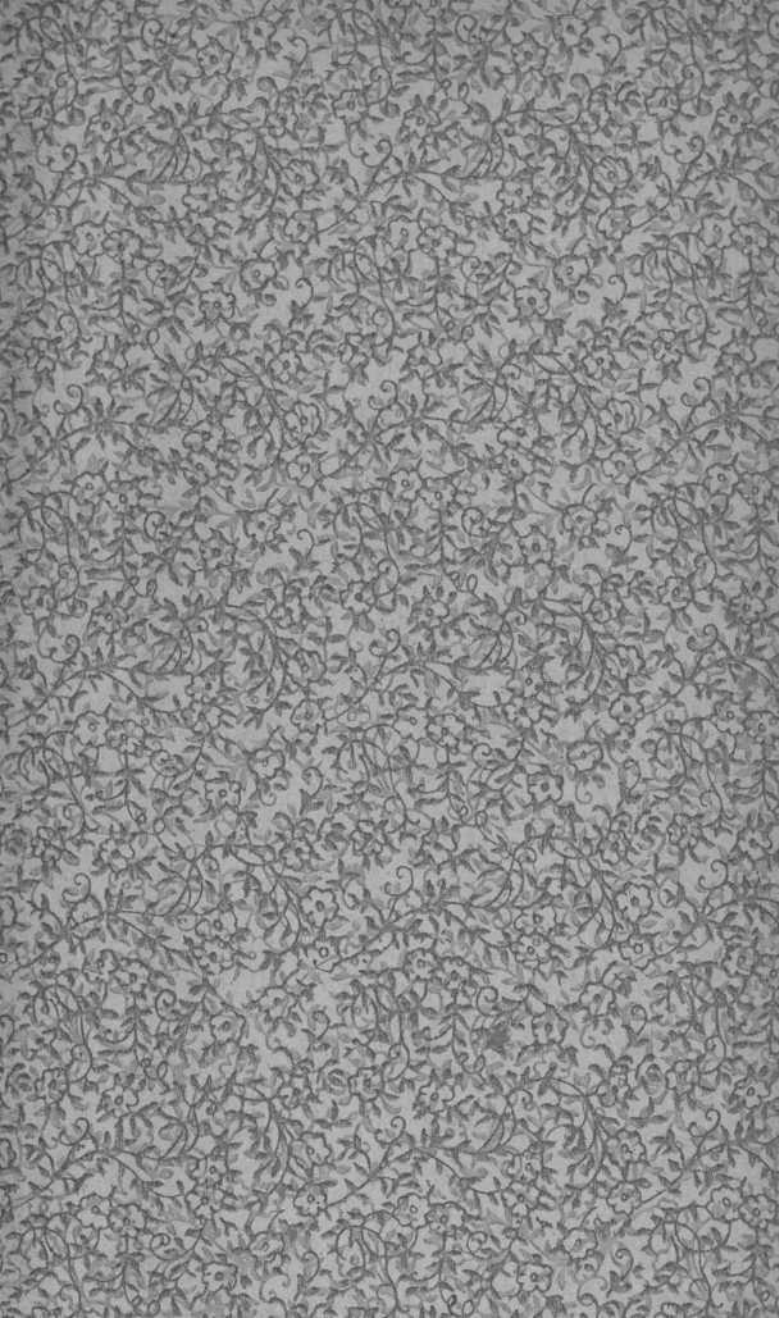
AND

ARCTIC

REGIONS

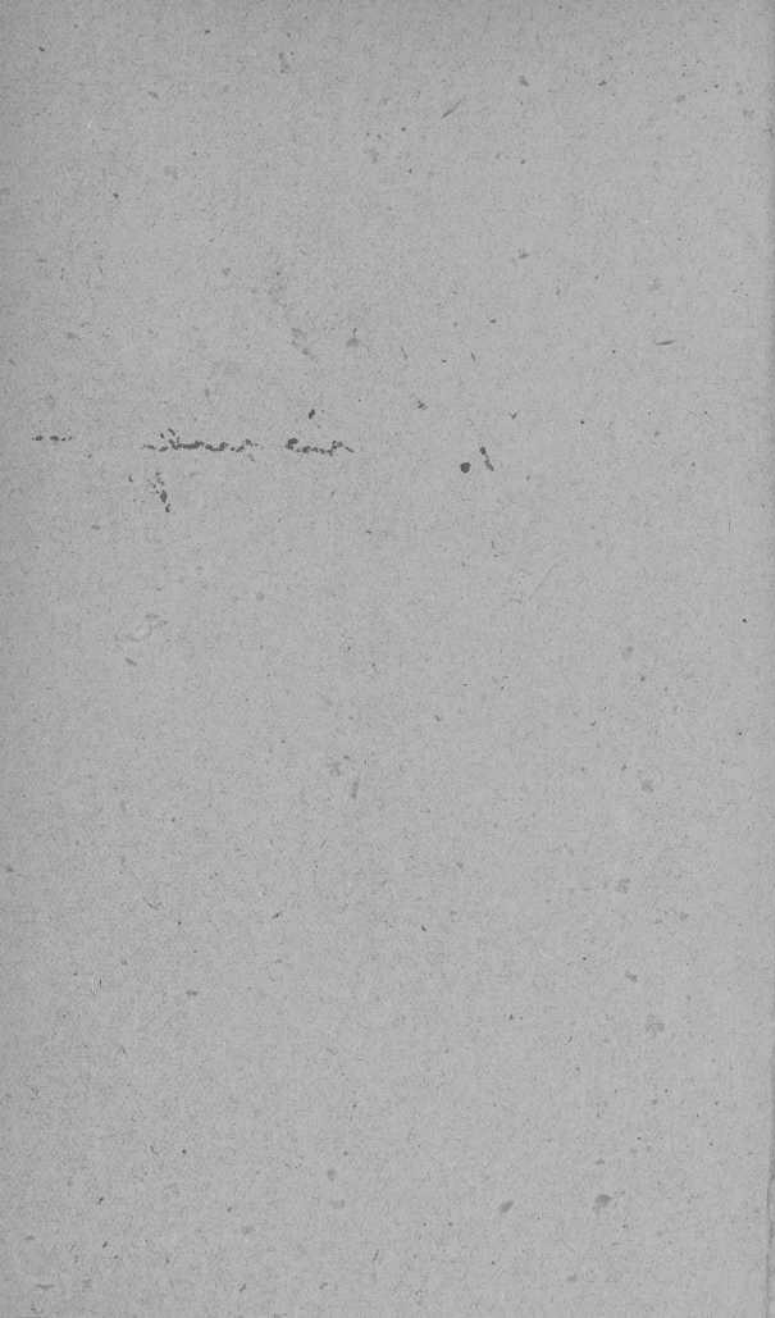
R
73













A. Richmejs -

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

DIRIGIDA POR

G. MARTINEZ SIERRA

COLECCIÓN DE

OBRAS MAESTRAS

DE LA LITERATURA UNIVERSAL



LA EDICIÓN Y COMENTARIO DE LOS TEXTOS CLÁSICOS ESPAÑOLES, LA TRADUCCIÓN DE LOS EXTRANJEROS Y LOS PRÓLOGOS DE UNOS Y OTROS ESTÁN Á CARGO DE EMINENTES ESCRITORES, CRÍTICOS Y ERUDITOS, LOS MÁS COMPETENTES EN LA MATERIA:

GABRIEL ALOMAR, AZORÍN, PÍO BAROJA, JACINTO BENAVENTE, BERNARDO G. DE CANDAMO, AMÉRICO CASTRO, JULIO CEJADOR, ENRIQUE DÍEZ-CANEDO, FERNANDO FORTÚN, RICARDO FUENTE, VICENTE GARCÍA DE DIEGO, J. GÓMEZ OCERÍN, FRANCISCO A. DE ICAZA, JUAN R. JIMÉNEZ, RICARDO LEÓN, EDUARDO MARQUINA, G. MARTÍNEZ SIERRA, FRANCISCO MEDINA, ENRIQUE DE MESA, ANTONIO PALOMERO, R. PÉREZ DE AYALA, JACINTO O. PICÓN, CIPRIANO RIVAS CHERIF, FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN, VÍCTOR SAID-ARRESTO, EUGENIO SELLÉS, RAMÓN M. TENREIRO, MIGUEL DE UNAMUNO, FRANCISCO F. VILLEGAS, ETC., ETC.

LA PARTE ARTÍSTICA

DE ESTAS EDICIONES ESTÁ ENCOMENDADA AL
ILUSTRE DIBUJANTE
FERNANDO MARCO.

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

9372



BIBLIOTECA

RENACIMIENTO

OBRAS

MAESTRAS

DE LA

LITERATURA

UNIVERSAL



PRIMERA PARTE DE
**GUZMAN DE
ALFARACHE**

COMPUESTA POR
MATEO ALEMÁN

CRIADO DEL REY D. FELIPE III
NUESTRO SEÑOR Y NATURAL
VECINO DE SEVILLA

DIRIGIDA A D. FRANCISCO DE ROJAS
Marqués de Poza

Señor de la Casa de Monzón
Presidente de Consejo
de Hacienda de su Majestad
y Tribunales della



EDICIÓN

TRANSCRITA Y REVISADA
POR

JULIO CEJADOR



PRÓLOGO

Mateo Alemán es uno de los escritores más españoles por el género literario, por el asunto y la manera de escribir. Su obra es demasiado maciza para la liviandad de nuestros tiempos, manjar harto recio para los paladares modernos. Atosíganse presto no pocos lectores con la reciura de la doctrina, con la prolijidad de las moralidades y pedirían al editor descargase tan pesadas postas, dejándoles monda y lironda la vida del Pícaro con sus donairosos decires y sus ingeniosas travesuras. Pero no advierten que Mateo Alemán quería sobornar á sus lectores con el envoltorio de la empanada, para que pasasen más fácilmente el miojo de la carne, que va dentro. Y si lo advierten, como es lo más cierto, no se han hecho cargo de que esas moralidades, por prolijas y apesadumbradas que parezcan, y sónlo á veces hasta la hartazón en Guzmán de Alfarache, es lo más hondo de la sátira moral de las costumbres, que es cabalmente la nota de nuestra literatura y lo que le hizo grande á él y á los demás ingenios españoles.

Dicen por ahí que no ha habido filosofía en España, y realmente, si algo ha habido en España, ha sido filosofía. Por ella carga tanto á no pocos la lectura de Guzmán de Alfarache y por no tener paladar para saborear la filosofía española es por lo que muchos no leen el Criticón, ni entienden el Libro de Buen Amor, desprecian el Corvacho y no calan Los sueños de Quevedo, la Celestina ni aun el Quijote.

Porque todo eso es filosofía española y sus autores

son los ingenios españoles. Pintar por pintar, describir por describir es cosa que nunca se hizo en España, y si á eso llaman algunos el arte por el arte, como meollo del ser del artista, en España no hubo jamás artistas, como no hubo filósofos. Pero si la moral es filosofía y lo más entrañable de la filosofía, hubo en España filosofía y hubo filósofos: ¡demasiados filósofos y demasiado filósofos! Los que piden que se les descargue el Guzmán de Alfarache piden menos filosofía.

Si arte es llevar á un libro la vida y la vida no son más que las costumbres, como brotes del carácter y de la voluntad, vive Dios, que también hubo en España artistas: esos mismos moralistas filósofos.

Porque ese es el nervio de toda nuestra literatura y ese el valer de todos nuestros ingenios: la nota ética. No moral abstracta y desollada: que no sería arte. No arte por el arte, charlar por charlar: que no sería filosofía. No tesis ni testarudez en llevarlo todo á un fin moral por tema de conciencia religiosa ó filosófica: que no sería filosofía ni sería arte, sino cartilla de dómine á palmetazo limpio ó catecismo á puro cañazo de párroco.

El Guzmán de Alfarache es filosofía y es arte, ambas tan bien casadas, que el editor no halla herramienta de tan fina hoja, que acierte á despartirlas, dándoles descargadas las postas á los lectores desganados y melindrosos. Y es filosofía española, recia y maciza, y arte español, viviente, sangriento y real.

El arte español va acrecentando cada día más su fama y la literatura española, en particular, va ya encumbrándose al alto puesto de la literatura clásica y universal, codo con codo á par de la literatura griega. ¿Sabéis por qué? Por su nota ética, que la hizo tan humana, honda y sincera, como á la helénica su antropomorfismo y riente manera de mirar la vida. El realismo del arte español no podía nacer más que entre artistas que no apartaban los ojos de las costumbres y del vivir práctico de los hombres, en que encarna el carácter

y toma cuerpo la voluntad. La reciura y el sabor acre, picante, del arte español, lo chillón de su colorido, el desenfado de sus meneos, lo desgarrado de sus atrevimientos, copia son de las cualidades del carácter de la raza, cuya vida y costumbres pinta y describe. La picaresca, la ascética y la sátira moral, frutos los más exquisitos de la literatura española, géneros literarios los más españoles, son las tres caras de ese arte ético de nuestros ingenios. Porque la voluntad y el carácter puesto en acción, ó sean las costumbres, á las que mira el artista ético y filósofo moralista, ó se critican por la sátira moral ó se enderezan por la literatura ascética.

La ascética y la picaresca son frutas puede decirse exclusivas de España. La sátira moral no lo es menos, aunque no lo parezca á primera vista. La ascética, como género literario, comprende en sí la mística, que otros llaman, porque en España no ha habido mística, que no fuese ascética, que no mirase á enderezar las costumbres y los actos humanos, hasta la más encumbrada y sutil de Fray Juan de la Cruz y de Santa Teresa. No se ha dado por aquí la mística soñadora y de pura teoría ó fantasía. De esta ascética española el primer escritor que ofrece la historia es Séneca. Su estoicismo es ascetismo español. Por eso el senequismo encajó tan de lleno en lleno en las doctrinas y manera de pensar de todos nuestros escritores. Sénecas son Gracián, Quevedo y Mateo Alemán. Rojas y el Arcipreste de Talavera esculpen sentencias morales tan duraderas como las que esculpió Séneca.

La picaresca es ascética velada por el humorismo ó, hablando en romance, por la socarronería más delicada de nuestros más graves ingenios, Mateo Alemán, Cervantes, Quevedo y el que fuera autor de El Lazarillo.

No es pintura ligera de lo más soez ó despreciable de la sociedad; es plácida chungá de hondos filósofos, que para no dar en rostro á la delicada sociedad con la descarada pintura de sus lacras, refregándoselas en los ho-

cicos, se las presentan, como quien no quiere la cosa y con postiza y bonachona, al parecer, sonrisa, amenguadas en el espejo convexo de mozos traviosos y bellacos, á la manera que se les enseña á los niños, porque no se espanten, las tragedias de la vida en el minúsculo jugueteo de monigotes, que llaman teatro guiñol. La picaresca es la ascética humorística más refinada.

La sátira moral se ha dicho que fué el único género literario de los romanos. *Satira tota nostra est*, creo que escribió alguno ó, si no lo escribió, pudo escribirlo cualquiera de los escritores de la antigua Roma. Pero esa planta, que allí tan espaciosa y briosamente se lozaneó, traspuesta fué de España: su espíritu y savia es savia y espíritu español. No sé de donde le llegó á Horacio; pero de Bilbilis se la llevó Marcial, de Córdoba Lucano y de Calahorra Quintiliano.

Ello es que las grandes obras satíricas son españolas. El Libro de Buen Amor, La Celestina, el Quijote, en primera línea. Muy poco más abajo el Criticón, Los Sueños, El Gran Tacaño, Guzmán de Alfarache y el Corvacho. Poco importa aquí la manera del desempeño, lírica, novelística, dramática, fantasmagórica: todas estas obras maestras de nuestra literatura son pura Comedia humana, sátiras morales de la sociedad. Separar el Quijote, por ser novela, de la Celestina, por ser drama; apartar el Corvacho, por ser tratado, de Los Sueños, por ser fantasmagoría, y del Guzmán de Alfarache, por ser narración picaresca; alejar el Gran Tacaño, por ser esto mismo, del Criticón, por ser alegoría fantasmagórica, está bien en el encasillado tradicional de los géneros literarios; pero el alma es la misma y uno mismo el espíritu crítico moral de la sociedad.

Con esto quedará claro y manifiesto el lugar que le cabe en la literatura castellana al Guzmán de Alfarache. Es obra de crítica moral por el fondo y es novela picaresca por la forma y envoltorio. Los lectores ligeros quisieran quedarse con la envoltura, cáscara y mondas,

echando á mal el corazón y sustancia de dentro. No hemos de ser nosotros editores de tan estragado gusto, que les vayamos á hacer ese triste servicio. Lo más que podremos será mudarles el plato de la puntuación, que no es poco engorro ni pequeña pejiquera para el lector de las antiguas ediciones y en nada toca á la sustancia de la obra.

Mateo Alemán es uno de nuestros grandes críticos moralistas y el príncipe de la picaresca española. En el lenguaje castizo y elegante, sacado el hablar popular de ciertos personajes de la Celestina y el Quijote, es el mejor de los escritores castellanos. Cuando Cervantes habla por sí y no en nombre de la gente vulgar, es más italiano y más latino y erudito que Mateo Alemán. El habla literaria puramente castellana nadie la ha tratado con tanta galanura, con gallardía tanta, como este narrador incomparable. Maravilloso, tanto como Cervantes, es Rojas, cuando hace hablar á la vieja Celestina, á rufianes y hembras perdidas; en hablando las personas de cuenta es más desafortado renacentista que Cervantes y no ha sabido echar de sí las retorcidas maneras de los Villenas y Santillanas ni las pasmarotadas extravagantes de los escolares del Renacimiento. Mateo Alemán, ya hable Guzmanillo, ya hable él mismo por su cuenta, levanta el lenguaje literario español y castizo á donde el de ningún otro autor alcanzó. Es el lenguaje culto, pero netamente español, sin los retruécanos de Quevedo, sin los gongorismos y conceptismos de Gracián, sin la hojarasca ciceroniana de Granada, sin la ligera torpeza de León, sin el hiperbaton y tufo de Calisto y Melibea, sin la afectación italiana de Cervantes.

Y es que Mateo Alemán no llegó nunca hasta encandilarse, como otros, con el clasicismo italiano y humanístico: fué un perfecto sevillano. Y decir sevillano es decir español neto y bien pagado de las cosas de su tierra, y además es decir narrador saleroso y cuentista sin par.

Para contar y narrar, el andaluz y más el sevillano. No le pidáis muchas honduras, que pudiera responderos que no es murciélago. No sabe más que mariposear; pero sabe mariposear como nadie. La luz, las flores, el temple del cielo hace las mariposas. ¡Ay que mal angel tiene!, dicen por allá á menudo. Pero el andaluz que tenga buen angel, que salga decidor, hace callar á todo el mundo en el corro. Se le estarán todos la boca un palmo, colgados horas y horas de sus labios, sin decir esta boca es mía, porque se han hecho todo orejas.

Mateo Alemán es el decidor y cuentista sevillano de esta laya. Ese es su estilo, con toda la riqueza de modismos y fraseología de la tierra, hasta con los anacolutos ó roturas del período, propias del narrador, que por seguir un episodio secundario toma una de las hebras del hilo soltando las demás, con lo que á poco se le va el santo al cielo, quiébrasele la hebra y tiene que tornar á coger el hilo caído, enhilando la narración como Dios le da á entender, que siempre se lo da á entender con nueva sal y salero.

Y para que se vea como todas las generalizaciones flaquean, con ser tan sevillano Mateo Alemán y ser tan mariposeadores y no sobrados de fondo los sevillanos, es Mateo Alemán, el sevillano, uno de los escritores de más fondo, de más gravedad, peso y hasta pesadez, que hay en nuestra literatura.

Acaso robó á los demás sevillanos lo que en muchos se echa menos y arrambló con toda la gravedad y hondura de Sevilla.

El que no conozca la vida de este escritor y lea su obra creará habérselas con algún grave Guardián ó Maestro Provincial de la Orden de los Jerónimos ó de los Padres Predicadores, rebutido de teología y filósofo, cansado de pisar púlpitos y de alargar la oreja en el confesonario. Tal es su seso, madurez y gravedad. Pues no fué sino un tan andariego, tan pelón y sin un cuarto, tan enamoradizo, tan bohemio diríamos hoy, ó tan píca-

ro decían entonces, como los más aventureros y perdidos de que andaba llena España. Sin asuntos propios, anduvo metido en los ajenos para sacar con qué ir tirando y malviviendo, ni más ni menos que Cervantes. Pretendió y logró en sus últimos años, como no lo logró, aunque lo pretendió Cervantes, pasar á las Indias, donde dejó sus huesos, juntamente con su Ortografía castellana, que en Méjico acabó y publicó.

De los cuarenta y ocho libros, dice Rodríguez Marín en su discurso de recepción en la Academia Española, que el buen Vasco Díaz Tanco de Fregenal declaró en su Jardín del alma cristiana tener recopilados y hechos después que salió de tierra de infieles, llamábase el quizás más curioso: Los seis aventureros de España y cómo el uno va á las Indias y el otro á Italia y el otro á Flandes y el otro está preso y el otro anda entre pleitos y el otro entra en religión. E como en España no hay más gente destas seis personas sobredichas. Cierto: no había más. Pero algunos españoles de aquel gran siglo tenían vitalidad tan lozana y pujante, que juntaban en sí las más de las seis personas. Y esto sucedió á Mateo Alemán, que, fuera de andar por Flandes y entrar en religión, todo lo demás hizo y todo lo demás fué. Fué, como Cervantes, un desheredado de la dicha y de la fortuna, y él en parte se tuvo la culpa, como se reconviene á sí propio Cervantes por aquellas palabras que pone en labios de Apolo:

“Tú mismo te has forjado tu ventura,
Y yo te he visto alguna vez con ella;
Pero en el imprudente poco dura.,,

Y este imprudente es el que alguno creería ser un reverendo Maestro Provincial de la Orden de San Jerónimo ó de la de Predicadores, de luenga y blanca barba, bien apoltronado en su sillón de vaqueta entre infolios de pergamino, las grandes gafas en los ojos y la taba-

quera al lado junto á media docena de plumas de ganso. Verdad es que entonces todavía no se tomaba rapé, ni se llevaban más que anteojos y una sola pluma de ganso bastaba en la escribanía del más orondo Padre Jerónimo; pero no lo es menos que Mateo Alemán de todo tenía menos de Padre Jerónimo y solía más callejear y andorrear, que estar apoltronado ó empoltronado.

Su vida puede ya escribirse con las copiosas noticias que de los archivos sevillanos fué recogiendo el insigne Rodríguez Marín y allegó y juntó en el hermoso discurso de recepción ya citado. A nacer en nuestros tiempos, hubiera sido estudiante y luego como premio de su estudiantía empleado de algún ministerio, si padrinos tenía que le ayudasen; nacido en aquéllos, estudiante fué también y luego empleado de los de entonces, de los callejeros que, como Cervantes, se buscaban el triste garbanzo en asuntos de intereses ajenos, harto prosáicos para tan envidiables ingenios.

Nació en Sevilla y fué bautizado el 28 de Setiembre de 1547 en la iglesia colegial de San Salvador. Su padre, Hernando Alemán, médico cirujano de cortos haberes, hasta que en 1557 logró en propiedad el cargo de Cirujano de la Cárcel Real, que le valía 12.000 maravedís anuales. Su madre, doña Juana de Enero, con quien don Hernando casó en segundas nupcias, y de quien tuvo, además de nuestro Mateo, otro hijo llamado Juan Agustín, y dos hijas, Leonor y Violante.

Buen escribano, como se decía, salió de sus primeros estudios el joven Mateo, pues además de adestrarse en leer, según él mismo cuenta, "no sólo en el molde, más en la procesada, por muy oscura y trabada que fuese", y no menos en escribir suelta y limpiamente de redondo y de tirado, pasó á cortesano, á medio punto y á punto entero, y comenzó á escribir letra redondilla ó de caja, quedándole aun las estaciones del escolástico y bastardillo, á parte de las letras chancillerescas, francesa, encadenada y grifo.

Diez años tenía cuando pudo y hubo de visitar con frecuencia la Cárcel Real, aprendiendo, como Cristóbal de Chaves y Cervantes, en aquella escuela de la vida, entre pícaros y rufianes, lo que en ninguna otra pudiera aprender. Acaso estudió humanidades con el famoso Juan de Mallara, que había abierto su estudio en Sevilla el año 1560. Graduose en Artes y Filosofía en la Universidad llamada de Maese Rodrigo en 1564, matriculándose después para el primer curso de Medicina, que oyó desde Setiembre del mismo año. El segundo año lo estudió en Salamanca y el tercero en Alcalá. Volvió á Sevilla al saber que su padre habia enfermado mortalmente, y de hecho murió ese año de 1567, no dejando apenas bienes, que además se hubieron de repartir entre la viuda y los hijos. Vuelto á Alcalá acabó el tercero y cuarto curso, pudiéndose llamar ya licenciado. Al menos así lo hizo vuelto á Sevilla; aunque nunca después se firmó así ni ejerció la facultad, que debió estudiar por contentar á su padre.

Hay desde el año 1568 documentos públicos de deudas y enredos amorosos, que le llevaron á casarse forzosamente, de donde resultó vivir apartados, no se sabe desde cuando y hacer nuevo nido y enredarse en nuevos embelecocos. Cargo de contador y cobrador tuvo con otras tareas, que no le sacaron nunca de deudas, las cuales acabaron dando con él en la Cárcel Real de Sevilla el año 1580, donde con experiencia propia aprendió bien y mejor que antes cómo aquel lugar es "un paradero de necios, escarmiento forzoso, arrepentimiento tardo, prueba de amigos, venganza de enemigos, república confusa-enfierno breve, muerte larga, puerto de suspiros, valle de lágrimas, casa de locos, donde cada uno grita y trata de sola su locura", que estas son sus propias palabras.

De edad de treinta y cuatro años, el de 1582 quiso pasar á la Indias, "refugio y amparo de los desesperados de España", que dijo Cervantes, y sin duda lo estaba tanto Alemán, cuando formó este propósito é hizo

ante la justicia la información^m testifical necesaria para ello; aunque no lo ejecutó por entonces. Siguió ocupado en negocios ajenos en Sevilla y después en Madrid, donde se llama contador de resultas, y además acudiendo á las subastas de muebles por comisión de otros, buscando prima en la retirada ó en la cesión de los remates, procurándose tutellas y curatelas de menores. Salta á veces de Madrid á desempeñar comisiones de su cargo.

En este tráfago de negocios fué donde escribió la Primera parte de Guzmán de Alfarache, publicada en Madrid el año 1599, y el mismo año dos veces en Barcelona y una en Zaragoza, aunque estaba terminada el año 1597, pues su aprobación es de 13 de Enero de 1598. Fué tan bien recibido el libro, que tras estas cuatro ediciones en un año, al siguiente de 1600 tuvo nada menos que siete, dos en Madrid y las demás en Barcelona, París, Bruselas, Coimbra y Lisboa, y antes de 1604 conocía Valdés hasta veintiseis ediciones.

¡Ya salió de lacería con tantísimo tomo vendido! Tal se figurará el lector; pero no fué así, pues el mismo Valdés escribe que “llegó á quedar de tal manera pobre que, no pudiendo continuar sus servicios de contador con tanta necesidad, se retrujo á menos ostentación y obligaciones”. Casi todas las ediciones se habían hecho á hurto y á sus espaldas. Tuvo que recurrir á préstamos onerosos y á la mohatra.

“Y era que, como dice Rodríguez Marín, á vueltas de sus defectos y de sus virtudes, Alemán tenía una gentileza, que rara vez los poderosos perdonaron: no sabía adular”. “Y podremos decir dél, escribía su mencionado encomiasta (en la 2.^a parte del Guzmán), no haber soldado más pobre ni ánimo más rico ni vida más inquieta con trabajos, que la suya, por haber estimado en más filosofar pobremente, que interesar adulando,,.

Volvió á Sevilla el 1601 y vuelven á aparecer sus amoríos, que es de suponer no se hubieran interrumpido los años que pasó en la Corte. El año 1602 cierto abo-

gado valenciano, Juan Martí, con noticia de la segunda parte del Guzmán, que ya tenía compuesta y había leído su autor á algunos amigos, le plagió, y aderezada á su manera la sacó á luz en Valencia bajo el seudónimo de Mateo Luján de Sayavedra, pareciéndose aun en esto, como en tantas otras cosas, á Cervantes.

Con el cual parece que nunca estuvo á partir un piñón; antes, según barruntos de Clemencín y de Rodríguez Marín, quedan en el Guzmán y en el Quijote huellas de todo lo contrario. ¡Triste sino el de los grandes ingenios, que ya que el común de las gentes no los entiendan ni menos atiendan, ellos, que pudieran entre sí entenderse y atenderse, se vean condenados á repuntarse entre sí y á desavenirse, cuando no á odiarse!

Este mismo año de 1602 le sobrevino otra mayor desdicha, que fué volver á la prisión por no poder pagar cierta obligación contraída en Madrid. Por aquellos mismos días hallábase preso en la misma cárcel Miguel de Cervantes Saavedra! Solos, abandonados y sin valedores, escribían allí, "donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación", el uno el Quijote, el otro su libro de San Antonio de Padua, donde se lee: "Quien careció de miserias de afligida prisión ó injusta, desesperada hambre ó afrentosa desnudez, parecerale trabajoso de sufrir; mas mucho mayor se le hace al que pasó por ello y se vió algún tiempo solo y preso, desnudo y pobre, necesitado y hambriento".

Al cabo salió, pagando parte de la deuda en libros. Imprimióse el de San Antonio el 1604, donde dedica á su autor diez y seis gallardas liras su buen amigo el famoso Lope de Vega Carpio, que se hallaba á la sazón en Sevilla.

Con ocasión de vender mejor este libro entre los portugueses, tan devotos del santo, partiose para Lisboa, donde publicó la Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana, año de 1604, en

casa de Pedro Crasbeeck. Todavía permaneció allí hasta la primavera del año siguiente y en Octubre de 1605 lo hallamos vuelto á Sevilla con nuevos propósitos de pasar á las Indias, donde en Méjico tenía á su primo hermano Alonso Alemán, con quien esperaba ampararse en su triste soledad y continuos apuros, ya con sesenta años á costas, que comenzaban por lo mismo á pesarle más de lo que fuera menester.

Pidió licencia para partirse con tres hijos suyos, una sobrina y dos criados; pero embarazos, que sobrevinieron, le impidieron la partida hasta Junio de 1608, como lo hizo en la misma nao en que volvía á su patria el egregio dramaturgo mejicano Juan Ruiz de Alarcón.

“Llevaba al Nuevo Mundo, dice Rodríguez Marín, además de sus viejos desengaños y sinsabores, un solo librillo y ése no acabado: su Ortografía castellana. Dejábase atrás, con amargo desdén, todo lo que tenía escrito de la tercera parte de su Guzmán y una Historia de Sevilla, fruto de muchas vigiliass y afanes... ¡Perdido, perdido todo!,,

Publicó en Méjico la Ortografía el año 1609, recién llegado por consiguiente, en cuya fe de erratas deja entender que no vivió después mucho tiempo: “que no es posible, dice, corregir bien sus obras el autor dellas; demás que la corta vista y larga enfermedad me disculpan”.

Por esta su tan desdichada vida se comprenderán ahora dos cosas. La primera que, si bien prestó á Guzmantillo algunas de las cosas que á él le pasaron, con más la mayor parte de sus sentimientos, como suelen y no pueden menos de hacer la mayor parte de los escritores, con todo no fué su principal obra una autobiografía, como algunos soñaron. Lo segundo, que tantas amarguras, soledad y desamparo no podían menos de ennegrecer sus obras y así el Guzmán de Alfarache está empapado de la tristeza y negro humor, que tantas desdichas en el ánimo de su autor dejaron. Sólo de esta manera se explica

la gravedad y hasta acedía, ó pesimismo que dicen hoy, de un decidor tan sevillano y tan donairoso escritor como Mateo Alemán.

Donde anidan pesares y amarguras brota la honda filosofía. Y por lo visto, hasta en la alegre, ligera y gentil Sevilla puede darse filosofía honda y grave, porque aun allí anidan amarguras y pesares.

JULIO CEJADOR.

A DON FRANCISCO DE ROJAS

MARQUÉS DE POZA, SEÑOR DE LA CASA DE MONZÓN, PRESIDENTE DE CONSEJO DE HACIENDA DEL REY NUESTRO SEÑOR Y TRIBUNALES DELLA.

De las cosas, que suelen causar más temor á los hombres, no sé cuál sea mayor ó pueda compararse con una mala intención y con mayores veras, cuanto más estuviese arraigada en los de oscura sangre, nacimiento humilde y bajos pensamientos: porque suele ser en los tales más eficaz y menos corregida. Son cazadores los unos y los otros que, cubiertos de la enramada, están en acecho de nuestra perdición y, aun después de la herida hecha, no se nos descubre de dónde salió el daño. Son basiliscos que, si los viésemos primero, parecería su ponzoña y no serían tan perjudiciales; mas como nos ganan por la mano, adquiriendo un cierto dominio, nos ponen debajo de la suya. Son escándalo en la república, fiscales de la inocencia y verdugos de la virtud, contra quien la prudencia no es poderosa.

A éstos, pues, de cuyos lazos engañosos, como de la muerte, ninguno está seguro, siempre les tuve un miedo particular, mayor que á los nocivos y fieros animales y más en esta ocasión, por habérsela dado y campo franco, en que puedan sembrar su veneno, calumniándome, cuando menos, de temerario atrevido, pues á tan poderoso príncipe haya tenido ánimo de ofrecer un don tan pobre, no considerando haber nacido este atrevimiento de la necesidad en que su temor me puso.

Porque, de la manera que la ciudad mal pertrechada y

flacas fuerzas están más necesitadas de mejores capitanes que las defiendan, resistiendo al ímpetu furioso de los enemigos, así fué necesario valerme de la protección de Vuestra Señoría, en quien con tanto resplandor se manifiestan las tres partes: virtud, sangre y poder, de que se compone la verdadera nobleza. Y pues lo es favorecer y amparar á los que, como á lugar sagrado, procuran retraerse á ella, seguro estoy del generoso ánimo de V. Señoría que, extendiendo las alas de su acostumbrada clemencia, debajo dellas quedará mi libro libre de los que pudieran calumniarle. Conseguiráse juntamente que, haciendo mucho lo que de suyo es poco, de un desechado pícaro un admitido cortesano, será dar sér á lo que no lo tiene: obra de grandeza y excelencia, donde se descubrirá más la mucha de V. Señoría. Cuya vida guarde Nuestro Señor en su servicio dichosos y largos años.

MATEO ALEMÁN.

AL VULGO

No es nuevo para mí, aunque lo sea para ti, oh enemigo vulgo, los muchos malos amigos que tienes, lo poco que vales y sabes. ¿Cuán mordaz, envidioso y avariento eres? ¿Qué presto en difamar, qué tardo en honrar, qué cierto á los daños, qué incierto en los bienes, qué fácil de moverte, qué difícil en corregirte? ¿Cuál fortaleza de diamante no rompen tus agudos dientes? ¿Cuál virtud lo es de tu lengua? ¿Cuál piedad amparan tus obras? ¿Cuáles defetos cubre tu capa? ¿Cuál atriaca miran tus ojos, que como basilisco no emponzoñes? ¿Cuál flor tan cordial entró por tus oídos, que en el enjambre de tu corazón dejases de convertir en veneno? ¿Qué santidad no calumnias? ¿Qué inocencia no persigues? ¿Qué sencillez no condenas? ¿Qué justicia no confundes? ¿Qué verdad no profanas? ¿En cuál verde prado entraste, que dejases de manchar con tus lujurias? Y si se hubiesen de pintar al vivo las penalidades y trato de un infierno, paréceme que tú sólo pudieras verdaderamente ser su retrato. ¿Piensas, por ventura, que me ciega pasión, que me mueve ira ó que me despeña la ignorancia? No por cierto. Y si fueses capaz de desengaño, sólo con volver atrás la vista hallarías tus obras eternizadas y desde Adán reprobadas como tú.

Pues ¿cuál enmienda se podrá esperar de tan envejecida desventura? ¿Quién será el dichoso, que podrá desasirse de tus rapantes uñas? Hui de la confusa corte, seguisteme en la aldea. Retíreme á la soledad y en ella me hiciste tiro, no dejándome seguro, sin someterme á tu jurisdicción. Bien cier-

to estoy que no te ha de corregir la protección que traigo ni lo que á su calificada nobleza debes, ni que en su confianza me sujete á tus prisiones. Pues despreciada toda buena consideración y respeto, atrevidamente has mordido á tan ilustres varones, graduando á los unos de graciosos, á otros acusando de lascivos y á otros infamando de mentirosos. Eres ratón campestre, comes la dura corteza del melón amarga y desabrida y, en llegando á lo dulce, te empalagas. Imitas á la mosca importuna, pesada y enfadosa que, no reparando en oloroso, huye de jardines y florestas por seguir los muladares y partes asquerosas.

No miras ni reparas en las altas moralidades de tan divinos ingenios y sólo te contentas de lo que dijo el perro y respondió la zorra. Eso se te pega y como lo leiste se te queda. ¡Oh zorra desventurada! que tal eres comparado, y cual ella serás como inútil perseguido. No quiero gozar el privilegio de tus honras ni la franqueza de tus lisonjas, cuando con ello quieras honrarme. Que la alabanza del malo es vergonzosa. Quiero más la reprehensión del bueno, por serlo el fin con que la hace, que tu estimacion depravada, pues forzoso ha de ser mala. Libertad tienes, desenfrenado eres, materia se te ofrece: corre, destroza, rompe, despedaza como mejor te parezca, que las flores holladas de tus pies coronan las sienas y dan la fragancia al olfato del virtuoso. Las mortales navajadas de tus colmillos y heridas de tus manos sanarán las del discreto, en cuyo abrigo seré dichosamente de tus adversas tempestades amparado.

DEL MESMO AL DISCRETO LECTOR

Suelen algunos, que sueñan cosas pesadas y tristes, bregar tan fuertemente con la imaginación que, sin haberse movido, después recordados así quedan molidos, como si con un fuerte toro hubieran luchado á fuerzas. Tal he salido del proemio pasado, imaginando en el barbarismo y número desigual de los ignorantes, á cuya censura me obligué, como el que sale á voluntario destierro y no es en su mano la vuelta. Empeñeme con la promesa deste libro; hame sido forzoso seguir el envite que hice de falso. Bien veo de mi rudo ingenio y cortos estudios fuera muy justo temer la carrera y haber sido esta libertad y licencia demasiada; mas considerando no haber libro tan malo donde no se halle algo bueno, será posible que en lo que faltó el ingenio supla el celo de aprovechar que tuve, haciendo en algo algún virtuoso efecto, que sería bastante premio de mayores trabajos y digno del perdón de tal atrevimiento. No me será necesario con el discreto largos exordios ni prolijas arengas: pues ni le desvanece la elocuencia de palabras ni lo tuerce la fuerza de la oración á más de lo justo ni estriba su felicidad en que le capte la benevolencia. A su corrección me allano, su amparo pido y en su defensa me encomiendo.

Y tú, deseoso de aprovechar, á quien verdaderamente consideré, cuando esta obra escribia, no entendas que haberlo hecho fué acaso movido de interés ni para ostentación de ingenio, que nunca lo pretendi ni me hallé con caudal suficiente. Alguno querrá decir que, llevando vueltas las espaldas y la vista contraria, encamino mi barquilla donde

tengo el deseo de tomar puerto. Pues doyte mi palabra que se engaña y á solo el bien común puse la proa, si de tal bien fuese digno que á ello sirviese. Muchas cosas hallarás de rasguño y bosquejadas, que dejé de matizar por causas que lo impidieron. Otras están algo más retocadas, que hui de seguir y dar alcance, temeroso y encogido de cometer alguna no pensada ofensa. Y otras que al descubierto me arrojé sin miedo, como dignas que sin rebozo se tratasen.

Mucho te digo, que deseo decirte y mucho dejé de escribir, que te escribo. Mas como leas lo que leyeres y no te rias de la conseja y, si te pesa el consejo, recibe los que te doy y el ánimo con que te los ofrezco: no los echés como barraduras al muladar del olvido. Mira que podrá ser escobilla de precio. Recoge, junta esa tierra, métela en el crisol de la consideración, dale fuego de espíritu y te aseguro hallarás algún oro, que te enriquezca. No es todo de mi aljaba; mucho escogí de doctos varones y santos: eso te alabo y vendo.

Y pues no hay cosa buena, que no proceda de las manos de Dios, ni tan mala, de que no le resulte alguna gloria y en todo tiene parte, abraza, recibe en tí la provechosa, dejando lo no tal ó malo, como mio. Aunque estoy confiado que las cosas, que no pueden dañar, suelen aprovechar muchas veces. En el discurso podrás moralizar, según se te ofreciere: larga margen te queda. Lo que hallares no grave ni compuesto, eso es el ser de un pícaro, el sujeto deste libro. Las tales cosas, aunque serán muy pocas, picardea con ellas. Que en las mesas espléndidas manjares ha de haber de todos gustos, vinos blandos y suaves, que alegrando ayuden á la digestión y músicas que entretengan. Vale, amice.

DECLARACION PARA EL ENTENDIMIENTO DESTE LIBRO

Teniendo escrita esta poética historia para imprimirla en un solo volumen, en el discurso del cual quedaban absueltas las dudas que agora, dividido, pueden ofrecerse, me pareció sería cosa justa obviar este inconveniente, pues con muy pocas palabras quedarán absueltas. Para lo cual se presupone que Guzmán de Alfarache, nuestro picaro, habiendo sido muy buen estudiante, latino, retórico y griego, como diremos en esta primera parte, después dando la vuelta de Italia en España, pasó adelante con sus estudios, con ánimo de profesar el estado de la religión; mas por volverse á los vicios los dejó, habiendo cursado algunos años en ellos. El mesmo escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado al remo, por delitos que cometió, habiendo sido ladrón famosísimo, como largamente lo verás en la segunda parte. Y no es impropiedad ni fuera de propósito, si en esta primera escribiere alguna doctrina; que antes parece muy llegado á razón darla un hombre de claro entendimiento, ayudado de letras y castigado del tiempo, aprovechándose del ocioso de la galera. Pues aun vemos á muchos ignorantes justiciados, que habiendo de ocuparlo en sola salvación, divertirse della por estudiar un sermoncito para en la escalera.

Va dividido en tres este libro. En el primero se trata la salida, que hizo Guzmán de Alfarache de casa de su madre y poca consideración de los mozos en las obras, que intentan y cómo, teniendo claros ojos, no quieren ser precipita-

dos de sus falsos gustos. En el segundo la vida de pícaro, que tuvo y resabios malos, que cobró con las malas compañías y ocioso tiempo, que tuvo. En el tercero las calamidades y pobreza en que vino, desatinos que hizo por no quererse reducir ni dejarse gobernar de quien podía y deseaba honrarlo. En lo que adelante escribiere se dará fin á la fábula, Deo volente.

ELOGIO DE ALONSO DE BARROS,

*Criado del rey nuestro señor, en alabanza deste libro y
de Mateo Alemán, su autor.*

Si nos ponen en deuda los pintores, que como en archivo y depósito guardaron en sus lienzos, aunque debajo de líneas y colores mudos, las imágenes de los que por sus hechos heroicos merecieron sus tablas y de los que por sus indignas costumbres dieron motivo á sus pinceles, pues nos despiertan con la agradable pintura de las unas y con la aborrecible de las otras, por su fama á la imitación y por su infamia al escarmiento: mayores obligaciones, sin comparación, tenemos á los que en historias tan al vivo nos lo representan, que sólo nos vienen á hacer ventaja en haberlo escrito, pues nos persuaden sus relaciones, como si á la verdad lo hubiéramos visto como ellos.

En estas y en otras, si pueden ser más grandes, nos ha puesto el autor: pues en la historia, que ha sacado á luz, nos ha retratado tan al vivo un hijo del ocio, que ninguno, por más que sea ignorante, le dejara de conocer en las señas, por ser tan parecido á su padre, que como lo es él de todos los vicios, así este vino á ser un centro y abismo de todos, ensayándose en ellos, de forma que pudiera servir de ejemplo y dechado á los que se dispusieran á gozar de semejante vida, á no haberlo adornado de tales ropas, que no había hombre tan aborrecido de sí, que al precio quiera vestirse de su librea, pues pagó con un vergonzoso fin las penas de sus culpas y las desordenadas empresas, que sus libres deseos acometieron.

De cuyo debido y ejemplar castigo se infiere, con términos categóricos y fuertes y con aumento de contrarios, el premio y bienafortunados sucesos, que se le seguirán al que ocupado justamente tuviere en su modo de vivir cierto fin y determinado y fuere opuesto y antípoda de la figura inconstante deste discurso. En el cual, por su admirable disposición y observancia en lo verisimil de la historia, el autor ha conseguido felicísimamente el nombre y oficio de historiador y el de pintor en los lejos y sombras con que ha disfrazado sus documentos y los avisos tan necesarios para la vida política y para la moral filosofía á que principalmente ha atendido, mostrando con evidencia lo que Licurgo con el ejemplo de los dos perros nacidos de un parto. De los cuales, el uno por la buena enseñanza y habitación siguió el alcance de la liebre hasta matarla y el otro, por no estar tan bien industrialdo, se detuvo á roer el hueso, que encontró en el camino. Dándonos á entender con demostraciones más infalibles el conocido peligro en que están los hijos, que en la primera edad se crían sin la obediencia y doctrina de sus padres, pues entran en la carrera de la juventud en el desenfrenado caballo de su irracional y no domado apetito, que le lleva y despeña por uno y mil inconvenientes.

Muéstranos asimesmo que no está menos sujeto á ellos el que, sin tener ciencia ni oficio señalado, asegura sus esperanzas en la incultivada doctrina de la escuela de la naturaleza, pues sin experimentar su talento é ingenio ó sin hacer profesión, habiéndola experimentado del arte á que le inclina, usurpa oficios ajenos de su inclinación, no dejando ninguno que no acometa, perdiéndose en todos y aun echándolos á perder, pretendiendo con su inconstancia é inquietud no parecer ocioso, siéndolo más el que pone la mano en profesión ajena, que el que duerme y descansa retirado de todas.

Hase guardado también de semejantes objeciones el con-

tador Mateo Alemán en las justas ocupaciones de su vida, que igualmente nos enseña con ella que con su libro, hallándose en el puesto de su historia, que pretende introducir. Pues habiéndose criado desde sus primeros años en el estudio de las letras humanas, no le podrán pedir residencia del ocio ni menos de que en esta historia se ha entretenido en ajena profesión: pues, por ser tan suya y tan aneja á sus estudios el deseo de escribirla, le retiró y distrajo del honroso entretenimiento de los papeles de su majestad, en los cuales, aunque bien suficiente para tratarlos, parece que se hallaba violentado: pues se volvió á su primero ejercicio, de cuya continuación y vigiliass nos ha formado este libro, mezclando en él con suavissima consonancia lo delicioso y lo útil, que desea Horacio, convidándonos con la graciosidad y enseñándonos con lo grave y sentencioso, tomando por blanco el bien público y por premio el común aprovechamiento.

Y pues hallarán en él los hijos las obligaciones que tienen á los padres, que con justa ó legitima educación los han sacado de las tinieblas de la ignorancia, mostrándoles el norte, que les ha de gobernar en este mar confuso de la vida, tan larga para los ociosos como corta para los ocupados, no será razón que los lectores, hijos de la doctrina deste libro, se muestren desagradecidos á su dueño, no estimando su justo celo. Y si esto no le salvare de la rigurosa censura é inevitable contradicción de la diversidad de pareceres, no será de espantar; antes natural y forzoso: pues es cierto que no puede escribirse para todos y que querría, quien lo pretendiese, quitar á la naturaleza su mayor milagro y no sé si su belleza mayor, que puso en la diversidad, de donde vienen á ser tan diversos los pareceres, como las formas diversas: porque lo demás era decir que todos eran un hombre y un gusto.

GUZMÁN DE ALFARACHE Á SU VIDA
POR EL LICENCIADO ARIAS.

Aunque nací sin padres, que en mi cuna
Sembrasen las primicias de su oficio,
Tuvo mi juventud por padre al vicio,
Y mi vida madrastra en la fortuna.
Formas halló y mudanzas más que luna
Mi peregrinacion y mi ejercicio;
Mas ya postrado en tierra el edificio,
Le sirvo al escarmiento de coluna.
Vuelve á nacer mi vida con la historia,
Que forma en los borrones del olvido
Letras, que vencerán al tiempo en años.
Tosco madero en la ventura he sido,
Que, puesto en el altar de la memoria,
Doy al mundo licion de desengaños.

DE HERNANDO DE SOTO,

Contador de la casa de Castilla del rey nuestro señor,
AL AUTOR:

Tiene este libro discreto
Dos grandes cosas, que son:
Pícaro con discreción
Y autor de grave sujeto.
En él se ha de discernir
Que con un vivir tan vario
Enseña por su contrario
La forma de bienvivir.
Y pues se ha de conocer
Que ella sola se ha de amar,
Ni más se puede enseñar
Ni más se debe aprender.
Así la voz general
Propiamente les concede
Que el pícaro honrado quede
Y el autor quede inmortal.

LIBRO PRIMERO

DE

GUZMÁN DE ALFARACHE

CAPITULO PRIMERO

En que Guzmán de Alfarache cuenta quién fué su padre.



L deseo, que tenia, curioso lector, de contarte mi vida, me daba tanta priesa para engolfarte en ella sin prevenir algunas cosas que, como primer principio, es bien dejallas entendidas, porque siendo esenciales á este discurso también te serán de no pequeño gusto, que me olvidaba de cerrar un portillo por donde me entrara cualquier terminista, acusándome de mal latin, redarguyéndome de pecado, porque no procedi de la difinición á lo difinido y antes de contarla no dejé dicho quiénes y cuáles fueron mis padres y confuso nascimiento. Que, en su tanto, si dellos hubiere de escribirse, fuera sin duda más agradable y bien recibida, que esta mía. Tomaré por mayor lo más importante, dejando lo que me es lícito, para que otro haga la baza.

Y aunque á ninguno conviene tener la propiedad de la hiena, que se sustenta desenterrando cuerpos muertos; yo aseguro, según hay en el mundo censores, que no les falten coronistas. Y no es de maravillar que, aun esta pequeña sombra, querrás della inferir que les corto de tijera y temerariamente me darás mil atributos. Que será el menor dellos tonto ó nescio, porque, no guardando mis faltas, mejor descubriré las ajenas. Alabo tu razón por buena; pero quíerote advertir que, aunque me tendrás por malo, no lo quisiera parecer. Que es peor serlo y honrarse dello y que, contraviniendo á

un tan santo precepto, como el cuarto, del honor y reverencia que les debo, quisiera cubrir mis flaquezas con las de mis mayores. Pues nace de viles y bajos pensamientos tratar de honrarse con afrentas ajenas, como de ordinario se acostumbra. Lo cual condeno por necedad de siete capas, como fiesta doble. Y no lo puede ser mayor, pues descubro mi punto y no salva mi yerro el de mi vecino ó deudo; antes es siempre vituperado el maldiciente. Mas á mi no me sucede así. Porque, adornando la historia, siéndome necesario, todos dirán: bien haya el que á los suyos parece, llevándome estas bendiciones de camino.

Demás que fué su vida tan sabida y todo á todos tan manifiesto, que pretenderlo negar sería locura y á resto abierto dar nueva materia de murmuración. Antes entiendo que les hago, si así puede decirse, manifiesta cortesía en espresar el puro y verdadero testo con que desmentiré las glosas, que sobre él se han hecho. Pues cada vez que alguno algo dellos cuenta, lo multiplica con los ceros de su antojo, una vez más y nunca menos, como acude la vena y se le pone en capricho. Que hay hombre, si se le ofrece propósito para cuadrar su cuento, deshará las pirámides de Egipto, haciendo de la pulga gigante, de la presunción evidencia, de lo oído visto y ciencia de la opinión, sólo por florear su elocuencia y acreditar su discreción.

Así acontece ordinario y se vió en un caballero extranjero, que en Madrid conoci. El cual, como fuese aficionado á caballos españoles, deseando llevar á su tierra el fiel retrato, tanto para su gusto como para enseñarlo á sus amigos, por ser de nación muy remota y, no siéndole permitido ni posible llevarlos vivos, teniendo en su casa los dos más hermosos de talle que se hallaban en la corte, pidió á dos famosos pintores que cada uno le retratase el suyo, prometiendo demás de la paga cierto premio al que más en su arte se estremase. El uno pintó un overo con tanta perfección, que sólo faltó dalle

lo imposible, que fué el alma. Porque en lo más, engañando á la vista, por no hacer del natural diferencia, cegara de improviso cualquier descuidado entendimiento. Con esto solo acabó su cuadro, dando en todo lo dél restante, claros y oscuros, según y en el lugar que convenia.

El otro pintó un rucio rodado, color de cielo y, aunque su obra muy buena no llegó con gran parte á la que os he referido, pero estremóse en una cosa de que él era muy diestro. Y fué que, pintando el caballo, á otras partes en las que halló blancos, por lo alto dibujó admirables lejos, nubes, arboles, edificios arruinados y varios encasamentos; por lo bajo del suelo cercano cantidad de arboledas, yerbas floridas, prados y riscos; y en una parte del cuadro, colgando de un tronco los jaeces y al pie dél estaba una silla jineta. Tan costosamente obrado y bien acabado, cuanto se puede encarecer.

Cuando vió el caballero sus cuadros, aficionado y con razón al primero, fué el primero á que puso precio y, sin reparar en el que por él pidieron, dando en premio una rica sortija al ingenioso pintor, lo dejó pagado y con la ventaja de su pintura. Tanto se desvaneciò el otro con la suya y con la liberalidad franca de la paga, que pidió por ella un escesivo precio. El caballero, absorto de habelle pedido tanto y que apenas pudiera pagarle, dijo: vos, hermano, ¿por qué no considerais lo que me costò aqueste otro lienzo, á quien no se aventaja el vuestro? En lo que es el caballo, respondiò el pintor, vuestra merced tiene razón; pero árboles y ruinas hay en el mio, que valen tanto como el principal de esotro. El caballero replicó: no me convenia ni era necesario llevar á mi tierra tanta baluma de árboles y carga de edificios, que allá tenemos muchos y muy buenos. Demás, que no les tengo la afición que á los caballos: y lo que de otro modo, que por pintura, no puedo gozar, eso huelgo de llevar. Volvió el pintor á decir: en lienzo tan grande pare-

ciera muy mal un sólo caballo. Y es importante y aun forzoso para la vista y ornato componer la pintura de otras cosas diferentes, que la califiquen y den lustre, de tal manera, que pareciendo así mejor, es muy justo llevar con el caballo sus guarniciones y silla, especialmente estando con tal perfección obrado, que, si de oro me diesen otras tales, no las tomaré por las pintadas.

El caballero, que ya tenía lo importante á su deseo, pareciéndole lo más impertinente, aunque en su tanto muy bueno, y no hallándose tan sobrado que lo pudiera pagar, con discreción le dijo: yo os pedi un caballo solo y tal como por bueno os lo pagaré, si me lo queréis vender; los jaeces, quedaos con ellos ó dadlos á otros, que no los he menester. El pintor quedó corrido y sin paga por su obra añadida y haberse alargado á la elección de su albedrío, creyendo que por más composición le fuera más bien premiado.

Común y general costumbre ha sido y es de los hombres, cuando les pedis reciten y refieran lo que oyeron ó vieron ó que os digan la verdad y sustancia de una cosa, enmascaralla y afeitalla, que se desconoce como el rostro de la fea. Cada uno le da sus matices y sentidos, ya para exagerar, incitar, aniquilar ó advertir, según su pasión le dicta. Así la estira con los dientes para que alcance, la lima y pule para que entalle, levantando de punto lo que se les antoja, graduando, como conde palatino, al necio de sabio, al feo de hermoso y al cobarde de valiente. Quilatan con su estimación las cosas, no pensando cumplen con pintar el caballo, si lo dejan en cerro y desenjaezado, ni dicen la cosa, si no la comentan como más viene á cuento á cada uno. Tal sucedió á mi padre que, respecto de la verdad, ya no se dice cosa que lo sea. De tres han hecho trece y los trece, trecientos. Porque á todos les parece añadir algo más y destos algos han hecho un mucho, que no tiene fondo ni se le halla suelo, reforzándose unas á otras añadiduras. Y lo que en sin-

gular cada una no prestaba, muchas juntas hacen daño. Son lenguas engañosas y falsas que, como saetas agudas y brasas encendidas, les han querido herir las honras y abrasar las famas, de que á ellos y á mi resultan cada dia notables afrentas.

Podrásme bien creer que, si valiera elegir de adonde nos pareciera, que de la masa de Adán procurara escoger la mejor parte; aunque anduviéramos al puñete por ello. Mas no vale á eso; sino tomar cada uno lo que le cupiere, pues el que lo repartió pudo y supo bien lo que hizo. El sea loado, que, aunque tuve jarretes y manchas, cayeron en sangre noble de todas partes. *La sangre se hereda y el vicio se apega*. Quien fuese cual debe, será como tal premiado y no purgará las culpas de sus padres.

Cuanto á lo primero, el mio y sus deudos fueron levantiscos. Vinieron á residir á Jénova, donde fueron agregados á la nobleza. Y aunque de alli no naturales, aqui los habré de nombrar como tales. Era su trato el ordinario de aquella tierra y lo es ya por nuestros pecados en la nuestra: cambios y recambios por todo el mundo. Hasta en esto lo persiguieron, infamándolo de logrero. Muchas veces lo oyó á sus oídos y con su buena condición pasaba por ello. No tenían razón: que los cambios han sido y son permitidos. No quiero yo loar, ni Dios lo quiera, que defienda ser licito lo que algunos dicen, prestar dinero por dinero, sobre prendas de oro ó plata, por tiempo limitado ó que se queden rematadas, ni otros tratillos paliados ni los que se llaman cambio seco ni que corra el dinero de feria en feria, donde jamás tuvieron hombre ni trato, que llevan la voz de Jacob y las manos de Esaú y á tiro de escopeta descubren el engaño. Que las tales, aunque se las achacaron, no las vi ni dellas daré señas.

Mas, lo que absolutamente se entiende cambio es obra indiferente, de que se puede usar bien y mal y, como tal, aunque injustamente, no me maravillo que, no debiéndola

tener por mala, se repruebe. Mas la evidentemente buena, sin sombra de cosa que no lo sea, que se murmure y vitupere, eso es lo que me asombra. Decir, si veo que un religioso entra á la media noche por una ventana en parte sospechosa, la espada en la mano y el broquel en el cinto, que va á dar los sacramentos, es locura, que ni quiere Dios ni su Iglesia permite que yo sea tonto y de lo tal evidentemente malo sienta bien. Que un hombre rece, frecuente virtuosos ejercicios, oiga misa, confiese y comulgue á menudo y por ello le llamen hipócrita, no lo puedo sufrir ni hay maldad semejante á esta.

Tenia mi padre un largo rosario entero de quince dieces, en que se enseñó á rezar, en lengua castellana hablo, las cuentas gruesas, más que avellanas. Este se lo dió mi madre, que lo heredó de la suya. Nunca se le caia de las manos. Cada mañana oia su misa, sentadas ambas rodillas en el suelo, juntas las manos, levantadas del pecho arriba, el sombrero encima dellas. Arguyéronle maldicientes que estaba de aquella manera rezando para no oír y el sombrero alto para no ver. Juzguen deste juicio los que se hallan desapasionados y digan si haya sido perverso y témeario, de gente desalmada, sin conciencia.

También es verdad que esta murmuración tuvo causa y fué su principio que, habiéndose alzado en Sevilla un su compañero y llevándole gran suma de dineros, venia en su seguimiento, tanto á remediar lo que pudiera del daño, como á componer otras cosas. La nave fué saqueada y él con los más, que en ella venian, cautivo y llevado á Arjel, donde medroso y desesperado, el temor de no saber cómo ó con qué volver en libertad, desesperado de cobrar la deuda por bien de paz, como quien no dice nada, renegó. Allá se casó con una mora hermosa y principal, con buena hacienda. Que en materia de interés (por lo general de quien siempre voy tratando, sin perjuicio de mucho número de nobles caballeros y

gente grave y principales, que en todas partes hay de todo), diré de paso lo que en algunos deudos de mi padre conoci el tiempo que los traté. Eran amigos de solicitar casas ajenas, olvidándose de las propias; que se les tratase verdad y de no decilla; que se les pagase lo que se les debía y no pagar lo que debían; ganar y gastar largo, diese donde diese, que ya estaba rematada la prenda, y como dicen, *á Roma por todo*. Sucedió pues que, asegurado el compañero de no haber quien le pidiese, acordó tomar medios con los acreedores presentes, poniendo condiciones y plazos, con que pudo quedar de allí en adelante rico y satisfechas las deudas.

Cuando esto supo mi padre, nacióle nuevo deseo de venirse con secreto y diligencia. Y para engañar á la mora, le dijo se quería ocupar en ciertos tratos de mercancías. Vendió la hacienda y, puesta en cequíes, moneda de oro fino berberisca, con las más joyas que pudo, dejándola sola y pobre, se vino huyendo. Y sin que algún amigo ni enemigo lo supiera, reduciéndose á la fe de Jesucristo, arrepentido y lloroso, delató de sí mismo, pidiendo misericordiosa penitencia. La cual siéndole dada, después de cumplida, pasó adelante á cobrar su deuda. Esta fué la causa por que jamás le creyeron obra que hiciese buena. Si otra les piden, dirán lo que muchas veces con impertinencia y sin propósito me dijeron: que quien una vez ha sido malo, siempre se presume serlo en aquel género de maldad. La proposición es verdadera; pero no hay alguna sin escepción. ¿Qué sabe nadie de la manera que toca Dios á cada uno y si, como dice una Auténtica, tenía ya reintegradas las costumbres?

Veis aquí, sin más acá ni más allá, los linderos de mi padre. Porque decir que se alzó dos ó tres veces con haciendas ajenas, también se le alzaron á él. No es maravilla. Los hombres no son de acero ni están obligados á tener como los clavos, que aun á ellos les falta la fuerza y suelen soltar y aflojar. Estratagemas son de mercaderes, que donde quiera

se practican, especialmente en España, donde lo han hecho granjería ordinaria. Muchos veo que lo traen por uso y á ninguno ahorcado por ello. Si fuera delito, mala cosa ó hurto, claro está que se castigara, pues por menos de seis reales vemos azotar y echar cien pobretos á las galeras. Por no ser contra mi padre, quisiera callar lo que siento; aunque si he de seguir al filósofo, mi amigo es Platón y mucho más la verdad, conformándome con ella. Perdone todo viviente que canonizo este caso por muy gran bellaquería, digna de muy ejemplar castigo.

Alguno del arte mercante me dirá: mirad por qué clausuro de pontifice y cardenales va votado. ¿Quién mete al idiota, galeote, pícaro, en establecer leyes ni calificar los tratos, que no entiende? Ya veo que yerro en decir lo que no ha de aprovechar, que de buena gana sufriera tus oprobios, en tal que se castigara y tuviera remedio esta honrosa manera de robar; aunque mi padre estrenara la horca. Corra como corre, que la reformación de semejantes cosas importantes y otras, que lo son más, van de capa caída y á mí no me toca: *es dar voces al lobo, tener el sol y predicar en desierto.*

Vuelvo á lo que más le achacaron, que estuvo preso por lo que tú dices ó á ti te dijeron, que por ser hombre rico y, como dicen, *el padre alcalde y compadre el escribano*, se libró; que hartos indicios hubo para ser castigado. Hermano mío, los indicios no son capaces de castigo por sí solos. Asi te pienso concluir que todas han sido consejas de horneras, mentiras y falsos testimonios levantados. Porque confesándote una parte, no negarás de la mía ser justo defenderte la otra. Digo que tener compadres escribanos es conforme al dinero con que cada uno pleitea. Que en robar á ojos vistos tienen algunos el alma de jitano y harán de la justicia el juego de pase pase, poniéndola en el lugar que se les antojare, sin que las partes lo puedan impedir ni los letrados lo sepan defender ni el juez juzgar.

Y antes que me huya de la memoria, oye lo que en la iglesia de San Gil de Madrid predicó á los señores del consejo supremo un docto predicador un viernes de la cuaresma. Fué discurriendo por todos los ministros de justicia hasta llegar al escribano, al cual dejó de industria para la postre, y dijo: "aquí ha parado el carro, metido y sonrodado está en el lodo; no sé cómo salga, si el ángel de Dios no revuelve la piscina. Confieso, señores, que de treinta y más años á esta parte tengo vistas y oidas confesiones de muchos pecadores, que caidos en un pecado reincidieron muchas veces en él y á todos, por la misericordia de Dios, que han salido dél reformando sus vidas y conciencias. Al amancebado consumieron el tiempo y la mala mujer y al jugador desengaño el tablajero que, como sanguijuela de unos y otros, poco á poco chupa la sangre: hoy ganas, mañana pierdes, rueda el dinero, vásele quedando, y los que juegan sin él.

Al ladrón reformaron el miedo y la vergüenza; al murmurador, la perlesia de que pocos escapan; al soberbio su misma miseria lo desengaña, conociéndose que es todo; al mentiroso puso freno la mala voz y afrentas, que de ordinario recibe en sus mismas barbas; al blasfemo corrigieron continuas reprehensiones de sus amigos y deudos: todos tarde ó temprano sacan fruto y dejan como la culebra el hábito viejo, aunque para ello se estrechen. A todos he hallado señales de su salvación; en sólo el escribano pierdo la cuenta ni le hallo enmienda más hoy que ayer, este año que los treinta pasados: siempre es el mismo. Ni sé cómo se confiesa ni quién lo absuelve. Digo al que no usa fielmente de su oficio. Porque informan y escriben lo que se les antoja y, por dos ducados ó por complacer al amigo y aun á la amiga, que negocian mucho los mantos, quitan las vidas, las honras y las haciendas, dando puerta á infinito número de pecados. Pecan de codicia insaciable, tienen hambre canina, con un calor de fuego infernal en el alma, que les hace tragar sin mascar á

diestro y siniestro la hacienda ajena. Y como reciben por momentos lo que no se les debe y aquel dinero, puesto en las palmas de las manos, en el punto se convierte sangre y carne, no lo pueden volver á echar de sí, y al mundo y al diablo sí. Y así me parece que, cuando alguno se salva, no todos deben de ser como los que yo he llegado á tratar.

Al entrar en la gloria, dirán los ángeles unos á otros llenos de alegría: "*Letamini in Domino*. ¿Escribano en el cielo? Fruta nueva, fruta nueva. ,,

Con esto acabó su sermón. ¿Que hayan vuelto al escribano? Pase. También sabrá responder por sí, dando á su culpa disculpa. Que el hierro también se puede dorar. Y dirán que son los aranceles del tiempo viejo, que los mantenimientos cada día valen más, que los pechos y derechos crecen, que no les dieron de balde los oficios, que de su dinero han de sacar la renta y pagarse de la ocupación de su persona.

Y así debió de ser en todo tiempo, pues Aristóteles dice que el mayor daño, que puede venir á la república, es de la venta de los oficios, Y Alcamedo Esparto, siendo preguntado cómo será un reino bienaventurado, respondió que menospreciando el rey su propia ganancia. Mas el juez, que se lo dieron gracioso, en confianza para hacer oficio de Dios, y así se llaman dioses de la tierra, decir deste tal que vende la justicia, dejando de castigar lo malo y premiar lo bueno y que, si le hallara rastro de pecado, lo salvara, niégolo y con evidencia lo pruebo.

¿Quién ha de creer haya en el mundo juez tan malo y descompuesto ó desvergonzado, que tal sería el que tal hiciese, que rompa la ley y le doble la vara un monte de oro? Bien que por ahí dicen algunos que esto de pretender oficios y judicaturas va por ciertas indirectas y destiladeras ó, por mejor decir, falsas relaciones con que se alcanzan; y después de constituidos en ellos, para volver algunos á poner su caudal

en pie, se vuelven como pulpos. No hay poro ni coyuntura en todo su cuerpo, que no sean bocas y garras. Por allí les entra y agarran el trigo, la cebada, el vino, el aceite, el tocino, el paño, el lienzo, sedas, joyas y dineros. Desde las tapicerías hasta las especerías, desde su cama hasta la cama de su mula, desde lo más granado hasta lo más menudo. De que sólo el arpón de la muerte los puede desasir, porque en comenzándose á corromper, quedan para siempre dañados con el mal uso y así reciben como si fuesen gajes, de manera que no guardan justicia. Disimulan con los ladrones, porque les contribuyen con las primicias de lo que roban. Tienen ganado el favor y perdido el temor, tanto el mercader como el regatón, y con aquello cada uno tiene su ángel de guarda, comprado por su dinero ó con lo más difícil de enajenar, para las impertinentes necesidades del cuerpo, demás del que Dios les dió para las importantes del alma.

Bien puede ser que algo desto suceda y no por eso se ha de presumir; mas el que diere con la codicia en semejante bajeza, será de mil uno, malnacido y de viles pensamientos. Y no les quieras mayor mal ni desventura: consigo lleva el castigo, pues anda señalado con el dedo. Es murmurado de los hombres, aborrecido de los ángeles, en público y secreto vituperado de todos. Y así no por éste han de perder los demás. Si alguno se queja de agraviado, debes creer que, como sean los pleitos contiendas de diversos fines, no es posible que ambas partes queden contentas de un juicio. Quejosos ha de haber con razón ó sin ella; pero advierte que estas cosas quieren solicitud y maña. Y si te falta, será la culpa tuya y no será mucho que pierdas tu derecho, no sabiendo hacer tu hecho, y que el juez te niegue la justicia. Porque muchas veces la deja de dar al que le consta tenerla, porque no la prueba y lo hizo el contrario bien, mal ó como pudo; y otras por negligencia de la parte ó porque les falta fuerza y dineros con que seguilla y tener opositor pode-

roso. Y así no es bien culpar jueces y menos en superiores tribunales, donde son muchos y escogidos entre los mejores.

Y cuando uno por alguna pasión quisiese precipitarse, los otros no la tienen y le irían á la mano. Acuérdomé que un labrador de Granada solicitaba por su interese un pleito en voz de consejo contra el señor de su pueblo, pareciéndole que lo había con Pero Crespo, el alcalde dél, y que pudiera traer los oidores de la oreja. Y estando un día en la plaza Nueva mirando la portada de la chancillería, que es uno de los más famosos edificios, en su tanto, de todos los de España, y á quien de los de su manera no se les conoce igual en estos tiempos, vió que las armas reales tenían en el remate á los dos lados la justicia y fortaleza. Preguntándole otro labrador de su tierra ¿qué hacía, por qué no entraba á solicitar su negocio?, le respondió: estoy considerando que estas cosas no son para mí y de buena gana me fuera para mi casa: porque en ésta tienen tan alta la justicia, que no se deja sobajar ni sé si la podré alcanzar.

No es maravilla, como dije, y lo sería, aunque uno la tenga, no sabiendo ni pudiéndola defender, si se la diesen. A mi padre se la dieron porque la tuvo, la supo y pudo pleitear. Demás, que en el tormento purgó los indicios y tachó los testigos de pública enemistad, que deponían de vanas presunciones y de vano fundamento.

Ya oigo al murmurador diciendo la mala voz que tuvo: rizarse, afeitarse y otras cosas que callo, dineros que bullían, presentes que cruzaban, mujeres que solicitaban, me dejan la espina en el dedo. Hombre de la maldición, mucho me aprietas y cansado me tienes: pienso desta vez dejarte satisfecho y no responder más á tus replicatos, que sería proceder en infinito aguardar á tus sofisterías. Y así, no digo que dices disparates ni cosas de que no puedas obtener la parte que quisieres, en cuanto la verdad se determina. Y cuando los pleitos andan deste modo, escandalí-

zan; mas todo es menester. Librete Dios de juez con leyes de encaje y escribano enemigo y de cualquier dellos cohechado.

Mas cuando te quieras dejar llevar de la opinión y voz del vulgo, que siempre es la más flaca y menos verdadera, por serlo el sujeto donde sale, dime como cuerdo: ¿todo cuanto has dicho es parte para que indubitablemente mi padre fue-se culpado? Y más que, si es cierta la opinión de algunos médicos, que lo tienen por enfermedad, ¿quién puede juzgar si mi padre no estaba sano? Y á lo que es tratar de rizados y más porquerias, no lo alabo ni á los que en España lo consienten; cuanto más á los que lo hacen.

Lo que le vi, el tiempo que le conoci, te puedo decir. Era blanco, rubio, colorado, rizo, y creo de naturaleza tenia los ojos grandes, turquesados. Traia copete y sienes ensortijadas. Si esto era propio, no fuera justo, dándoselo Dios, que se tiznara la cara ni arrojara en la calle semejantes prendas. Pero si es verdad, como dices, que se valia de untos y artificios de sevillos, que los dientes y manos, que tanto le loaban, era á poder de polvillos, hieles, jabonetes y otras porquerias, confesaréte cuanto dél dijeres y seré su capital enemigo y de todos los que de cosa semejante tratan. Pues demás que son actos de afeminados maricas, dan ocasión para que dellos murmuren y se sospeche toda vileza, viéndolos embarrados y compuestos con las cosas sólo á mujeres permitadas que, por no tener bastante hermosura, se ayudan de pinturas y barnices á costa de su salud y dinero. Y es lástima de ver que no sólo las feas son las que aquesto hacen; sino aun las muy hermosas: que pensando parecerlo más, comienzan en la cama por la mañana y acaban á mediodía puesta la mesa. De donde no sin razón digo que la mujer, cuanto más mirare la cara, tanto más destruye la casa. Si esto es aun en mujeres vituperio, ¿cuánto lo será más en los hombres?

¡Oh fealdad sobre toda fealdad! ¡Oh afrenta de todas las

afrentas! No me podrás decir que amor paterno me ciega ni el natural de la patria me cohecha ni me hallarás fuera de razón y verdad. Pero si en lo malo hay descargo, cuando en alguna parte hubiera sido mi padre culpado, quiero decirte una curiosidad, por ser este su lugar, y todo sucedió casi en un tiempo. Servirá á ti de aviso y á mi de consuelo, como mal de muchos.

El año mil quinientos y doce, en Ravena, poco antes que fuese saqueada, hubo en Italia crueles guerras. Y en esta ciudad nació un monstruo muy extraño, que puso grandísima admiración. Tenia de la cintura para arriba todo su cuerpo, cabeza y rostro de criatura humana; pero un cuerno en la frente. Faltábanle los brazos y dióle naturaleza por ellos en su lugar dos alas de murciélago. Tenia en el pecho figurada la Y pitagórica y en el estómago hacia el vientre una cruz bien formada. Era hermafrodito y muy formados los dos naturales sexos. No tenia más de un muslo y en él una pierna con su pie de milano y las garras de la misma forma. En el ñudo de la rodilla tenia un ojo solo. De aquestas monstruosidades tenian todos muy grande admiración.

Y considerando personas muy doctas que siempre semejantes monstruos suelen ser prodigiosos, pusiéronse á especular su significación. Y entre las más que se dieron, fué sola bien recibida la siguiente: que el cuerno significaba orgullo y ambición; las alas, inconstancia y ligereza; falta de brazos, falta de buenas obras; el pie de ave de rapiña, robos, usuras y avaricias; el ojo en la rodilla, afición á vanidades y cosas mundanas; los dos sexos, sodomía y bestial bruteza. En todos los cuales vicios abundaba por entonces toda Italia, por lo cual Dios la castigaba con aquel azote de guerras y disensiones. Pero la cruz y la Y eran señales buenas y dichosas, porque la Y en el pecho significaba virtud y la cruz sobre el vientre, que si, reprimiendo las torpes carnalidades, abraza-

sen en su pecho la virtud, les daría Dios paz y ablandaría su ira. Ves aquí en caso negado que, cuando todo corra turbio, iba mi padre con el hilo de la gente y no fué solo el que pecó. Harto más digno de culpa serías tú, si pecases, por la mejor escuela que has tenido. Ténganos Dios de su mano para no caer en otras ó semejantas miserias, que todos somos hombres.

CAPITULO II

En que Guzmán de Alfarache prosigue contando quiénes fueron sus padres y principio de conocimiento y amores de su madre.



OLVIENDO á mi cuento, ya dije, si mal no me acuerdo, que cumplida la penitencia, vino á Sevilla mi padre por cobrar la deuda, sobre que hubo muchos dares y tomares, demandas y respuestas. Y si no se hubiera purgado en salud, bien creo que le faltara en arestin; mas como se labró sobre sano, ni le pudieron coger por seca ni descubrieron blanco donde habelle tiro. Hubieron de tomarse medios, el uno por no pagallo todo y el otro por no perdello todo: del agua vertida cogióse lo que se pudo.

Con lo que le dieron volvió el naípe en rueda. Tuvo tales y tan buenas entradas y suertes, que ganó en breve tiempo de comer y aun de cenar. Puso una honrada casa, procuró arraigarse, compró una heredad, jardin de San Juan de Alfarache, de mucha recreación, distante de Sevilla poco más de media legua, donde muchos días, en especial por las tardes el verano, iba por su pasatiempo y se hacian banquetes. Aconteció que, como los mercaderes hacian lonja para sus contrataciones en las gradas de la iglesia mayor, que era un andén ó paseo hecho á la redonda della, por la parte de afuera tan alto como á los pechos, considerado desde lo llano de la calle, á poco más ó menos, todo cercado de gruesos

mármoles y fuertes cadenas, estando allí mi padre paseándose con otros tratantes, acertó á pasar un cristianismo. A lo que supo, era hijo secreto de cierto personaje. Entróse tras la gente hasta la pila del bautismo por ver á mi madre que, con cierto caballero viejo de hábito militar, que por serlo comia mucha renta de la iglesia, eran padrinos. Ella era gallarda, grave, graciosa, moza, hermosa, discreta y de mucha compostura. Estívola mirando todo el tiempo; que dió lugar el ejercicio de aquel sacramento, como abobado de ver tan peregrina hermosura. Porque con la natural suya, sin traer aderezo en el rostro, era tan curiosa y bien puesto el de su cuerpo, que, ayudándose unas prendas á otras, toda en todo, ni el pincel puede llegar ni la imaginación aventajarse. Las partes y faiciones de mi padre ya las dije.

Las mujeres, que les parece los tales hombres pertenecer á la divinidad y que como los otros no tienen pasiones naturales, echó de ver con el cuidado que la miraba y no menos entre sí holgaba dello, aunque lo disimulaba. Que no hay mujer tan alta, que no huelgue ser mirada; aunque el hombre sea muy bajo. Sus ojos parleros, las bocas callando, se hablaron, manifestando por ellos los corazones que no consienten las almas velos en estas acasiones. Por entonces no hubo más de que se supo ser prenda de aquel caballero, dama suya, que con gran recato la tenía consigo. Fuése á su casa la señora y mi padre quedó rematado, sin poderla un punto apartar de sí. Hizo para volver á verla muy extraordinarias diligencias; pero, si no fué algunas fiestas en misa, jamás pudo de otra manera en muchos dias. *La gotera cava la piedra* y la porfia siempre vence, porque la continuación en las cosas las dispone. Tanto cavó con la imaginación, que halló traza por los medios de una buena dueña de tocas largas reverendas. Que suelen ser las tales ministros de Satanás, con que mina y postra las fuertes torres de las más castas mujeres, que por mejorarse de monjiles y mantos y tener

en sus cajas otras de mermelada, no habrá traición que no intenten, fealdad que no soliciten, sangre que no saquen, castidad que no manchen, limpieza que no ensucien ni maldad con que no salgan. A esta pues, acariciándola con palabras y regalándola con obras, iba y venia con papeles. Y porque la dificultad está toda en los principios y *al enhornar suelen hacerse los panes tuertos*, él se daba buena maña. Y por haber oido decir que el dinero allana las mayores dificultades, siempre manifestó su fe con obras, porque no se la condenasen por muerta.

Nunca fué perezoso ni escaso. Comenzó, como dije, con la dueña á sembrar, con mi madre á pródigamente gastar: ellas alegremente á recibir. Y como al bien la gratitud es tan debida y el que recibe queda obligado á reconocimiento, la dueña lo solicitó de modo, que á las buenas ganas que mi madre tuvo, fué llegando leño á leño y de flacas estopas levantó brevemente un terrible fuego. Que muchas livianas burlas acontecen hacer pesadas veras. Era, como lo has oido, mujer discreta, queria y recelaba, iba y venia á su corazón, como el oráculo de sus deseos, poniendo el pro y el contra. Ya lo tenia de la haz, ya de envés; ya tomaba resolución, ya lo volvía á conjugar de nuevo. Ultimamente, ¿qué no la plata, qué no corrompe el oro?

Este caballero era hombre mayor, escupia, tosia, quejábase de piedra, riñón y urina. Muy de ordinario lo había visto en la cama desnudo á su lado: no le parecía como mi padre, de aquel talle ni brio y siempre el mucho trato, donde no hay Dios, pone enfado. Las novedades aplacen, especialmente á mujeres, que son de suyo noveleras, como la primera materia, que nunca cesa de apetecer nuevas formas. Determinábase á dejallo y mudar de ropa, dispuesta á saltar por cualquier inconveniente; mas la mucha sagacidad suya y largas esperiencias, heredadas y mamadas al pecho de su madre, la hicieron camino y ofrecieron ingeniosa resolución. Y sin du-

da el miedo de perder lo servido la tuvo perpleja en aquel breve tiempo; que de otro modo ya estaba bien picada. Que lo que mi padre le significó una vez, el diablo se lo repitió diez y así no estaba tan dificultosa de ganarse Troya.

La señora mi madre hizo su cuenta: "En esto no pierde mi persona ni vendo alhaja de mi casa, por mucho que á otros dé. Soy como la luz: entera me quedo y nada se me gasta. De quien tanto he recibido, es bien mostrarme agradecida; no le he de ser avarienta. Con esto coseré á dos cabos, comeré con dos carrillos. Mejor se asegura la nave sobre dos ferros, que con uno: cuando el uno suelte, queda el otro asido. *Y si la casa se cayere, quedando el palomar en pie, no le han de faltar palomas*". En esta consideración trató con su dueña el cómo y cuándo sería. Viendo pues, que en su casa era imposible tener sus gustos efecto, entre otras muchas y muy buenas trazas, que se dieron, se hizo, por mejor, elección de la siguiente.

Era entrado el verano, fin de Mayo, y el pago de Gelves y San Juan de Alfarache el más deleitoso de aquella comarca, por la fertilidad de la tierra, que es toda una, y vecindad cercana que le hace el rio Guadalquivir famoso, regando y calificando con sus aguas todas aquellas huertas y florestas. Que con razón, si en la tierra se puede dar conocido paraíso, se debe á este sitio el nombre dél. Tan adornado está de frondosas arboledas, lleno y esmaltado de varias flores, abundante de sabrosos frutos, acompañado de plateadas corrientes, fuentes espejadas, frescos aires y sombras deleitosas, donde los rayos del sol no tienen en tal tiempo licencia ni permisión de entrada. A una destas estancias de recreación concertó mi madre, con su medio matrimonio y alguna de la gente de su casa, venirse á holgar un día. Y aunque no era á la de mi padre, la heredad adonde iban, estaba un poco más adelante, en término de Gelves, que de necesidad se habia de pasar por nuestra puerta. Con este cuidado y sobre

concierto cerca de llegar á ella, mi madre se comenzó á quejar de un repentino dolor de estómago. Ponia el achaque al fresco de la mañana, de do se habia causado fatigalla de manera, que le fué forzoso dejarse caer de la jamuga, en que en un pequeño sardesco iba sentada, haciendo tales estremos, gestos y ademanes, apretándose el vientre, torciendo las manos, desmayando la cabeza, desabrochándose los pechos, que todos la creyeron y á todos amancillaba, teniéndola compasiva lástima.

Comenzábanse á llegar pasajeros. Cada uno daba su remedio. Mas, como no habia de donde traerlo ni lugar para hacello, eran impertinentes. Volver á la ciudad, imposible; pasar de allí, dificultoso; estarse quedos en medio del camino, ya puedes ver el mal cómodo. Los accidentes crecian. Todos estaban confusos, no sabiendo qué hacerse. Uno de los que se llegaron, que fué de propósito echado para ello, dijo: quitenla del pasaje, que es crueldad no remedialla, y métenla en la casa desta heredad primera.

Todos lo tuvieron por bueno y determinaron, en tanto que pasase aquel accidente, pedir á los caseros la dejasen entrar. Dieron algunos golpes apriesa y recio. La casera fingió haber entendido que era su señor. Salió diciendo: ¡Jesús! ¡ay Dios! perdone vuesa merced, que estaba ocupada y no pude más. Bien sabia la vejezuela todo el cuento y era de las que dicen: *no chero, no sabo*. Dotrinada estaba en lo que habia de hacer y de mi padre prevenida. Demás que no era lerda y para semejantes achaques tenia en su servicio lo que habia menester. Y en esto, entre las más ventajas, la hacen los ricos á los pobres, que los pobres, aunque buenos, siempre son ellos los que sirven á sus malos criados; y los ricos, aunque malos, sirviéndose de buenos, son solos los bien servidos. Mi buena mujer abrió su puerta y, desconocida la gente, dijo con disimulo: ¡Mal hora! que pensé que era nuestro amo y no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo, de

cómo me tardaba. Y bien, ¿qué es lo que mandan los señores? ¿Quieren algo sus mercedes? El caballero respondió: mujer honrada, que nos deis lugar donde esta señora descanse un poco, que le ha dado en el camino un grave dolor de estómago. La casera, mostrándose con sentimiento pesarosa, dijo: ¡Noramala sea! ¡qué dolor mal empleado en su cara de rosa! Entren en buen hora, que todo está en su servicio. Mi madre á todas estas no hablaba y de sólo su dolor se quejaba. La casera, haciéndole las mayores caricias que pudo, les dió la casa franca, metiéndolos en una sala baja, donde en una cama, que estaba armada, tenia puestos en rima unos colchones. Presto los desdobló y, tendidos, luego sacó de un cofre limpias y delgadas sábanas, colcha y almohadas, con que le aderezó en que reposase.

Bien pudiera estar la cama hecha, el aposento lavado, todo perfumado, ardiendo los pevetes y los pomos vaheando, el almuerzo aderezado y puestas á punto muchas otras cosas de regalo; mas alguna dellas ni la casera llegar á la puerta ni tenella menos que cerrada convino. Antes aguardó á que llamasen para que no pareciera cautela, que pudiera engendrar sospecha, de donde viniera fácilmente á descubrirse la encamisada, que tal fué la deste día. Mi madre con sus dolores desnudóse, metióse en la cama; pidiendo á menudo paños calientes, que siéndole traídos, haciendo como que los ponía en el vientre, los bajaba más abajo de las rodillas y aun algo apartados de sí. Porque con el calor le daban pesadumbre y temia no le causasen alguna remoción, de donde resultara aflojarse el estómago. Con este beneficio se fué aliviando mucho y fingió querer dormir, por descansar un poco. El pobre caballero, que sólo su regalo deseaba, holgó dello y la dejó en la cama sola. Luego, cerrando con un cerrojo la sala por defuera, se fué á desenfadar por los jardines, encargando el silencio, que nadie abriese ni hiciese ruido, y á la buena de nuestra dueña en guarda, en tanto

que ella recordada llamase. Mi padre no dormia, que con atención lo estaba oyendo todo y acechando lo que podia por la entrada de la llave de la cerradura del postigo de un re-trete, donde estaba metido. Y estando todo muy quieto y avisada la dueña y casera que con cuidado estuviesen en alerta para dalles aviso con cierta seña secreta, cuando el patrón volviese, abrió su puerta para ver y hablar á la seño-ra. En aquel punto cesaron los dolores fingidos y se mani-festaron los verdaderos. En esto se entretuvieron largas dos horas, que en dos años no se podria contar lo que en ellas pasaron.

Ya iba entrando el dia con el calor, obligando al caballe-ro á recogerse. Con esto y deseo de saber la mejoría de su enferma y si allí habian de quedar ó pasar adelante, le hizo volver á visitalla. En el punto fueron avisados, y mi padre, con gran dolor de su corazón, se volvió á encerrar donde primero estaba.

Entrado su viejo galán, se mostró adormecida y que al ruido recordaba. Hizo luego un melindre de enojada, di-ciendo: ¡ay, válgame Dios! ¿por qué abrieron tan presto, sin quererme dejar que reposase un poco? El bueno de nues-tro paciente le respondió: por tus ojos, niña, que me pesa de haberlo hecho; pero más de dos horas has dormido. No, ni media, replicó mi madre, que agora me pareció cerraba el ojo y en mi vida no he tenido tan descansado rato. No mentia la señora, que con la verdad engañaba, y mostrando el rostro un poco alegre, alabó mucho el remedio que le ha-bian hecho, diciendo que le habia dado la vida. El señor se alegró dello y de acuerdo de ambos concertaron celebrar allí su fiesta y acabar de pasar el dia, porque no menos era el jardin ameno, que el donde iban. Y por estar no lejos, mandaron volver la comida y las más cosas que allá estaban. Entretanto que desto se trataba, tuvo mi padre lugar cómo salir secretamente por otra puerta y volverse á Sevilla, don-

de las horas eran de á mil años, los momentos largo siglo y el tiempo, que de sus nuevos amores careció, penoso infierno.

Ya, cuando el sol declinaba, serian como las cinco de la tarde, subiendo en su caballo, como cosa ordinaria suya, se vino á la heredad. En ella halló aquellos señores, mostró alegrarse de vellos, pesóle de la desgracia sucedida, de donde resultó el quedarse, porque luego le refirieron lo pasado. Era muy cortés, la habla sonora y no muy clara. Hizo muy discretos y disimulados ofrecimientos. De la otra parte no le quedaron deudores. Trabóse la amistad con muchas veras en lo público y con mayores los dos en lo secreto, por las buenas prendas que estaban de por medio.

Hay diferencia entre buena voluntad, amistad y amor. Buena voluntad es la que puedo tener al que nunca vi ni tuve dél otro conocimiento que oír sus virtudes ó nobleza ó lo que pudo y bastó moverme á ello. Amistad llamamos á la que nos hacemos tratando y comunicando ó por prendas, que corren de por medio. De manera, que la buena voluntad se dice entre ausentes y amistad entre presentes. Pero amor corre por otro camino. Ha de ser forzosamente reciproco, traslación de dos almas, que cada una dellas asista más donde ama, que adonde anima. Este es mas perfecto, cuanto lo es en el objeto; y el verdadero, el divino. Asi debemos amar á Dios sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón y de todas nuestras fuerzas, pues él nos ama tanto. Después deste, el conyugal y del prójimo. Porque el torpe y deshonesto no merece ni es digno deste nombre, como bastardo.

Y de cualquier manera, donde hubiere amor, ahí estarán los hechizos; no hay otros en el mundo. Por él se truecan condiciones, allanan dificultades y doman fuertes leones. Porque decir que hay bebedizos ó bocados para amar, es falso. Y lo tal sólo sirve de trocar el juicio, quitar la vida, solicitar la memoria, causar enfermedades y graves accidentes. El

amor ha de ser libre. Con libertad ha de entregar las potencias á lo amado. Que el alcaide no da el castillo, cuando por fuerza se lo quitan, y el que amase por malos medios, no se le puede decir que ama, pues va forzado adonde no le lleva su libre voluntad.

La conversación anduvo y della se pidió juego. Comenzaron una primera en tercio. Ganó mi madre, porque mi padre se hizo perdedizo. Y queriendo anochecer, dejando de jugar, salieron por el jardín á gozar del fresco. En tanto pusieron las mesas. Traida la cena, cenaron y, haciendo para después aderezar de ramos y remos un lijero barco, llegados á la lengua del agua, se entraron en él, oyendo de otros, que andaban por el rio, gran armonia de concertadas músicas: cosa muy ordinaria en semejante lugar y tiempo. Asi llegaron á la ciudad, yéndose cada uno á su casa y cama; salvo el juicio del buen contemplativo, si mi madre, que cual otra Melisendra, durmió con su consorte, el cuerpo preso en Sansueña y en Paris cautiva el alma. Fué tan estrecha la amistad, que se hacian de aquel dia en adelante los unos á los otros, continuada con tanta discreción y buena maña, por lo mucho que se aventuraba en perdella, quanto se puede presumir de la sutileza de un levantisco tinto en jinovés, que liquida y apura quanto más merma, por ciento, el pan partido á manos, ó el cortado á cuchillo, y de una mujer de las prendas que he dicho, siendo de nación andaluz, criada en buena escuela, cursada entre los dos coros y naves de la Antigua.

Que antes había tenido achaques, de donde sin conservar cosa propia ni de respeto, el dia que asentó la compañía con el caballero, me juró que metió de puesto más de tres mil ducados de solas joyas de oro y plata, sin el mueble de casa y ropas de vestir. El tiempo corre y todo tras él. Cada dia, que amanece, amanecen cosas nuevas y, por más que hagamos, no podemos excusar que cada momento que pasa no lo tengamos menos de la vida, amaneciendo siempre más viejos y

cercanos á la muerte. Era el buen caballero, como tengo significado, hombre anciano y cansado; mi madre moza, hermosa y con salsas. La ocasión irritaba el apetito, de manera que su desorden le abrió la sepultura. Comenzó con flaquezas de estómago, demedió en dolores de cabeza, con una calenturilla. Después á pocos lances acabó, relajadas las ganas de comer. De treta en treta lo consumió el malvivir y al fin murióse, sin podelle dar vida la que él juraba siempre que lo era suya; y todo mentira, pues lo enterraron, quedando ella viva.

Estábamos en casa cantidad de sobrinos; pero ninguno para con ellos más de á mí de mi madre. Los más eran como pan de diezmo, cada uno de la suya. Que el buen señor, á quien Dios perdone, habia holgado poco en esta vida. Al tiempo de su fallecimiento, ellos por una parte, mi madre por otra, aun el alma tenia en el cuerpo y no sábanas en la cama. Que el saco de Anveres no fué tan riguroso con el temor del secuestro. Como mi madre cuajaba la nata, era la ropera, tenia las llaves y prianza, metió con tiempo las manos donde estaba su corazón. Aunque lo más importante todo lo tenia ella y dello era señora. Mas viéndose á peligro, parecióle mejor dar con ello salto de mata, que después rogar á buenos.

Diéronse todos tal maña, que apenas hubo con que enterrarlo. Pasados algunos días, aunque pocos, hicieron muchas diligencias para que la hacienda pareciese. Clavaron censuras por las iglesias y á puertas de casas; mas allí quedaron, que pocas veces quien hurta lo vuelve. Pero mi madre tuvo excusa. Que el que buen siglo haya le decía, cuando visitaba las monedas y recorría los cofres y escritorios ó trayendo algo á su casa: esto es tuyo y para ti, señora mía. Así, le dijeron letrados que con esto tenia satisfecha la conciencia. Demás que le era deuda debida. Porque, aunque lo ganaba torpemente, no torpemente lo recibia.

En esta muerte vine á verificar lo que antes habia oido decir, que los ricos mueren de hambre, los pobres de ahitos y los que no tienen herederos y gozan bienes eclesiásticos, de frio. Cual este podrá servir de ejemplo, pues viviendo no le dejaron camisa y la del cuerpo le hicieron cortesía. Los ricos, por temor no les haga mal, vienen á hacelles mal: pues comiendo por onzas y bebiendo por dedales, viven por adarres, muriendo de hambre, antes que de rigor de enfermedad. Los pobres, como pobres, todos tienen misericordia dellos: unos les envian, otros les traen, todos de todas partes les acuden, especialmente cuando están en aquel extremo. Y como les hallan desflaquecidos y hambrientos, no hacen elección, faltando quien se lo administre. Comen tanto, que no pudiendo digerir por falta de calor natural, ahogándolos con viandas, mueren ahitos.

También acontece lo mismo aun en los hospitales, donde algunas piadosas mentecatas, que por devoción los visitan, les llevan las faltriqueras y mangas llenas de colaciones y criadas cargadas con espuestas de regalos y, creyendo hacerles con ello limosna, los entierran por amor de Dios. Mi parecer sería que no se consintiese y lo tal antes lo den al enfermero que al enfermo. Porque de allí saldrá con parecer del médico cada cosa para su lugar mejor distribuida, pues lo que así no se hace es dañoso y peligroso. Y en cuanto á caridad mal dispensada, no considerando el útil ni el daño, el tiempo ni la enfermedad, si conviene ó no conviene, los engargantan como á capones en cebadero, con que los matan. De aquí quede asentado que lo tal se dé á los que administran, que lo sabrán repartir, ó en dineros para socorrer otras mayores necesidades.

¡Oh qué gentil disparate! Qué fundado en teología! ¿No veis el salto que he dado del banco á la popa? ¡Qué vida de Juan de Dios la mia para dar esta dotrina! Calentóse el horno y salieron estas llamaradas. Podráseme perdonar

por haber sido corto. Como encontré con el cinco, llevémelo de camino. Así lo habré de hacer adelante las veces que se ofrezca. No mires á quien lo dice, sino á lo que se te dice. Que el bizarro vestido, que te pones, no se considera si lo hizo un corcovado. Ya te prevengo, para que me dejes ó te armes de paciencia. Bien sé que es imposible ser de todos bien recibido, pues no hay vasija que mida los gustos ni balanza que los iguale. Cada uno tiene el suyo y, pensando que es el mejor, es el más engañado, porque los más los tienen muy estragados.

Vuelvo á mi puesto. Que me espera mi madre, ya viuda del primer poseedor, querida y tiernamente regalada del segundo. Entre esas y esotras, ya yo tenía cumplidos tres años, cerca de cuatro. Y por la cuenta y reglas de la ciencia femenina, tuve dos padres. Que supo mi madre ahijarme á ellos y alcanzó á entender y obrar lo imposible de las cosas. Vedlo á los ojos, pues agradó igualmente á dos señores, trayéndolos contentos y bien servidos. Ambos me conocieron por hijo. El uno me lo llamaba y el otro también. Cuando el caballero estaba solo, le decía que era un estornudo suyo y que tanta similitud no se hallaba en dos huevos. Cuando hablaba con mi padre, afirmaba que él era yo, cortada la cabeza, que se maravillaba, pareciéndole tanto, que cualquier ciego lo conociera, sólo con pasar las manos por el rostro, no haberse descubierto, echándose de ver el engaño; mas que con la ceguera que la amaban y confianza que de los dos hacían, no se había echado de ver ni puesto sospecha en ello.

Y así cada uno lo creyó y ambos me regalaban. La diferencia sola fué ser, en el tiempo que vivió, el buen viejo en lo público y el extranjero en lo secreto y el verdadero. Porque mi madre lo certificaba después, haciéndome largas relaciones destas cosas. Y así protesto no me pare perjuicio lo que quisieren calumniarme. De su boca lo oí, su verdad refiero. Que sería gran temeridad afirmar cuál de los dos me engendrase ó

si soy de otro tercero. En esto perdone la que me parió, que á ninguno está bien decir mentira y menos al que escribe.

Ni quiero que digan que sustento disparates. Mas la mujer, que á dos dice que quiere, á entrambos engaña y della no se puede hacer confianza. Esto se entiende por la soltera; que la regla de las casadas es otra. Quieren decir que dos es uno y uno ninguno y tres bellaqueria. Porque no haciendo cuenta del marido, como es así la verdad, él solo es ninguno y él con otro hacen uno; y con él otros dos, que son por todos tres, equivalen á los dos de la soltera. Así que, conforme á su razón, cabal está la cuenta. Sea como fuere y el levantisco, mi padre. Que pues ellos lo dijeron y cada uno por si lo averaba, no es bien que yo apele. Las partes conformes, por suyo me llamo, por tal me tengo, pues de aquella melonada quedé legitimado con el santo matrimonio y estáme muy mejor, antes que diga un cualquiera que soy malnacido é hijo de ninguno.

Mi padre nos amó con tantas veras, como lo dirán sus obras, pues tropelló con este amor la idolatria del qué dirán, la común opinión, la voz popular: que no le sabian otro nombre, sino la comendadora, y así respondia por él como si tuviera colada la encomienda. Sin reparar en esto ni dárselo un cabello por esotro, se desposó y casó con ella. También quiero que entiendas que no lo hizo *á humo de pajas*. Cada uno sabe su cuento y *más el cuerdo en su casa, que el necio en la ajena*.

En este tiempo intermedio, aunque la heredad era de recreación, esa era su perdición: el provecho poco, el daño mucho, la costa mayor, así de labores como de banquetes. Las tales haciendas pertenecen solamente á los que tienen otras muy asentadas y acreditadas, sobre quien cargue todo el peso; que á la más gente no muy descansada son polilla, que les come hasta el corazón, carcoma que se le hace ceniza y cicuta en vaso de ambar. Esto por una parte; los pleitos, los

amores de mi madre y otros gastos, que ayudaron, por otras, lo tenían harto delgado, á pique de dar estrallido, como lo habia de costumbre.

Mi madre era guardosa, nada desperdiciada. Con lo que en sus mocedades ganó y en vida del caballero y con su muerte recogió vino á llegar casi á diez mil ducados, con que se dotó. Con este dinero, hallado de fresco, volvió un poco mi padre sobre sí, como torcida que atizan en candil con poco aceite. Comenzó á dar luz: gastó, hizo carroza y silla de manos, no tanto por la gana que dello tenia mi madre, como por la ostentación, que no le reconocieran su flaqueza. Conservóse lo menos mal que pudo. Las ganancias no igualaban á las espensas. Uno á ganar y muchos á gastar, el tiempo por su parte á apretar, los años caros, las correspondencias pocas y malas. *Lo bien ganado se pierde y lo malo ello y su dueño.* El pecado lo dió y él lo consumió, pues nada lució y mi padre de una enfermedad aguda en cinco dias falleció.

Como quedé niño de poco entendimiento, no sentí su falta; aunque ya tenia de doce años adelante. Y no embargante que venimos en pobreza, la casa estaba con alhajas, de que tuvimos que vender para comer algunos dias. Esto tienen las de los que han sido ricos, que siempre vale más el remaniente, que el puesto principal de las de los pobres, y en todo tiempo dejan rastros, que descubren lo que fué, como las ruinas de Roma.

Mi madre lo sintió mucho, porque perdió bueno y honrado marido. Hallóse sin él, sin hacienda y con edad en que no le era licito andar á rogar para valerse de sus prendas ni volver á su crédito. Y aunque su hermosura no estaba distraída, teníanla los años algo gastada. Hacíasele de mal, habiendo sido rogada de tantos tantas veces, no serlo también entonces y de persona tal que nos pelechara; que no lo siendo, ni ella lo hiciera ni yo lo permitiera. Aun hasta en esto fui desgraciado, pues aquel juro, que tenia, se acabó,

cuando tuve dél mayor necesidad. Mal dije, se acabó; que aun estaba de provecho y pudiera tener el día que se puso tocas poco más de cuarenta años. Yo he conocido después acá doncellas de más edad y no tan buena gracia llamarse niñas y afirmar que ayer salieron de mantillas. Mas, aunque á mi madre no se le conocia tanto, ella, como dije, no diera su brazo á torcer y antes muriera de hambre, que bajar escalones ni faltar un quilate de su punto.

Véisme aqui sin uno y otro padre, la hacienda gastada y, lo peor de todo, cargado de honra y la casa sin persona de provecho para poderla sustentar. Por la parte de mi padre no me hizo el Cid ventaja, porque atravesé la mejor partida de la señoría. Por la de mi madre no me faltaban otros tantos y más cachivaches de los abuelos. Tenia más enjertos que los cigarrales de Toledo, según después entendí. Como cosa pública lo digo, que tuvo mi madre dechado en la suya y labor de que sacar cualquier obra virtuosa. Y así por los propios pasos parece la iba siguiendo, salvo en los partos, que á mi abuela le quedó hija para su regalo y á mi madre hijo para su perdición.

Si mi madre enredó á dos, mi abuela dos docenas. Y como pollos, como dicen, los hacia comer juntos en un tiesto y dormir en un nidal, sin picarse los unos á los otros ni ser necesario echalles capirotas. Con esta hija enredó cien linajes, diciendo y jurando á cada padre que era suya. Y á todos les parecia: á cuál en los ojos, á cuál en la boca y en más partes y composturas del cuerpo, hasta fingir lunares para ello, sin faltar á quien pareciera en el escupir. Esto tenia por excelencia bueno, que la parte presente siempre la llamaba de aquel apellido; y si dos ó más habia, el nombre á secas. El propio era Marcela, su don por encima despolvoreado, porque se compadecia menos dama sin don, que casa sin aposento, molino sin rueda ni cuerpo sin sombra. Los cognombres pues eran como quieran. Yo certifico que procuró apo-

yarla con lo mejor que pudo, dándole más casas nobles, que pudiera un rey de armas y fuera repetillas una letanía. A los Guzmanes era donde se inclinaba más y certificó en secreto á mi madre que, á su parecer, según le dictaba su conciencia y para descargo della, creía, por algunas indirectas, haber sido hija de un caballero, deudo cercano á los duques de Medinasidonia.

Mi abuela supo mucho y hasta que murió tuvo que gastar. Y no fué maravilla, pues le tomó la noche, cuando á mi madre le amanecía, y la halló consigo á su lado. Que el primer tropézón le valió más de cuatro mil ducados, con un rico peruero, que contaba el dinero por espuertas. Nunca falleció de su punto ni lo perdió de su deber ni se le fué cristiano con sus derechos ni dió al diablo primicia. Aun si otro tanto nos aconteciera, el mal fuera menos, ó, si como nació solo, naciera una hermana, arrimo de mi madre, báculo de su vejez, columna de nuestras miserias, puerto de nuestros naufragios, diéramos dos higas á la fortuna.

Sevilla era bien acomodada para cualquier granjería y tanto se lleve á vender, como se compra. Porque hay mercantes para todo. Es patria común, dehesa franca, ñudo ciego, campo abierto, globo sin fin, madre de huérfanos y capa de pecadores, donde todo es necesidad y ninguno la tiene.

O si no, la corte, que es la mar que todo lo sorbe y adonde todo va á parar. Que no fuera yo menos hábil que los otros. No me faltaran entretenimientos, oficios, comisiones y otras cosas honrosas, con tal favor á mi lado, que era tene-llo en la bolsa. Y á mal suceder, no nos pudiera faltar de comer y beber como reyes. Que el hombre, que lleva semejante prenda, que empeñar ó vender, siempre tendrá quien la compre ó le dé sobre ella lo necesario. Yo fui desgraciado, como habéis oído: quedé solo, sin árbol que me hiciese sombra, los trabajos acuestas, la carga pesada, las fuerzas flacas, la obligación mucha, la facultad poca. Ved si un

mozo como yo, que ya galleaba, fuera justo con tan honradas partes estimarse en algo.

El mejor remedio, que hallé, fué probar la mano para salir de miseria, dejando mi madre y tierra. Hicelo así. Y para no ser conocido, no me quise valer del apellido de mi padre; púseme el Guzmán de mi madre y Alfarache de la heredad adonde tuve mi principio. Con esto salí á ver mundo, peregrinando por él, encomendándome á Dios y buenas gentes, en quien hice confianza.

CAPITULO III

*Cómo Guzmán salió de su casa un viernes por la tarde
y lo que le sucedió en una venta.*



RA yo muchacho, vicioso y regalado, criado en Sevilla, sin castigo de padre, la madre viuda, como lo has oido, cebado á torreznos, molletes y mantequillas y sopas de miel rosada, mirado y adorado, más que hijo de mercader de Toledo ó tanto. Haciaseme de mal dejar mi casa, deudos y amigos. Demás que es dulce amor el de la patria. Siéndome forzoso, no pude escusallo. Alentábame mucho el deseo de ver mundo, ir á reconocer en Italia mi noble parentela.

Sali, que no debiera, bien pude decir, tarde y con mal. Creyendo hallar copioso remedio, perdi el poco que tenia. Sucedióme lo que al perro con la sombra de la carne. Apenas habia salido de la puerta, cuando sin poderlo resistir, dos Nilos reventaron de mis ojos, que regándome el rostro en abundancia, quedé todo de lágrimas bañado. Esto y querer anochecer no me dejaban ver cielo ni palmo de tierra por donde iba. Cuando llegué á San Lázaro, que está de la ciudad poca distancia, sentéme en la escalera ó gradas, por donde suben á aquella devota ermita.

Allí hice de nuevo alarde de mi vida y discursos della. Quisiera volverme, por haber salido malapercebido, con poco acuerdo y poco dinero para viaje tan largo: que aun para

corto no llevaba. Y sobre tantas desdichas que, cuando comienzan, vienen siempre muchas y enzarzadas unas de otras como cerezas, era viernes en la noche y algo oscura. No había cenado ni merendado. Si fuera día de carne, que á la salida de la ciudad, aunque fuera naturalmente ciego, el olor me llevara en alguna pastelería, comprara un pastel con que me entretuviera y enjugara el llanto, el mal fuera menos. Entonces eché de ver cuánto se siente más el bien perdido y la diferencia, que hace del hambriento el harto. Todos los trabajos comiendo se pasan; donde la comida falta, no hay bien que llegue ni mal que no sobre, gusto que dure ni contento que asista: todos riñen sin saber por qué, ninguno tiene culpa, unos á otros se la ponen, todos trazan y son quimeristas, todo es entonces gobierno y filosofía.

Vime con ganas de cenar y sin qué poder llegar á la boca, salvo agua fresca de una fuente que allí estaba. No supe qué hacer ni á qué puerta echar. Lo que por una parte me daba osadía, por otra me acobardaba. Hallábame entre miedos y esperanzas, el despeñadero á los ojos y lobos á las espaldas. Anduve vacilando. Quise ponello en las manos de Dios. Entré en la iglesia, hice mi oración breve; pero no sé si devota: no me dieron lugar para más, por ser hora de cerrarla y recogerse. Cerróse la noche y con ella mis imaginaciones; más no los manantiales y llanto. Quedéme con él dormido sobre un poyo del portal, acá fuera.

No sé qué lo hizo, si es que por ventura las melancolias quiebran en sueño, como lo dió á entender el montañés, que llevando á enterrar á su mujer, iba en piernas, descalzo y el sayo al revés, lo de dentro afuera. En aquella tierra están las casas apartadas y algunas muy lejos de la iglesia y, pasando por la taberna, vió que vendian vino blanco. Fingió quererse quedar á otra cosa y dijo: “anden, señores, con la malograda, que en un trote los alcanzo....”, Así se entró en la taberna y de un sorbito en otro emborrachóse y quedóse dormi-

do. Cuando los del acompañamiento volvieron del entierro y lo hallaron tendido en el suelo, lo llamaron. El, recordando, les dijo: "¡mal hora!, señores, perdonen sus mercedes, que ¡ma Dios! non hay así cosa, que tanta sed y sueño poña como sinsaborias,,.

Así yo, que ya era del sábado el sol salido con dos horas, cuando vine á saber de mí. No sé si despertara tan presto, si los panderos y bailes de unas mujeres, que venian á velar aquel día, con el tañer y cantar no me recordaran. Levantéme, aunque tarde, hambriento y soñoliento, sin saber dónde estaba, que aun me parecia cosa de sueño. Cuando vi que eran veras, dije entre mi: echada está la suerte, ¡vaya Dios conmigo! Y con resolución comencé mi camino; pero no sabia para dónde iba ni en ello habia reparado.

Tomé por el uno, que me pareció más hermoso, fuera donde fuera. Por lo de entonces me acuerdo de las casas y repúblicas malgobernadas, que hacen los pies el oficio de la cabeza. Donde la razón y entendimiento no despachan, es fundir el oro, salga lo que saliere, y adorar después un becerro. Los pies me llevaban. Yo los iba siguiendo, saliera bien ó mal, á monte ó á poblado.

Quisome parecer á lo que aconteció en la Mancha con un médico falso. No sabia letra ni habia nunca estudiado. Traia consigo gran cantidad de recetas, á una parte de jara-bes y á otra de purgas. Y cuando visitaba algún enfermo, conforme al beneficio que le habia de hacer, metia la mano y sacaba una, diciendo primero entre si: ¡Dios te la depare buena! y así le daba la con que primero encontraba. En sangrias no había cuenta con vena ni cantidad, mas de á poco más ó menos, como le salía de la boca. Así se arrojaba por medio de los trigos.

Pudiera entonces decir á mi mismo: ¡Dios te la depare buena!, pues no sabia la derrota que llevaba ni á la parte que caminaba. Mas, como su divina Majestad envia los trabajos

según se sirve y para los fines que sabe, todos enderezados á nuestro mayor bien, si queremos aprovecharnos dellos, por todos le debemos dar gracias, pues son señales que no se olvida de nosotros. A mi me comenzaron á venir y me siguieron, sin dar un momento de espacio desde que comencé á caminar, y así en todas partes nunca me faltaron. Mas no eran éstos de los que Dios envia, sino los que yo me buscaba. Hay diferencia de unos á otros, que los venidos de la mano de Dios él sabe sacarme dellos y son los tales minas de oro finísimo, joyas preciosísimas cubiertas con una ligera capa de tierra, que con poco trabajo se pueden descubrir y hallar. Mas los que los hombres toman por sus vicios y deleites son pildoras doradas que, engañando la vista con apariencia falsa de sabroso gusto, dejan el cuerpo descompuesto y desbaratado. Son verdes prados, llenos de ponzoñosas viboras, piedras, al parecer, de mucha estima y debajo están llenas de alacranes, muerte eterna, que engaña con breve vida.

Este dia, cansado de andar solas dos leguas pequeñas, que para mí eran las primeras que había caminado, ya me pareció haber llegado á los antipodas y, como el famoso Colón, descubierto un nuevo mundo. Llegué á una venta sudando, polvoroso, despeado, triste y, sobre todo, el molino picado, el diente agudo y el estómago débil. Seria mediodia. Pedí de comer. Dijeron que no habia sino solo huevos. No tan malo si lo fueran. Que á la bellaca de la ventera, con el mucho calor ó que la zorra le matase la gallina, se quedaron empollados y por no perderlo todo los iba encajando con otros buenos. No lo hizo así conmigo, que cuales ella me los dió, le pague Dios la buena obra. Vióme muchacho, boquirrubio, cariapollado, chapetón. Parecile un Juan de buen alma y que para mí bastara quequiera.

Preguntóme: ¿de dónde sois, hijo? Díjele que de Sevilla. Llegóseme más y, dándome con su mano unos golpecitos debajo de la barba, me dijo: ¿y adónde va el bobito? ¡Oh pode-

roso Señor! y cómo con aquel su mal resuello me pareció que contraje vejez y con ella todos los males! Y si tuviera entonces ocupado el estómago con algo, lo trocara en aquel punto, pues me hallé con las tripas junto á los labios. Díjele que iba á la corte, que me diese de comer. Hizome sentar en un banquillo cojo y encima de un poyo me puso un barradero de horno, con un salero hecho de un suelo de cántaro, un tiesto de gallinas lleno de agua y una media hogaza más negra que los manteles. Luego me sacó en un plato una tortilla de huevos, que pudiera llamarse mejor emplastro de huevos.

Ellos, el pan, jarro, agua, salero, sal, manteles y la huésped, todo era de lo mismo. Halléme bozal, el estómago apurado, las tripas de posta, que se daban unas con otras de vacías. Comí, como el puerco la bellota, todo á hecho; aunque verdaderamente sentía crujir entre los dientes los tierne-citos huesos de los sin ventura pollos, que era hacerme como cosquillas en las encías. Bien es verdad que se me hizo novedad y aun en el gusto, que no era como el de los otros huevos, que solia comer en casa de mi madre; mas dejé pasar aquel pensamiento con la hambre y el cansancio, pareciéndome que la distancia de la tierra lo causaba y que no eran todos de un sabor ni calidad. Yo estaba de manera que aquello tuve por buena suerte.

Tan propio es al hambriento no reparar en salsas, como al necesitado salir á cualquier partido. Era poco, pasélo presto con las buenas ganas. En el pan me detuve algo más. Comilo á pausas, porque siendo muy malo, fué forzoso llevarlo de espacio, dando lugar unos bocados á otros, que bajasen al estómago por su orden. Comencélo por las cortezas y acabélo en el migajón, que estaba hecho engrudo; mas, tal cual, no le perdoné letra ni les hice á las hormigas migaja de cortesía, mas que si fuera poco y bueno. Así acontece, si se juntan buenos comedores en un plato de fruta, que picando prime-

ro en la más madura, se comen después la verde, sin dejar memoria de lo que allí estuvo. Entonces comí, como dicen, á rempujones media hogaza y, si fuera razonable, no hiciera mi agosto con una entera de tres libras, si hubiera de hartar á mis ojos.

Era el año estéril de seco y en aquellos tiempos solía Sevilla padecer; que aun en los prósperos pasaba trabajosamente: mirad lo que pasaría en los adversos. No me está bien ahondar en esto ni el decir el porqué. Soy hijo de aquella ciudad: quiero callar, que todo el mundo es uno, todo corre unas parejas, ninguno compra regimiento con otra intención que para granjería, ya sea pública ó secreta. Pocos arrojan tantos millares de ducados para hacer bien á los pobres; sino á si mismos: pues para dar medio cuarto de limosna la examinan.

Así pasó con un regidor, que viéndole un viejo de su pueblo exceder de su obligación, le dijo: ¿cómo, Fulano N.? ¿Eso no es lo que jurastes, cuando en ayuntamiento os recibieron, que habiades de volver por los menudos? El respondió diciendo: ¿ya no veis cómo lo cumplo, pues vengo por ellos cada sábado á la carnicería? Mi dinero me cuestan: y eran los de los carneros. Desta manera pasa todo en todo lugar. Ellos traen entre si la masa rodando, *hoy por mí, mañana por tí*, déjame comprar, dejaréte vender. Ellos hacen los estancos en los mantenimientos. Ellos hacen las posturas como en cosa suya y así lo venden al precio que quieren, porque todo es suyo, cuanto se compra y vende.

Soy testigo, que un regidor de una de las más principales ciudades de Andalucía y reino de Granada tenía ganado y, porque hacía frío, no se le gastaba la leche dél, todos acudian á los buñuelos. Pareciéndole que perdía mucho, si la cuaresma entraba y no lo remediaba, propuso en su ayuntamiento que los moriscos buñeleros robaban la república. Dió cuenta por menor de lo que les podían costar y que salían á poco

más de seis maravedis, y así los hizo poner á ocho, dándoles moderada ganancia. Ninguno los quiso hacer, porque se perdian en ellos; y en aquella temporada él gastaba su esquilmo en mantequillas, natas, queso fresco y otras cosas, hasta que fué tiempo de cabaña. Y cuando comenzó á que-sear, se los hizo subir á doce maravedis, como estaban antes; pero ya era verano y fuera de sazón para hacellos. Contaba él este ardid, ponderando cómo los hombres habian de ser vividores.

Alejádonos hemos del camino. Volvamos á él, que no es bien cargar sólo la culpa de todo al regimiento, habiendo á quien repartir. Demos algo desto á proveedores y comisarios y no á todos; sino á algunos. Y sea de cinco á los cuatro: que destruyen la tierra, roban á los miserables y viudas, engañando á sus mayores y mintiendo á su rey, los unos por acrecentar sus mayorazgos y los otros por hacellos y dejar de comer á sus herederos.

Esto también es diferente de lo que aquí he de tratar y pide un entero libro. De mi vida trato en éste: quiero dejar las ajenas; mas no sé si podré, poniéndome los cabes de paleta, dejar de tiralles: que *no hay hombre cuerdo á caballo*. Cuanto más que no hay que reparar de cosas tan sabidas. Lo uno y lo otro, todo está recebido y todos caminan á *viva quien vence*. Mas ¡ay! cómo nos engañamos, que somos los vencidos y *el que engaña es el engañado*. Digo, pues, que Sevilla, por fas ó por nefas, considerada su abundancia de frutos y la carestia dellos, padece esterilidad. Y aquel año hubo más, por algunos desórdenes ocultos y codicias de los que habian de procurar el remedio, que sólo atendian á su mejor fortuna. El secreto andaba entre tres ó cuatro que, sin considerar los fines, tomaron malos principios y endemoniados medios en daño de su república.

He visto siempre en todo lo que he peregrinado que estos ricachos poderosos, muchos dellos, son ballenas, que abriendo

la boca de la codicia, lo quieren tragar todo para que sus casas estén proveidas y su renta multiplicada, sin poner los ojos en el pupilo huérfano ni el oído á la voz de la triste doncella ni los hombros al reparo del flaco ni las manos de caridad en el enfermo y necesitado; antes con voz de buen gobierno, gobierna cada uno como mejor vaya el agua á su molino. Publican buenos deseos y ejercitanse en malas obras, hácense ovejitas de Dios y esquilmalas el diablo. Amasábase pan de centeno y no tan malo. El que tenia trigo sacaba para su mesa la flor de la harina y todo lo restante traia en trato para el común. Hacianse panaderos. Abrasaban la tierra los que debieran dejarse abrasar por ella. No te puedo negar que tuvo esto su castigo y que habia muchos buenos á quien lo malo parecía mal; pero en las necesidades no se repara en poco. Demás que el tropel de los que lo hacian arrinconaba á los que lo estorbaban, porque eran pobres y, si pobres, basta: no te digo más, haz tu discurso.

¿No ves mi poco sufrimiento, cómo no pude abstenerme y cómo sin pensar corrió hasta aqui la pluma? Arrimáronme el acicate y torcime á la parte que picaba. No sé qué disculpa darte, sino es la que dan los que llevan por delante sus bestias de carga, que dan con el hombre que encuentran contra una pared ó le derriban por el suelo y después dicen: perdone. En conclusión, todo el pan era malo; aunque entonces no me supo muy mal. Regaléme comiendo, alegréme bebiendo, que los vinos de aquella tierra son generosos.

Recobréme con esto y los pies, cansados de llevar el vientre, aunque vacío y de poco peso, ya siendo lleno y cargado, llevaba á los pies. Y así proseguí mi camino, no con poco cuidado de saber qué pudiera ser aquel tañerme castañetas los huevos en la boca. Fui dando y tomando en esta imaginación y, cuando más la seguía, más géneros de desventuras se me representaban y el estómago se me alteraba. Porque nunca sospeché cosa menos³ que asquerosa, viendo-

los tan malguisados, el aceite negro, que parecia de suelos de candiles, la sartén puerca y la ventera legañosa. Entre unas y otras imaginaciones encontré con la verdad y, teniendo andada otra legua con sólo aquel pensamiento, fué imposible resistirme. Porque, como á mujer preñada, me iban y venian erutaciones del estómago á la boca, hasta que de todo punto no me quedó cosa en el cuerpo. Y aun el dia de hoy me parece que siento los pobrecitos pollos piándome acá dentro. Así estaba sentado en la falda del vallado de unas viñas, considerando mis infortunios, harto arrepentido de mi malconsiderada partida, que siempre los mozos se despeñan tras el gusto presente, sin reparar ni mirar el daño venidero.

CAPITULO IV

En que Guzmán de Alfarache refiere lo que un arriero le contó que le había pasado á la ventera, de donde había salido aquel día, y una plática que le hicieron.



CONFUSO y pensativo estaba, recostado en el suelo sobre el brazo, cuando acertó á pasar un arriero, que llevaba la recua de vacío á cargarla de vino en la villa de Cazalla de la Sierra. Viéndome de aquella manera, muchacho, solo, affigido, mi persona bien tratada, comenzó, á lo que entonces dél creí, á dolerse de mi trabajo y, preguntándome qué tenia, le dije lo que en la venta me habia pasado. Apenas lo acabé de contar, cuando le dió tan extraña gana de reir, que me dejó casi corrido y el rostro, que antes tenia de color de difunto, se me encendió con ira en contra dél. Mas como no estaba en mi muladar y me hallé desarmado en un desierto, reportéme por no poder cantar como quisiera. Que es discreción saber disimular lo que no se puede remediar, haciendo el regaño risa.

Y los fines dudosos de conseguir en los principios se han de reparar: que son las opiniones varias y las honras vidriosas. Y si allí me descomidiera, quizá se me atrevieran y, sin aventurar á ganar, iba en riesgo y aun cierto de perder. Que las competencias hanse de huir. Si forzoso las has de haber, sea con iguales. Y si con mayores, no á lo menos menores que tú ni tan aventajados á ti, que te tropellen. En todo hay

vicio y tiene su cuenta. Mas, aunque me abstuve, no pude menos que con viva cólera decirle: ¿vos, hermano, veisme alguna coraza ó de qué os reis? El, sin dejar la risa, que pareció tenella por destajo según se daba la priesa, abierta la boca, dejaba caer á un lado la cabeza, poniéndose las manos en el vientre. Sin poderse ya tener en el asno, parecia querer dar consigo en el suelo. Por tres ó cuatro veces probó á responder y no pudo; siempre volvía de nuevo á principiarlo, porque le estaba hirviendo en el cuerpo.

Dios y enhorabuena, buen rato después de sosegadas algo aquellas avenidas, que no suelen ser mayores las del Tajo, á remiendos, como pudo, medio tropezando, dijo: “mancebo: no me rio de vuestro mal suceso ni vuestras desdichas me aleggran; riome de lo que á esa mujer le aconteció de menos de dos horas á esta parte. ¿Encontrastes por ventura dos mozos juntos, al parecer soldados, el uno vestido de una mezclilla verdosa y el otro de vellorin, un jubón blanco muy acuchillado?---Los dos de esas señas, le respondí, si mal no me acuerdo, cuando sali de la venta quedaban en ella: que entonces llegaron y pidieron de comer. “Esos pues, dijo el arriero, son los que os han vengado y de la burla que han hecho á la ventera es de lo que me rio. Si vais este viaje, subí en un jumento desos, diréos por el camino lo que pasa., Yo se lo agradecí, según lo habia menester, rindiéndole las palabras, que me parecieron bastar por suficiente paga, que *á buenas obras pagan buenas palabras*, cuando no hay otra moneda y el deudor está necesitado.

Con esto, aunque mal jinete de albarda, aquello me pareció silla de manos, litera ó carroza de cuatro caballos. Porque el socorro en la necesidad, aunque sea poco, ayuda mucho y una niñería suple infinito. Es como pequeña piedra arrojada en agua clara, que hace cercos muchos y grandes y entonces es más de estimar, cuando viene á buena coyuntura; aunque siempre llega bien y no tarda, si viene. Ví el

cielo abierto. El me pareció un ángel: tal se me representó su cara, como la del deseado médico al enfermo. Digo deseado, porque, como habrás oído decir, tiene tres caras el médico: de hombre, cuando le vemos y no lo tenemos menester; de ángel, cuando del tenemos necesidad; y de diablo, cuando se acaban á un tiempo la enfermedad y la bolsa y él por su interés persevera en visitar.

Como sucedió á un caballero en Madrid que, habiendo llamado á uno para cierta enfermedad, le daba un escudo á cada visita. El humor se acabó y él no de despedirse. Viéndose sano el caballero y que porfiaba en visitalle, se levantó una mañana y fué á la iglesia. Como el médico viniese y no lo hallase en casa, preguntó adónde habia ido. No faltó un criado tonto, que para el daño siempre sobran y para el provecho todos faltan, que le dijo dónde estaba en misa. El señor doctor, espoleando apriesa su mula, llegó allá y, andando en su busca, hallólo y dijole: “¿pues cómo ha hecho vuesa merced tan gran exceso, salir de casa sin mi licencia?, El caballero, que entendió lo que buscaba y viendo que ya no le habia menester, echando mano á la bolsa, sacó un escudo y dijo: “tome, señor doctor, que á fe de quien soy, que para con vuesa merced no me ha de valer sagrado., Ved dónde llega la codicia de un médico necio y la fuerza de un pecho hidalgo, noble.

Yo recogí mi jumento y dándome del pie, me puse encima. Comenzamos á caminar y, á poco andado, allí luego no cien pasos, tras el mismo vallado, estaban dos clérigos sentados, esperando quién los llevara caballeros la vuelta de Cazalla. Eran de allá y habian venido á Sevilla con cierto pleito. Su compostura y rostro daban á conocer su buena vida y pobreza. Eran bienhablados, de edad el uno hasta treinta y seis años y el otro de más de cincuenta. Detuvieron al arriero, concertáronse con él y, haciendo como yo, subieronse en sendos borricos y seguimos nuestro viaje. Era

todavía tanta la risa del bueno del hombre, que apenas podía proseguir su cuento. Porque soltaba el chorro tras de cada palabra, como casas de por vida, con cada quinientos un par de gallinas, tres veces más lo reído que lo hablado.

Aquella tardanza era para mí lanzadas. Que quien desea saber una cosa, querria que las palabras unas atropellasen á otras para salir juntas y presto de la boca. Grande fué la preñez, que se me hizo y el antojo, que tuve, por saber el suceso. Reventaba por oirlo. Esperaba de tal máquina que habia de resultar una gran cosa. Sospeché si fuego del cielo consumió la casa y lo que en ella estaba ó si los mozos la hubieran quemado y la ventera viva ó, por lo menos y más barato, que colgada de los pies en una oliva le hubiesen dado mil azotes, dejándola por muerta: que la risa no prometió menos. Aunque, si yo fuera considerado, no debiera esperar ni presumir cosa buena de quien con tanta pujanza se reía. Porque aun la moderada en cierto modo acusa facilidad; la mucha, imprudencia, poco entendimiento y vanidad; y la descompuesta es de locos de todo punto rematados, aunque el caso la pida.

Quiso Dios y enhorabuena que los montes parieron un ratón. Dijonos en resolución, con mil paradillas y corcovos, que habiéndose detenido á beber un poco de vino y á esperar un su compañero, que atrás dejaba, vió que la ventera tenia en un plato una tortilla de seis huevos, los tres malos y los otros no tanto, que se los puso delante y, yéndola á partir, le pareció que un tanto se resistia, yéndose unos tras otros pedazos. Miraron qué lo podría causar, porque luego les dió mala señal. No tardaron mucho en descubrir la verdad, porque estaba con unos altos y bajos, que si no fuera sólo á mí, á otro cualquiera desengañara en vella. Mas como niño debí de pasar por ello. Ellos, más curiosos ó curiales, espulgáronla de manera que hallaron á su parecer tres bultillos como tres malcuajadas cabezuelas, que por estar los

piquillos algo que más tiesezuelos, deshicieron la duda y, tomando una entre los dedos, queriéndola deshacer, por su propio pico habló, aunque muerta, y dijo cuya era llanamente. Así cubrieron el plato con otro y de secreto se hablaron.

Lo que pasó no lo entendió, aunque después fué manifiesto. Porque luego el uno dijo: "huésped, ¿qué otra cosa tenéis que darnos?" Habíanle poco antes en presencia dellos vendido un sábalo. Teníalo en el suelo para escamalle. Respondióles: deste, si queréis un par de ruedas; que no hay otra cosa. Dijéronle: madre mia, dos nos asaréis luego, porque nos queremos ir y, si os pareciere, ved cuánto queréis en todo de ganancia y lo llevaremos á nuestra casa. Ella dijo que, hecho piezas, cada rueda le había de valer un real, no menos una blanca. Ellos que no: que bastaba un real de ganancia en todo. Concertáronse en dos reales. Que el mal pagador ni cuenta lo que recibe ni en lo que le fian recatea.

A ella se le hacia de mal el dallo; aunque la ganancia en cuatro reales dos, por sólo un momento que le faltaron de la bolsa, la puso llana. Hizolo ruedas, asóles dos, con que comieron. Metieron lo restante en una servilleta de la mesa y, después de hartos y malcontentos, en lugar de hacer cuenta con pago, hicieron el pago sin la cuenta, que el un mozuelo, tomando la tortilla de los huevos en la mano derecha, se fué donde la vejezuela estaba deshaciendo un vientre de oveja mortecina y con terrible fuerza le dió en la cara con ella, fregándosela por ambos ojos. Dejóselos tan ciegos y dolorosos, que, sin osallos abrir, daba gritos como loca. Y el otro compañero, haciendo como que le reprendía la bellaqueria, le esparció por el rostro un puño de ceniza caliente. Y así se salieron por la puerta, diciendo: *vieja bellaca, tal se paga á quien engaña*. Ella era desdentada, boquisumida, hundidos los ojos, desgñada y puerca. Quedó

toda enharinada, como barbo para frito, con un gestillo tan gracioso de fiero, que no podía sufrir la risa, cuando dello y dél se acordaba.

Con esto acabó su cuento, diciendo que tenia de qué reirse para todos los dias de su vida.—Yo de qué llorar, le respondi, para toda la mia, pues no fui para otro tanto y esperé venganza de mano ajena; pero yo juro á tal que, si vivo, ella me lo pague de manera que se le acuerde de los huevos y del muchacho. Los clérigos abominaron el hecho, reprobando mi dicho, haberme pesado del mal que no hice. Volviéronse contra mí y el más anciano dellos, dijo: “la sangre nueva os mueve á decir lo que vuestra nobleza muy presto me confesará por malo y espero en Dios ha de fructificar en vos de manera, que os pese por lo presente de lo dicho y enmendéis en lo porvenir el hecho.

Refiérenos el sagrado Evangelio por San Mateo, en el capitulo quinto, y San Lucas en el sexto: *Perdonad á vuestros enemigos y haced bien á los que os aborrecen*. Habéis de considerar lo primero que no dice haced bien á los que os hacen mal, sino á los que os aborrecen. Porque, aunque el enemigo os aborrezca, es imposible haceros mal, si vos no quisiéredes. Porque, como sea verdad infalible que tendremos por bienes verdaderos á los que han de durar para siempre y los que mañana pueden faltar, como faltan, más propiamente pueden llamarse males, por lo mal que usamos dellos, pues en su confianza nos perdemos y los perdemos, llamaremos á los enemigos, ciertos amigos, y á los amigos, propios enemigos, en razón de los afectos, que de los unos y otros vienen á resultar. Pues nace de los enemigos todo el verdadero bien y de los amigos el cierto mal.

Bien veremos cómo el mayor provecho, que podremos haber del más fiel amigo deste mundo, será que nos favorezca ó con su hacienda dándonos lo que tuviere ó con su vida ocupándola en las cosas de nuestro gusto ó con su honra en

los casos, que se atravésare la nuestra. Y esto ni esotro hay quien lo haga ó son tan pocos, que dudo si en alguno pudiésemos dar el ejemplo en este tiempo. Mas, cuando así sea y todo junto lo hayan hecho, es mucho menos que un punto geométrico. Si en lo que no es puede haber más y menos. Porque, cuando me dé cuanto tiene, ya es poca sustancia para librarme del infierno. Y no se espendeden ya las haciendas con los virtuosos, antes con otros tales, que les ayudan á pecar, y á esos tienen por amigos y dan su dinero. Si por mi perdiera su-vida, no con ello se aumenta un minuto de tiempo en la mía; si gastare su honra y la estragare, digo que no hay honra que lo sea, más de servir á Dios y lo que saliere fuera desto es falso y malo. De manera que todo cuanto mi amigo me diere, siendo temporal, es inútil, vano y sin sustancia.

Mas mi enemigo todo es grano, todo es provecho cuanto dél me resulta, queriendo valerme dello. Porque del quererme mal saco yo el quererle bien y por ello Dios me quiere bien. Si le perdono una liviana injuria, á mi se me perdonan y remiten infinito número de pecados. Si me maldice, lo bendigo. Sus maldiciones no me pueden dañar y por mis bendiciones alcanzo la bendición: *venid, benditos de mi Padre*. De manera que con los pensamientos, con las palabras, con las obras mi enemigo me las hace buenas y verdaderas.

¿Cuál, si pensáis, es la causa de tan grande maravilla y la fuerza de tan alta virtud? Yo lo diré: de que así lo manda el Señor, es voluntad y mandato espreso suyo. Y si se debe cumplir el de los príncipes del mundo, sin comparación mucho mejor del príncipe celestial, á quien se humillan todas las coronas del cielo y tierra. Y aquel decir: *Yo lo mando*, es un almibar, que se pone á lo desabrido de lo que se manda. Como si ordenasen los médicos á un enfermo que comiese flor de azahar, nueces verdes, cáscaras de naranjas, cogollos de cidros, raíces de escorzonera. ¿Qué diria? Tate, señor, no me deis tal cosa; que aun en salud un cuerpo robusto no

podrá con ello. Pues para que pueda tragar y le sepa bien, hacénselo confitar, de manera, que, lo que de suyo era dificultoso de comer, el azúcar lo ha hecho sabroso y dulce.

Esto mismo hace el almibar de la palabra de Dios: *Yo mando que améis á vuestros enemigos*. Esta es una golosina hecha en la misma cosa, que antes nos era de mal sabor. Y así aquello, en que hace más fuerza nuestra carne, aquello á que más contradice por ser amargo y ahelear á nuestras concupiscencias, diga el espíritu: ya eso está almibarado, sabroso y dulce, pues Cristo nuestro Redentor lo manda. Y que, si me hirieren la una mejilla, ofrezca la otra: que esa es honra, guardar con puntualidad las órdenes de los mayores y no quebrantarlas.

Manda un general á su capitán que se ponga en un paso fuerte, por donde ha de pasar el enemigo, de donde si quisiese podría matallo y vencello; mas dicele: mirad que importa y es mi voluntad que, cuando pasare, no le ofendáis; no embargante que os ponga en la ocasión y os irrite á ello. Si, cuando el enemigo pasase, fuese diciendo bravatas y palabras injuriosas, llamando al capitán cobarde, ¿hariale por ventura en ello alguna ofensa? No por cierto; antes debe reirse dél, pues como á vano y á quien pudiera destruir fácilmente, no lo hace por guardar la orden que se le dió. Y si la quebrantara, hiciera mal y contra el deber, siendo merecedor de castigo. ¿Pues qué razón hay para no andar cuidadosos en la observancia de las órdenes de Dios? ¿Por qué se han de quebrantar? Si el capitán por su sueldo, y, cuando más aventure á ganar, por una encomienda, estará puntual, ¿por qué no lo seremos, pues por ello se nos da la encomienda celestial?

En especial, que el mismo que hizo la ley la estrenó y pasó por ella, sufriendo de aquella sacrilega mano del ministro una gran bofetada en su sacratisimo rostro, sin por ello responderle mal ni con ira. Si esto padece el mismo

Dios, la nada del hombre ¿qué se levanta y gallardea? Y para satisfacción de una simple palabra, cargándose de duelos, espulga el duelo, buscando entre infieles, como si fuese uno dellos, lugar donde combatirse, que mejor diríamos abatirse á las manos del demonio su enemigo, huyendo de las de su Criador. Del cual sabemos que, estando de partida, cerrando el testamento, clavado en la cruz, el cuerpo despedazado, rotas las carnes, doloroso y sangriento desde la planta del pie hasta el pelo de la cabeza, que tenia enfurtido en su preciosa sangre, cuajada y dura como fieltro, con las crueles heridas de la corona de espinas, queriendo despedirse de su madre y discipulo, entre las últimas palabras, como por última manda, la más encargada y en el agonía más fuerte de arrancarse el alma de su divino cuerpo, pide á su eterno Padre perdón para los que allí lo pusieron.

Imitólo San Cristóbal que, dándole un gran bofetón, acordándose del que recibió su maestro, dijo: si yo no fuera cristiano, me vengara. Luego la venganza miembro es apartado de los hijos de la Iglesia nuestra madre. Otro dieron á San Bernardo en presencia de sus frailes y, queriéndolo ellos vengar, los corrigió, diciendo: mal parece querer vengar injurias ajenas el que cada dia pide perdón de las propias. San Esteban, estándolo apedreando, no hace sentimiento de los golpes fieros, que le quitan la vida; sino de ver que los crueles ministros perdían sus almas y, dolido dellas, pide á Dios entre las vascas de la muerte perdón para sus enemigos, especialmente para Saulo que, engañado y celoso de su ley, creía merecer en guardar las capas y los vestidos á los verdugos, para que desembarazados le hiriesen con más fuerza.

Y tanta tuvo su oración, que trujo á la fe al glorioso apóstol San Pablo. El cual, como sabio doctor experimentado en esta doctrina, viendo ser importantísimo y forzoso á nuestra salvación, dice: *Olvidad las iras y nunca os anochezca con ellas. Bendecid á vuestros perseguidores y no los maldigáis;*

dadles de comer, si tuvieren hambre y de beber, cuando estén con sed: que si no lo hiciéredes, con la misma medida seréis medidos y, como perdonáredes, perdonados. El apóstol Santiago, dice: *Sin misericordia y con rigor de justicia serán juzgados los que no tuvieren misericordia.* Bien temeroso estaba y resuelto en guardar este divino precepto Constantino Magno que, viniéndole á decir cómo sus enemigos, por afrentallo, en vituperio y escarnio suyo, le habian apedreado su retrato, hiriéndole con piedras en la cabeza y rostro, fué tanta su modestia que, despreciando la injuria, se tentó con las manos por todas las partes de su cuerpo, diciendo: ¿qué es de los golpes? ¿qué es de las heridas? Yo no siento ni me duele cuanto habéis dicho que me han hecho. Dando á entender que no hay deshonor, que lo sea, sino al que la tiene por tal.

Demás que no por esto habéis de entender que quien os injuria se sale con ello, aunque vos no lo vengueis y aunque se la perdonéis de vuestra parte: que el agravio, que os hizo á vos, también lo hizo á Dios, cuyo sois y él es. Dueño tiene esta hacienda. Que, si en el palacio de un príncipe ó en su corte á uno se hiciere afrenta, al señor della se hará juntamente. Y no bastará el perdón del afrentado para ser perdonado absolutamente. Porque con aquella sinrazón ó agravio también estarán injuriadas las leyes deste príncipe y su casa y su tierra vituperada. Y así dice Dios: *A mi cargo está y á su tiempo lo castigaré; mía es la venganza, yo la haré por mi mano.* Pues, desdichado del amenazado, si las manos de Dios lo han de castigar. Más le valiera no ser nacido. Así que, nunca deis mal por mal, si no quisiéredes que os venga mal. Demás, que mereceréis en ello y os pagaréis de vuestra mano, que imitando al que os lo manda, os vendréis á simbolizar con él. Dad pues lugar á las iras de vuestros perseguidores, para poder merecer. Volvedles gracias por los agravios y sacaréis dello glorias y descansos.

Mucho quisiera tener en la memoria la buena doctrina que á este propósito me dijo, para poder aquí repetilla, porque todo era del cielo, finísima Escritura sagrada. Desde entonces propuse aprovecharme della con muchas veras. Y si bien se considera, dijo muy bien. ¿Cuál hay mayor venganza, que poder haberse vengado? ¿Qué cosa más torpe hay que la venganza, pues es pasión de injusticia? ¿Ni más fea delante de los ojos de Dios y de los hombres, porque sólo es dado á las bestias fieras? Venganza es cobardía y acto femenino; perdón es gloriosa vitoria. El vengativo se hace reo, pudiendo ser actor perdonando. ¿Qué mayor atrevimiento puede haber, que quiera una criatura usurpar el oficio á su Criador, haciendo caudal de hacienda que no es suya, levantándose con ella como propia? Si tú no eres tuyo ni tienes cosa tuya en ti, ¿qué te quita el que dices que te ofende? Las acciones competen á tu dueño, que es Dios: déjale la venganza. El Señor la tomará de los malos tarde ó temprano.

Y no puede ser tarde lo que tiene fin. Quitársela de las manos es delito, desacato y desvergüenza. Y cuando le tocara la satisfacción, dime: ¿qué cosa es más noble que hacer bien? ¿Pues cuál mayor bien hay que no hacer mal? Uno solo, el cual es hacer bien al que no te le hace y te persigue, como nos está mandado y tenemos obligación. Que dar mal por mal es oficio de Satanás; hacer bien á quien te hace bien es deuda natural de los hombres. Aun las bestias lo reconocen y no se enfurecen contra el que no las persigue. Procurar y obrar bien á quien te hace mal es obra sobrenatural, divina escalera que alcanza gloriosa eternidad, llave de cruz que abre el cielo, sabroso descanso del alma y paz del cuerpo.

Son las venganzas vida sin sosiego, unas llaman á otras y todas á la muerte. ¿No es loco el que, si el sayo le aprieta, se mete un puñal por el cuerpo? ¿Qué otra cosa es la venganza, sino hacernos mal por hacer mal? quebrarnos dos ojos por cegar uno? escupir al cielo y caernos en la cara? Admi-

rablemente lo sintió Séneca que, como en la plaza le diese una coz un enemigo suyo, todos le incitaban que dél se que-rellase á la justicia y, riéndose, les dijo: ¿no veis que seria locura llamar un jumento á juicio? Como si dijera: con aquella coz vengó como bestia su saña y yo la menosprecio como hombre.

¿Hay bestialidad mayor que hacer mal ni grandeza que iguale á despreciallo? Siendo el duque de Orliens injuriado de otro, después que fué rey de Francia le dijeron que se vengase, pues podia, de la injuria recibida y, volviéndose contra el que se lo aconsejaba, dijo: no conviene al rey de Francia vengar las injurias del duque de Orliens. Si vencerse uno á sí mismo lo cuentan por tan gran victoria, ¿por qué venciendo nuestros apetitos, iras y rencores, no ganamos esta palma, pues demás de lo por ello prometido aun en lo de acá, excusaremos muchos males, que quitan la vida, menguan la vana honra y consumen la hacienda?

¡Ah, buen Dios! ¡cómo, si yo fuera bueno, lo que de aquel buen hombre oi debía bastarme! Pasóse con la mocedad, perdióse aquel tesoro, fué trigo que cayó en el camino. Su buena conversación y dotrina nos entretuvo hasta Cantillana, donde llegamos casi al sol puesto, yo con buenas ganas de cenar y mi compañero de esperar el suyo. Mas nunca vino. Los clérigos hicieron rancho aparte, yéndose á casa de un su amigo y nosotros á nuestra posada.

CAPITULO V

De lo que á Guzmán de Alfarache le aconteció en Cantillana con un mesonero.



UEGO que dejamos á las camaradas, pregunté á la mía: ¿dónde iremos? El me dijo: huésped conocido tengo, buena posada y gran regalador. Llevóme al mesón del mayor ladrón que se hallaba en la comarca, donde no menos hubo de qué hacerte plato, con que puedas entretener el tiempo, y por saltar de la sartén cai en la brasa, di en Scila huyendo del Caribdis. Tenia nuestro mesonero para su servicio un buen jumento y una yegüezuela galiciana. Y como aun los hombres en la necesidad no buscan hermosura, edad ni trajes, sino sólo tocas, aunque las cabezas estén tiñosas, no es maravilla que entre brutos acontezca lo mismo. Estaban siempre juntos á un establo, á un pesebre, en un prado, y el dueño no con mucho cuidado de tenerlos atados; antes de industria los dejaba sueltos para que ayudasen á repasar las lecciones á las otras cabalgaduras de los huéspedes. De lo cual resultó que la yegua quedase preñada desta compañía.

Es inviolable ley en el Andalucía no permitir junta ni mezcla semejante y para ello tienen establecidas gravísimas penas. Pues, como á su tiempo la yegüezuela pariese un muleto, quisiera el mesonero aprovechhallo y que se criara. Detúvolo escondido algunos dias con grande recato; mas como

viese no ser posible dejarse de sentir, por no dar venganza de sí á sus enemigos, con temor del daño y codicia del provecho, acordó este viernes en la noche de matallo. Hizo la carne postas, echólas en adobo, aderezó para este sábado el menudo, asadura, lengua y sesos. Nosotros, como dije, llegamos á buena hora, que el huésped con sol á honor, halla que cene y cama en que se eche. Mi compañero, habiendo desaparejado, dió luego recaudo á su ganado. Yo llegué tan molido que, dando en el suelo, no me pude rodear por un gran rato.

Llegué los muslos resfriados, las plantas de los pies hinchadas de llevarlos colgando y sin estribos, las asentaderas batanadas, las ingles doloridas, que parecía meterme un puñal por ellas, todo el cuerpo descoyuntado y sobre todo hambriento. Cuando mi compañero acabó de dar cobro á su recua, viniéndose para mí, le dije: ¿será bien que cenemos, camarada? Respondió que le parecía muy justo, que ya era hora, porque otro día quería tomar la mañana y llegar con tiempo á Cazalla y hacer cargas. Preguntamos al huésped si había que cenar. Respondió que sí y aun muy regaladamente.

El hombre era bullicioso, agudo, alegre y decidor y, sobre todo, grandísimo bellaco. Engañóme. Que, como le vi de tan buena gracia y de antes no le conocia, mostró buena pinta y en decir que tenia buen recaudo alegréme en el alma. Comencé entre mí mismo á dar mil alabanzas á Dios, reverenciando su bendito nombre, que después de los trabajos de descansos, con las enfermedades medicinas, con la tormenta bonanza, pasada la aflicción holgura y buena cena tras mala comida.

No sé si os diga un error de lengua gracioso, que sucedió á un labrador, que yo conocí en Olias, aldea de Toledo. Dirélo por no ser escandaloso y haber salido de pecho sencillo y cristiano viejo. Estaba con otros jugando á la pri-

mera y, habiéndose el tercero descartado, dijo el segundo: tengo primera, bendito sea Dios, que he hecho una mano. Pues, como iba el labrador viendo sus naipes, hallólos todos de un linaje y con el alegría de ganar la mano, dijo en el mismo punto: no muy bendito, que tengo flux. Si tal disparate se puede traer á cuento, es este su lugar, por lo que me aconteció.

Mi compañero preguntó: pues bien, ¿qué hay aderezado? Respondióle el socarrón: de ayer tengo muerta una hermosa ternera, que por estar la madre flaca y no haber pasto con la sequía del año, luego la maté de ocho días nacida. El despojo está guisado; pedid lo que mandáredes. Tras esto, diciendo aires bola, levantó la pierna y en el aire dió por delante una zapateta, con que me alivié un poco y me holgué mucho de oírle decir que había menudo de ternera, que solo en mentarlo me enterneció. Y despidiendo el cansancio, con alegre rostro, le dije: huésped, sacad lo que quisiéredes. Al punto puso la mesa con ropa limpia en ella, el pan ya no tan malo como el pasado, el vino bueno, un plato de fresca ensalada, que para tripas tan lavadas como las mías no era de mucho momento y se lo perdonara por vientre de ternera ó una mano della; más no me pesó, porque las premisas engañaban cualquiera discreto juicio, emborrachando el gusto de cualquier hombre hambriento.

Dice bien el toscano, aconsejando que de mujeres, marineros ni hosteleros hagamos confianza en sus promesas, más de los que se alaban de sí mismos. Porque de ordinario, por la mayor parte, regulando el todo, todos mienten. Tras la ensalada sacó sendos platillos. En cada uno una poca de asadura guisada. Digo poca: recelaba dar mucha, porque con la abundancia, satisfecha la necesidad, á vientre harto fuera fácil conocer el engaño. Así, yendo con tiento, acechaba con el gusto que entrábamos en ello y ponía más hambre, deseando comer más. De mi compañero no hay tratar dél, porque

nació entre salvajes, de padres brutos y lo paladearon con un diente de ajo; y la gente rústica, grosera, no tocando á su bondad y limpieza, en materia de gusto pocas veces distingue lo malo de lo bueno.

Fáltales á los más la perfección en los sentidos y, aunque ven, no ven lo que han de ver, oyen y no lo que han de oír, y así en lo demás, especialmente en la lengua. Aunque no para murmurar y más de hidalgos. Son como los perros, que por no tragar no mascan ó como el avestruz, que se engulle un hierro ardiendo y, si halla delante, se comerá un zapato de dos suelas, que en Madrid haya servido tres inviernos. Porque yo he visto quitar con el pico una gorra de un paje y tragársela entera.

Más, que yo, criado en regalo, de padres políticos y curiosos, no sintiese el engaño, grande fué mi hambre y esta excusa me disculpa. El deseo de comer algo bueno era grande: todo se les hizo á mis ojos pequeño. El traidor del mesonero lo daba destilado: no es maravilla, cuando tuviera defectos mayores, me pareciera banquete formado. ¿No has oído decir que á la hambre no hay mal pan? Digo que se me hizo almibar y me dejó goloso.

Pregunté si había otra cosa. Respondió si queríamos los sesos fritos en manteca con unos huevos. Dijimos que sí. Más tardamos en decillo, que él en ponerlo por obra y casi en aderezallos. En el interin, porque no nos aguásemos, como postas corridas, nos dió un paseo de revoltillos hechos de las tripas, con algo de los callos del vientre. No me supo bien: olióme á paja podrida. Dile de mano, dejándolo á mi compañero, el cual *entró por ello como en viña vendimiada*.

No me pesaba; antes me alegré, creyendo que, si de aquello hiciera su pasto, me cupiera más de los sesos. Al revés me salió, que no por eso dejó de picar con tan buena gracia, como si en todo aquel día ni noche hubiera comido bocado. Pusieronse los huevos y sesos en la mesa y, cuando vió la

tortilla el glotonazo de mi arriero, dióse á reir cual solía con toda la boca. Yo me amohiné mucho dello, creyendo que gustaba de refrescarme la memoria, estragándome el estómago. Pues, como el huésped nos mirase á los dos y estuviese sobre ascuas para oír lo que decíamos, viendo su descompuesta risa tan malsazonada, se alborotó, creyendo que lo habia sentido: que á tal tiempo, sin haberse ofrecido de qué, no pudiera reirse de otra cosa. Y como el delincuente siempre trae la barba sobre el hombro y de su sombra se asombra, porque su misma culpa le representa la pena cualquier acto, cualquier movimiento piensa que es contra él y que el aire publica su delito y á todos es notorio. Este pobretón, aunque bellaco, habituado en semejantes maldades y curtido en hurtos, esta vez cortóse con el miedo. Demás, que los tales de ordinario son cobardes y fanfarrones.

¿Por qué piensas que uno raja, mata, hiende y hace fieros? Yo te lo diré. Por atemorizar con ellos y suplir el defecto de su ánimo. Como los perros, que pocos de los que ladran muerden. Son guzquejos, todos ladridos y alborotos y de volver á mirallos huyen. Nuestro mesonero se turbó, como digo, que es propio, en quien mal vive, temor, sospecha y malicia. Perdió los estribos, no supo adónde ni cómo reparar, diciendo: ¡voto á tal, que es de ternera, no tiene de qué reirse, cien testigos le daré, si es necesario! Púsosele con estas palabras el rostro encendido en fuego, que sangre parecía verter por los carrillos y salille centellas de los ojos de coraje. El arriero alzando el rostro, le dijo: ¿quién lo ha con vos, hermano, ni os preguntan los años que habéis? ¿Hay arancel en la posada, que ponga tasa de qué y cuánto se ha de reir el huésped que tuviere gana ó ha de pagar algún derecho, que esté impuesto sobre ello? Dejad á cada uno que lllore ó ria y cobrad lo que os debiere. Yo soy hombre que, si hubiera de reirme de cosa vuestra, os lo dijera libremente; acordéme ahora, por esos huevos, de otros

que mi compañero comió este día, tres leguas de aquí en la venta. Tras esto le fué refiriendo todo el cuento, según de mí lo había oído, y lo que después pasó en su presencia con los mancebos, que parecía estarse bañando en agua rosada, según los efectos, risas, visajes y meneos con que lo decía.

El mesonero no cesaba de santiguarse, haciendo exclamaciones, llamando y reiterando el nombre de Jesús mil veces. Y levantando los ojos al cielo dijo: ¡válgame Nuestra Señora, que sea conmigo! ¡Mal haga Dios á quien mal hace su oficio! Y como en hurtar él era tan buen oficial, tenía por cierto no tocalle la maldición, hurtando bien. Comenzóse á pasear, fingiendo asombros y extremos voceaba: ¿cómo no se hunde aquella venta? ¿Cómo consiente Dios y disimula el castigo de tan mala mujer? ¿Cómo esta vieja, bruja, hechicera, vive hoy en el mundo y no la traga la tierra? Todos los huéspedes van quejosos della, todos veo que blasfeman su trato; ninguno sale sabroso: todos con pesadumbre. O son todos malos ó ella lo es, que no puede la culpa ser de tantos. Por estas cosas y otras tales no quiere nadie parar en su casa: todos la santiguan y pasan de largo. Pues á fe que debiera estar escarmentada del jubón, que trae debajo de la camisa, abrochado con cien botones, y se lo vistieron por otro tanto. Mandado le tienen que no sea ventera; no sé cómo vuelve al oficio y no vuelven á castigarla. No sé en qué topa: *en algo debe de ir, como dijo la hormiga*. Misterio debe tener, que con la misma libertad roba hoy, que ayer y como el año pasado.

Y lo peor es que hurta como si se lo mandasen. Y debe de ser así, pues el guarda, el malsín, el cuadrillero, el alguacil, todos lo ven y hacen la vista gorda, sin que ninguno la ofenda: á estos tales trae contentos y les pecha con lo que á los otros pela. Y así es menester; que de otro modo se perdería y le volverían á dar otro paseo. Aunque más pierde la malaventurada en desacreditar su casa: que si diera

buen recaudo, con buen trato y término, acudieran á ella y de muchos pocos hiciera mucho. Que *llevando de cada camino un grano, bastece la hormiga su granero para todo el año*. Nadie le tuviera el pié sobre el pescuezo. ¡Maldita ella sea, que tan mala es!

Cuando aquí llegó, pensé que lo dejaba; más volvió diciendo: loada sea la limpieza de la Virgen Maria, que con toda mi pobreza no hay en mi casa maltrato. Cada cosa se vende por lo que es; no gato por conejo, ni oveja por carnero. Limpieza de vida es lo que importa y la cara sin vergüenza descubierta por todo el mundo. Lleve cada uno lo que fuere suyo y no engañar á nadie. Aquí paró con el resuello y no hizo poco. Según llevaba el trote, creí teníamos labor cortada para sobrecena; pero acabó con esto, dándonos para postre de la nuestra unas aceitunas gordales como nueces. Rogámosle que por la mañana nos aderezase una poca de ternera, encargándose dello y nosotros fuimos á buscar en qué dormir y en el suelo más llano tendimos unas enjalmas, donde pasamos la noche.

CAPITULO VI

En que Guzmán de Alfarache acaba de contar lo que le sucedió con el mesonero.



O sé, si me pusieran en medio de las plazas de Sevilla ó á la puerta de mi madre, cuando amaneciò el domingo, si hubiera quien me conociera. Porque fuè tanto el número de pulgas que cargó sobre mi, que pareció ser también para

ellas año de hambre y les habian dado conmigo socorro. Y así, como si hubiera tenido sarampión, me levanté por la mañana sin haber parte en mi cuerpo, rostro ni manos, donde pudiera darse otra picada en limpio. Mas fuè me la fortuna favorable en que con el cansancio del camino y la noche antes haber cargado la mano sobre el jarro más de mi ordinario, dormí soñando paraísos, sin sentir alguna cosa, hasta que, recordado mi compañero con el cuidado de oír misa temprano y tener tiempo de caminar siete leguas que le faltaban, me despertó. Levantámonos con la luz, antes que el sol saliese. Luego, pidiendo el almuerzo, se nos trujo.

No me supo tan bien como á él, que cada bocado parecia darme en pechugas de pavo. Nunca le pareció haber comido mejor cosa, según lo alababa. Fuè me forzoso tenello por tal, en fe de gusto ajeno, atribuyendo la falta heredada del asno de su padre á mi mal paladar. Pero hablando verdad, ello era malo y decia bien quién era. Hizoseme duro y desabri-

do y de lo poco que cené quedé empachado, sin podello digerir en toda la noche. Y aunque con temor de ser del compañero reprendido, dije al huésped: esta carne, ¿cómo está tan tiesa y de mal sabor, que no hay quien hinque los dientes en ella? Respondiome: no ve, señor, que es fresca y no ha tomado el adobo? Mi camarada dijo: no lo hace el adobo, sino que este gentilhombre se ha criado con rosquillas de alfajor y huevos frescos: todo se le hace duro y malo. Encogí los hombros y callé, pareciéndome que ya era otro mundo y que á otra jornada no había de entender la lengua; pero no me satisfacía. Con esto quedé como resabido, sin saber de qué. Y entonces me vino á la memoria el juramento tan fuera de tiempo, que hizo la noche antes, afirmando que era ternera. Parecióme mal y que por solo habello jurado mentía. Porque la verdad no hay necesidad que se jure, fuera del juicio y de mucha necesidad. Demás, que toda satisfacción prevenida sin queja es en todo tiempo sospechosa. No sé qué me tuve ó qué me dió que, aunque realmente de cierto no concebí mal, tampoco presumí algún bien. Fué un toque de la imaginación, en que no reparé ni hice caso.

Pedi por la cuenta. Mi compañero dijo que la dejase, que él daría recaudo. Hiceme á una parte, dejélo creyendo ser amistad y que de tan poco escote no me lo quería repartir. Quedéle agradecidísimo entre mí, sin cesar de cantalle alabanzas, que tan franco se mostró desde que me hallé en aquel camino, dándome graciosamente caballería y de comer. Parecióme que todo había de ser así, hallando en toda parte quien me hiciera la costa y llevara caballero. Alentéme, comencé de olvidar la teta, como si acibar me pusieran en ella y en todas las cosas que dejaba. Y porque no se dijese por mí que de los ingratos estaba lleno el infierno, en tanto que él pagaba, quise comedirme, llevándole á beber los asnos. Volvílos á sus pesebres, para que, en cuanto los aparejaban, comiesen algunos bocados y acabasen la cebada.

Ayudéle á todo, estregándoles las frentes y orejas. En tanto que me ocupaba en esto, tenia mi capa puesta sobre un poyo y, como azogue al fuego ó humo al viento, se desapareció entre las manos, que nunca más la vi ni supe della. Sospeché si el huésped ó mi compañero por burlarme la tuviesen escondida.

Ya pasaba de burlas, porque me juraron que no la tenían en su poder ni sabian quién la tuviese ni dónde podría estar. Miré hacia la puerta. Estaba cerrada, que no la habian abierto. Allí no habia más de nosotros y el sólo huésped. Parecióme y fué imposible faltar y que la habria puesto en otra parte, donde no me acordaba. Dime á buscar todo el mesón y, andando del patio á la cocina, voy á parar á un trascorral, donde estaba una gran mancha de sangre fresca y luego allí junto estendido un pellejo de muleto, cada pié por su parte, que aun estaban por cortar. Tenia tendidas las orejas, con toda la cabezada de la frente. Luego á par della estaban los huesos de la cabeza, que sólo faltaban lengua y sesos.

Al punto confirmé mi duda. Salgo en un punto á llamar á mi compañero, á quien cuando le enseñé los despojos de nuestro almuerzo y cena dije: ¿pareceos agora que no es esto alfajor ni huevos frescos lo que los hombres comen en sus casas? ¿Esto era la ternera, que con tanta solemnidad me alabastes, y el huésped regalador que prometistes? ¿Qué os parece de la cena y almuerzo, que nos ha dado? ¡Y qué bien os ha tratado el que no vende gato por conejo ni oveja por carnero, el de la cara sin vergüenza, descubierta por todo el mundo, el que blasfemaba de la ventera y de su maltrato! El se quedó tan corrido y admirado de lo que vió, que enmudeció y, bajando la cabeza, se fué para comenzar á caminar. Tal se puso, que en todo aquel dia, hasta que nos apartamos, nunca palabra le oi, mas de para despedirnos y esa, que habló entonces, la habia de echar por los ijares, como sabréis adelante.

Aunque para mí fué la pena, que cada uno podrá imaginar, si acaso semejante le aconteciera; con todo eso, para estancar aquellos flujos de risa, con que por momentos me atravesaba el alma, holgué de mi desventura, que por lo que le tocaba ya no me atormentara tanto. Con esto y creer que fuese sueño pensar que no tuviese mi capa el huésped tomé alguna osadía. Tanto puede la razón, que aumenta las fuerzas y anima los pusilánimes. Comencé con veras á pedirla y él con risitas á negármela. Hizome descomponer, hasta que lo hube de amenazar con la justicia; pero no le toqué pieza ni hablé palabra de lo que habia visto. Como él me vió muchacho, desamparado y un pobreto, ensoberbecióse contra mí, diciendo que me azotaría y otros oprobios dignos de hombres cobardes y semejantes. Mas, como con los agravios los corderos se enfurecen, de unas palabras en otras venimos á las mayores y con mis flacas fuerzas y pocos años arranqué de un poyo y tiréle medio ladrillo que, si con el golpe le alcanzara y tras un pilar no se escondiera, creo que me dejara vengado. Mas él se me escapó y entró corriendo en su aposento, de donde salió con una espada desnuda.

Mirad quién son estos feroces, que ya no trata de valerse de sus tan fuertes brazos y robustos contra los débiles y tiernos míos. Olvidósele el azotarme y quiere ofenderme con fuerza de armas, siendo un simple desarmado pollo. Vinose contra mí, que ya, temiéndome de lo que fué, me previne de dos guijarros, que arranqué del empedrado del suelo. El, cuando me vió con ellos en las manos, fuese deteniendo. A la grito y vocería, el mesón alborotado, se convocó todo el barrio. Acudieron los vecinos y con ellos gran tropel de gente, justicias y escribanos.

Eran dos alcaldes. Llegaron juntos. Quería cada uno advocar á sí la causa y prevenilla. Los escribanos por su interese decían á cada uno que era suya, metiéndolos en mal. Sobre á cuál pertenecía se comenzó de nuevo entre ellos

otra guerrilla, no menos bien reñida ni de menor alboroto. Porque los unos á los otros desenterraron los abuelos, diciendo quiénes fueron sus padres, no perdonando á sus mujeres propias y las devociones que habian tenido. Quizá no mentian. Ni ellos querian entenderse ni nosotros nos entendiamos.

Llegáronse algunos regidores y gente honrada de la villa, pusieronlos medio en paz y asieron de mi: que *siempre quiebra la soga por lo más delgado*. El forastero, el pobre, el miserable, el sin abrigo, favor ni reparo, de ese asen primero. Quisieron saber qué habia sido el alboroto y por qué. Pusiéronme á una parte. Tomáronme la confesión de palabra. Dije llanamente lo que pasaba. Pero, porque podian oirme algunos, que estaban cerca, me aparté con los alcaldes y en secreto les dije lo del machuelo. Ellos quisieron verificar primero la causa; mas, pareciéndoles habia tiempo para todo, comenzaron las diligencias por la prisión del mesonero, que bien descuidado estaba de poder ser por aquel delito y, creyendo sólo era por la capa, lo hacia todo risa, como cosa de burla, por la falta de información que habia y de quien contestara con el arriero de haberme visto entrar allí con ella.

Mas, como viese que poco á poco salian á plaza los pedazos de adobo, pellejo y zarandajas del machuelo, quedó helado. Tanto, que tomándole la confesión, viendo presentes todos los despojos, confesando de plano, quedó convencido y confeso en cuanto habia pasado, sin que cosa negase ni tuvo ánimo para ello. Que es muy cierto en los hombres viles, de vida infame y mal trato, ser pusilánimes, de poco pecho, como antes dije. Que sin dalle tormento ni amenazándole con él, declaró, sin selle pedido, hurtos y bellaquerías, que hizo asi en aquel mesón, como siendo ganadero, salteando caminos, de donde vino á tener caudal con que ponerse en trato. Yo á todo estaba el oido atento, si de en-

tre la colada salia mi capa; pero, con el odio que me cobró, la dejó entre renglones. Hice mil diligencias para que pareciese; ninguna fué de provecho.

Acabadas de tomar nuestras declaraciones del arriero y mia, por ser forasteros, nos ratificaron en ellas. Y si por la pendencia me habian de llevar preso, como dicen, *tras paciente aporreado*, hubo diversos pareceres. Holgaron dello los escribanos y lo pretendieron. Mas uno de los alcaldes dijo haber yo tenido razón y ninguna culpa. Que équé me pedian, pues iba en cuerpo y me habian quitado la capa? Con esto me mandaron soltar, llevando á la cárcel al mesonero. Nosotros acabamos de aliñar y seguimos nuestro camino. Pasamos por donde los clérigos estaban esperando.

Cada uno tomó su caballeria. Contéles el suceso, quedando admirados dello, condoliéndose de mi necesidad; mas, como no la podian remediar, encomendáronlo á Dios. Yo y mi compañero con los alborotos y breve partida, que casi salimos huyendo, nos quedamos sin oír misa. Yo la solía oír todos los dias por mi devoción. Desde aquél se me puso en la cabeza que tan malos principios era imposible tener buenos fines ni podia ya sucederme cosa buena ni hacérseme bien. Y asi fué, como adelante lo verás; y cuando las cosas se principian dejando á Dios, no se puede esperar menos.

CAPITULO VII

Cómo, creyendo ser ladrón Guzmán de Alfarache, fué preso y, habiéndolo conocido lo soltaron. Promete uno de los clérigos contar una historia para entretenimiento del camino.



NTIGUAMENTE los egipcios, como tan agoreros, entre otros muchos errores que tuvieron, adoraban á la fortuna, creyendo que la hubiera. Celebrábanle una fiesta el primer dia del año, poniendo suntuosas mesas, haciéndole grandes banquetes y opulentos convites, en agradecimiento de lo pasado y suplicándole por lo venidero. Tenian por muy cierto ser esta diosa la que disponia en todas las cosas, dando y quitando á su elección, porque como suprema, lo gobernaba todo. Hacian esto por faltarles el conocimiento de un solo Dios verdadero, en quien adoramos, por cuya poderosa mano y divina voluntad se dirigen cielo y tierra, con todo lo en ella criado, invisible y visible.

Pareciales cosa viva ver, cuando las desgracias comienzan á venir, cómo llegaban las unas cuando las otras dejaban, sin dar hora de sosiego, hasta desmayar y descomponer un hombre; y otras veces que, como cobardes, acometían de tropel muchas á un tiempo para dar con la casa en el suelo; y por el contrario, no sube el aire á la cumbre de los altos montes tan lijero, como ella los levanta por medios y modos no vistos ni pensados, sin dejallos firmes en uno ni otro estado, de

modo que, ni el abatido desespere ni el encumbrado confie. Si la lumbre de fe me faltara como á ellos, por ventura creyendo su error, pudiera decir, cuando semejantes desgracias me vinieron: *bien vengas mal, si solo vienes.*

Quejéme ayer de mañana de un poco de cansancio y dos semipollos, que comi disfrazados en hábito de romeros para ser desconocidos. Vine después á cenar el hediondo vientre de un machuelo y, lo peor, comer de la carne y sesos, que casi era comer de mis propias carnes, por la parte que á todos toca de su padre y, para final de desdichas, hurtarme la capa. *Poco daño espanta y mucho amansa.* ¿Qué conjuración se hizo contra mí? ¿Cuál infelice estrella me sacó de mi casa? Sí: después que puse el pie fuera della, todo se me hizo mal, siendo las unas desgracias presagio de las venideras y agüero triste de lo que después vino, que como tercianas dobles, iban alcanzándose, sin dejar un breve intervalo sin reposo. *La vida del hombre, milicia es en la tierra:* no hay cosa segura ni estado que permanezca, perfecto gusto ni contento verdadero; todo es fingido y vano. ¿Quiéreslo ver? Pues oye.

Habiendo el dios Júpiter criado todas las cosas de la tierra y á los hombres para gozarlas, mandó que el dios Contento residiese en el mundo, no creyendo ni previniendo á la ingratitud, que después tuvieron, pues se alzaron con el real y el truco: porque teniendo á este dios consigo, no se acordaban de otro. A él hacian sacrificio, á él ofrecian las victimas, á él celebraban con regocijo y cantos de alabanza. Indignado desto Júpiter, convocó todos los dioses, haciéndoles un largo parlamento. Dióles cuenta de la mala correspondencia del hombre, pues á sólo el Contento adoraba, sin considerar los bienes recibidos de su pródiga mano, siendo hechura suya y habiéndolo criado de nonada: que diesen su parecer para remedio de semejante locura. Algunos, los más benignos, movidos de clemencia, dijeron: son flacos,

de flaca materia y es bien sobrellevallos; que, si fuera posible trocar nuestra suerte á la suya y fuéramos sus iguales, sospecho que hiciéramos lo mismo. No se debe hacer caso dello y, cuando mucho, dándoles una honesta corrección, tendremos por muy cierto que será bastante remedio por lo presente.

Momo quiso hablar, comenzando por algunas libertades, y mandáronle callar, que después hablaría. Bien quisiera en aquella ocasión indignar á Júpiter, por haberse ofrecido como lo deseaba; mas obedeciendo por entonces, fué recapacitando una larga oración, que hacer á su propósito, cuando llegasen á su voto. Pero entre tanto no faltaron otros de condición casi igual suya, que dijeron: ya no es justo dejar sin castigo tan grave delito: que la ofensa es infinita hecha contra dioses infinitos y así debe ser infinita la pena. Parécenos conviene destruillos, acabando con ellos, no criando más de nuevo, pues no es necesidad forzosa que los haya. Otros dijeron no convenir así; mas que, arrojándoles gran número de poderosos rayos, los abrasase todos y criase otros buenos.

Así fueron dando sus pareceres diferentes, de más ó menos rigor, conforme su calidad y complexión, hasta que, llegando á dar Apolo el suyo, pedida licencia y captada la benevolencia, con voz grave y rostro sereno, dijo:

Supremo Júpiter piadosísimo, la grave acusación que haces á los hombres es tan justa, que no se te puede negar ni contradecir cualquier venganza que contra ellos intentes. Ni tampoco puedo, por lo que te debo, dejar de advertir desapasionadamente lo que siento. Si destruyes el mundo, en vano son las cosas que en él criaste y es imperfección en ti deshacer lo que hiciste para querello enmendar ni pesarte de lo hecho: que te desacreditas á ti mismo, pues tu poder de criador se estrecha á tan extraordinarios medios para contra tu criatura. Perdellos y criar otros de nuevo tampoco te conviene: porque les has de dar ó no libre albedrío. Si se lo

das, han de ser necesariamente tales cuales fueron los pasados; si se lo quitas, no serán hombres y habrás criado en balde tanta máquina de cielo, tierra, estrellas, luna, sol, composición de elementos y más cosas, que con tanta perfección hiciste.

De modo que te importa no se innove más de una sola cosa, con que se previene de remedio. Tú, señor, les diste al dios Contento, que lo tuviesen consigo por el tiempo de tu voluntad, pues todo pende della. Si supieran conservarse en gratitud y justicia, cosa repugnante fuera á la tuya no ampararlos, ampliándoles siempre los favores; mas, pues lo han desmerecido por inobediencia, restringiendo las penas, debes castigarlos: que no es bien que tiránicamente posean tantos dones para ofenderte con ellos. Antes les debes quitar este su dios y en lugar suyo envialles al del Descontento, su hermano, pues tanto se parecen: con que de aquí en adelante reconocerán su miseria y tu misericordia, tus bienes y sus males, tu descanso y su trabajo, su pena y tu gloria, tu poder y su flaqueza. Y por tu voluntad repartirás el premio al que lo mereciere con la benignidad que fuere tu gusto, no haciéndolo general á buenos y malos, gozando igualmente todos una bienaventuranza. Con esto me parece quedarán castigados y reconocidos. Haz agora, ó Júpiter clementísimo, lo que más á tu voluntad sea conveniente, de modo que te sirvas.

Con este breve razonamiento acabó su oración. Quisiera Momo, con la emponzoñada suya, acriminar el delito, por la enemistad vieja con los hombres; y conocida su pasión, reprobaron su parecer, loando todos el de Apolo. Se cometió la ejecución dello á Mercurio, que luego, desplegadas las alas, rompiendo por el aire, bajó á la tierra, donde halló á los hombres con su Dios del Contento, haciéndole fiestas y juegos, descuidados que pudieran en algún tiempo ser enajenados de su posesión. Mercurio se llegó donde es-

taba y, habiéndole dado de secreto la embajada de los otros dioses, aunque de mala gana, fuéle forzoso cumplilla. Los hombres alteráronse del caso y, viendo que les llevaban á su Dios, quisieron impedirlo y, procurando todos esforzarse á la defensa, asidos dél, trabajaban fuertemente con todo su poder. Viendo Júpiter el caso, el motin y alboroto, bajó al suelo y, como los hombres estaban asidos á la ropa, usando de ardid, sacóles el contento della, dejándoles al Descontento metido en su lugar y propias vestiduras, del modo que el Contento antes estaba, llevándose de alli consigo al cielo, con que los hombres quedaron gustosos y engañados, creyendo haber salido con su intento, teniendo á su dios consigo. Y no fué lo que pensaron.

Aun este yerro vive desde aquellos pasados tiempos, llegando con el mismo engaño hasta el siglo presente. Creyeron los hombres haberles el Contento quedado y que lo tienen consigo en el suelo y no es así; que sólo es el ropaje y figura que le parece y el Descontento está metido dentro. Ajeno vives de la verdad, si creyeres otra cosa ó la imaginas. ¿Quiéreslo ver? Advierte.

Considera del modo que quisieres las fiestas, los regocijos, banquetes, danzas, músicas, deleites y alegrías y todo aquello á que más te mueve la inclinación en el más levantado punto que te podria pintar el deseo. Si te preguntare ¿adónde vas? podrásme responder muy orgulloso: á tal fiesta de contento. Yo quiero que allá lo recibas y te lo den: porque los jardines estaban muy floridos y el son de las plateadas aguas y manantiales de aljófares y perlas te alegraron. ¿Merendaste sin que el sol te ofendiese ni el aire te enojase? ¿Gozaste de tus deseos, tuviste gran pasatiempo, fuiste alegremente recibido y acariciado? Pues ningún contento pudo ser tal, que no se aguase con alguna pesadumbre. Y cuando haya faltado disgusto, no es posible que, cuando á tu casa vuelvas ó en tu cama te acuestes, no te halles cansado, pol-

voroso y por ventura descalabrado ó muerto. Que en los mayores placeres acontecen mayores desgracias y suelen ser visperas de lágrimas. No visperas, que pase noche de por medio; al pie de la obra, en medio de aquesa idolatria las has de verter: que no se te fiarán más largo. Vendrásme á confesar agora que la ropa te engañó y la máscara te cegó. Donde creiste que el contento estaba, no fué más del vestido y el descontento en él. ¿Ves ya cómo en la tierra no hay contento y que está el verdadero en el cielo? Pues, hasta que allá lo tengas, no lo busques acá.

Cuando determiné mi partida, ¡qué de contento se me representó, que aun me lo daba el pensalla! Vía con la imaginación el abril y la hermosura de los campos, no considerando sus agostos ó como si en ellos hubiera de habitar impasible; los anchos y llanos caminos, como si no los hubiera de andar y cansarme en ellos; el comer y beber en ventas y posadas, como el que no sabia lo que son venteros y dieran la comida graciosa ó si lo que venden fuera mejor de lo que has oído; la variedad y grandeza de las cosas, aves, animales, montes, bosques, poblados, como si hubieran de traérmelo á la mano.

Todo se me figuraba de contento y en cosa no lo hallo, sino en la buena vida. Todo lo fabriqué próspero en mi ayuda, que en cada parte donde llegaba estuviera mi madre que me regalara, la moza que me desnudara y trujera la cena á la cama y me arrojara la ropa y á la mañana me diera el almuerzo. ¿Quién creyera que el mundo era tan largo? Había visto unas mapas: parecióme que así estaba todo junto y atropellado. ¿Quién imaginara que habia de faltarme lo necesario? No pensé que habia tantos trabajos y miserias. Mas, ¡oh! ¡cómo es el no pensé de casta de tontos y propio de necios, excusa de bárbaros y acogida de imprudentes! Que el cuerdo y sabio siempre debe pensar, prevenir y cautelar. Hice como mochacho simple, sin entendimiento ni gobierno. Justo

castigo fué el mio, pues teniendo descanso, quise saber de bien y mal.

¡Cuántas cosas iba considerando, cuando sali del mesón sin capa y burlado! Quise comer de las ollas de Egipto, que *el bien hasta que se pierde no se conoce*. Todos íbamos pensativos. A mi buen arriero acabósele la cosecha y risa con la burla del mesonero. Antes tiraba piedras á mi tejado; agora encoge las manos y las tiene quedas, viendo que es el suyo de vidrio.

Menos mal: discrección es considerar, antes que digan, lo que pueden oír y, antes que hagan, el daño que les pueden hacer. No es bien arrojarse al peligro: que á una libertad hay otra, lenguas para lenguas y manos para manos. Todas las cosas tienen su razón y á todos conviene honrar el que de todos quiere ser honrado. ¿No consideras en ti que aún tu secreto será ó puede ser para el otro, público, y te podrá responder con obras ó palabras lo que no querrás oír ni padecer? No estribes en fuerzas ni en poderio; que, si en tu rostro no dijere tu afrenta, irala publicando á todo el mundo. No ganes enemigos de los que con buen trato puedes hacer amigos: que ningún enemigo es bueno, por flaco que sea. De una centelluela se levanta gran fuego. ¡Qué cosa tan honrosa, qué digna de hombres cuerdos, hidalgos y valerosos, andar medidos, arriendados y ajustados con la razón para que no se les atrevan y los pongan en ocasión! ¿No ves cómo la anduvo un arriero?

Ya iba callando, no se reía, llevaba baja la cara, que de vergüenza no la levantaba. Los buenos de los clérigos iban rezando sus horas. Yo, considerando mis infortunios. Y cuando todos, cada uno más emboscado en su negocio, llegaron dos cuadrilleros en seguimiento de un paje, que á su señor había hurtado gran cantidad de joyas y dineros y por las señas que les dieron debía ser otro yo. Asi como me vieron, levantaron la voz: "¡ah ladrón, ah ladrón, aqui os tene-

mos, no podéis iros ni escaparos!., Luego á puñadas me aparearon del hermano asno y, teniéndome asido, buscaron la recua, creyendo hallar el hurto. Quitaron las enjalmas, tentaron las albardas, no perdonaron espacio de un garbanzo sin mirallo. Decíanme: “¡lea, ladrón, deci la verdad, que ahorcaros tenemos aquí, si luego no lo dais!., No querian oirme ni admitir disculpa, que á pesar del mundo, sin más de su antojo, yo era el dañador. Dábanme golpes, empujones, torniscones, que me atormentaban, y más por no dejarme hablar ni pronunciar defensa. Y aunque mucho me dolia, mucho me alegraba entre mi, porque daban al compañero más y más recio al doble, como á encubridor, que decian era mio.

¿No consideras la perversa inclinación de los hombres, que no sienten sus trabajos, cuando son mayores los de sus enemigos? Yo, ya mal con él, porque por su ocasión perdí mi capa y cené burro, sufría con menos pesadumbre el daño propio, porque cambiase en el ajeno. Dábanle sin piedad, pedianle que descubriese dónde lo llevaba ó quedaba guardado. El pobre hombre estaba, como yo, inocente de tal cosa. No sabia que hacer. Al principio creyó ser burlas; mas, cuando de la raya pasaron, al diablo daba el muerto y á quien lo lloraba. No se le hacia conversacion de gusto ni quisiera conocerme. Ya tenían espulgada la ropa, mirada y revuelta, y el hurto no parecia ni el rigor de su castigo cesaba.

Como si fueran juridicos jueces, nos maltrataban crudamente con obras y palabras y quizá lo traian por instruccion. Ya cansados de aporrearnos y nosotros de sufrirlo, nos maniataron para volvernos á Sevilla. Librete Dios de delito contra las tres santas, inquisición, hermandad y cruzada y, si culpa no tienes, librete de la santa hermandad. Porque las otras santas, teniendo, como tienen, jueces rectos, de verdad, ciencia y conciencia, son los ministros muy diferentes; y los santos cuadrilleros en general es toda gente nefanda y desal-

mada y muchos por muy poco jurarán contra ti lo que no heciste ni ellos vieron, más del dinero que por testificar falso llevaron, si ya no fué jarro de vino el que les dieron. Son, en resolución, de casta de porquerones, corchetes ó velleguines, y por el consiguiente ladrones pasantes ó punto menos y, como diremos adelante, los que roban á bola vista en la república. Y tú, cuadrillero de bien, ¿qué me dices? ¿Que hablo mal, que tú eres muy honrado y usas bien tu oficio? Yo te lo confieso y digo que lo eres, como si te conociera. Pero dime, amigo, para entre nosotros, que no nos oiga nadie, ¿no sabes tú que digo verdad de tu compañero? Si tú lo sabes y ello es así, con él hablo y no contigo.

Ya estábamos despedidos de los clérigos, que se iban á pié su camino y nosotros el nuestro: ¿quieres oirme lo que sentí? Pues fué sin duda más verme volver á mi tierra de aquella manera, que los golpes recibidos ni la muerte, si allí me la dieran. Si á otra parte acaso nos llevaran, siendo extraña, lo tuviera en poco, supuesto que iba salvo y la verdad habia de parecer y no ser yo el que buscaban. Estábamos atraillados como galgos, afligidos de la manera que puedes considerar, si tal te aconteciera.

No sé cómo uno de aquellos benditos me miró, que dijo al otro: ¡hola, hao! ¿qué te digo? Creo que nos habemos engañado con la priesa. El otro respondió: ¿cómo así? Volvióle á decir: ¿no sabes que el que buscamos tiene menos el dedo pulgar de la mano izquierda y éste está sano? Leyeron la requisitoria, refirieron las señas y vieron que casi se engañaron en todas. Y sin duda que debian de traer gana de aporrear y dieron en lo primero que hallaron. Luego nos desataron y, pidiendo perdón y licencia, se fueron y nos dejaron bien pagados de nuestro trabajo, quitándole al arriero unos pocos de cuartos para la vista del pleito y remojar la palabra en la primera venta.

No hay mal tan malo de que no resulte algo bueno. Si no

me hubieran hurtado la capa, yendo cubierto con ella, no echáran de ver si estaba sano de mis dedos pulgares y, cuando lo vinieran á mirar, no fuera en tiempo, y quisiera primero haber padecido mil tormentos. En todo eché buena suerte: gastado, robado, hambriento y desechas las quijadas á puñetes, desencasado el pescuezo á pescozadas, bañados en sangre los dientes á mojicones. Mi compañero, si no peor, no menos. Y “¡perdonen, amigos, que no son ellos!., Ved qué gentil perdón y á qué tiempo.

Los clérigos iban cerca, luego los alcanzamos. Admiráronse en vernos. Supieron de mí la causa de nuestra libertad; que mi compañero estaba tal, que no se atrevió á hablar por no escupir las muelas. Cada uno subió en su caballería. Comenzamos á picar y no con los talones, que los de albarda no alcanzaban. A fe os prometo que tuvimos bien que contar de la vendeja y granjería de la feria. El más mozo de los clérigos dijo: agora bien, para olvidar algo de lo pasado y entretener el camino con algún alivio, en acabando las horas con mi compañero, les contaré una historia, mucha parte della que aconteció en Sevilla. Todos le agradecemos la merced y, porque ya concluian su rezado, estuvimos esperando en silencio y deseo.

CAPITULO VIII

En que Guzmán de Alfarache refiere la historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja, según se la contaron.



UEGO como acabaron de rezar, que fué muy breve espacio, cerraron sus breviaros y, metidos en las alforjas, siendo de los demás con gran atención oído, comenzó el buen sacerdote la historia prometida, diciendo desta manera.

Estando los reyes católicos don Fernando y doña Isabel sobre el cerco de Baza, fué tan peleado, que en mucho tiempo dél no se conoció ventaja en alguna de las partes. Porque, aunque la de los reyes era favorecida con el grande número de gente, la de los moros, habiendo muchos, estaba fortalecida con la buena disposición del sitio. La reina doña Isabel asistía en Jaén previniendo á las cosas necesarias y el rey don Fernando acudía personalmente á las del ejército. Teníalo dividido en dos partes: en la una plantada la artillería y encomendada á los marqueses de Cádiz y Aguilar, á Luis Fernández Portocarrero, señor de Palma, y á los comendadores de Alcántara y Calatrava, con otros capitanes y soldados. En la otra estaba su alojamiento con los más caballeros y gente de su ejército, teniendo la ciudad en medio cercada.

Y si por ella pudieran travesar, había como distancia de media legua del un real al otro; más por serle impedido el paso, rodeaban otra media por la sierra y así distaban una le-

gua. Y porque con dificultad podian socorrerse, acordaron hacer ciertas cavas y castillos, que el rey por su persona muy á menudo visitaba. Y aunque los moros procuraban impedir no se hiciesen, los cristianos los apoyaban defendiéndolo valerosamente, sobre que cada dia no pasó alguno sin que dos ó más veces escaramuzasen, habiendo de todas partes muchos heridos y muertos. Pero, porque la obra no cesase, siendo tan importante, siempre con los que en ella trabajaban asistian de guarda noche y dia las compañías necesarias.

Aconteció que, estando de guarda don Rodrigo y don Hurtado de Mendoza, adelantado de Cazorla, y don Sancho de Castilla, les mandó el rey no la dejasen hasta que los condes de Cabra y Ureña y el marqués de Astorga entrasen con la suya para ciertos efectos. Los moros, que, como dije, siempre se desvelaban procurando estorbar la obra, subieron como hasta tres mil peones y cuatrocientos caballos por lo alto de la sierra contra don Rodrigo de Mendoza. El adelantado y don Sancho comenzaron con ellos la pelea y, estando trabada, socorrieron á los moros otros muchos de la ciudad. El rey don Fernando que lo vió, hallándose presente, mandó al conde de Tendilla que por otra parte les acometiese, en que se trabó una muy sangrienta batalla para todos. Viendo el rey al conde apretado y herido, mandó al maestre de Santiago acometer por una parte y al marqués de Cádiz y duque de Nájera y á los comendadores de Calatrava y á Francisco de Bovadilla que con sus gentes acometiesen por donde estaba la artilleria.

Los moros sacaron contra ellos otra tercera escuadra y pelearon valentisimamente así ellos como los cristianos. Y hallándose el rey en esta refriega, visto por los del real, se armaron á mucha priesa, yendo todos en su ayuda. Tanto fué el número de los que acudieron, que no pudiendo resistirse los moros, dieron á huir y los cristianos en su alcance, haciendo gran estrago, hasta metellos por los arrabales de la ciu-

dad, adonde muchos de los soldados entraron y saquearon grandes riquezas, cautivando algunas cabezas, entre las cuales fué Daraja, doncella mora, única hija del alcalde de aquella fortaleza.

Era la suya una de las más perfetas y peregrina hermosura que en otra se había visto. Sería de edad hasta diez y siete años no cumplidos. Y siendo en el grado que tengo referido, la ponía en mucho mayor su discreción, gravedad y gracia. Tan diestramente hablaba castellano, que con dificultad se le conociera no ser cristiana vieja, pues entre las más ladinas pudiera pasar por una dellas. El rey la estimó en mucho, pareciéndole de gran precio. Luego la envió á la reina su mujer, que no la tuvo en menos y, recibéndola alegremente, así por su merecimiento como por ser principal descendiente de reyes, hija de un caballero tan honrado, como por ver si pudiera ser parte que le entregara la ciudad sin más daños ni peleas, procuró hacerle todo buen tratamiento, regalándola de la manera y con ventajas que á otras de las más cercanas á su persona. Y así no como cautiva, antes como á deuda, la iba acariciando, con deseo que mujer semejante y donde tanta hermosura de cuerpo estaba, no tuviera el alma fea.

Estas razones eran para no dejarla punto de su lado, demás del gusto que recibía en hablar con ella. Porque le daba cuenta de toda la tierra por menor, como si fuera de más edad y varón muy prudente, por quien todo hubiera pasado. Y aunque los reyes vinieron después á juntarse en Baza, rendida la ciudad con ciertas condiciones, nunca la reina quiso deshacerse de Daraja, por la gran afición que la tenía, prometiendo al alcaide su padre hacelle por ella particulares mercedes. Mucho sintió su ausencia; más dióle alivio entender el amor que los reyes la tenían, de donde les había de resultar honra y bienes y así no replicó palabra en ello.

Siempre la reina la tuvo consigo y llevó á la ciudad de Se-

villa, donde con el deseo que fuese cristiana, para disponerla poco á poco sin violencia, con apacibles medios le dijo un día: “ya entenderás, Daraja, lo que deseo tus cosas y gusto. En parte de pago dello te quiero pedir una cosa en mi servicio, que trueques esos vestidos á los que te daré de mi persona, para gozar de lo que en el hábito nuestro se aventaja tu hermosura.,, Daraja le respondió: “haré con entera voluntad lo que tu alteza me manda. Porque habiéndote obedecido, si hay algo en mi de alguna consideración, de hoy más estimaré por bueno, y lo será sin duda, que me lo darán tus atavios y suplirán mis faltas.,,—“Todo lo tienes de cosecha, le replicó la reina, y estimo ese servicio y voluntad con que le ofreces.,, Daraja se vistió á la castellana, residiendo en palacio por algunos días, hasta que de allí partieron á poner cerco sobre Granada.

Que así por los trabajos de la guerra, como para ir la saboreando en las cosas de nuestra fe, le pareció á la reina sería bien dejalla en casa de don Luis de Padilla, caballero principal muy gran privado suyo, donde se entretuviese con doña Elvira de Guzmán, su hija doncella, á quienes encargaron el cuidado de su regalo. Y aunque allí lo recibía, mucho sintió verse lejos de su tierra y otras causas que le daban mayor pena. Más no las descubrió. Que con sereno rostro, el semblante alegre, mostró que en ser aquel gusto de su alteza lo estimaba en merced y recibía por suyo.

Esta doncella tenían sus padres desposada con un caballero moro de Granada, cuyo nombre era Ozmin. Sus calidades muy conformes á las de Daraja: mancebo rico, galán, discreto y, sobre todo, valiente y animoso y cada una destas partes dispuestas á recibir un Muy y le era muy debido. Tan diestro estaba en la lengua española, como si en el riñón de Castilla se criara y hubiera nacido en ella. Cosa digna de alabanza de mozos virtuosos y gloria de padres, que en varias lenguas y nobles ejercicios ocupan sus hijos. Ama-

ba su esposa tiernamente. De modo idolatraba en ella que, si se le permitiera, en altares pusiera sus estatuas. En ella ocupaba su memoria, por ella desvelaba sus sentidos, della era su voluntad. Y su esposa, reconocida, nada le quedaba en deuda.

Era el amor igual, como las más cosas en ellos y sobre todo un honestísimo trato en que se conservaban. La dulzura de razones que se escribían, los amorosos recaudos que se enviaban, no se pueden encarecer. Habíanse visto y visitado; pero no tratado de sus amores á boca. Los ojos parleros, muchas veces: que nunca perdieron ocasión de hablarse. Porque los dos de muchos años antes y no muchos, pues ambos tenían pocos, más para bien hablar, desde su niñez, se amaban y las visitas eran á deseo. Enlazóse la verdadera amistad en los padres y amor en los hijos con tan estrechos nudos, que de conformidad todos desearon volvello en parentesco y con este casamiento tuvo efecto; pero en hora desgraciada y rigor de planeta, que apenas acabó de concluirse, cuando Baza fué cercada.

Con esta revuelta y alborotos lo dilataron entonces, aguardando juntallos con más comodidad y alegría, para solenizar con juegos y fiestas lo que aquella pedía y casamiento de tan calificada gente. Daraja, ya dije quien era su padre. Su madre fué sobrina, hija de hermana de Boabdelin, rey de aquella ciudad, que había tratado el casamiento. Y Ozmin, primo hermano de Mahomet, rey, que llamaron Chiquito, de Granada.

Pues, como sucediese al revés de sus deseos, mostrándose á todos la fortuna contraria, estando Daraja en poder de los reyes y habiéndola dejado en Sevilla, luego que su esposo lo supo, las exclamaciones que hizo, lástimas que dijo, suspiros que daba, efectos de tristeza que mostró, á todos repartía y ninguno salía con pequeña parte. Más, como el daño fuese tan solo suyo y la pérdida tan de su alma, tanto

creció el dolor en ella, que brevemente le cupo parte al cuerpo, adoleciendo de un enfermedad grave tan dificultosa de curar, cuanto lejos de ser conocida y los remedios distantes. Crecian los efectos con indicios mortales, porque la causa crecía, sin ser á propósito las medicinas. Lo peor, que el mal no se entendia, siendo lo más esencial de su reparo. Asi de su salud los afligidos padres ya tenian rendida la esperanza; los médicos la negaban, confirmandose con los accidentes.

Todos en esta pena y el enfermo casi en la última, se le representó una imaginación de que le pareció sacar algún fruto y, aunque con riesgo, más puesto en parangón del que tenia, no podia ser otro mayor. Y con las ansias de la ejecución, procurando alcanzar ver á su querida esposa, cobró aliento y algún esfuerzo, resistiendo animosamente las cosas que podian dañarle. Despidió las tristezas y melancolias; pensaba solamente cómo tener salud. Con esto vino á cobrar mejoría, á desesperación de todos, que le vieron llegar á tal punto. Dicen bien, que el deseo vence al miedo, tropella inconvenientes y allana dificultades. Y el alegría en el enfermo es el mejor jarabe y cordial epictima y asi es bien procurársela y, cuando alegre lo vieres, cuéntalo por sano. Luego comenzó á convalecer. Y apenas podia tenerse sobre sí, cuando previniéndose para guía de un moro, lengua, que á los reyes de Granada sirvió mucho tiempo de espía, joyas y dineros para el viaje, en un buen caballo morcillo, un arcabuz en el arzón de la silla, su espada y daga ceñida, en traje andaluz, salieron de la ciudad una noche, atrochando por fuera de camino, como los que sabian bien la tierra.

Pasaron á vista del real y, habiéndolo dejado bien atrás, por sendas y veredas iban á Loja, cuando cerca de la ciudad, su avara suerte los encontró con un capitán de campaña, que andaba recogiendo la gente que del ejército huía, desamparando la milicia. Pues como así los viese, los prendió. Fin-

gió el moro tener pasaporte, buscándolo ya en el seno, ya en la faltriquera y otras partes; y como no lo hallase y los viese descaminados, tomando mala sospecha, los prendió para volverlos al real. Ozmin, sin alterarse alguna cosa, con libres palabras, aprovechándose del nombre del caballero en cuyo poder estaba su esposa, fingió ser hijo suyo, llamándose don Rodrigo Padilla y haber venido á traer un recaudo á los reyes de parte de su padre y cosas de Daraja y por haber adolecido, se volvía. Otrosi le afirmó haber perdido el pasaporte y el camino y que para tornar á él, habian tomado aquella senda. Nada le aprovechaba, que todavia insistia, queriéndolos volver y no lo entendian: que ni á él se le diera una tarja que se fueran ó volvieran. Solo fué su pretensión que un caballero tal como representaba, le quebrara los ojos con algunos doblones.

Que no hay firma de general, que iguale al sello real y no tanto más, cuanto en más noble metal estuviese estampado. Para los maltrapillos y soldados de tornillo tienen dientes y en ellos muestran su poder ejecutando las órdenes; que no en quien pueden sacar algùn provecho y eso buscan. Ozmin, sospechando en lo que tantos fieros habian de parar, volvió á decirle: "no entienda, señor capitán, que me diera pena volver atrás otra vez ni diez, ni reiterar el camino lo estimara en algo, si salud como ve no me faltara; mas pues consta la necesidad que llevo, suplicole no reciba vejación semejante por el riesgo de mi vida., Y sacando del dedo una rica sortija, la puso en su mano, que fué como si echaran vinagre al fuego. Luego le dijo: "señor, vuesa merced vaya en buen hora, que bien se deja entender de hombre tan principal, que no se va con la paga del rey ni desamparará á su campo, menos que con la ocasión que tiene. Y iréle acompañando hasta Loja, donde le daré recaudo para que con seguridad pueda pasar adelante., Asi lo hizo, quedando muy amigos y, habiendo reposado se despidieron, tomando cada uno por su vía.

Con estas y otras desgracias llegaron á Sevilla, donde por la relación que traía supo la calle y casa donde Daraja estaba. Dió algunas vueltas á diferentes horas y en diversos días; mas nunca la pudo ver. Que como no iba fuera ni á la iglesia, todo el tiempo se ocupaba en su labor y recrearse con su amiga doña Elvira. Viendo pues Ozmin la dificultad que tenia su deseo y la nota que daba, como en común la dan en cualquier lugar los forasteros, que todos ponen los ojos en ellos, deseando saber quiénes y de dónde son, qué buscan y de qué viven, especialmente si pasean una calle y miran con cuidado á las ventanas ó puertas. De alli nace la envidia, crece la murmuración, sale de balde el odio; aunque no haya interesados.

Algo desto se comenzaba y fué forzoso, evitando el escándalo, cesar por algunos días. El criado hacia el oficio como persona de poca cuenta. Más no descubriéndosele camino, sólo se consolaba con que las noches á deshora pasando por su calle abrazaba las paredes, besando las puertas y umbrales de la casa. En esta desesperación vivió algún tiempo, hasta que llegó por suerte el que deseaba. Que como su criado tuviese cuidado de dar algunas vueltas entre día, vió que don Luis hacia reparar cierta pared, sacándola de cimientos. Asió de la ocasión por el copete, aconsejando á su amo que, comprando un vestidillo vil, hiciese cómo entrar por peón de albañería. Parecióle bien, púsolo en ejecución, dejó su criado por guarda de su caballo y hacienda en la posada, para valerse dello, cuando se le ofreciese, y así se fué á la obra.

Pidió si habia en qué trabajar para un forastero. Dijeron que sí. Bien es de creer que no se reparó de su parte en el concierto. Comenzó su oficio, procurando aventajarse á todos. Y aunque con disgustos que tenia no habia cobrado entera salud; *sacaba*, como dicen, *fuerzas de flaqueza*: que *el corazón manda las carnes*. Era el primero que á la obra

venia, siendo el postrero que la dejaba. Cuando todos holgaban, buscaba en que ocuparse. Tanto que, siendo reprehendido de sus compañeros, que hasta en las desventuras tiene lugar la envidia, respondía no poder estar ocioso. Don Luis, que notó su solicitud, parecióle servirse dél en ministerios de casa, en especial del jardin. Preguntóle si dello se le entendia. Dijo que un poco; mas que el deseo de acertarle á servir haria que con brevedad supiese mucho. Contentóse de su conversación y talle, porque de cualquiera cosa lo hallaba tan suficiente como solicitado.

El albañir acabó sus reparos y Ozmin quedó por jardinero. Que hasta este dia nunca le habia sido posible ver á Daraja. Quiso su buena fortuna le amaneciese el sol claro, sereno y favorable el cielo y, deshecho el ñublado de sus desgracias, descubrió la nueva luz, con que vió el alegre puerto de sus naufragios. Y la primera tarde, que ejercitó el nuevo oficio, vió que su esposa se venia sola, paseando por una espaciosa calle, toda de arrayanes, mosquetas, jazmines y otras flores, cogiendo algunas dellas, con que adornaba el cabello.

Ya por el vestido la desconociera, si el original verdadero no concertara con el vivo traslado, que en el alma tenia. Y bien vió que tanta hermosura no podia dejar de ser la suya. Turbóse en vella de hablalle y, tanto vergonzoso como empachado, al tiempo que pasaba bajó la cabeza, labrando la tierra con un almocafre, que en la mano tenia. Volvió á mirar Daraja el nuevo jardinero y por un lado del rostro, aquello que cómodamente pudo descubrir, se le representó á la imaginación el lugar donde siempre la tenia, por la mucha semejanza de su esposo. De donde le vino una tan súbita tristeza, que dejándose caer en el suelo, arrimada al encañado del jardin, despidió un ansioso suspiro acompañado de infinitas lágrimas. Y puesta la mano en la rosada mejilla, estuvo trayendo á la memoria muchas que, si en cualquiera perseverara, pudiera ser verdugo de su vida.

Despidiólas de sí como pudo, con otro nuevo deseo de entretener el alma con la vista, engañándola con aquella parte que de Ozmin le representaba. Levantóse temblando todo el cuerpo y el corazón alborotado, volviendo á contemplar de nuevo la imagen de su adoración que, cuanto más atentamente lo miraba, más vivamente las trasformaba en sí. Pareciale sueño y, viéndose despierta, temía ser fantasma. Conociendo ser hombre, deseaba fuera el que amaba. Quedó perpleja y dudosa sin entender qué fuese, porque la enfermedad lo tenía flaco y falto de las colores que solia; más en lo restante de las faiciones, compostura de su persona y sobresalto lo averaban. El oficio, vestido y lugar la despedían y desengañaban. Pesábale del desengaño porfiando en su deseo y sin poder abstenerse de cobrarle particular afición por la representación que hacia.

Y con la duda y ansias de saber quién fuese, le dijo: hermano, ¿de dónde sois? Ozmin alzó la cabeza, viendo su regalada y dulce prenda y, añudada la lengua en la garganta sin poder formar palabra ni siendo poderoso á respondelle con ella, lo hicieron los ojos, regando la tierra con abundancia de agua que salia dellos, cual si de dos represas alzaran las compuertas, con que los dos queridos amantes quedaron conocidos. Daraja correspondió por la misma orden, vertiendo hilos de perlas por su rostro. Ya quisieran abrazarse, á lo menos decirse algunas dulces palabras y regalados amores, cuando entró por el jardín don Rodrigo, hijo mayor de don Luis que, enamorado de Daraja, siempre seguía sus pasos, procurando gozar las ocasiones de estarla contemplando. Ellos, por no dalle á entender alguna cosa, Ozmin volvió á su labor y Daraja pasó adelante.

Don Rodrigo conoció de su semblante triste y ojos encendidos novedad en su rostro. Presumió si hubiera sido algún enojo y preguntóselo á Ozmin. El cual, aunque no se habia bien vuelto á cobrar del pasado sentimiento, más esforzando-

se por la necesidad que tenía dello, le dijo: "señor, del modo que la viste, la vi cuando aquí llegó, sin que conmigo hablase palabra y así no me lo dijo ni sé cuál sea su pasión. Especialmente, que siendo hoy el día primero que en este lugar entré, ni á mi fuera licito preguntalla ni á su discreción comunicármele. . . Con esto se fué de allí, con intención de sabello de Daraja; más, en cuanto en estas palabras se entretuvo, ella se subió á largo paso por un caracol á sus aposentos y cerró tras de sí la puerta.

Algunas tardes y mañanas pasaban destas los amantes, gozando en algunas ocasiones algunas flores y honestos frutos del árbol de amor, con que daban alivio á sus congojas, entreteniendo los verdaderos gustos, deseando aquel tiempo venturoso, que sin sombras ni embarazos pudieran gozarse. No mucho ni con seguridad tuvieron este gusto. Porque de la continuación extraordinaria y vellos estar juntos hablándose en algarabía y ella escusarse para ello de la compañía de su amiga doña Elvira, ya daba pesadumbre á todos los de casa y á don Rodrigo rabioso cuidado, que se abrasaba en celos, no de entender que el jardinero tratase cosa ilícita ni amores, más ver que fuese digno de entretenerse con tanta franqueza en su dulce conversación, lo cual no hacía con otro alguno tan desenvueltamente.

La murmuración, como hija natural del odio y de la envidia, siempre anda procurando cómo manchar y escurecer las vidas y virtudes ajenas. Y así en la gente de condición vil y baja, que es donde hace sus audiencias, es la salsa de mayor apetito, sin quien alguna vianda no tiene buen gusto ni está sazónada. Es el ave de más lijero vuelo, que más presto se abalanza y más daño hace. No faltó quien pasó la palabra de mano en mano, unos poniendo y otros componiendo sobre tanta familiaridad, hasta llegar á lo llano la bola y á los oídos de don Luis el chisme, creyendo sacar dello su acrecentamiento con honrosa privanza. Esto es lo que el

mundo practica y trata, granjear á los mayores á costa ajena, con invenciones y mentiras, cuando en las verdades no hay paño de que puedan sacar lo que desean. Oficio digno de aquellos á quien la propia virtud falta y por sus obras ni persona merecen.

Dióles don Luis oído atento á las biencompuestas y afeitadas palabras que le dijeron. Era caballero prudente y sabio: no se las dejó estar paradas donde se las pusieron. Pasólas á la imaginación, dejando lugar desocupado para que cupiesen las del reo. Abrió el oído, no lo consintió cerrado; aunque algo se escandalizó. Muchas cosas pensaba, todas lejos de la cierta, y la que más le turbó fué sospechar si su jardinero era moro, que con cautela hubiera venido á robar á Daraja. Creyendo que así sería, cegóse luego. Y lo que mal se considera, muchas veces y las más no ha salido bien la ejecución por la puerta, cuando el arrepentimiento se entra dentro en casa. Con este pensamiento se resolvió á prendello.

El sin resistirse, no mostrándose triste ni alterado, se consintió encerrar en una sala. Y dejándolo con este seguro, fué donde Daraja estaba, que ya con el alboroto de los ministros y sirvientes lo sabía todo y aun de días antes lo había barruntado. Mostróse á don Luis muy agraviada, formando quejas, cómo en la bondad y limpieza de su vida se hubiese puesto duda, dando puerta que con borrón semejante cada uno pensase lo que quisiese y mejor se le antojase, pues para cualquier mala sospecha había abierto senda.

Estas y otras biencompuestas razones, con afecto de ánimo recitadas, hicieron á don Luis con facilidad arrepentirse de lo hecho. Quisiera, según Daraja lo deshizo, nunca haber tratado de tal cosa, indignándose contra sí mismo y contra los que lo impusieron en ello. Más por no mostrarse fácil y que sin mucha consideración se hubiese movido á cosa tan grave, disimulando su arrepentimiento, le dijo desta manera: "bien creo y de cierto conozco, hija Daraja, la razón

que tienes y lo mal que con término semejante contra ti se ha procedido, sin haber primero examinado el ánimo de los testigos, que han en tu ofensa depuesto. Conozco tu valor, el de tus padres y mayores de quien descienes. Conozco que los méritos de tu persona sola tienen alcanzado de los reyes mis señores todo el amor, que un sólo y verdadero hijo puede ganar de sus amorosos y tiernos padres, haciéndote pródigas y conocidas mercedes. Con esto debes conocer que te pusieron en mi casa para que fueses en ella servida con todo cuidado y diligencia, en cuanto fuese tu voluntad, y que debo dar de ti la cuenta conforme á la confianza que de mi se hizo.

Por lo cual y por lo que mi deseo de tu servicio merece, has de corresponder, como quien eres, con el buen trato que á mi lealtad y á lo más referido se le debe. No puedo ni quiero pensar pueda en ti haber cosa que desdiga ni degenerare. Más ha engendrado un cuidado la familiaridad grande que con Ambrosio tienes, que este nombre se puso Ozmin cuando entró á servir de peón, acompañada de hablar en arábigo, para desear todos entender lo que sea ó cuál fué su principio, sin habelle antes tú ni yo visto ni conocido. Y esto satisfecho, á muchos quitarás la duda y á mi un impertinente y prolijo desasosiego. Suplicote, por quien eres, nos absuevas esta duda, creyendo de mi que en lo que fuere posible seré siempre contigo en cuanto se te ofrezca,,.

Curiosamente estuvo atenta Daraja en lo que don Luis le decía para podelle responder; aunque su buen entendimiento ya se había prevenido de razones para su descargo, si algo hubiera descubierto. Más en aquel breve término, dejando las pensadas, le fué necesario valerse de otras más á propósito á lo que fué preguntada, con que fácilmente, dejándolo satisfecho, descuidase, cautelando lo venidero, para gozarse con su esposo según solía. Dijo así: "señor y padre mio, que así te puedo llamar: señor por estar en tu poder y

padre por las obras que de tal me haces. Mal correspondiera con lo que soy obligada y á las continuas mercedes, que de sus altezas recibo por tus manos y con tus intercesiones acrecientas en mi favor, si no depositara en el archivo de tu discreción mis mayores secretos, amparándolos con tu sombra y gobernándome con tu cordura y si con la misma verdad no dejara colmado tu deseo. Que, aunque traer á la memoria cosas, que me es forzoso recitarte, ha de ser para mí gran pesadumbre y aun de no pequeño martirio, con él quiero pagarte y dejar deudor de mi sentimiento y de lo que me mandas asegurado.,,

“Ya, señor, habrás entendido quién soy, que te es notorio, y cómo mis desgracias ó buena suerte (que no puedo hasta encerrar el fruto, viendo el fin de tantos trabajos, condenar lo uno ni loar lo otro) me trujeron á tu casa, habiéndose tratado de casarme con un caballero de los mejores de Granada, deudo muy cercano y descendiente de los reyes della. Este mi esposo, si tal puedo llamarle, se crió, siendo como de seis ó siete años, con otro niño cristiano cautivo y de su misma edad, que para su servicio y entretenimiento le compraron sus padres. Andaban siempre juntos, jugaban juntos, juntos comían y dormían de ordinario, por lo mucho que se amaban. Ved si eran prendas de amistad las que he referido. Así lo amaba mi esposo, como si igual ó deudo suyo fuera. Dél fiaba su persona por ser muy valiente. Era depósito de sus gustos, compañero de sus entretenimientos, erario de sus secretos y en sustancia otro él. Ambos en todo tan conformes, que la ley sólo los diferenciaba. Que por la mucha discreción de ambos nunca della se trataron, por no deshermanarse.

Merecialo bien el cautivo. Dije mal; mejor dijera hermano y tal debiera llamarlo, por su trato fiel, compuestas costumbres y ahidalgado proceder. Que si no conociéramos haber nacido de humildes padres labradores, que con él fueron

cautivos en una pobre alqueria, creyéramos por cierto descender de alguna noble sangre y generosa casa. Este, habiéndose tratado de mis bodas, era la estafeta de nuestros entretenimientos, que como tan fiel, en otra cosa no se ocupaba. Traíame papeles y regalos, volviendo los retornos debidos á semejantes portes. Pues como Baza fuese entregada y él estuviese allí, fué puesto en libertad con los más cautivos que dentro se hallaron. Mal sabré decir si el gozo de cobralla fué tanto como el dolor de perdernos. Dél podrás fácilmente saberlo con lo más que quisieres entender, porque es Ambrosio, el que en tu servicio tienes, que para refrigerio de mis desdichas fué Dios servido que á él viniese. Sin pensar lo perdí y acaso lo he vuelto á hallar. Con él repaso los cursos de mis desgracias, después que en ellas me gradué. Con él alivio las esperanzas de mi enemiga suerte, entreteniéndolo la penosa vida, para engañar el cansancio del prolijo tiempo. Si este consuelo, por ser en mi favor, te ofende, haz á tu voluntad, que será la mía en cuanto la dispusieres.,,

Don Luis quedó admirado y enternecido, tanto de la extrañeza como del caso lastimoso, según el modo de proceder que en contallo tuvo, sin pausa, turbación ó accidente, de donde pudiera presumirse que lo iba componiendo. Demás que lo acreditó vertiendo de sus ojos algunas eficaces lágrimas, que pudieran ablandar las duras piedras y labrar finos diamantes. Con ello fué suelto de la prisión Ambrosio, sin preguntalle alguna cosa, por no hacer ofensa en ello á la información de Daraja. Sólo poniéndole los brazos en el cuello, con alegre rostro le dijo: “agora conozco, Ambrosio, que debes tener principio de alguna valerosa sangre y si, este faltara, tú lo dieras por tus virtudes y nobleza. Que, según lo que de tí he sabido, en obligación te estoy por ello, para hacerte de hoy más el tratamiento que mereces.,, Ozmin le dijo: “en ello, señor, harás como quien eres; y el bien que recibiere, podré preciarme siempre que de tu largueza y

casa me ha procedido.,, Con esto se le permitió que volviese al jardín con la misma familiaridad que primero y más franca licencia. Las veces que querían, se hablaban, sin que alguno en ello ya se escandalizase.

En este intermedio, siempre tuvieron los reyes cuidado de saber de la salud y estado de las cosas de Daraja, de que les era dado particular aviso. Holgaban de saberlo, encomendándola mucho por sus cartas.

Pudo tanto este favor, que por el deseo de privanza y méritos de la doncella, así don Rodrigo como los demás principales caballeros de aquella ciudad, deseaban fuese cristiana, pretendiéndola por mujer. Mas como don Rodrigo la tuviese, como dicen, de las puertas adentro, era entre los más opositores el de mejor acción al común parecer. El caso era llano, la sospecha verisimil. Pues de su condición, costumbres y trato ella tenía hecha esperiencia y las ostentaciones desta calidad no suelen ser de poco momento ni el escalón más bajo, haber uno hecho alarde público de sus virtudes y su nobleza, donde por ellas pretende ser conocido y aventajado. Mas como los amantes tuviesen las almas trocadas y ninguno poseyese la suya, tan firmes estaban en amarse, cuanto ajenos de ofenderse. Nunca Daraja dió lugar con descompostura ni otra causa, que alguno se le atreviese, aunque todos la adoraban. Cada uno buscaba sus medios y echaba sus redes, cercando con rodeos; más ninguno tenía fundamento.

Visto por don Rodrigo cuán poco aprovechaban sus servicios, cuán en balde su trabajo y el poco remedio que tenía, pues en tantos días pasados de continua conversación estaba como el primero, vinole al pensamiento valerse de Ozmin, creyendo por su intercesión alcanzar algunos favores. Y tomándolo por el más acertado medio, estando una mañana en el jardín, le dijo: “bien sabrás, Ambrosio hermano, las obligaciones que tienes á tu ley, á tu rey, á tu

natural, al pan que de mis padres comes y al deseo que de tu aprovechamiento tenemos. Entiendo que, como cristiano de la calidad que tus obras publican, has de corresponder á quien eres. Vengo á ti con una necesidad que se me ofrece, de donde pende todo el acrecentamiento de mi honra y el rescate de mi vida, que está en tu mano, si, tratando con Daraja, entre las más razones la dispusieres, con las buenas tuyas, á que, dejada la secta falsa que sigue, se quiera volver cristiana. Lo que dello podrá resultar, bien te es notorio: á ella salvación, servicio á Dios, á los reyes gusto, honra en tu patria y á mi total remedio.

Porque pidiéndola por mujer, vendré á casar con ella, y no será poco el útil que sacarás deste viaje, que siéndote honroso, te será juntamente provechoso y tanto cuanto pueda ponderar tu buen entendimiento. Porque siendo de Dios galaronado por el alma que ganas, yo de mi parte gratificaré con muchas veras la vida que me dieres con la buena amistad, que por intercesión tuya recibiere. No dejes de favorecerme, pues tanto puedes, y donde tantas obligaciones fuerzan juntas, no es justo serte importuno., Y cuando ya tuvo acabada de hacer su exhortación, Ozmin le respondió lo siguiente:

“La misma razón, con que has querido obligarme, señor don Rodrigo, te obligará que creas cuánto deseo que Daraja siga mi ley, á que con muchas veras, infinitas y diversas veces la tengo persuadida. No es otro mi deseo sino el tuyo y así haré la diligencia en causa propia, como en cosa que soy tan interesado. Pero amando tan de corazón á su esposo y mi señor, tratar de volvella cristiana es doblalle la pasión sin otro fruto alguno. Que aun en ella viven algunas esperanzas que podría mudarse la fortuna, dándose trazas como conseguir su deseo. Esto es lo que he sabido della y siempre me ha dicho y lo en que la he visto firme. Mas para cumplir con lo que me mandas, no obstante que no ha

de ser de fruto, volveré á hablalla para tratar dello y te daré su respuesta., No mintió el moro palabra de cuanto dijo, si hubiera sido entendido; más con el descuido de cosa tan remota, creyó don Rodrigo no lo que quiso decir, sino lo que formalmente dijo. Y así engañado llevó alguna confianza: que quien de veras ama, se engaña con desengaños.

Ozmin quedó tan triste de ver al descubierto la instancia que en su daño se hacia, que casi salia de juicio con su celo. De manera lo apretó, que de allí adelante no se le pudo más ver el rostro alegre, pareciéndole lo imposible posible. Luchaba consigo mismo, imaginando que el nuevo competidor, como poderoso en su tierra y casa, pudiera valerse de trazas y mañas con que impedille su intento, siendo cual era tanta su solicitud. Temíase no se la mudasen. Que las muchas baterías aportillan los fuertes muros y con secretas minas los postran y arruinan. Con este recelo discurría por el pensamiento á trágicos fines y funestos acaecimientos, que se le representaban. No los creía; pero temíalos: que era perfecto amator. Viendo Daraja tantos días tan triste á su querido esposo, deseaba con deseo saber la causa; más ni él se la dijo ni trató alguna cosa de lo que con don Rodrigo había pasado. Ella no sabía qué hacer ni cómo podello alegrar; aunque con dulces palabras, dichas con regalada lengua, risueña boca y firme corazón, exageradas con los hermosos ojos, que la enternecían con el agua que dellos á ellas bajaban, así le dijo:

“Señor de mi libertad y esposo que obedezco, ¿qué cosa puede ser de tanta fuerza que, estando viva y en vuestra presencia, en mi ofensa os atormente? ¿Podrá por ventura mi vida ser el precio de vuestra alegría? ¿O cómo la tendréis, para que con ella salga mi alma del infierno de vuestra tristeza, en que está atormentada? Deshaga el alegre cielo de vuestro rostro las tinieblas de mi corazón. Si con

vos algo puedo, si el amor que os tengo algo merece, si los trabajos en que estoy á piedad os mueven, si no queréis que en vuestro secreto quede sepultada mi vida: suplicoos me digáis qué os tiene triste.,, Aquí paró, que la ahogaba el llanto, haciendo en los dos un mismo efecto, pues no le pudo responder de otro modo que con ardientes y amorosas lágrimas, procurando cada uno con las propias enjugar las ajenas, siendo todas unas por estar impedida la lengua.

Ozmin con la opresión de los suspiros, temiendo si los diera ser sentido, tanto los resistió volviéndolos al alma, que le dió un recio desmayo, como si quedara muerto. No sabia Daraja qué hacerse, con qué volvello ni cómo consolallo, ni pudo entender cuál pudiera ser ocasión de tanta mudanza en quien estaba siempre alegre. Ocupábase limpiándole el rostro, enjugándole los ojos, poniendo en ellos sus hermosas manos, después de haber mojado un precioso lienzo que en ellas tenía, matizado de oro y plata con otras varias colores, entretejidas en ellas aljófares y perlas de gran estimación. Tanto se transformaba en esta pena, tan ocupada con sus sentidos todos estaba en remedialla, que, si un poco más se descuidara, los hallara don Rodrigo poco menos que abrazados. Porque Daraja le tenía la cabeza reclinada en su rodilla y él recostado en sus faldas en cuanto en sí volvía. Y habiendo ya cobrado mejoría, queriendo despedirse, entró por el jardín.

Daraja con la turbación se apartó como pudo, dejándose en el suelo el curioso lienzo, que brevemente fué por su dueño puesto en cobro. Y viendo que don Rodrigo se acercaba, ella se fué y ellos quedaron solos. Preguntóle qué había negociado. Respondióle lo que siempre: "tan firme la hallo en el amor de su esposo, que no sólo dejará de ser, como pretendes, cristiana; pero que si lo fuera, por él dejara de sello, volviéndose mora. Y á tal extremo llega su locura, el amor de su ley y de su esposo. Háblele tu negocio y á ti por lo que intentas y á mí porque lo trato nos ha cobrado tal

odio, que ha propuesto, si dello más le hablo, no verme y á ti de verte venir se fué huyendo. Así que, no te canses ni en ello gastes tiempo, que será muy en vano.,,

Entristeciöse mucho don Rodrigo de tan resuelta respuesta, dada con tal aspereza. Sospechó que antes Ozmin era en su daño, que de provecho. Parecióle que á lo menos, cuando Daraja la diera tan desabrida, él no debiera referilla con acción semejante, haciéndose casi dueño del negocio. Y es imposible amor y consideración: tanto uno se desbarata más, cuanto más ama. Representósele la muy estrecha amistad, que se decía tener con su primero amo. Parecióle que aun seria viva y de no creer haberse resfriado las cenizas de aquel fuego. Con este pensamiento reforzado de pasión, se determinó echallo de casa, diciéndole á su padre cuán dañoso era permitir, donde Daraja estuviese, quien pudiera entretenella con sus pasados amores ni hablarla dellos.

En especial, siendo la intención de sus altezas volve-lla cristiana y, en cuanto Ambrosio alli estuviese, lo tenia por dificultoso. "Hagamos, dijo, señor, el ensaye con apartallos unos días, en que veremos lo que resulta.,, No pareció mal á don Luis el consejo de su hijo y luego, formando quejas de lo que no las pudo haber, que al poderoso no hay pedille causa y suele el capitán con sus soldados hacer con dos ocho, quince, lo despidió de su casa, mandándole que aun por la puerta no pasase. Cogiolo de sobresalto. Aun despedirse no pudo. Y obedeciendo á su amo, fingiendo menor dolor del que sentia, sacó de alli el cuerpo, prenda que tuvo; porque el alma tenía dueño, en cuyo poder la dejó.

Viendo Daraja tan súbita mudanza, creyó que la tristeza pasada hubiera nacido de la sospecha de aquel nuevo suceso y que ya lo sabia. Con esto, juntándose un mal á otro, pesar á pesar y dolor á dolores, careciendo de ver á su

esposo, aunque la pobre señora disimulaba cuanto más podía, era eso lo que más la dañaba. Llore, gima, suspire, grite y hable el que se viere afligido: que, cuando con ello no quite la carga de la pena, á lo menos la hace menor y mengua el colmo. Tan falta de contento andaba, tan sin gusto desabrida, cual se le conocia muy bien de su rostro y talle.

No quiso el enamorado moro mudar estado; que, como antes andaba, tal se trató siempre y en hábito de trabajador seguia su trabajada suerte. En él habia tenido la buena pasada y esperaba otra con mejoría. Ocupábase ganando jornal en la parte que lo hallaba, yendo desta manera probando ventura, si entrando en unas y otras partes oyese ó supiese algo que le importase, que no por otro interese, pues podia con larga mano gastar por muchos días de los dineros y joyas que sacó de su casa. Más asi por lo dicho como por haberse dado á conocer en aquel vestido, teniendo franca licencia y andar más desconocido, sin que sus desinios le pudiesen ser desbaratados, perseveró en él.

Los caballeros mancebos, que servian á Daraja, conociendo el favor que con ella Ozmin tenia y que ya no servia en casa de don Luis, cada uno lo codició para sí por sus fines, que presto en todos fueron públicos. Adelantáronse don Alonso de Zúñiga, mayorazgo en aquella ciudad, caballero mancebo, galán y rico, fiado que la necesidad y su dinero, por medios de Ambrosio, le darian ganado el juego. Mandólo llamar, concertóse con él, hizole ventajas conocidas, dióle regaladas palabras, comenzaron una manera de amistad, (si entre señor y criado puede haberla, no obstante que en cuanto hombres es compatible, pero su propio nombre comunmente se llama privanza), con que pasados algunos lances le vino á descubrir su deseo, prometiéndole grandes intereses. Que todo fué volverle á manifestar las heridas, refrescando llagas, y hacerlas mayores. Si antes recelaba de uno, ya eran dos y en

poco espacio supo de muchos que el amo le descubrió y los caminos por donde cada uno marchaba y de quien se valia. Dijole que otros no queria ni buscaba, más de su buena inteligencia, creyendo, como tenia cierto, sería sola su intercesión bastante á efectuallo.

No sabré decir ni se podrá encarecer lo que sintió verse hacer segunda vez alcahuete de su esposa y cuánto más le convenia pasar por todo con discreta disimulación. Respondióle con buenas palabras, temeroso no le sucediera lo que con don Rodrigo. Y si con todos hubiera de arrojarse, mucho le quedaba por andar, todo lo pudiera y de nada tuviera conocimiento. Paciencia y sufrimiento quieren las cosas, para que pacíficamente se alcance el fin dellas. Fuéolo entreteniendo, aunque se abrasaba vivo. Batallaba con varios pensamientos y, como por varias partes le daban guerra y le tiraban garrochas, no sabía dónde acudir ni tras quien correr ni para sus penas hallaba consuelo que lo fuese.

La liebre una, los galgos muchos y buenos corredores, favorecidos de halcones caseros, amigas, conocidas, banquetes, visitas, que suelen poner á las honras fuego y en muchas casas, que se tienen por muy honradas, entran muchas señoras, que al parecer lo son, á dejallo de ser, debajo de título de visita, por las dificultades que en las propias tienen y otras por engaño, que de todo hay, todo se platica. Y para la gente principal y grave no se descuidó el diablo de otras tales cobijaderas y cobijas. Todo lo temía y más á don Rodrigo, á quien él y los otros competientes tenían gran odio por su arrogancia falsa. Cautelaba con ella, para que los otros desistiesen, desmayados en creer sería el origen della los favores de Daraja. Hablábanle bien; queríanle mal. Vertíanle almiбар por la boca; dejando en el corazón ponzoña. Metíanlo en sus entrañas; deseando vérselas despedazadas. Hacíanle rostro de risa y era la que suele hacer el perro á las abispas; que es tal todo lo que hoy corre y más entre los mejores.

Volvamos á decir de Daraja los tormentos que padecía, el cuidado con que andaba para saber de su esposo, dónde se fué, qué se hizo, si estaba con salud, en qué pasaba, si amaba en otra parte. Y esto le daba más cuidado. Porque, aunque las madres también le tienen de sus hijos ausentes; hay diferencia. Que ellas temen la vida del hijo y la mujer el amor del marido, si hay otra que con caricias y fingidos halagos los entretenga. ¡Qué días tan tristes aquéllos, qué noches tan prolijas, qué tejer y destejer pensamientos, como la tela de Penélope, con el casto deseo de su amado Ulises!

Mucho diré callando en este paso. Que para pintar tristeza semejante, fuera poco el ardid que usó un pintor famoso en la muerte de una doncella que, después de pintada muerta en su lugar, puso á la redonda á sus padres, hermanos, deudos, amigos, conocidos y criados de la casa, en la parte y con el sentimiento que cada uno en su grado podía tocallo; mas, cuando llegó á los padres, dejóles por acabar las caras, dando licencia que pintase cada uno en semejante dolor según lo sintiese.

Porque no hay palabras ni pincel, que llegue á manifestar amor ni dolor de padres; sino solas algunas obras, que de los gentiles habemos leído. Así lo habré de hacer. El pincel de mi ruda lengua será brochón grosero y ha de formar borrones. Cordura será dejar á discreción del oyente y del que la historia supiere, cómo suelen sentirse pasiones cual ésta. Cada uno lo considere, juzgando el corazón ajeno por el suyo.

Andaba triste: que las muestras exteriores manifestaban las interiores. Viéndola don Luis en tal extremo de melancolia y don Rodrigo, su hijo, ambos por alegralla ordenaron unas fiestas de toros y juegos de cañas. Y por ser la ciudad tan acomodada para ello, brevemente tuvo efecto. Juntáronse las cuadrillas, de sedas y colores diferentes cada una, mostrando los cuadrilleros en ellas sus pasiones, cuál desesperado, cuál con esperanza, cuál cautivo, cuál amartelado, cuál ale-

gre, cuál triste, cuál celoso, cuál enamorado. Pero la paga de Daraja igual á todos.

Luego que Ozmin supo la ordenada fiesta y ser su amo cuadrillero, parecióle no perder tiempo de ver su esposa, dando muestra de su valor, señalándose aquel dia. El cual como fuese llegado, al tiempo que los toros se corrian, entró en su caballo, ambos bien aderezados. Llevaba con un tafetán azul cubierto el rostro y el caballo tapados los ojos con una banda negra. Fingió ser forastero. Iba su criado delante con una gruesa lanza. Dió á toda la plaza vuelta, viendo muchas cosas de admiración que en ella estaban.

Entre todo ello así resplandecía la hermosura de Daraja como el dia contra la noche y en su presencia todo era tinieblas. Púsose frontero de su ventana, donde luego que llegó, vió alterada la plaza, huyendo la turba de un famoso toro, que á este tiempo soltaron. Era de Tarifa, grande, madrigado y como un león de bravo. Así como salió, dando dos ó tres ligeros brincos, se puso en medio de la plaza, haciéndose dueño de toda ella, con que á todos puso miedo. Encarábase á una y otra parte, de donde le tiraron algunas varas y, sacudiéndolas de sí, se daba tal maña, que no consentia le tirasen otras desde el suelo, porque hizo algunos lances y ninguno perdido. Ya no se atrevían á poner delante ni habia quien á pie lo esperase, aun de muy lejos. Dejáranlo solo: que otro más del enamorado Ozmin y su criado no parecia allí cerca.

El toro volvió al caballero, como un viento, y fuele necesario sin pereza tomar su lanza. Porque el toro no la tuvo en entralle y, levantado el brazo derecho (que con el lienzo de Daraja traía por el molledo atado), con graciosa destreza y galán aire le atravesó por medio del gatillo todo el cuerpo, clavándole en el suelo la uña del pié izquierdo, se le dejó allí muerto, como si fuera de piedra, sin que más se menease, quedándole en la mano un trozo de lanza, que arrojó

por el suelo, saliéndose de la plaza. Mucho se alegró Daraja en vello, que cuando entró lo conoció por el criado, el cual también lo había sido suyo, y después en el lienzo del brazo.

Todos quedaron con general murmullo de admiración y alabanza, encareciendo el venturoso lance y fuerzas del embozado. No se trataba otra cosa que ponderar el caso, habiéndose los unos á los otros. Todos lo vieron y todos lo contaban. A todos pareció sueño y todos volvian á referillo. Aquél daba palmadas, el otro daba voces; éste habla de mano, aquél se admira, el otro se santigua; éste alza el brazo y dedo, llena la boca y ojos de alegría; el otro tuerce el cuerpo y se levanta; unos arquean las cejas; otros, reventando de contento, hacen graciosos matachines: que todo para Daraja eran grados de gloria.

Ozmin se recogió fuera de la ciudad, entre unas huertas, de donde habia salido y, dejando el caballo, trocado el vestido, con su espada ceñida, volviendo á ser Ambrosio, se vino á la plaza. Púsose á parte donde via lo que deseaba y era visto de quien le queria más que á su vida. Holgaban en contemplarse; aunque Daraja estaba temerosa, viéndole á pié, no le sucediese desgracia. Hizóle señas que se subiese á un tablado. Disimuló que no las entendía y estúvose quedo en tanto que los toros se corrieron.

Veis aquí, al caer la tarde, cuando entran los del juego de cañas en la forma siguiente:

Lo primero de todo trompetas, menestriles y atabales, con libreas de colores, á quien seguian ocho acémilas cargadas con haces de cañas. Eran de ocho cuadrilleros, que jugaban. Cada uno su repostero de terciopelo encima, bordadas con oro y seda las armas de su dueño. Llevaban sobrecargas de oro y seda con los garrotes de plata.

Entraron tras esto doscientos y cuarenta caballos de cuarenta y ocho caballeros, de cada uno cinco, sin el que

servía de entrada, que eran seis. Pero estos, que entraron delante de diestro, venían en dos hileras de los dos puestos contrarios. Los primeros dos caballos, que iban pareados, á cada cinco por banda, llevaban en los arzones á la parte de afuera colgando las adargas de sus dueños, pintadas en ellos enigmas y motes, puestas bandas y borlas, cada uno como quiso. Los más caballos llevaban solamente sus perales de cascabeles y todos con jaeces tan ricos y curiosos, con tan soberbios bozales de oro y plata, llenos de riquísima pedrería, cuanto se puede exagerar. Baste por encarecimiento ser en Sevilla, donde no hay poco ni saben dél y que los caballeros eran amantes, competidores, ricos, mozos, y la dama presente. Esto entró por una puerta de la plaza y, habiendo dado vuelta por toda en torno, salían por otra, que estaba junto á la por donde entraron: de manera que no se impedían los de la entrada con los de la salida y así pasaron todos.

Habiendo salido los caballos, entraron los caballeros, corriendo de dos en dos todas las ocho cuadrillas. Sus libreas, como he dicho, sus lanzas en las manos que, vibradas en ellas, parecían juntar los cuentos á los hierros, y cada asta cuatro: animando con alaridos á los caballos, que heridos del agudo acicate volaban, pareciendo los dueños y ellos un solo cuerpo, según en las jinetas iban ajustados. No es encarecimiento, pues en toda la mayor parte del Andalucía, como Sevilla, Córdoba, Jerez de la Frontera, *sacan los niños*, como dicen, *de las cunas de los caballos*, como en otras partes acostumbran á dárselos de caña. Y es cosa de admiración ver en tan tiernas edades tan duros aceros y tanta destreza, porque hacelles mal es ordinario ejercicio en ellos. Dieron á la plaza vuelta, corriendo por las cuatro partes de ella y, volviendo á salir, hicieron otra entrada como antes; pero los caballos mudados y embrizadas las adargas y cañas en las manos.

Partiéronse los puestos. Seis á seis, á la costumbre de la tierra, se trabó un bien concertado juego que, habiendo pasado en él como un cuarto de hora, entraron de por medio algunos otros caballeros á departillos, comenzando con otros caballos una ordenada escaramuza, los del uno y otro puesto, tan puntual que parecía una muy concertada danza, de que todos en miralla estaban suspensos y contentos.

Esta desbarató un furioso toro, que soltaron de postre. Los de á caballo, con garrochones, que tomaron, comenzaron á cercallo á la redonda; mas el toro estábase quedo sin saber á cuál acometer: miraba con los ojos á todos, escarbando la tierra con las manos. Y estando en esto esperando su suerte cada uno, salió de través un maltrapillo haciéndole cocos.

Pocos fueron menester para que el toro como un rabioso, dejando los de á caballo, viniera para él. Volvióse huyendo y el toro tras él hasta ponerse debajo de las ventanas de Daraja y adonde Ozmin estaba. Que pareciéndole haberse acogido el mozuelo á lugar privilegiado y haciendo caso de injuria de su dama y suya, si allí recibiera mal tratamiento; tanto por esto como abrasado de los que allí habian querido señalar sus gracias, por medio de la gente salió contra el toro, que dejando al que seguía, se fué para él. Bien creyeron todos debía de ser loco quien con aquel ánimo arremetia para semejante bestia fiera y esperaban sacarle de entre sus cuernos hecho pedazos.

Todos le gritaban, dando grandes voces, que se guardase. Su esposa ya se puede considerar cuál estaría, no sé qué diga, salvo que como mujer, sin alma propia, ya el cuerpo no sentia de tanto sentir. El toro bajó la cabeza para dalle el golpe; mas fué humillársele al sacrificio, pues no volvió á levantalla, que sacando el moro el cuerpo á un lado y con estraña ligereza la espada de la cinta, todo á un tiempo, le dió tal cuchillada en el pescuezo, que, partiéndole los huesos del cerebro, se la dejó colgando del gznate y papadas y alli

quedó muerto. Luego, como si nada hubiera hecho, envainando su espada, se salió de la plaza.

Mas el poblacho novelero, tanto algunos de á caballo como gente de á pié, lo comenzaron á cercar por conocerle. Poniéndose delante admirados de verlo. Y tantos cargaron, que casi le ahogaban, sin dejalle menear el paso. En ventanas y tablados comenzaron otro nuevo mormullo de admiración cual el primero y en todos tan general alegría y por haber sucedido cuando las fiestas se acababan, que otra cosa no se hablaba más de en los dos maravillosos casos de aquella tarde, dudando cuál fuese mayor y agradeciendo el buen postre que se les habia dado, dejándoles el paladar y boca sabrosa para contar hazañas tales por inmortales tiempos.

Tuvo Daraja este dia, como habéis visto, salteados los placeres, aguada la alegría, los bienes falsos y los gustos desabridos. Apenas llegaba el contento de ver lo que deseaba, cuando al momento la ejecutaba el temor del peligro. También la martirizaba el acordarse de no saber con cuál ocasión otra vez lo veria ni cómo apacentaria su corazón, satisfaciendo la hambre de los ojos en los manjares de su deseo. Y como el placer no llega adonde el pesar deja, no se le pudo conocer en el rostro si las fiestas le hubiesen sido de entretenimiento, aunque le trataron dellas. Esto y quedar los galanes algo más picados que antes, encendidos en la mucha hermosura de Daraja, deseosos cómo más agradalla y ocasión con qué volver á vella, con aquel orgullo en sangre caliente, ordenaron una justa, haciendo mantenedor á don Rodrigo.

Publicó el cartel una de aquellas noches con gran aparato de músicas y hachas encendidas, que todas las calles y plazas parecian arderser con el fuego. Fijáronlo en la parte que á todos fuera notorio, pudiendo ser leído. Había una tela puesta junto á la puerta que llaman de Córdoba, pegada con la muralla. Aun en mis tiempos la he visto y la cono-

ci, aunque maltratada, donde se iban á ensayar y corrian lanzas los caballeros. Allí don Alonso de Zúñiga, como novel, también se ejercitaba, deseoso de señalarse por la grande afición que á Daraja tenia.

Temíase perder en la justa y así lo decia en la conversacion públicamente, no porque el ánimo ni fuerzas le faltasen; mas como la práctica en las cosas hace á los hombres maestros dellas y con la teoria sola se yerran los más confiados y él no quisiera errar, hallábase atajado y cuidadoso.

Por otra parte Ozmin deseaba tener *de los enemigos los menos* y, ya que él no podia justar ni le fuera posible, quisiera entrara en la tela quien á don Rodrigo derribara la soberbia, por ser de quien más se recelaba. Con este ánimo, más que hacer á su amo servicio, le dijo: “señor, si me das licencia para decir lo que quiero, diré lo que por ventura te podrá ser de algún provecho en ocasión honrosa.,,

Don Alonso, muy remoto y descuidado que le pudiera tratar de tales ejercicios, creyendo antes fuesen cosas de sus amores, le dijo: “ya tardas, que crecen el pensamiento y deseo hasta sabelo. — He visto, le dijo, señor, que á la fiesta divulgada desta justa es forzoso que salgas. Y no me maravillo que, donde el premio de glorioso nombre se atraviesa, los hombres anden temerosos con codicia de ganallo. Yo, tu criado, te serviré, adiestrándote en lo que saber quisieres de ejercicios de caballería y, en breve riempo, de manera que te sean de fruto mis lecciones. No te admire ni escandalice mi poca edad, que por ser cosas en que me crié, tengo dellas alguna noticia.,,

Holgóse don Alonso en oirlo y, agradeciéndoselo, dijo: “si lo que ofreces cumples, á mucho me obligas.,, Ozmin le respondió: “quien promete lo que no piensa cumplir, lejos está dello, entretiene y busca achaques; mas el que está como yo, donde no los puede haber, si no es loco, queda forzado á cumplir con obras más de lo que prometen sus pa-

labras. Manda, señor, apercibir las armas de tu persona y mia, que presto conocerás cuánto más he tardado en ofrecello, que me podré ocupar en hacello, saliendo libre desta deuda y no de la obligaciòn de servirte.,,

Mandó luego don Alonso aprestar lo necesario y, prevenido, se salieron á lugar apartado, adonde aquel día y los más siguientes hasta el determinado de la justa se ocuparon en ejercicios della. De modo que brevemente don Alonso estuvo tan firme en la silla y cierto en el ristre, sacando la lanza con tan buen aire y llevando en ella tanta gracia, que parecia lo hubiera ejercitado muchos años. A todo lo cual era de gran importancia y asi le ayudaban su gentileza de cuerpo y buenas fuerzas.

De la destreza en subir á caballo en ambas sillas, del proceder en las lecciones, del talle, compostura, término, costumbres y habla de Ozmin le nació á don Alonso un pensamiento: ser imposible llamarse Ambrosio ni ser trabajador, según mostraba. Descubria por sus obras un resplandor de persona principal y noble, que por algún vario suceso anduviese de aquella manera. Y no pudiendo reportarse sin salir deste cuidado, apartándolo á solas, en secreto le dijo: “Ambrosio, poco habrá que me sirves y á mucho me tienes obligado. Tan claro muestran quién eres tus virtudes y trato, que no lo puedes encubrir. Con el velo del vil vestido que vistes y debajo de aquesa ropa, oficio y nombre, hay otro encubierto. Claro entiendo por las evidencias, que he tenido tuyas, que me tienes, ó por mejor decir, que me has tenido engañado. Pues á un pobre trabajador, que representas, es dificultoso y no de creer sea tan general en todo y más en los actos de caballeria y siendo tan mozo. He visto en ti y entiendo que debajo de esos terronos y conchas feas está el oro finisimo y perlas orientales. Ya te es notorio quién soy y á mi oscuro quién tú seas; aunque, como digo, se conocen las causas de los efetos y no te me puedes encubrir. Yo te

prometo por la fe de Jesucristo que creo y orden que de caballeria mantengo, de serte amigo fiel y secreto, guardando el que depositares en mi, ayudándote en cuanto con mi hacienda y persona pudiere. Dame cuenta de tu fortuna, para que pueda en algo cancelar parte de las buenas obras de ti recibidas. . .

Y Ozmin le respondió: "tan fuertemente, señor, me has conjurado, así me has apretado los husillos, que es forzoso sacar de mi alma lo que otra opresión, que los tornos de tu hidalgo proceder, fuera imposible. Y cumpliendo lo que me mandas, en confianza de quien eres y tienes prometido, sabrás de mi que soy caballero natural de Zaragoza de Aragón. Mi nombre, Jaime Vives, hijo del mismo. Podrá haber pocos años que, siguiendo una ocasión, fui cautivo y en poder de moros por una cautelosa alevosia de unos fingidos amigos. Si lo causó su envidia ó mi desdicha, es cuento largo. Sabrete decir que estando en su poder me vendieron á un renegado y, para el tratamiento que me hizo, el nombre basta. . .

"Metiόμε la tierra dentro hasta llevarme á Granada, donde me compró un caballero Zegri de los principales della. Tenía un hijo de mi edad que se llamaba Ozmin, retrato mio, así en edad como en talle, rostro, condición y suerte: que por parcelle tanto le puso más codicia de comprarme y hacer buen tratamiento, causando entre nosotros mayor amistad. Enseñele lo que pude y supe, según lo aprendi de los míos en mi tierra y con la mucha frecuentación, que en ella tenemos en semejantes ejercicios, de que no saqué poco fruto. Porque tratando con el hijo de mi amo dellos, aumenté lo que sabía; que de otra manera pudiera ser lo olvidara.

Y porque los hombres enseñando aprenden, de aquí vino á resultar afinarse en hijo y padre la afición que me tenían, fiando de mí sus personas y hacienda. Este mozo esta-

ba tratado casarse con Daraja, hija del alcaide de Baza, mi señora, que tanto tú adoras. Llegó á punto de tener efecto, por haberlo tenido las capitulaciones, si el cerco y guerras no lo impidieran. Fueles forzoso dilatarlo. Baza se rindió y quedaron suspensas estas bodas. Como yo era el que privaba, iba y venia con presentes y regalos de una ciudad á otra. Acerté á estar en Baza, por mi buena dicha, cuando vino á entregarse y así cobré mi libertad con los más cautivos della.

Quise volverme á mi tierra; faltóme dinero. Tuve noticia que estaba en esta ciudad un deudo mio. Juntáronse dos cosas: el deseo de vella, por ser tan ilustre y generosa, y socorrer mi persona para seguir mi camino. Estuve aquí mucho tiempo sin hallar á quien buscaba, porque las nuevas dello fueron inciertas. Salió cierta mi perdición, hallando lo que no busqué, como acontece de ordinario. Iba por la ciudad vagando con poco dinero y mucho cuidado. Ví una peregrina hermosura para mis ojos, cuando para los otros no lo sea: porque sólo es hermoso lo que agrada. Entreguéle mis potencias, quedé sin alma, no supe más de mi ni cosa poseo que suya no sea.

Esta es doña Elvira, hermana de don Rodrigo, hija de don Luis de Padilla, mi señor. Y como suelen decir que *de la necesidad nace el consejo*, viéndome tan perdido en sus amores y sin remedio de cómo podérselos manifestar con la calidad de mi persona, tomé por acuerdo acertado escribir mi libertad á mi padre y que estaba en mil doblas empeñado: que me socorriera con ellas. Sucedió bien, que habiéndome las enviado y un criado con un caballo, en que fuese, me vali de todo. Los primeros dias comencé á pasearle la calle, dando vueltas á todas horas; pero no la podia ver.

“De la continuación en mi paseo nació en alguna gente cierta nota y me traían sobre ojos. De manera que para desmentir las espías, me convino el recato. Mi criado, á quien di parte de mis amores, considerando algunas cosas,

me dió por consejo, como más en dias, viendo que en casa de mi señor andaba cierta obra, que comprando este vestido de trabajador y mudando el nombre, porque no se supiera quién fuese, asentase por peón de albañería. Púseme á pensar qué pudiera dello sucederme. Mas como *para el amor ni muerte hay cosa fuerte, todo lo vence*, todo se me hizo fácil. Determinéme y acerté en ello.

Acontecióme un caso no pensado. Y fué que, acabada la obra, me recibieron por jardinero en la misma casa. Fué tal entonces mi buena dicha, creció tanto mi luna llena y el colmo de mi ventura, que el día primero, que asenté la plaza y metí el pie dentro del jardín, fué hallarme con Daraja. Admiróse de verme; no menos yo de vella. Dimonos finiquito de nuestras vidas, refiriendo nuestras desgracias, contándome las suyas y yo las mías y cómo los amores de su amiga me tenían de aquel modo. Supliquéle que, pues tenía tan clara noticia de mis padres y mía y de la sangre de nuestro linaje, me favoreciese con ella de modo que por su mano y buena intercesión viniese, con el santo matrimonio, á gozar el fruto de mis esperanzas.

Así me lo prometió y lo que pudo cumplió. Mas, como sea tan avara mi fortuna, cuando más nuestros tiernos amores iban cobrando alguna fuerza, quebráronse los pimpollos, la flor se secó de un áspero solano, royó un gusano la raíz, con que todo se acabó. Sali desterrado de su casa sin decirme la causa, cayendo de la más alta cumbre de bienes á la más infima miseria de males. El que de la lanzada mató el toro, el que de una cuchillada rindió el otro, yo soy, que en su servicio lo hice. Bien me vió y conoció y no poco se regocijó, que en el rostro se lo conocí, sus ojos me lo dijeron. Y si en esta ocasión fuera posible, también me procurara señalar por el gusto de mi dama, que eternizara mis obras, dando á conocer quién soy y lo que valgo. De no poder ejecutar este deseo reviento de tristeza. Si pudiera com-

prallo con mi sangre, diera la de mis venas en su cambio. Ves aquí, señor, te he dicho todo el proceso de mi historia y remate de desgracias. ,,

Don Alonso, acabándole de oír, le echó los brazos encima, apretándolo estrechamente. Ozmin porfiaba en tomarle las manos para besárselas; mas no se lo consintió, diciendo: "estas manos y brazos en tu servicio se han de ocupar para merecer ganar las tuyas. No es tiempo de cumplimientos ni que se altere de como hasta aquí, en tanto que tu voluntad ordene otra cosa. Y no te ponga cuidado la justa, que en ella entrarás, no lo dudes. ,, Otra vez quisiera Ozmin y arremetió á tomarle las manos, bajando la rodilla en el suelo. Don Alonso hizo lo mismo, haciéndose muchas ofertas, con la fuerza de nueva amistad. Así pasaron largas conversaciones aquellos días, hasta que llegó el de la justa, en que habian de señalarse.

Ya dije de don Rodrigo cómo por su arrogancia era secretamente malquisto. Parecióle á don Alonso haber hallado lo que deseaba, porque justando Jaime Vives, estaba muy cierto habello de deslustrar, humillándole la soberbia. Ozmin, por su parte, también lo deseaba y, antes de ser hora de armarse, por ver entrar á Daraja en la plaza, se anduvo de espacio paseando por ella, admirándose de vella tan bienaderezada, tantas colgaduras de oro y seda, cuantas no se pueden significar, tanta variedad en las colores, tanta curiosidad en el ventanaje, tanta hermosura en las damas, riqueza de sus aderezos y vestidos, concurso de tan ilustre gente, que toda junta parecía un inestimable joyel y cada cosa por sí preciosa piedra engastada en él.

Estaba la tela, que dividiendo la plaza en dos iguales partes, atravesaba por medio della. El tablado de los jueces en lugar acomodado y frontero las ventanas de Daraja y doña Elvira. Las cuales, en dos blancos palafrenes enjaezados, con guarniciones de terciopelo negro y chaperia de pla-

ta, con mucho acompañamiento entraron. Y dando vuelta por toda la plaza, llegaron á su asiento. Luego, dejándolas en él, se salió della Ozmin, porque ya querian entrar los mantenedores.

Los cuales llegaron de allí á poco espacio, muy bien aderezados. Comenzaron á sonar los menestriles, trompetas y otros instrumentos, tañendo sin cesar, hasta que se pusieron en su puesto. Entraron justadores combatientes y fué de los primeros don Alonso que, corridas las tres lanzas y muy bien, pues fueron de las mejores, luego se fué á su casa. Ya tenía ganada licencia para un caballero amigo suyo, que fingió esperaba de Jerez de la Frontera y estaba Ozmin aguardando. Fuéronse á la tela juntos y apadrinólo don Alonso.

Llevaba el moro las armas negras de todo punto, el caballo morcillo, sin plumas la celada y en su lugar por ellas, hecha con gran curiosidad, una rosa del lienzo de Daraja: cierta señal, en que luego por él fué conocido della. Púsose en el puesto y quiso la suerte que la primera lanza cupiese á un ayudante del mantenedor. Hicieron señal, partieron de carrera. Ozmin tocó al contrario en la vista, donde rompió la lanza y, volviéndole á dar de rencuentro con lo tieso della, lo sacó de la silla, dando con él en el suelo por las ancas del caballo; pero no le hizo más mal que el gran golpe de las armas.

Para las dos últimas lanzas entró don Rodrigo, el cual barreó la primera por encima del brazal izquierdo del moro, quedando herido dél en el guardabrazo derecho, donde rompió la lanza por tres partes. En la última desbarró don Rodrigo y Ozmin rompió la suya en la junta de la babera, dejándole en ella un gran pedazo de astilla. Creyeron todos quedaba mal herido; mas defendióle el almete con haberle hecho gran daño. Y así el moro, rotas las tres lanzas, salió con vitoria ufano y mucho más don Alonso por haberlo apadrinado, que no cabía de contento.

Salieron de la plaza, fuese á desarmar á su casa, sin dejarse ver el rostro de otro alguno. Y tomando su ordinario vestido, salió por un postigo de la casa ocultamente, volviéndose á contemplar en su Daraja y ver lo que en la justa pasaba. Púsose tan cerca de la dama, que casi se pudieran dar las manos. Mirábanse el uno al otro; empero él siempre los ojos tristes y ella tristisimos, pensando qué lo pudiera causar, que su vista no le hubiera alegrado. Estuvo confusa de haberle visto justar con armas y caballo todo negro, señal entre ellos de mal agüero.

Todo le causó profundísima melancolía y tan de veras fué aposeionándose della, cargóle tan pesadamente, que las fiestas no eran bien acabadas, cuando reventándole el corazón en el cuerpo, quitándose de la ventana, se fueron á la posada. Los que con ella estaban se admiraron cómo de alguna cosa no recibía contento y aun lo murmuraban, sospechando cada uno aquello con que mejor se casaba su malicia. Don Luis, como prudente caballero, en las partes que dello se trataba, satisfacía. Y así lo hizo á sus hijos aquella noche, que murmurando dello, les dijo: “el alma triste en los gustos llora. ¿Qué cosa puede alegrar al ausente de lo que bien quiere? Los bienes tanto se estiman en más, cuanto se gozan con los conocidos y propios. Entre estraños puede haber holguras; pero no se sienten y tanto más en el alma levantan el dolor, cuanto en las ajenas ven más alegría. No la culpo ni me admiro; antes lo juzgo á su mucha prudencia y lo atribuyo á cordura, que fuera lo contrario liviandad notoria. Hállase sin sus padres, lejos de su esposo y, aunque libre, cautiva en tierra estraña, sin saber de su remedio ni tener para ello medio. Examine cada uno su pecho, póngase en el contrario puesto: sentirá lo que aquesto se siente; que no lo haciendo así, es decir el sano al enfermo que coma. Pasada esta plática secreta entre ellos, trataron en público lo bien que lo hizo el jerezano, y cómo, aunque desearon sa-

ber quién hubiese sido, nunca don Alonso dijo más de lo primero y creyeron ser verdad.

Las tristezas de Daraja iban muy adelante. Ninguno las acertaba ni daba en el blanco ni aun al terrero, de cuantos le asestaban. Todos juzgaban al revés, buscándole cuantos entretenimientos podían darle; ninguno era capaz ni cuadraba en el círculo de sus deseos.

Tenían en el Ajarafe la casa y hacienda de su mayorazgo, en un lugar aldea de Sevilla. Era el tiempo templado á vueltas de febrero. La caza y campo parece que alegran en tales días. Acordaron irse á holgar allá una temporada, por no dejar de andar esta vereda y ver si pudieran divertirla de sus tristezas. A esto parece que mostró algo más buen rostro, creyendo, si salía de la ciudad, habría en el campo modos como ver y hablar á Ozmin. Aderezaron la recámara, y era cosa de alegría ver tanto bullicio: cuál que lleva los galgos de trailla, cuál va con los podencos y hurona, cuáles llevan halcones, cuál el buho, cuál su escopeta al hombro ó la ballesta, otros con las acémilas cargadas. Todos iban de trulla alborotados con la fiesta.

Ya don Alonso lo sabía y había dicho á Ozmin que sus damas eran de campo á cierta huelga y cómo se quedaban allá por entonces, no sabiendo cuándo volverían. No les pareció mal por dos cosas: la una, que allá tendrían por ventura menos competidores para tratar sus amores; la otra, mejor ocasión para no ser conocidos. Hacía las noches no claras ni muy oscuras, ni frío ni calor; antes un agradable sosiego, con serenidad apacible. Los dos enamorados amigos acordaron probar la mano y su buena ventura caminando á ver sus damas. Vistiéronse de labradores, salieron al poner del sol en dos rocines y, antes de llegar á la aldea un cuarto de legua, se apearon en una casería, para que yendo á pie no hubiese nota. Entonces les hubiera sucedido bien, si la fortuna no rodara y les volviera las espaldas. Porque llegaron á tiempo

que las damas estaban en un balcón, entretenidas en sus conversaciones.

No se atrevió á llegar don Alonso, por no espantar la caza y dijo á su compañero que fuera sólo á negociar por ambos: que, pues doña Elvira lo amaba y Daraja lo conocía, no había de qué recelarse. Así Ozmin poco á poco, con cuidadoso descuido, se fué paseando por delante, cantando en tono bajo como entre dientes una canción arábiga, que para quien sabía la lengua eran los acentos claros y para la que no y estaba descuidada, le parecía el cantar de lala, lala.

Doña Elvira dijo á Daraja: “aun en esta gente bruta puso Dios dones de precio, si supiesen aprovecharse dellos. ¿No consideras aquel selvaje, qué voz entonada y suave que tiene y va cantando la madre de los cantares? Es como el agua que llueve en la mar sin provecho.—Agora sabes, dijo Daraja, que son las cosas todas como el sujeto en que están y así se estiman. Estos labradores, por maravilla, si de tiernos no se trasplantan en vida política y los injieren y mudan de tierras ásperas á cultivadas, desnudándolos de la rústica corteza en que nacen, tarde ó nunca podrán ser bien morigerados; y al revés, los que son ciudadanos de político natural son como la viña, que dejándola de labrar algunos años, da fruto aunque poco; y si sobre ella vuelven, reconociendo el regalo, rinde colmadamente el beneficio. Este que aquí canta no será poderoso un carpintero con hacha ni azuela para desalabearlo ni ponerlo de provecho. Pena me da oírle aquel cantar de tórtola. Vámonos de aquí, si te parece, que es hora de acostarnos. Bien se habían entendido los amantes, ella el canto y él sus razones y el fin con que las dijo. Fueron las damas, quedándose Darajaun poco atrás y en arábigo le dijo que esperase.

El quedó aguardando y, en tanto que volvía, se paseaba por aquella calle. La gente villana siempre tiene á la noble, por propiedad oculta, un odio natural, como el lagarto

á la culebra, el cisne al águila, el gallo al francolin, el langostin al pulpo, el delfin á la ballena, el aceite á la pez, la vid á la berza y otros deste modo. Que si preguntáis deseando saber qué sea la causa natural, no se sabe otra más de que la piedra imán atrae á sí el acero, el eliotropio sigue al sol, el basilisco mata mirando, la celidonia favorece á la vista. Que así como unas cosas entre sí se aman, se aborrecen otras, por influjo celeste: que los hombres no han alcanzado hasta hoy razón que lo sea para ello. Que las cosas de diversas especies tengan esto no es maravilla, porque constan de composiciones, calidades y naturaleza diversa; mas hombres racionales, los unos y los otros de un mismo barro, de una carne, de una sangre, de un principio, para un fin, de una ley, de una dotrina, todos en todo lo que es hombres tan una misma cosa, que todo el hombre naturalmente ame á todo hombre y en éstos haya este resabio, que aquesta canalla endurecida, más empedernida que nuez galiciana, persiga con tanta vehemencia la nobleza, es grande admiración.

Andábanse también paseando aquella noche unos mozuelos. Acertaron á ver á los forasteros y en aquel punto, sin más causa ni razón, sin darles alguna ocasión, comenzaron á convocarse y, ligados en tropa, vinieron diciendo: ¡al lobo, al lobo! Y desembrazando piedra menuda, como si del cielo lloviera, los apedrearon de manera, que les fué forzoso huir y no esperarlos. Y así se volvieron, que lugar no tuvo Ozmin de despedirse. Fueron donde estaban sus caballos y en ellos á la ciudad, con ánimo de volver la noche siguiente algo más tarde para no ser sentidos. De poco les aprovechó, que si rayos del cielo cayeran y con ellos pensaran ser deshechos, habia villano en ellos que antes dejara la vida que de guardar el puesto solo por hacer mal y daño. Pues apenas la otra noche habian metido los pies en el pueblo, que, junta una bandada de aquellos mozalbillos, habiéndolos reconocido, cuál con honda, cuál á brazo, unos con azagayas, palos,

chuzos, otros con asadores, no dejando segura la pala ó barradero del horno, cómo á perro que rabia, salieron á ellos.

Péro halláronlos más apercebidos que la noche pasada. Porque aquesta ya traian buenas cotas, cascos acerados y rodelas fuertes. De la una parte viérades pedradas, palos, alaridos; de la òtra muy recias cuchilladas; y de entrambas tanto alboroto, que con el ruido parecia hundirse el pueblo con la trabada guerrilla. Descuidóse don Alonso y al atravesar de una calle le dieron una muy mala pedrada en los pechos, de que cayó en tierra, sin hallarse con fuerzas para volver más á la pelea. Y como pudo se fué retirando, en tanto que Ozmin se iba entrando con ellos la calle arriba, haciéndoles mucho daño, porque algunos y no pocos quedaban heridos y tres muertos.

Creciendo el alboroto, se convocó el pueblo todo. Tomáronle el paso, que no pudo huir, aunque lo probó á hacer. Por otra parte llegó un destripaterrones y dióle con una tranca de puerta en un hombro, que le hizo arrodillar. Mas no le valió ser hijo de alcalde, que antes que pudiera volver á darle segundo, yéndose para él, de una cuchillada le partió la cabeza por medio, como si fuera de cabrito, dejándole hecho un atún en la playa, rendida la vida en pago de su desvergüenza. Tantos cargaron por una y otra banda, tanto lo acosaron, que no pudiéndose defender, quedó preso.

Daraja y doña Elvira vieron el ruido desde su principio y el alboroto de la prisión, cómo le ataron las manos atrás con un cordel, cual si fuera igual suyo. Unos y otros lo maltrataron, dándole puñadas, rempujones y coces, haciéndole mil ignominiosas afrentas con que se vengaban del rendido. ¡Qué cosa fea y torpe, sólo de semejantes villanos usada como propia! ¿Qué os parece tal desgracia? ¿Cómo la sentiria la que adoraba su sombra? Esto por una parte, heridos y muertos de la otra, y su honra en medio. Que habiendo de saber don Luis el caso, forzoso preguntaria lo que buscaba Am-

brosio en el aldea. En esta confusión sacó de la necesidad consejo. Previnose de una carta y cerrada la metió en un cofrecillo suyo para cuando viniese don Luis hacer con ella su descargo.

Ya era el otro día amanecido y la gente no se sosegaba. Habían enviado á la ciudad á dar noticia del caso, para que se hiciese la información. Y venido el escribano, comenzaron á examinar testigos. Acudió mucho número dellos, aun sin ser llamados, que los malos para el mal ellos mismos se convidan y los enemigos se hacen amigos. Unos juraron que con Ozmin venían seis ó siete; otros que salieron de casa de don Luis y que de la ventana dijeron: "mátalos, mátalos,.; otros que estando los del pueblo seguros y quietos, les acometieron; otros que los fueron á sacar de sus casas con desafío; sin haber hombre que jurase verdad.

Libreos Dios de villanos, que son tiesos como encinas y de su misma calidad. El fruto dan á los palos y antes dejarán arrancarse el cuajo por la raiz, quedando destruidos y sus haciendas assoladas, que dejarse doblar un poco. Y si dan en perseguir, serán perjuros mil veces en lo que no les importa una paja, sino sólo hacer mal. Y es lo malo y peor que piensan los desdichados que así se salvan y por maravilla se confiesan de aquella ponzoña. Las muertes y heridas quedaron averiguadas y el hombre cargado de hierro á buen recaudo. Don Luis, cuando lo supo, fué á la aldea. Informóse de su hija: dijole lo pasado de la manera que había sido. Preguntóselo á Daraja: dijole lo mismo y que ella envió á llamar á Ambrosio para darle una carta, que encaminase á Granada y, antes que le pudiera llegar á hablar, lo habían apedreado estas dos noches; de modo que, sin habérsela dado, se le había quedado escrita.

Don Luis le pidió se la enseñase para ver qué podría enviar á decir y á sus excusas ella hizo como que la pesaba de darla. No fué necesario rogárselo mucho, pues otra cosa no

deseaba y, sacándola de donde la tenia, dijo: "dóila, porque se entienda mi verdad y no se sospeche que escribo cosas dignas de esconderse,.. Don Luis la tomó y, queriéndola leer, vió que estaba en arábigo y no supo. Buscó después quien la leyese y lo que iba escrito era decir á su padre el cuidado en que vivia por saber de su salud, que ella la tenia. Si el deseo de verle no lo impidiera, estaba la más contenta y acariciada de don Luis, que ninguno de sus hijos; y así le suplicaba que, en reconocimiento desta cortesía y buen hospedaje, lo regalasen con un presente.

Como en semejantes alborotos las dicciones crecen y cada uno canoniza su presunción, según se le antoja, murmuraban de don Luis y de la gente de su casa y á él se le subia la mostaza en las narices; mas, como caballero cuerdo, tuvo á mejor disimular con algo y volver á la ciudad su casa y gente.

Cuando sucedieron estas cosas, ya Granada se había rendido con los partidos, que sabemos por las historias y aun oimos á nuestros padres. Entre los nobles que en ella quedaron fueron los dos consuegros, Alboacén, padre de Ozmin, y el alcaide de Baza. Ambos pidieron el bautismo deseando ser cristianos. Y siéndolo, el alcaide suplicó á los reyes le diesen licencia para ver á Daraja su hija. Siéndole otorgada, dijeron que le mandarían avisar cómo y cuándo seria. Alboacén, creyendo que su hijo seria muerto ó cautivo, hizo muchas diligencias para informarse donde pudieran darle alguna nueva; mas nunca descubrió rastro suyo. Estaba tan triste por ello cuanto lo pedia pérdida de tal hijo, solo, de padres principales y ricos. No lo sentia menos el alcaide, pues por su tan verdadero hijo lo tenia, como propio padre, y por lo que Daraja sentiría, cuando le diesen tan pesarasas nuevas.

Los reyes por su parte enviaron á Sevilla su mandado y que luego don Luis partiese adonde estaban y trajese con-

sigo á Daraja con el respeto que dél confiaban. Vistas las cartas y entendida esta orden, ella quedó fuera de sí, por serle forzoso en esta ocasión hacer ausencia, sin saber el fin que habia de tener y el estrecho en que dejaba el preso.

Hallóse confusa, imaginativa y triste, llamándose mil veces desdichada sobre la misma desdicha y la más lastimada de todas las mujeres. Queriendo atropellarlo todo y perder con su esposo la vida, estuvo perpleja y casi determinada de hacer un atrocísimo yerro, en señal del casto y verdadero amor que á Ozmin tenia; mas era de buen juicio y, corrigiendo sus crueles imaginaciones, volviendo sobre sí, determinó fiar sus desdichas en manos de fortuna, su enemiga, esperando el fin que les daba. Pues el último mal era la muerte, no quiso desesperarse. Mas no pudo la presa del sufrimiento resistir un mar de lágrimas, que le reventó de los ojos. Todos creyeron era de alegría de volver á su natural y engañábanse todos. Cada uno la alentaba y alguno no la consolaba.

Llegó á despedirse della don Rodrigo y con el rostro bañado de las cristalinas corrientes de aquellos divinos ojos, le dijo tales palabras: "bien pudiera, señor don Rodrigo, persuadiros con abundancia de razones á las obras que de vos en esta ocasión pretendo y de suyo es cosa tan justa, que ni puedo dejar de pedirla ni vos de concedérmela, por la mucha parte que tenéis en ella. Ya sabéis la obligación de hacer bien á cuanto nos estreche, si como ley natural divina con todos habla y no hay bárbaro que la ignore. Esta tiene tanta fuerza, cuantas más razones se allegan, entre las cuales una principal y no pequeña es á los que dimos nuestro pan y bastara para que, correspondiendo á quien sois, no fuera mi intercesión necesaria. Mas lo que quiero con ella pedir es que, como sabéis, Ambrosio fué criado de vuestros padres y de los míos. Tenémosle por ello particular deuda y yo más, habiéndole puesto por mi culpa en

la pena que padece, no teniendo él en ello causa suya más de mi propio interese. De mi mano está puesto en el peligro de que estoy hecha cargo. Si librarme queréis dél, si deseastes mi gusto, si pretendéis obligarme al vuestro para que siempre quede agradecida, ha de ser que, cargando sobre vuestro cuidado mi propio deseo, acudáis á su libertad, que es la mía, con las veras que os lo suplico. Don Luis, mi señor, antes que de aqui conmigo parta, hará su posible diligencia con sus amigos y deudos, para que los unos, ayudados de los otros, en su ausencia me saquen libre desta deuda,,. Don Rodrigo se lo prometió y así se partieron.

Como la pobre señora dejaba en tanto riesgo á su querido esposo, sentia su pena y tanto más la sentia, cuanto más dél se alejaba, de manera que cuando á Granada llegó, no parecia ser ella. Lleváronla luego á palacio, donde será bien que la dejemos y volvamos al preso, á quien don Rodrigo favorecia con el ánimo que si fuera su hermano.

Don Alonso, como escapó lastimado en los pechos, acostóse mal dispuesto; pero, en sabiendo que habian traído el preso á Sevilla, se levantó y sin sosegar momento solicitaba el pleito cual si fuera suyo mesmo. Mas, como las partes acusasen y fuesen malintencionados los actores, los muertos y heridos muchos, no le pudieron defender, que no fuese condenado á horca pública. Don Rodrigo se enojó de que á su padre y á él se perdiera el respeto, ahorcando sin culpa su criado. Por otra parte don Alonso defendía, diciendo no permitirse ni poder ser ahorcado un caballero de noble sangre, tal como Jaime Vives, amigo suyo. Que cuando el delito fuera mayor, la distancia de las calidades le salvara la vida y en especial de muerte de horca y debiera ser degollado.

La justicia quedó confusa sin saber qué fuera el caso. Don Rodrigo lo llama criado y don Alonso amigo; don Rodrigo defiende pidiendo por Ambrosio y alega don Alonso por Jaime Vives, caballero, natural de Zaragoza, que en las fiestas de

toros hizo las dos suertes de que toda la ciudad era testigo y en la justa, siéndole padrino, derribó al un mantenedor, señalando valerosamente su persona. Era la diferencia tanta, los apellidos tan contrarios, las calidades alegadas tan distantes, que para salir desta duda se resolvieron los jueces en tomar su declaración. Preguntáronle si era caballero. Respondió ser noble, de sangre real; pero no llamarse Ambrosio ni Jaime Vives. Pídenle que diga su nombre y califique su persona. Respondió que no por descubrirse escusará la pena y que, habiendo de morir indubitablemente, no era necesario decirlo ni de importancia padecer una ni otra muerte. Rogáronle dijese si había sido el que don Alonso decia que tan señalado anduvo en los toros y justa. Respondió ser así; pero no tenía los nombres que decian.

Y como tan de veras negase su linaje, pareciéndoles hombre de calidad, fuéronse deteniendo algo con él para verificar quién fuese y porque los dos caballeros lo defendian y en general toda la ciudad deseaba su libertad y le estaban apasionados.

Con esto despacharon á Zaragoza que se averiguara la verdad y supiera su nacimiento; mas habiéndose gastado algunos dias en ello y hecho muchas diligencias, no se descubrió quién pudiera ser el caballero de su nombre ni señas. Traído este mal despacho, aunque le importunaron su amigos y la justicia le requirió diversas veces que se calificara, jamás lo quiso hacer ni fué posible. Así pasados los términos, los jueces, muy contra su voluntad, condolidos de tanta mocedad y valentía, no pudiendo dejar de hacer justicia, siendo con importunación pedida de los contrarios, confirmaron la sentencia.

Daraja ni sus padres no dormian en cuanto esto pasaba, que ya tenían hecha relación á sus altezas de todo el caso y estaban informados de la verdad. Dábanseles memoriales por momentos. Daraja personalmente solicitaba la vida

de su esposo, pidiéndola de merced y nada se respondia; pero secretamente despacharon luego á don Luis con su real provisión á las justicias, para que, en el estado que aquel pleito estuviese, originalmente con el preso se lo entregasen, que así convenia á su servicio. Don Luis partió con mucha diligencia, como le fué mandado, y la pobre Daraja, padre y suegro, se deshacian en lágrimas, considerando la priesa que la justicia se daría en despachar al pobre caballero y que á sus peticiones y merced suplicada se respondiese con tanto espacio. No sabian qué decir de dilación semejante, sin darles alguna buena ni mala respuesta, ni esperanza. Causábalas mucha pena, no alcanzaban lance con que remediarlo ni lo habian dejado por intentar, porque temian sobre todo el peligro en la tardanza.

En cuanto en esto vacilaban, ya, como dije, don Luis caminaba muy apriesa y con mucho secreto. El entraba por las puertas de Sevilla, Ozmin salia por las de la cárcel á ser justiciado. Las calles y plazas por donde lo pasaban estaban llenas de gente, todo el lugar con gran alboroto. No habia persona que no llorase, viendo un mancebo tan de buen talle y rostro, valiente y bienquisto por los famosos hechos que públicamente hizo.

Y mayor dolor ponía ver que moria sin querer confesar. Todos creian lo hacia por escapar ó dilatar la vida. Mas palabra no hablaba ni tristeza mostraba en el rostro; antes con semblante casi risueño iba mirando á todos. Paráronse con él un poco para persuadirlo á que confesase y no quisiese así perder el alma con el cuerpo; á nada respondia y á todo callaba.

Estando así todos en esta confusión y la ciudad esperando el espectáculo triste, llegó don Luis, apartando la gente para impedir la ejecución. Los alguaciles creyeron era resistencia; pero con el temor que le tenian, por ser arriscado y poderoso caballero, desamparando á Ozmin, con gran alboroto fue-

ron á dar cuenta de lo pasado á sus mayores. Ellos venian á saber qué pudiera causar desacato semejante y don Luis les salió al encuentro con el preso. Enseñóles la orden y recaudo de los reyes, que con gran gusto fué dellos obedecida y con mucho acompañamiento de todos los caballeros de aquella ciudad y común alegría della, llevaron á Ozmin á casa de don Luis, haciendo aquella noche una galana máscara, poniendo muchas hachas y luminarias en calles y ventanas por el general contento. Y en señal de regocijo quisieran hacerlas públicas aquellos dias, porque se supo entonces quién era; más don Luis no dió lugar á ello, que, guardando instrucción, se partió con el preso luego por la mañana, llevándolo muy regalado.

Habiendo llegado á Granada, lo tuvo consigo secretamente algunos dias, hasta que sus altezas le mandaron lo llevase á palacio. Cuando lo pusieron en su presencia, holgaron de verlo. Y teniéndolo ante sí, mandaron salir á Daraja. Viéndose los dos en lugar semejante y tan ajenos dello, podrás por tu pecho ser juez de la no pensada alegría que recibieron y lo que cada uno dellos pudiera sentir. La reina se adelantó, diciéndoles cómo sus padres eran cristianos, aunque ya Daraja lo sabia. Pidióles que, si ellos lo querian ser, les haria mucha merced; más que el amor ni temor los obligase, sino solamente el de Dios y de salvarse, porque de cualquier manera, desde aquel punto se les daba libertad para que de sus personas y hacienda dispusiesen á su voluntad. Ozmin quisiera responder por todas las coyunturas de su cuerpo, haciéndose lenguas con que rendir las gracias de tan alto beneficio y, diciendo que queria ser bautizado, pidió lo mismo en presencia de los reyes á su esposa Daraja, que los ojos no habia quitado de su esposo, teniéndolos vertiendo suaves lágrimas. Volviéndolos entonces con ellas á los reyes, dijo que pues la voluntad de Dios habia sido darles verdadera luz, trayéndolos á su conocimiento por tan ás-

peros caminos, estaba dispuesta de verdadero corazón á lo mesmo y á la obediencia de los reyes, sus señores, en cuyo amparo y reales manos ponía sus cosas. Asi fueron baptizados, llamándolos á él Fernando y á ella Isabel, según sus altezas, que fueron los padrinos de pila y luego á pocos dias de sus bodas, haciéndoles cumplidas mercedes en aquella ciudad, adonde habitaron y tuvieron ilustre generación.

Con gran silencio venimos escuchando aquesta historia, cuando llegamos á vista de Cazalla, que pareció haberla medido al justo, aunque más dilatada y con alma diferente nos lo dijo de lo que yo la he contado. El arriero, que estuvo mudo desde que se comenzó, aunque todos también lo veníamos, ya habló y lo primero fué decir: “ea, señores, apéense, que he de ir por esta senda á los lugares—. Y á mí me dijo: “¿y el señor mancebito?, hagamos cuenta,.. Aun este trago me quedaba por pasar, dije entre mí, porque creí haber sido amistad lo pasado. Cortéme, no supe qué responder otra cosa más de preguntalle qué le debía por la caballeria de nueve leguas. Deme lo que mandare, como estos señores. De la mesa y posada montó tres reales. Hizoseme caro el vientre del machuelo. Demás que para pagarlo no había dinero. Dijele: “hermano, lo del escote veislo aqui; pero la caballeria no la debo, que vos con ella me convidáste sin pediros la.—Aun eso seria el diablo, si quisiese haber venido caballero de balde, volvió á replicar.

Comenzamos á barajar sobre ello, pusieronse los clérigos de por medio, condenáronme que pagase la cebada de mi jumento de aquella noche, paguéla y hice balance de cuenta con la bolsa, sin dejar en ella más de veinte maravedis, con que me ajusté aquella noche. El mozo se fué á su hacienda, los clérigos y yo entramos en Cazalla, donde nos despedimos, yéndose cada uno por su parte.

LIBRO SEGUNDO
DE
GUZMÁN DE ALFARACHE

TRATASE COMO VINO A SER PÍCARO
Y LO QUE SIÉNDOLO LE SUCEDIO

CAPITULO PRIMERO

Cómo Guzmán de Alfarache, saliendo de Cazalla á la vuelta de Madrid, en el camino sirvió á un ventero.



ÉSME aquí en Cazalla, doce leguas de Sevilla, lunes de mañana, la bolsa apurada y con ella la paciencia, sin remedio y acusado de ladrón en profecía. El día primero senti mucho; aunque más el segundo, porque creció el cuidado y llovó sobre mojado. Había y comía, *que los duelos con pan son menos*. Bueno es tener padre, bueno es tener madre; pero el comer todo lo rapa. El día tercero fué casi de muerte, cargó todo junto. Halléme como perro flaco ladrado de los otros, que á todos enseña dientes, todos le cercan y, acometiendo á todos, á ninguno muerde. Trabajos me ladraron, teniéndome rodeado. Todos me picaban y más que otro no haber que gastar ni modo con que buscar el ordinario. Conoci entonces lo que es una blanca y cómo el que no la gana no la estima ni sabe lo que vale, en tanto que no le falta. Fué la primera vez que vi á la necesidad su cara de hereje.

Por cifra entendi, aunque después he considerado sus efetos, cuántos torpes actos acomete, cuántas atroces imaginaciones representa, cuántas infamias solicita, á cuántos disparates espolea y cuántos imposibles intenta. Con este he visto lo poco de que se contenta nuestra madre naturaleza y, por mucho que á todos dè, ninguno está contento; todos

viven pobres, publicando necesidad. ¡Oh, epicúreo, desbaratado, pródigo, que locamente dices comer tantos millares de ducados de renta! Di que los tienes y no que los comes. Y si los comes, ¿de qué te quejas, pues no eres más hombre que yo, á quien podridas lentejas, cocosas habas, duro garbanzo y arratonado bizcocho tienen gordo? ¿No me dirás ó darás razón, que lo cause y no la sé?

Más, ya tengas necesidad ó te pongas en ella, que es lo que mejor puede creerse, allá te lo hayas; mis duelos lloro. Ella es maestra de todas las cosas, invencionera sutil, por quien hablan los tordos, picazas, grajos y papagayos.

Vi claramente cómo la contraria fortuna hace á los hombres prudentes. En aquel punto me pareció haber sentido una nueva luz, que como en claro espejo me representó lo pasado, presente y venidero. Hasta hoy había sido bozal. Cuadrábame bien el nombre de *hijo de la viuda bienconsentido* y *maldotrinado*. Tenía mucho por desbastar y el primer golpe de azuela fué el deste trabajo. De manera me escoció, que no lo sé encarecer. Vime desbaratado, engolfado, sin saber del puerto, la edad poca, la esperiencia menos, debiendo ser lo más. Y lo peor de todo, que, conociendo por presagios mi perdición, queriendo tomar consejo, no conocia de quién poderlo recibir.

Entré conmigo en cuenta. Hallémela muy mala, mucho cargo y poca data. Quisiera no pasar de allí, porque para ir adelante me faltaba recaudo; aunque también para volverme. Hizoseme vergüenza, ya que sali, quedarme, como dicen, al quicio de la puerta, á ojos de mi madre, amigos y deudos. ¡Válgame Dios! ¡Cuántas cosas he visto después acá perdidas por este *¡hizoseme vergüenza!* ¡Cuántas doncellas lo han dejado de ser, hallándose obligadas de un papel de confites y un soneto ó porque un vano le hizo tañer á la puerta y la enamoró con ajena gracia de lo que cantó el otro por él! ¡Cuántos majaderos han hecho fianzas, que han

pagado la deuda, quedando perdidos y sus hijos á los hospitales! ¡Cuánto dinero se prestó por hacer amistad, que se perdió el amigo y la deuda está por cobrar y quien le dió no lo come y el que lo recibió lo tiene sobrado y no se atreven á pedirlo por hacérseles vergüenza!

Hágote saber, si no lo sabes, que es la vergüenza como redes de telarejo: si un hilo se quiebra, todo se deshace, por él se va. Para las cosas de que puede resultarte daño y estrecharte notablemente, déjala ir, quíbrale los hilos y te aseguro que no me digas mal por ello. Y el pesar que has de recibir, hecha la cosa que te piden, llévelo el que te la pide y no la hagas, que es muy de tontos la vergüenza para lo que les cumple. De ti mesmo es bien que tengas vergüenza, para no hacer aun á solas cosa torpe ni afrentosa; que para lo más, ¿qué sabes tú de qué color es ni qué hechura tiene? Suéltala en lo que te importa, no la tengas encadenada, como á perro tras la puerta de tu ignorancia. Dale cuerda; corra, trote. Sólo ten vergüenza de no hacer desvergüenza, como dije; que lo que llamas vergüenza no es sino necedad. Si á mi no se me hiciera vergüenza, no gastara en contarte los pliegos de papel deste volúmen y les pudiera añadir cuatro ceros adelante; más voy por la posta, obligándome á decirte cosas mayores de mi mida, si Dios para ello me la concediere.

Digo que senti mucho volverme sin capa, habiendo salido con ella, ni quedarme, á manera de hablar, en el barrio. Hicelo punto de honra, que habiendo tomado resolución en partirme, fera pusilanimidad volverme. ¡Ojo pues! ¿Quién? Otro tal. Hicelo punto de honra. A las manos me ha venido la buena dueña: no creo saldrá dellas con tocas en la cabeza. Ella irá desmelenada y sin reverendas. El agua le tengo á la boca. Vengarme pienso, poniéndole los piés en el pescuezo, echándola á fondo.

Pluguiera Dios, orgulloso mancebo, hombre desatinado, viejo sin seso, yo entonces entendiera ó tú agora supieras lo

que es honra, para los dislates que haces y simplezas que sigues. No quiero así discantar sobre el canto llano de mis palabras. Yo te cumpliré la mia, diciéndote quién es, con que serás desengañado. Quédese á punto, que presto le daré alcance.

Hicele punto de honra, dije entre mi: ¡Confianza en Dios!, que á nadie falta. Con esto determiné pasar adelante y por entonces á Madrid. Que estaba allí la corte, donde todo florecía, con muchos del tusón, muchos grandes, muchos titulados, muchos prelados, muchos caballeros, gente principal y sobre todo rey mozo recién casado. Parecióme que por mi persona y talle todos me favorecieran y allá llegado anduvieran á las puñadas, haciendo diligencias sobre quién me llevara consigo.

¡Oh, qué de cosas me ocurren juntas en esta simplicidad! ¡Cuánto distan las obras de los pensamientos! ¡Qué hecho, qué frito, qué guisado, qué fácil es todo al que piensa; qué dificultoso al que obra! Pinto en la imaginación, que es el pensar un bonito niño, corriendo por lo llano en un caballo de caña, con una rehilandera de papel en la mano; y el obrar un viejo cano, calvo, manco y cojo, que sube con muletas á escalar una muralla muy alta y bien defendida.

¿He dicho mucho? Pues digo que no es menos. ¡Qué bien se disponen las cosas de noche á oscuras con el almohada! ¡Cómo saliendo el sol, al punto las deshace, como á la flaca niebla en el estío! ¡Quién me pudiera ver, cuando esta cuenta hice, con cuánto cuidado y poca gana de dormir la fabriqué! Fueron castillos en arena, fantásticas quimeras. Apenas me vesti, que todo estaba en tierra. Tenia trazadas muchas cosas; ninguna salió cierta. Antes al revés y de todo punto contraria. Todo fué vano, todo mentira, todo ilusión, todo falso y engaño de la imaginación, todo cisco y carbón, como tesoro de duende.

Luego proseguí mi camino. Busqué una cañita que llevar

en la mano. Parecióme que con ella era llevar capa; pero ni me honraba ni abrigaba tanto. Servíame de sustentar el brazo, para dar aliento á los piés. Acertaron á pasar dos de á mula. Creí que yendo con ellos me harían la costa. Pescar con mazo no es renta cierta ni el pensar es saber. No llevaban mozo ni largo el paso; pero corto el ánimo, por lo que conmigo hicieron. Dí á caminar, siguiéndolos y á tres leguas de allí hicieron mediodía. Yo reventaba corriendo y galopeando por no quedarme atrás, que aun su espacio para mis pocas fuerzas era priesa. Estos fueron hombres, que palabra no hablaron y creo de avarientos. Y algunos lo son tanto, que la saliva no darán, si saben que es medicina. Estos miserables callaron por no ayudarme siquiera con buen entretenimiento. Aun ya, si ya fueran diciendo cuentos como el pasado, el cansancio no se sintiera tanto. Que la buena conversación donde quiera es manjar del alma, alegra los corazones de los caminantes, espacia los ánimos, olvida los trabajos, allana los caminos, entretiene los males, alarga la vida y por particular escelencia lleva caballeros á los de á pié.

Llegamos á la posada juntos y yo tal, que de mi á un difunto había poca diferencia. Pero por granjear un pedazo de pan, estamos obligados á salir de paso y olvidar puntillos. Hice más de lo que pude: humilléme, comedime á servirlos, meterles las mulas en la caballeriza y entrar la ropa en el aposento. Ellos debían de tener salud; yo pestilencia. Que al primer ofrecimiento me dijo el uno: “á un lado, señor galán, desviesenos de aquí., ¡Oh traidores enemigos de Dios!, dije. ¡Con qué caridad comienzan! ¿Qué esperanza podré tener que me darán la comida? O si en el camino me rindiere, ¿me dejarán subir en ancas de una mula? Sentáronse á comer. Apartéme á un poyo, que estaba enfrente, con pensar: ¡quizá me darán algo de la mesa!; pero nunca quiso. Llegó allí un fraile francisco á pié y sudando. Sentó-

se á descansar y de allí á poco sacó de una talega, en que llevaba pan y tocino.

Yo estaba tan traspasado de hambre, que casi queria espirar. Y no atreviéndome con palabras de vergüenza ó cobardía, con los ojos lepedi me diese un bocado por amor de Dios. El buen fraile, entendiéndome, dijo con un ahinco, cual si le fuera la vida en darlo: “vive el Señor, aunque me quedara sin ello y cual tú estás agora, te lo diera. Toma, hijo.,,

¡Bondad inmensa de Dios, Eterna sabiduría, Providencia divina, Misericordia infinita, que en las entrañas de la dura piedra sustentas un gusano, y cómo con tu largueza celestial todo lo socorres! Los que podían y tenían, con su avaricia no me lo dieron; y hallélo de un mendigo y pobre frailecito. Quien propias necesidades no tiene, mal se acuerda de las ajenas. La mía estaba presente, viéronla y mis pocos años, que iba reventando, cansado de tenerles compañía; no se compadecieron algo de mi necesidad. Mi buen fraile partió conmigo de su vianda, con que me dejó satisfecho. Si como aquel bienaventurado iba hacia Sevilla, llevara mi viaje, fuera mi rescate; más teníamos encontrado el camino.

Al tiempo que se quiso ir, dióme otro medio panecillo, que le quedaba, y dijo: “vete con Dios, que si más llevara, más te diera.,, Metilo en el forro del faldamento del sayo y fuime mi camino poco á poco. Llegué á tener la noche otras tres leguas adelante, donde cené mi pan sin otra cosa ni hubo quien me la diese. Era jornada de arrieros. Juntáronse algunos. Mandóme el ventero entrar á dormir al pajar. Hicelo así. Pasé mi trabajo, como el que más no pudo.

La cena fué lijera. Bien se creerá sin juramento que no me levanté á la mañana empachado el vientre. Y queriendo irme, pidióme el huésped un cuarto de posada; no lo tuve ni se lo pude pagar. Harto deseó el traidor quitarme el sayo, que era de buen paño. Víme apretado y casi se me rasaron

los ojos de agua. Movióse á lástima uno de los arrieros, que allí estaban, que no son todos blasfemos y desalmados, y dijo: "dejadlo, huésped, que yo lo daré.,,

Sus compañeros me preguntaron: "muchacho, ¿de dónde eres? ¿dónde vas?,, Respondióles el que pagó por mí: "¿qué le preguntáis, perdidos, no se le conoce? Amargo está de ver que va huyendo de mano ó casa de su padre.,,

Dijome el huésped: "¿oyes, mozuelo, quieres asentar á soldada conmigo?,, No me pareció para de presente malo; aunque se me hacía duro aprender á servir, habiendo sido enseñado á mandar y más á un ventero. Dijele que sí. Pues entra y quédate, que no quiero me sirvas de otra cosa más que en dar paja y cebada, teniendo buena cuenta con cada uno á quien la dieres. "Harélo.,, le respondi. Y así me quedé por algunos días, comiendo sin tasa y trabajando con ella, como por pasatiempo, que hasta las noches, cuando venían los arrieros, todo lo restante con pasajeros no era de consideración.

Allí supe adobar la cebada con agua caliente, que creciese un tercio, y medir falso, raer con la mano, hincar el pulpejo, requerir los pesebres y, si alguno me encargaba diese recaudo á su cabalgadura, le esquilmasen un tercio. Algunos mancebilletes de ligas y bigotes venían á lo pulido y sin mozo, haciendo de los caballeros. Con los tales era el escudillar. Porque llegábamos á ellos y, tomándoles las cabalgaduras, las metíamos en su lugar donde les dábamos libranza sobre las ventas de adelante para la media paga; que la otra media recibían allí luego de socorro, aunque mal medida. Pero á fe que á la cuenta lo pagaban por entero. Nuestras bocas eran medidas, no teniendo consideración á posturas ni aranceles, que aquellos no se guardan; sólo se ponen allí para que se paguen cada mes al alcalde y escribano los derechos dello y para tener un achaque, si tenían fijada la cedulilla ó no, con que llevarles la pena.

La cuenta de las cabalgaduras, ya se sabe lo que come cada una y en cuánto salen por cabeza de paja, cebada y de posada. La de la mesa era para mí gracioso entretenimiento, porque siempre nos arrojábamos al vuelo y estábamos diestros en decir: tantos reales y tantos maravedis y hágales buen provecho, cargando siempre un real más, que una blanca menos. Muchos, como cuerdos, lo pagaban luego, y algunos noveles ó de la hoja pedían de qué, y era cortarse las cabezas. Porque, subiendo los precios á todo, siempre buscábamos qué añadir, aunque fuese de guisar la olla y venían á faltar dineros, los cuales pagaban como por mandamiento de apremio. La palabra del ventero es una sentencia definitiva: no hay á quien suplicar, sino á la bolsa. Y no aprovechan bravatas, que son los más cuadrilleros y por su mal antojo siguen á un hombre callando hasta poblado y allí le probarán que quiso poner fuego á la venta y les dió de palos ó le forzó la mujer ó hija, sólo por hacer mal y vengarse.

Teníamos también en casa unas añagazas de munición para provisión de pobretos pasajeros y eran ellas tales, que ninguno entrara en la venta á pie que dejara de salir á caballo.

Pues, olvidese algo, ponlo á mal cobro, que luego lo hallarás! ¡Qué de robos, qué de tiranías, cuántas desvergüenzas, qué de maldades pasan en ventas y posadas! ¡Qué poco se teme á Dios ni á sus ministros y justicias! Pues para ellos no las hay ó es que van á la parte y no es tal cosa de creer.

Pero ya se ignore ó se entienda, sería importantísimo el remedio, que se dejan muchas cosas de seguir y los acarretos detienen las mercaderías por la costa dellos. Cesan los tratos por temor de venteros y mesoneros, que por mal servicio llevan buena paga, robando públicamente. Soy testigo haber visto cosas, que en mucho tiempo no podría decir de aquestas insolencias, que si las oyéramos pasar entre bárba-

ros, como á tales los culpáramos y, tratándolas á los ojos, no hacemos caso dellas. Pues, prometo que la reformatión de los caminos, puentes y ventas, no es lo que requería menos cuidado, que las muy graves, por el comercio y trato. Aunque ya, cuando yo de aquí salga, poco me quedará de andar.

CAPITULO II

Cómo Guzmán de Alfarache, dejando al ventero, se fué á Madrid y llegó hecho pícaro.



SIENDO aquella para mi una vida descansada, nunca me pareció bien y menos para mis intentos. Era camino pasajero: no quisiera ser allí hallado y en aquel oficio, por mil vidas que perdiera. Pasaban mozuelos caminantes de mi edad y talle, más y menos, unos con dinerillos, otros pidiendo limosna. Dije: pues pese á tal, ¿he de ser más cobarde ó para menos que todos? Pues no me pienso perder de pusilánime. Hice corazón y buen rostro á los trabajos, con que, dejado mi ventero, me fui visitando los de adelante con alguna moneda de vellón, ganada en buena guerra y de algunos mandados que hice.

Era poco y consumiósse presto. Comencé á pedir por Dios. Algunos me daban á medio cuarto y los más me decían: perdona, hijo. Con el medio cuarto y otros que se le arrimaban comía, según alcanzaba, el *gaudeamus* y con el *perdona, hijo* no remediaba letra: perecía. Dábase muy poca limosna y no era maravilla, que en general fué el año estéril y, si estaba mala la Andalucía, peor cuanto más adentro del reino de Toledo y mucho más necesidad habia de los puer-tos adentro. Entonces oí decir: *librete Dios de la enfermedad que baja de Castilla y de hambre que sube del Andalucía.*

Como el pedir me valia tan poco y lo compraba tan caro, tanto me acobardé, que propuse no pedirlo, por extremo en que me viesse. Fuime valiendo del vestidillo que llevaba puesto. Comencélo á desencuadernar, malogrando de una en otra prenda, unas vendidas, otras enajenadas y otras por empeño hasta la vuelta. De manera que, cuando llegué á Madrid, entré hecho un gentil galeote, en calzas y en camisa. Eso, muy sucio, roto y viejo, porque para el gasto todo fué menester. Viéndome tan despedazado, aunque procuré acreditarme con palabras y buscar á quien servir, ninguno se aseguraba de mis obras ni queria meterme dentro de su casa en su servicio, porque estaba muy asqueroso y desmantelado. Creyeron ser algún picaro ladroncillo, que los habia de robar y acogerme.

Viéndome perdido, comencé á tratar el oficio de la florida picardia. La vergüenza, que tuve de volverme, perdila por los caminos. Que, como vine á pie y pesaba tanto, no pude traerla ó quizá me la llevaron en la capilla de la capa. Y asi debió de ser, pues desde entonces tuve unos bostezos y calafrios, que pronosticaron mi enfermedad. Maldita sea la vergüenza, que me quedó ni ya tenia, porque me comencé á desenfadar y lo que tuve de vergonzoso lo hice desenvoltura. Que nunca pudieron ser amigos la hambre y la vergüenza. Vi que lo pasado fué cortedad y tenerla entonces fuera necedad y erraba como mozo; más yo la sacudi del dedo cual si fuera vibora, que me hubiera picado.

Juntéme con otros torzuelos de mi tamaño, diestros en la presa. Hacia como ellos en lo que podia; más, como no sabia los acometimientos, ayudábales á trabajar, seguia sus pasos, andaba sus estaciones, con que allegaba mis blanquillas. Fuime asi dando bordos y sondando la tierra. Acomodéme á la sopa, que la tenia cierta; pero habia de andar muy concertado relojero: que, faltando á la hora, prescribia, quedándome á oscuras. Aprendí á ser buen huésped, esperar y no ser

esperado. No dejaba de darme pena tanto cuidabo y andar holgazán.

Porque en este tiempo me enseñé á jugar á la taba, al palmo y al hoyuelo. De allí subí á medianos: supe el quince y la treinta y una, quinolas y primera. Brevemente salí con mis estudios y pasé á mayores, volviéndolos boca arriba con topa y hago. No trocara esta vida de pícaro por la mejor que tuvieron mis pasados. Tomé tiento á la corte. Ibaseme por horas sutilizando el ingenio. Di nuevos filos al entendimiento y, viendo á otros menores que yo hacer con caudal poco mucha hacienda y comer sin pedir ni esperarlo de mano ajena, que es pan de dolor, pan de sangre, aunque te lo dé tu padre, con deseo desta gloriosa libertad y no me castigasen como á otros por vagabundo, acomodéme á llevar los cargos que podían sufrir mis hombros.

Larga es la cofradia de los asnos, pues han querido admitir á los hombres en ella y han estado comedidos en llevar las inmundicias con toda llaneza por aliviarles el trabajo; más hay hombres tan viles, que se lo quitan del serón y lo cargan sobre sí, por tener un azumbre más de vino para beber. ¡Ved á lo que se estiende su fuerza!

Dejando esto á una parte, te confieso que á los principios anduve algo tibio, de mala gana y sobre todo temeroso. Porque, como cosa nunca usada de mí, se me asentaba mal y le entraba peor. Que todos los principios son dificultosos. Más, después que me fui soboreando con el almibar picaresco, de hilo me iba por ello á cierraos. ¡Qué linda cosa era y qué regalada! Sin dedal, hilo ni aguja, tenaza, martillo ni barrena ni otro algún instrumento, más de una sola capacha, como los hermanos de Antón Martín, aunque no con su buena vida y recogimiento, tenía oficio y beneficio. Era bocado sin hueso, lomo descargado, ocupación holgada y libre de todo género de pesadumbre.

Poníame muchas veces á pensar la vida de mis padres y

lo que espermenté en la corta mia, lo que tan sin propósito sustentaron y á tanta costa. ¡Oh, decia, lo que carga el peso de la honra y cómo no hay metal que se le iguale! ¡A cuántito está obligado el desventurado, que della hubiere de usar! ¡Qué mirado y medido ha de andar! ¡Qué cuidadoso y sobresaltado! ¡Por cuán altas y delgadas maromas ha de correr! ¡Por cuántos peligros ha de navegar! ¡En qué trabajo se quiere meter! ¡Y en qué espinosas zarzas enfrascarse! ¡Que dize que mi honra ha de estar sujeta de la boca del descomedido y de la mano del atrevido, el uno porque dijo y el otro porque hizo lo que fuerzas ni poder humano pudieran resistirlo! ¿Qué frenesi de Satanás casó este mal abuso con el hombre, que tan desatinado lo tiene? Como si no supiésemos que la honra es hija de la virtud y, tanto que uno fuere virtuoso, será honrado, y será imposible quitarme la honra, si no me quitaren la virtud, que es centro della. Sólo podrá la mujer propia quitármela, conforme á la opinión de España, quitándosela á si mesma. Porque, siendo una cosa conmigo, mi honra y suya son una y no dos, como es una misma carne; que lo más es burla, invención y sueño.

¡Vida dichosa, que no la conoces ni sabes ni tratas della! Parecíame, si quien la pretendia de veras, abriera los ojos, considerando sin pasión sus efectos, que diera en el suelo con la carga, primero que tocarla con la mano. ¡Qué trabajosa es de ganar! ¡Qué dificultosa de conservar! ¡Qué peligrosa de traer! ¡Y cuán fácil de perder por la común estimación! Y si con el vulgo se ha de caminar, ella es uno de los mayores tormentos, que á quien con quietud quiere pasar su carrera le pueda dar la fortuna ni padecer en esta vida. Y con ver á los ojos que así pasa, como si salvase las almas, las dan por ella. No haces honra de vestir al desnudo ni hartar al necesitado ni ejercer, como debes, las obras de tu ministerio y otras muchas que sé y las callo y tú las conoces de ti mesmo y las disimulas, creyendo que otro no te las entiende, siendo

públicas (que las dejo de escribir por no señalarte con el dedo), y hácesla del humo y aun de menos.

Haz honra de que esté proveído el hospital de lo que se pierde en tu botillería ó despensa. Que tus acémilas tienen sábanas y mantas y allí se muere Cristo de frío. Tus caballos revientan de gordos y se te caen los pobres muertos á la puerta de flacos. Esta es honra que se debe tener y buscar justamente; que lo que llamas honra, más es su propio nombre soberbia ó loca estimación, que trae los hombres éticos y tísicos, con hambre canina de alcanzarla, para luego perderla y con el alma, que es lo que se debe sentir y llorar.

CAPITULO III

En que Guzmán de Alfarache prosigue contra las vanas honras. Declara una consideración que hizo, de cuál debe ser el hombre con la dignidad que tiene.



UNQUE era muchacho, como padecia necesidad, todo esto pasaba con la imaginación. Antojábaseme que la honra era como la fruta nueva por madurar, que dando por ella escesivos precios, todos igualmente la compran, desde el que puede hasta el que no es bien que pueda. Y es grande atrevimiento y desvergüenza que compre media libra de cerezas tempranas un trabajador, por lo que le costarán dos panes para sustentar sus hijos y mujer.

¡Oh santas leyes! ¡Provincias venturosas, donde en esto ponen freno como á daño universal de la república! Compranla al fin y comen della sin limite ni moderación, que nunca se hartan de comprarla ni de comerla. Hacen el cuerpo de mala sustancia, engéndrales mal humor. Vienen después á pagarlo con gentiles calenturas ó ceciones y otras congojosas enfermedades. A fe que ha de costar más de una purga tanto tragar de honra. Nunca la codicié ni le hice cara, después que la conoci. También porque via escuderos, criados y oficiales de obra usada, sacarlos de sus oficios para otros de todo punto repugnantes como el calor del frio y tan distantes de su calidad como el cielo de la tierra.

Llamásteles ayer con tu criado, no dándoles más de un vos

muy seco, que aun apenas les cabia. Ya te envían hoy á llamar con un portero, y para tu negocio se lo suplicas, no cansándote de arrojarle mercedes, pidiéndole que te las haga. Dime, ¿no es ese, que ahora como fingido pavón hace la rueda y estiende la cola, el que ayer no la tenia? Si, el mismo es. Y el mal fuste, sobre que dieron aquel bosquejo, presto, caída la pluma, quedará lo que antes era. Y si bien lo consideras, hallarás los tales no ser hombres de honra, sino honrados. Que los de honra, ellos la tienen de suyo.

Nadie los puede pelar, que no les nazca nueva pluma más fresca que la primera. Más los honrados de otro la reciben. Ya los ves, ya no los ves. Tanto duran las mayas como Mayo, tanto los favores como el favoreciente. Pásase y queda cada uno quien es. Así los vía salir ocupados á negocios graves y de calidad, á quien un hidalgo de muy buen juicio y partes pudiera acometer y aun deseara alcanzar.

Deciales yo desde mi lecho: ¿dónde váis, hermanos, con esos oficios? Y, si me oyeran, pudieran responder: no sé, por Dios. Allá nos envían para que nos aprovechemos, ganando cuatro reales. ¿Pues no consideras, pobre de ti, que lo que llevas á cargo no lo entiendes ni es de tu profesión y perdiendo tu alma pierdes el negocio ajeno y te obligas á los daños en buena conciencia? ¿No sabes que para salir dello tienes necesidad forzosa de saber más que coser ó tundir ó dar el brazo á la señora doña Fulana, que por dar ella la mano al personaje de quien te lo alcanzó, lo llevas? ¿Preguntáronte por ventura ó tú contigo mesmo has hecho escrutinio si te hallas capaz, con suficiencia, si lo podrías ó sabrías hacer bien, sin encargar la conciencia, yéndote al infierno y llevando contigo á quien te lo dió? Algun bachiller aquí vecino, y creo debe ser el oficial del barbero, que suelen ser climáticos hablatistas, me responde: “podemos. ¡Mirá qué cuerpo de tal, qué negocio de tantas tretas y dificultades! Todos somos hombres y sabremos darnos maña. Que

una vez comenzados, ellos mismos caminan y se hacen.,,

¡Oh qué gran lástima, que aprendas el oficio, cuando vienes á usar del! Teme el piloto el gobierno de la nave, no sólo en la tormenta, sino en todo tiempo, por varios acaecimientos que suceden, con ser en su arte diestro; y tú, que nunca viste la mar ni conoces el arte del marear, ¿quieres gobernarla y engolfarte donde no sabes? ¿Quién le pudiera decir á este mocito de guitarra: ¿y tú no vees que, cuando lo vienes á entender ó á pensar que lo entiendes, que es lo más cierto, ya lo tienes perdido y al dueño dél, con los días que has ocupado y disparates que has hecho? Usa tu oficio; deja e ajeno. Más no es la culpa tuya; sino del que te lo encargó. Cambio es que corre sobre su conciencia. Vamos adelante.

Así pues hoy los conocía gente miserable y pobre, mañana se levantaban desconocidos, como el que se tiñe la barba, de viejo mozo, entronizados, que esperaban ser salvados primero de otros, á quien pudieran servir de criados y en oficios muy bajos. Yo me sabía bien por donde corría, quién guía el corro y por qué se violentaba, sacándole de su curso, quitándolo á sus dueños para darlo á los estraños. También sentía que tenían razón los que dello murmuraban. Porque, debiendo dar á cada uno lo que le viene de su derecho, lo habian corrompido la envidia y la malicia, buscando los oficios para los hombres y no los hombres para los oficios, quedando infamados todos. Porque, cuanto las dignidades hacen ser más conocidos á los que no las merecen, tanto más los hacen ser menospreciados. Y ellas no se quedan sin su paga, que, como afrentan á los que las tienen sin merecerlas tener, también quedan deshonoradas, por haberse dado á tales personas, dejando juntamente al que las dió con infamia, detracción y obligación.

Aquí se acaba de apeaar un pensamiento, que llegó de camino, de los de aquellos buenos tiempos. Véndolo por mío, si no es esa la falta que le hallas. Dirélo, por haberme

parecido digno de mejor padre: tú lo dispón y compón según te pareciere, enmendando las faltas. Y aunque de pícaro, cree que todos somos hombres y tenemos entendimiento. Que *el hábito no hace al monje*. Demás que en todo voy con tu corrección.

Ya sabes mis flaquezas. Quiero que sepas que con todas ellas nunca perdi algún día de rezar el rosario entero, con otras devociones. Y aunque te oigo murmurar que es muy de ladrones y rufianes no soltarlo de la mano, fingiéndose devotos de nuestra Señora; piensa y di lo que quisieres como se te antojare, que no quiero contigo acreditarme. Lo primero cada mañana era oír una misa, luego me ocupaba en ir á mariscar para poder pasar. Como una vez me levantase tarde y no bien dispuesto, parecióme no trabajar. Era fiesta, fuime á la iglesia, oí misa mayor y un buen sermón de un docto augustino, sobre el capitulo quinto de San Mateo, donde dice: *Así den luz vuestras buenas obras á vista de los hombres, que miradas por ellos den gracias y alabanzas á Nuestro Padre eterno, que está en los cielos, etc.* Dió una rociada por los eclesiásticos, prelados y beneficiados: que no les habian dado tanto de renta, sino de cargo; no para comer, vestir y gastar en lo que no es menester, sino en dar de comer y vestir á los que lo han menester, de quien eran mayordomos ó propiamente administradores, como de un hospital y que haberles encargado la tal mayordomía ó administración fué como á personas de más confianza, menos interesadas, piadosas, retiradas del siglo y de sus confusiones, que con más cuidado y menos ocupación podian acudir á este ministerio. Que abriesen los ojos á quien lo daban, cómo y en qué lo distribuian. Que era dinero ajeno, de que se les habia de tomar estrecha cuenta. Nadie se duerma, todo el mundo vele. No quiero pensar hallar la ley de la trampa ni la invención de la zancadilla para defraudar un maravedí, que sería la sisa de Judas. Dijo en general que sus tratos y costumbres fuesen

como el farol de la capitana, tras quien todos caminasen y en quien llevasen la mira, sin empacharse en otros tratos ni granjerías de las que se encargaron con el voto que hicieron y obligación que firmaron en los libros de Dios, donde no puede haber mentiras ni borrones.

Harto me acordé de un amigo de mi padre, lo mal que distribuyó lo que cobró y del mal ejemplo que dejó. Y en tal paró él y ello. Muchas y buenas razones dijo, que por la indecencia de mi profesión callo y no es lícito á mi hábito referirlas. A la noche mi enfermedad crecía, la cama no era muy buena ni más mollida que un pedazo de estera vieja en un suelo lleno de hoyos. Venía el ganado paciendo por la dehesa humana del misero cuerpo. Recordé al ruido. Húbeme de rascar y comencéme á desvelar. Fui recapacitando todo mi sermón pieza por pieza. Entendí que, aunque habló con religiosos, tocaba en común á todos, desde la tiara hasta la corona, desde el más poderoso príncipe hasta la vileza de mi abatimiento. ¡Válgame Dios! me puse á pensar, que aún á mí me toca y yo soy alguien: ¡cuenta se hace de mí! ¿Pues qué luz puedo dar ó cómo la puede haber en hombre de oficio tan oscuro y bajo? Sí, amigo, me respondía. A tí te toca y contigo habla, que también eres miembro deste cuerpo místico, igual con todos en sustancia, aunque no en calidad. Lleva tus cargos bien y fielmente; no les vendimies ni cercenes, ni saltees en el camino, pasando de la espuerta á los calzones, á tus escondrijos y falsopetos, lo que no es tuyo. Ni quisieras llevar á peso de plata los pasos que mueves y tanto por carga de dos panes como de dos vigas. Modérate con todos. Al pobre sirve de balde, dándolo á Dios de primicia. No seas deshonesto, glotón, vicioso ni borracho. Ten cuenta con tu conciencia, que haciéndolo así, como la viejecita del Evangelio, no faltará quien levante su corazón y los ojos al cielo, diciendo: bendito sea el Señor, que aún en pícaros hay virtud. Y esto en tí será luz.

Pero, á mi juicio de ahora y entonces, volviendo á la consideración prometida, con quien habló, más que á religiosos y comunidad, fué con los principes y sus ministros de justicia, de quien iba hablando, cuando esta digresión hice. Que verdaderamente son luz y en aquel sagrado capitulo ó en la mayor parte dél todo es luz y más luz, para que no aleguen que no la tuvieron. Consideré que la luz ha de estar como agente en algún paciente sujeto, en quien haga como en la cera, ya sea una hacha ó lo que más quisieres. Digo haberseme representado la tal persona, ó tú, como es verdad, ser la luz. Tus buenas obras, tus costumbres, tu celo, tu santidad es lo que ha de resplandecer y darla. ¿Pues qué piensas que es darte un oficio ó dignidad? Poner cera en esa luz para que ardiendo resplandezca. ¿Qué es el oficio de la luz? Ir con su calor llamando y chupando la cera hacia si, para alumbrar mejor y sustentarse más. Eso pues has de hacer de tu oficio: embeberlo, encorporarlo en esa luz de tus virtudes y honesta vida, para que todos las vean y todos las imiten, viviendo tan rectamente, que ruegos no te ablanden ni lágrimas te enternezcan ni dones te corrompan ni amenazas te espanten ni la ira te venza ni el odio te turbe ni la afición te engañe. Oye más: ¿cuál vemos primero, la luz ó la cera? No negarás que la luz. Pues haz de manera que tu oficio, que es la cera, se vea después de ti, conociendo al oficio por ti y no á ti por el oficio.

Muchas veces acontece la cera ser mucha y la luz poca y ahogarse en ella: como si en un cirio grueso el pabulo fuese sutil. Otras, volver la luz abajo y, derritiéndose la cera encima, luego apagarse. Así vemos que lo bueno en ti es tan poco y el oficio, que te dan, sobra tanto á la medida de tus méritos, que lo poco se te apaga y quedas á oscuras. Otras veces vuelves al suelo tus virtudes, inclinaste mal, porque derrites el oficio encima, robando, baratando, forzando, menospreciando al pobre su causa, tratándola con dilación y la del rico con instancia. Señalaste con rigor en el pobre, dis-

pensando con el rico mansedumbre. Al pobre tropellaste con soberbia; al rico hablaste con veneración y crianza. Con esto se te acaba de morir y se te gasta, quedando perdido. Hay otros, que hacen del oficio de luz, como dije antes, y, habiéndolo ellos de ser, por el contrario son la cera. Estos tales ¿qué negocian, si sabes? Yo te lo diré. Cual es la propiedad de la cera? Irse poco á poco gastando y consumiendo, llevando la luz violentada tras de sí, hasta que se desaparecen el uno y el otro y quedan acabados. Esto mismo les acontece. Viven de manera, teniendo escondidas las buenas obras, las virtudes, lo bueno, que ni dello se precian ni lo estiman. Estiman el oficio que hicieron luz: vanlo violentando por incorporarlo en sí, por esquilmarlo, por desnatarlo y aún desangrarlo y vanse poco á poco consumiendo con él. Viven mal y mueren mal: cual vivieron, así murieron. ¿Qué piensa el que se hace cera, cuando á uno le quita su justicia ó lo que justamente merece y lo trasmonta en el idiota que se le antoja? ¿Sabes qué? Derritese y gastase, sin sentir cómo ni de qué manera. Acábasele la salud, consúmesele la honra, pierde la hacienda, fallecen los hijos, mujer, deudos y amigos, en quien hacian estribos de sus pretensiones, andan metidos en profundísima melancolía, sin saber dar causa de qué la tienen. La causa es, amigo, que son azotes de Dios, con que temporalmente los castiga en la parte que más les duele, demás de lo que para después les aguarda. Y así lo permite su divina Majestad, para consuelo de los justos, que los que disolutamente pecan, haciendo públicos agravios y sinrazones, castigarlos á ojos de los hombres, para que lo alaben en su justicia y se consuelen con su misericordia, que también lo es castigar al malo. ¿Quieres tener salud, andar alegre, sin esos achaques de que te quejas, estar contento, abundar en riquezas y sin melancolias? Toma esta regla: confiéstate como para morir; cumple con la definición de justicia, dando á cada uno lo que le toca por suyo; come de tu sudor y no

de lo ajeno; sirvante para ello los bienes y gajes ganados limpiamente: andarás con sabor, serás dichoso y todo se te hará bien.

A buena fe que mi consideración me iba metiendo muy adentro, donde quizá perdiera pié y fuera menester socorro. Ya me engolfaba ó me puse á pique para decir el por qué y cómo se hace algo desto. Si corre por interés ó si por afición ó pasión. Quiero callar y no habrá ley contra mi: *mi secreto para mí, que al buen callar llaman santo*. Pues aún conozco mi exceso en lo hablado: que más es doctrina de predicación, que de picaro. Estos ladridos á mejores perros tocan. Rómpanse las gargantas, descubran los ladrones. Más ¡ay, si por ventura les han echado pan á la boca y callan!

CAPITULO IV

En que Guzmán de Alfarache refiere un soliloquio que hizo y prosigue contra las vanidades de la honra.



LARGA digresión he hecho y enojosa. Ya lo veo; más no te maravilles, que la necesidad adonde acudimos era grande y, si concurren dos ó más lesiones juntas en un cuerpo, es precepto acudir á lo más principal, no poniendo en olvido lo menos.

Así corre en la guerra y todas las más cosas. Yo te prometo que no sabré decir cuál de las dos fuese mayor, la que dije ó la que tomé, por lo que importan ambas. Más volvamos adonde nos queda empeñada la prenda, siguiendo aquel discurso.

Llevaba yo un día en mi capacha ó esportón del rastro un cuarto de carnero á un oficial calcetero. Halléme acaso unas coplas viejas, que á medio tono, como las iba leyendo, las iba cantando. Volvió mi dueño la cabeza y sonriéndose dijo: ¡válgate la maldición, mal trapillo! ¿y sabes leer? Respondíle: y muy mejor escribir. Luego me rogó que le enseñase á hacer una firma y que me lo pagaría. Preguntéle: diga, señor, firma sola, ¿para qué la quiere ó de qué le puede aprovechar? El me respondió: ¿para qué? Salgo á negocios, que me da Fulano mi señor, porque yo calzo á sus niños, y nombró el personaje. Quería siquiera saber firmar por no decir que no sé cuando se ofrezca. Quedóse así este nego-

cio y yo, haciendo un largo soliloquio, que fui siguiendo buen rato en esta manera:

Aquí verás, Guzmán, lo que es la honra, pues á estos la dan. El hijo de nadie, que se levantó del polvo de la tierra, siendo vasija quebradiza, llena de agujeros, rota, sin capacidad que en ella cupiera cosa de algún momento, la remendó con trapos el favor y con la soga del interés ya sacan agua con ella y parece de provecho. El otro hijo de Pero Sastre, que porque su padre, como pudo y supo, mal ó bien, le dejó que gastar, y el otro que robando tuvo que dar y con qué cohechar, ya son honrados, hablan de bóveda y se meten en córro. Ya les dan lado y silla, quien antes no los estimara para acemileros. Mira cuántos buenos están arrinconados, cuántos hábitos de Santiago, Calatrava y Alcántara, cosidos con hilo blanco y otros muchos de la envejecida nobleza de Lain Calvo y Nuño Rasura tropellados. Dime: ¿quién les da la honra á los unos, que á los otros quita? El más ó menos tener. ¡Qué buen decano de la facultad ó qué gentil retor ó maese-escuela! ¡Qué discretamente graduan y qué buen exámen hacen! Dime más: ¿y á qué se obliga ese, que lleva el oficio que decias primero, y esotro á quien el dinero entronizó en el *Sancta Sanctorum* del mundo? ¿Y cómo queda el hombre discreto, noble, virtuoso, de claros principios, de juicio sosegado, cursado en materias, dueño verdadero de la cosa, que dejándole sin ella, se queda pobre, arrinconado, afligido y por ventura necesitado á hacer lo que no era suyo, por no incurrir en otra cosa peor? Mucho me pides para lo poco que sabré satisfacerte; más diré, conforme á lo que alcanzo, lo que dello entiendo.

Cuanto para con Dios, son sus juicios ignotos á los hombres y á los ángeles. No me entremeto á más de lo que con entendimiento corto puedo decir y es que él sabe bien dar á cada uno todo aquello de que tiene necesidad para salvarse. Y pues aquel oficio faltó, no convino, por lo que él

sabe ó porque con él se condenará y lo quiere salvar, que lo tiene predestinado. Esto es cuanto para el que se queda sin lo que merece; pero para el poderoso, que se lo quita, que no es juez de intenciones ni de corazones, ni los puede examinar y por lo exterior, que solo conoce, pervierte la provisión. Si habemos de hablar en lenguaje rústico, regulando el cortés celestial, digo que á la margen de la cuenta deste poderoso saca Dios, como acá solemos para advertir algo, un ojo y dice luego: ¿qué le tengo de pedir? ¿Qué causa tuvo deste agravio, sabiendo que los tengo amenazados? Jueces de la tierra, porque no juzgastes bien os tengo aparejado durísimo castigo. Yo residiré en la Sinagoga de los dioses y los juzgaré. Lástima grande que quieran, sabiendo esta verdad, hallarse delante de aquel juez recto y verdadero, con acusación cierta, que los ha de condenar y faltos de la restitución que deben, sin la cual el pecado no puede ser perdonado, y no lo quiere remediar.

Verdad es que no faltará quien les diga: sí, señor, bien pudistes, no pecastes, bien hicistes en darlo á vuestro deudo, conocido ó amigo ó al criado, que están más cerca. Pues en verdad que no pudistes, porque lo quitaste de su lugar y lo pusistes en el ajeno. Vuelve sobre ti, considera, hermano mío, que es yerro, que no pudiste y porque no pudiste pecaste y porque pecaste no está bien hecho. No mires á dichos de tontos ni de congraciadores en lo que te importa tanto. Lo mejor sería que te ciñeses y vieses lo que te aprieta y lo reparases con tiempo. Que hay confesores de grandes absolvederas, que son como sastres. Diránte que el vestido que ellos te hicieron te entalla bien; pero tú sabes mejor si te aprieta, si te aflige, si te angustia ó cómo te viene. Y permite Dios que, porque no buscaste quien viviendo y gobernando te dijese verdades, al tiempo de la muerte agonizando no haya quien te las diga y te condenes. Vela con los ojos, abre los oídos y no dejes que te pongan las

abejas de Satanás la miel en ellos ni hagan enjambre, que son caminos anchos de perdición. Pero volviendo á estos tales, cuanto á Dios, no dudo su castigo y, cuanto á los hombres, te sabré decir que abren puerta á la murmuración y que hagan dello pública conversación, diciendo, como dije antes, los fines que creyó fueran secretos, teniendo lástima de tantos méritos tan mal galardonados y de un trueque tan desproporcionado, viendo á los malos por malos medios valer más y á los buenos con su bondad excluidos y desechados. Más yo te prometo que les tiene Dios contados los cabellos y que ni uno se les pierda. Si los hombres les faltaren, consuélense, que les queda buen Dios, que no les faltará.

Así que, deste modo van las cosas. Pues, ni quiero mandos ni dignidades. No quiero tener honra ni verla. Estate como te estás, Guzmán amigo. Séanse enhorabuena ellos la conseja del pueblo. Nunca se acuerden de ti. No entres donde no puedes libremente salir, no te pongas en peligro que temas, no te sobre que te quiten ni falte para que pidas, no pretendas lisonjeando ni enfrasques, porque no te inquieten. Procura ser usufrutuario de tu vida, que usando bien della, salvarte puedes en tu estado. ¿Quién te mete en ruidos, por lo que mañana no ha de ser ni puede durar? ¿Qué sabes ó quién sabe del mayordomo del rey don Pelayo ni del camarero del conde Fernán González? Honra tuvieron y la sustentaron y dellos ni della se tiene memoria alguna. Pues así mañana serás olvidado. ¿Para qué es tanto ahinco, tanta sed y tantos embarazos? Uno para la comida, que aun es tanta la vanidad, que comer mucho y desperdiciado califica, otro para el vestido y otro para la honra. No, no, que no está bien y con tales cuidados no llegarás á viejo ó lo serás antes de tiempo. Deja, deja la hinchazón desos gigantes. Arrimalos por las paredes. Vístete en invierno de cosa que te abrigue y el verano que te cubra, no andando

deshonesto ni sobrado. Come con que vivas, que fuera de lo necesario es todo superfluo, pues no por ello el rico vive ni el pobre muere; antes es enfermedad la diversidad y abundancia en los manjares, criando viscosos humores y dellos graves accidentes y mortales apoplegias. ¡Oh tú, dichoso dos, tres y cuatro veces, que á la mañana te levantas á las horas que quieres, descuidado de servir ni ser servido! Que, aunque es trabajo tener amo, es mayor tener mozo, como luego diremos. Al mediodia la comida segura, sin pagar cocinero ni despensero ni enviar por carbón mojado á la tienda, que te traigan piedras y tierra, y sabe Dios por qué se disimula; sin cuidado de la gala, sin temor de la mancha ni codicia del recamado; libre de guardar, sin recelo de perder; no envidioso, no sospechoso, sin ocasión de mentir y maquinar para privar. Eso te importa ir solo que acompañado, apriesa que despacio, riendo que llorando, comiendo que trepando, sin ser notado de alguno. Tuya es la mejor taberna donde gozas del mejor vino, el bodegón donde comes el mejor bocado; tienes en la plaza el mejor asiento, en las fiestas el mejor lugar; en el invierno al sol, en el verano á la sombra; pones mesa, haces cama por la medida de tu gusto, como te lo pide, sin que pagues dinero por el sitio ni alguno te lo vede, inquiete ni contradiga; remoto de pleitos, ajeno de demandas; libre de falsos testigos, sin recelo que te repartan y por temas te empadronen; descuidado que te pidan, seguro que te decreten; lejos de tomar fiado ni de ser admitido por fiador, que no es pequeña gloria; sin causa para ser ejecutado, sin trato para ejecutar; quitado de pleitos, contiendas y debates; últimamente, satisfecho, que nada te oprima ni te quite el sueño haciéndote madrugar, pensando en lo que has de remediar.

No todos lo pueden todo ni se olvidó Dios del pobre; que camino le abrió con que viviese contento, no dándole más frio que como tuviese la ropa, y puede como el rico pa-

sar si se quiere regalar. Más esta vida no es para todos y sin duda el primer inventor debió ser famosísimo filósofo, porque tan felice sosiego es de creer que tuvo principio de algún singular ingenio y, en realidad de verdad, lo que no es esto cuesta mucho trabajo y los que así no pasan son los que lo padecen y pagan, caminando con sobresaltos, contiendas y molestias, lisonjeando, idolatrando, ajustando por fuerza, encajando de maña, trayendo de los cabellos lo que ni se sufre ni llega ni se compadece y cerrando los ojos á lo que importa ver, los tienen de lince, para que el útil no se pase, lo que se habian de cerrar y armando lazos, haciendo embelecocos, desvelándose en cómo pasar adelante, poniendo trampas en que los otros caigan, porque se quedan atrás. ¡Vanidad de vanidades y todo vanidad! ¡Qué triste cosa es de sufrir tanto número de calamidades, todas asestadas ó, por menos mal decir, hechas puntales, para que la frágil y desventurada honra no se caiga y el que la tiene más firme es el que vive con mayor sobresalto de reparos! Volvía considerando sin cesar ni hartarme de decir: ¡dichoso tú, que envuelto entre plomo y piedras, con firmes ligaduras, la sepultase en el mar, de donde más no salga ni parezca!

Acordábaseme lo que en las cosas domésticas costaba un criado bellaco, sisador, mentiroso, como los de hogaño. Y si va por el atajo, ha de ser tonto, puerco, descuidado, flojo, perezoso, costal de malicias, embudo de chismes, lenguaz en responder, mudo en lo que importa hablar, necio y desvergonzado en gruñir. Una moza ó ama, que quiere servir de todo, sucia, ladrona, con un hermano, pariente ó primo, para quien destaja tantas noches cada semana, amiga de servir á hombre solo, de traer la mantilla en el hombro y que le den ración y ella se tiene cuidado de la quitación, cuando halla la ocasión y ha de beber un poquito de vino, porque se enferma del estómago. Si saliamos por las calles, donde quiera que ponía la mira, todo lo vía de menos qui-

lates, falto de ley, falso, nada cabal en peso ni medida, trasladado á los carniceros y á la gente de las plazas y tiendas. Demás desto, qué desesperación pone un escribano, falsario ó cohechado, contra quien la verdad no vale, que sólo el cañón de su pluma es más dañoso que si fuera de bronce reforzado. Un procurador mentiroso, un letrado revoltoso, de mala conciencia, amigo de trampear, marañar y dilatar, porque come dello. Un juez testarrudo, de los de yo me entiendo, que ni se entiende ni lo entienden. Andaba pretendiendo, mansejón como toro en la vacada, y, en saliendo, pareció que le tiraron garrochas. Llevó un vestido, que para poderlo concertar y ponérselo eran menester más de mil cedulillas y albalá de guía ó entrarle con una cuerda como en el laberinto, y con aquella hambre nunca se pensó ver harto. *De donde diere, no dejó raso ni belloso*; en todo halló pecado: en éste, porque sí y en aquél, porque no.

¡Quién como la leona pudiera con bramidos dar vida en estos cachorrillos, verdades muertas, para que alentados tuviesen remedio! Vamos por los oficios. Considera el de un sastre, que tienen introducido tanto que se les ha de dar para el pendón ó la obra no se ha de hacer ó la tullen por hurtarlo. Un albañir, un herrero, un carpintero y otro cualquier oficial, sin que alguno se reserve. Todos roban, todos mienten, todos trampean; ninguno cumple con lo que debe y, es lo peor, que se precian dello. Volvamos arriba, no se nos quede arrinconado un boticario, que, por no decir *no tengo* ni desacreditar su botica, te dará los jarabes trocados, los aceites falsificados, no le hallarás droga leal ni compuesto conforme al arte; mezclan, bautizan y ligan como les parece, sustitutos de calidades y efectos diversos, pareciéndoles que va poco á decir desto á esotro, siendo al contrario de toda razón y verdad, con que matan los hombres, haciendo de sus botes y redomas escopetas y de las pildoras, pelotas ó balas de artillería. Pues el señor dotor lo adoba y pensarás

que es menos. Si no le pagas, deja la cura; si le pagas, la dilata; y por ello algunas ó muchas veces mata al enfermo. Y es de considerar que, siendo las leyes hijas de la razón, si pides á un letrado algún parecer, lo estudia, no se resuelve sin primero mirarlo, con ser materia de hacienda; y un médico, luego que visita, sólo de tomar el pulso conoce la enfermedad ignota y remota de su entendimiento, luego aplica remedios para el sepulcro. ¿No fuera bien, si es verdad su regla, que *la vida es breve, el arte larga, la experiencia engañosa, el juicio difícil*, irse poco á poco, hasta enterarse y ser dueños de lo que quieren curar, estudiando lo que deban hacer para ello? Es cuento largo tratar desto. Todo anda revuelto, todo apriesa, todo marañado. No hallarás hombre con hombre; todos vivimos en asechanzas los unos de los otros, como el gato para el ratón ó la araña para la culebra, que, hallándola descuidada, se deja colgar de un hilo y, asiéndola de la cerviz, la aprieta fuertemente, no apartándose della hasta que con su ponzoña la mata.

CAPITULO V

Cómo Guzmán de Alfarache sirvió á un cocinero.



LIBRE me vi de todas estas cosas, á ninguna sujeto, excepto á la enfermedad, y para ella ya tenia pensado entrarme en un hospital. Gozaba la florida libertad, loada de sabios, deseada de muchos, cantada y discantada de poetas. Para cuya estimación todo el oro y riquezas de la tierra es poco precio. Túvela y no la supe conservar. Que, como acostumbrase á llevar algunos cargos y fuese fiel y conocido, tenia cuidado de buscarme un traidor de un despensero: ¡dése Dios mal galardón! Hacía confianza en mi, enviábame solo, que llevase á su posada lo que compraba. Desta continuación y trato, que no debiera, me cobró amistad. Parecióle mejorarme sacándome de aquel oficio á sollastre ó picaro de cocina, que era todo á cuanto me pudo encaramar en grueso. Muchas veces me lo dijo y una mañana me hizo una larga arenga de promesas. Fué subiéndome á corregidor de escalón en escalón, que si aprendia bien aquel oficio, saliendo tal, entraria en la casa real y que, sirviendo tantos años, podría retirarme rico á mi casa. A mi fe, hinchóme la cabeza de viento y hasta probar, poco habia que aventurar. Llevóme al señor mi amo, que ya nos conociamos cuando allá llegué. Como si fuera la primera vez que nos viéramos, me dijo con mucho toldo: bien, ¿qué dice agora poca ropa? ¿A qué bueno por acá el caballero de Illescas? ¿Es menester algo? ¿Vie-

nes á estar conmigo? Yo estuve malconsiderado, que, cuando le vi comenzar con el tono tan alto, habia de volverle las espaldas y dejarlo con su razón y á la mosca, que es verano. Embacéme sin saber qué responder; más como á otra cosa no iba, le dije: sí, señor.—Pues entra conmigo, que si haces el deber, me dijo, no perderás en ello.—Bien seguro estoy, le respondí, que asentando con vuesa merced tendré cierta la ganancia, pues no tengo de qué me resulte pérdida. Preguntóme: ¿y sabes lo que has de hacer? Volvíle á decir: lo que me mandaren y supiere hacer ó pudiese trabajar. Que quien se pone á servir ninguna cosa debe rehusar en la necesidad y á todas las de su obligación tiene alegremente de satisfacer, y para lo uno y otro se ha de disponer. El se contentó de mí plática y entendimiento. Asenté á mercedes como gavilán.

Anduve á los principios con gran puntualidad y él me regalaba cuanto podia. Más no sólo á mis amos, que era casado, procuré agradar, sirviendo de toda broza en monte y villa, dentro y fuera de mozo y moza, que sólo faltó ponerme saya y cubrir manto para acompañar á mi ama, porque las más caserías, barrer, fregar, poner una olla, guisarla, hacer las camas, alinear el estrado y otros menesteres, de ordinario lo hacia, que por ser solo estaba puesto á mi cargo; pero á todos los criados del amo procuraba contentar. Así acudia en un vuelo al recaudo del paje, como del mozo de caballos. Uno me daba le comprase lo necesario, otro que le limpiase la ropa, aqueste que le enjabonase un cuello, aquel que le llevase la ración á su mujer y esotro á su manceba. Todo lo hacia sin rezongar ni haronear. Nunca fui chismoso ni descubri secreto, aunque no me lo encargaran: que bien se me alcanzaba lo que habia licencia de hablar y que era necesario callar. El que sirve se debe guardar destas cosas ó se perderá presto, siendo malquisto y odiado de todos. No respondia, cuando me reñian, ni daba ocasión

para ello. A los mandados era un pensamiento. Donde había de asistir nunca faltaba. Y aunque todo me costaba trabajo, nada se perdía. Bastábame por paga la loa que tenía y lo bien que por ello me trataban de palabra, no faltando las obras á su tiempo.

Gran alivio es á quien sirve un buen tratamiento: son espuelas, que pican á la voluntad para ir adelante, señuelo que llama los deseos y carro en que las fuerzas caminan sin cansarse. A unos es bien y merecen servirse de gracia y á otros no por ningún dinero. Y sobre todo reniego de amo que ni paga ni trata.

Entonces pude afirmar que, dejada la picardía, como reina de quien no se ha de hablar y con quien otra vida política no se puede comparar, pues á ella se rinden todas las lozanas del curioso método de bienpasar que el mundo soleniza, aquella era, aunque de algún cuidado, por extremo buena. Quiero decir, para quien como yo se hubiese criado con regalo. Parecióme en cierto modo volver á mi natural, en cuanto á la bucólica. Porque los bocados eran de otra calidad y gusto que los del bodegón, diferentemente guisados y sazonados. En esto me perdonen los de San Gil, Santo Domingo, Puerta del Sol, Plaza Mayor y calle de Toledo; aunque sus tajadas de hígado y torreznos fritos malos eran de olvidar.

Por cualquiera niñería, que hiciera, todos me regalaban: uno me daba una tarja, otro un real, otro un juboncillo, ropilla ó sayo viejo, con que cubria mis carnes. Y no andaba tan mal tratado; la comida segura y cierta, que aunque de otra cosa no me sustentara, bastara de andar espumando las ollas y probando guisados; la ración siempre entera, que á ella no tocaba. Esto me hizo mucho daño y el haberme enseñado á jugar en la vida pasada. Porque lo que ahora me sobraba, como no tenía casas que reparar ni censos que comprar, todo lo vendía para el juego. De tal manera puedo de-

cir que el bien me hizo mal. Que cuanto á los buenos les es de aumento, porque lo saben aprovechar, á los malos es dañoso, porque dejándolo perder se pierden más con él. Así les acontece como á los animales ponzoñosos, que sacan veneno de lo que las abejas labran miel. Es el bien como el agua olorosa, que en la vasija limpia se sustenta, siendo siempre mejor, y en la mala luego se corrompe y pierde. Yo quedé doctor consumado en el oficio y en breves dias me refiné de jugador y aun de manos, que fué lo peor. Terrible vicio es el juego. Y como todas las corrientes de las aguas van á parar á la mar, así no hay vicio que en el jugador no se halle. Nunca hace bien y siempre piensa mal; nunca trata verdad y siempre traza mentiras; no tiene amigos ni guarda ley á deudos; no estima su honra y pierde la de su casa; pasa triste vida y á sus padres no se la desea; jura sin necesidad y blasfema por poco interese; no teme á Dios ni estima su alma. Si el dinero pierde, pierde la vergüenza para tenerlo, aunque sea con infamia. Vive jugando y muere jugando, en lugar de cirio bendito, la baraja de naipes en la mano, como el que todo lo acaba de perder, alma, vida y caudal en un punto.

Mucho esperímenté de otros. No hablo lo que me dijeron; sino lo que mis ojos vieron. Cuando las raciones no bastaban, porque para jugar no faltase, traía por la casa los ojos como hachas encendidas, buscando de dónde mejor pudiera valerme. A las cosas de la cocina con facilidad ponía cobro, aprovechándome siempre de la comodidad, como de mi no pudiese haber sospecha. Muchas cosas que hurtaba las escondía en la misma pieza donde las hallaba, con intención, que si en mi sospechasen, sacarlas públicamente, ganando crédito para adelante; y si la sospecha cargaba en otro, allí me lo tenía cierto y luego lo trasponía. Una vez me aconteció un donoso lance, que, como mi amo trajese á casa otros amigos cofrades de Baco, pilotos de Guadalcanal y Coca, y

quisiese darles una merienda, todos tocaban bien la tecla; pero mi amo señaladamente era estremadamente músico de un jarro. Sacóles entre algunas fiambreras, que siempre tenía proveídas, unas hebritas de tocino como sangre de un cordero. Ya de los envites hechos estaban todos á treinta con rey, alegres, ricos y contentos, y con la nueva ofrenda volvieron á brindarse, quedándose y mi ama con ellos, que también lo menudeaba como el mejor danzante, que los pudieran desnudar en cueros: tales estaban ellos. La polvareda había sido mucha. Levantáronse los humos á lo alto de la chimenea. Los unos cayendo, los otros tropezando, dando cada uno traspiés, se fué como pudo, según me lo contó un vecino, y mis amos á la cama, dejándose abierta la casa, la mesa puesta y el vasillo de plata, en que brindaron, rodando por el suelo y todo á beneficio de inventario. Yo acaso había quedado en la cocina del amo aderezando sartenes y asadores, juntando leña y haciendo otras cosas del oficio.

Luego como acabé la tarea, fuime á la posada. Halléla desaliñada, de par en par abierta y el vasillo por estropeizo, casi pidiéndome que siquiera por cortesía lo alzase. Bajéme por él, miré á todas partes si alguno me pudiera haber visto y, como no sintiese persona, volvíme á salir pasico. No había dado cuatro pasos, cuando me tocó el corazón una arma falsa. Púseme á pensar si había ruido hechizo, que era bien asegurarme mejor y no ponerme en ocasión, que por interese poco se eventurase mucho y algunos azotes á las vueltas. Volví á entrar, llamé dos ó tres veces. Nadie me respondió. Fuime al aposento de mis amos. Hallélos tales, que parecia estar difuntos y era poco menos, pues estaban sepultados en vino. El resuello que daban me dejó de manera, como si hubiera entrado en alguna famosa bodega.

Quisiera con algunos cordeles atarlos por los pies á los de

la cama y hacerles alguna burla; pero parecióme más á cuento y mejor la del vaso de plata. Púselo á buen cobro. Habiendo asegurado el hurto, volvíme á la cocina, donde no faltó en qué ocuparme hasta la noche, que vino mi amo con un terrible dolor de costado en las sienas, y estando en el hogar sólo un tizón, me quiso aporrear: que para qué gastaba tanta leña, que se quemaría la casa. No estuvo aquella noche de provecho. Como pude suplí, cubriendo su falta. Puse á punto la cena, dímosla y, habiendo cumplido á todo, nos fuimos á dormir. Hallé á mi ama de mal semblante: muy triste, los ojos bajos y llorosos, ansiada y pesarosa, sin hablar palabra, hasta que mi amo fué acostado. Preguntéle qué tenía, que tan mohina estaba. Respondióme: “¡ay Guzmanico, hijo de mi alma! gran mal, gran desventura, amarga fui yo, desdichada la hora en que nací, en triste sino me parió mi madre.,,

Ya yo sabía dónde le dolía. Su botica fuera mi faltrique-
ra y mi voluntad su médico; pero no, que todas aquellas
compasiones no me la ponían, porque había oído decir que,
cuando más la mujer llorare, se le ha de tener la lástima
como á un ganso que anda en el agua descalzo por enero.
No me movió un cabello; mas fingiendo pesarme de su
pena, la consolaba, que no dijese tales palabras, rogándole
me contase qué tenía, dándome parte dello, que en lo que
pudiese haría por ella como por mi madre. “¡Ay hijo, me
respondió, que trujo tu señor en amarga hora unos amigos á
merendar y entre todos me falta el vaso de plata. ¿Qué hará
tu amo cuando lo sepa? Mataráme por lo menos, hijo de mis
entrañas., — “¿Qué hará por lo más?., le quise preguntar.
Hiceme del pesante, abominando la bellaqueria y que no ha-
llaba otro medio más de que se levantara por la mañana y
fuésemos á comprar á los plateros otro como él y dijese á su
marido que, porque estaba viejo y abollado, lo había hecho
limpiar y aderezar: que con esto escusaría el enojo. Tam-

bién le ofrecí que, si no tenía dineros y lo hallase fiado, tomase mis raciones para pagarlo con ellas ó las pidiese adelantadas.

Agradeciómelo mucho, tanto por el consejo como por el remedio; mas hizosele inconveniente salir de casa y sola, temiendo que su marido no la viese, porque era muy celoso. Rogóme que por un sólo Dios, lo fuese yo á buscar, que dineros tenía con qué pagarlo. Yo no deseaba otra cosa, porque me había puesto en cuidado á quién ó cómo pudiera venderlo, que me lo comprara, pues por mi persona era fácil de creer que lo había hurtado. Mas con esta buena salida fuime á los plateros. Dije á uno que me lo limpiase y desabollase, que estaba maltratado. Concertélo en dos reales. Pusiéronlo cual si entonces acabaran de hacerlo. Volví á mi casa diciendo: uno he hallado en la puerta de Guadalajara; pero tiene cincuenta y siete reales de plata y no quieren por la hechura menos de ocho. A ella le pareció una blanca, según deseaba salir de aquel trabajo. Contóme el dinero en tabla y volviselo á vender, como si no fuera el mismo ni se lo hubiera hurtado, con que quedò contenta y yo pagado. Mas como se vino se fué: de dos encuentros me lo llevaron.

Estos hurtillos de invención, de cosecha me los tenía y la ocasión me los enseñaba; mas los de permisión siempre andaba con cuidado para saberlos usar bien, cuando los hubiera menester. Así tenía costumbre de llegarme al tajo, donde se repartían las porciones. Atentamente via lo que pasaba y cómo en cada una iban dos onzas de menos. Aprendí jugar de dedillo, balanza y golpete. Algunos le decían que pesase bien; el despensero respondía que enjugaba la carne y que, recibéndola en un peso y en fiel, no podía dejar de hacer un poco de refación para las mermas de muchos. Y en esto iba á decir la sesta parte. Despensero, cocinero, botiller, veedor y los más oficiales, todos hurtaban y decían venirles de derecho con tanta publicidad y desvergüenza, como

si lo tuvieran por ejecutoria. No había mozo tan desventurado, que no ahorrara los menudillos de las gallinas ó de los capones, el jamón de tocino, el contrapeso del carnero, las postas de ternera, salsas, especias, nieve, vino, azúcar, aceite, miel, velas, carbón y leña, sin perdonar las alcomenias ni otra cosa, desde lo más necesario hasta lo de menos importancia, que en una casa de un señor se gasta.

Luego que allí entré, no se hacía de mí mucha confianza. Fui poco á poco ganando crédito, agradando á los unos, contentando á los otros y sirviendo á todos. Porque tiene necesidad de complacer el que quiere que todos le hagan placer. Ganar amigos es dar dinero á logro y sembrar en regadío. La vida se puede aventurar para conservar un amigo y la hacienda se ha de dar para no cobrar un enemigo, porque es una atalaya que con cien ojos vela, como el ladrón sobre la torre de su malicia, para juzgar desde muy lejos nuestras obras. Mucho importa no tenerlo y quien lo tuviere trátelo de manera como si en breve hubiese de ser su amigo. ¿Quieres conocer quién es? Mirale el nombre, que es el mesmo del demonio, enemigo nuestro, y ambos son una mesma cosa. Siembra buenas obras, cogerás fruto dellas. Que el primero que hizo beneficios, forjó cadenas con que apasionar los corazones nobles. En lo que me pude adelantar no me detuvo la pereza. No di lugar que de mí se diesen quejas verdaderas ni me trajeran en revueltas. Huyen de los deste trato y más de chismosos, á quien con gran propiedad llaman esponjas: aquí chupan lo que allí esprimen. De los tales no se fien, apártense dellos, aborrezcan su compañía, aunque en ella se interese: porque al cabo ha de salir con pérdida y descalabrado. No puede una casa padecer mayor calamidad ni la república más contagiosa pestilencia, que tener hombres cizañeros y revoltosos, amigos de hablar en corrillos y hacerlos. Siempre procuré con todos tener paz, por ser hija de la humildad. Y el humilde que ama la paz, ama y

es amado del autor della, que es Dios. Si malas compañías no me dañaran, yo comencé bien y corría mejor: comía, bebía, holgaba, pasando alegremente mi carrera.

Muchas veces, acabada la hacienda, me echaba á dormir á la suavidad de la lumbre, que sobraba de mediodía ó de parte de noche, quedándome allí hasta por la mañana. Cuando en casa no habia quehacer, dábanme los bellacos de los mozos y pajes mucho del sartenazo, culebras y pesadillas; echábanme libramientos, ahogándome á humazos. Tal vez hubo que con uno me desatinaron por mucho rato, que ni sabía si estaba en pié ó si sentado, y, si no me tuvieran, me hiciera la cabeza pedazos contra una esquina. Y á todo esto paciencia, sin desplegar la boca, corrigiéndome para conservarme. *Que el que todo lo quiere vengar, presto quiere acabar.* Larga se debe dar á mucho, si no se quiere vivir poco. Despreciando las injurias, queda corrido y se cansa el que te las hace; que si te corrieses, quedarías cargado. En mi hacían anatomía.

Otras veces para probarme hicieron cebaderos, poniéndome moneda donde forzosamente hubiese de dar con ella. Querían ver si era levantisco, de los que quitan y no ponen; mas, como se las entendía y les entrevaba la flor, decía: *no á mí que las vendo; á otro perro con ese hueso.* Salto en vago habeis dado, no os alegrareis con mis desdichas ni hareis almoneda de mis infamias. Allí me lo dejaba estar, hasta que quien lo puso lo alzase, teniendo cuenta que otro no lo traspusiese y dijese que yo. Otras veces lo alzaba y daba con ello en manos de mis amos, andando con gran recato en hacer mis heridas limpias á lo salvo, como buen esgrimidor. Que dar una cuchillada y recibir una estocada es dislate. Hurtaba lo que podía; pero de modo que no se pudiera causar sospecha contra mí. Para las haciendas de mi cargo yo me lo tenía y á mi amo descuidado de mandarlo. En habiendo que trabajar, no aguardaba que me lo mandasen. Era

de todos mis compañeros el primero al pelar de las aves, fregar, limpiar, barrer, hacer y soplar la lumbre, sin decir al otro: hacedlo vos. Porque consideraba que, no habiendo de holgar ni estar mano sobre mano, tanto me daba trabajar en esto que en esotro y era engañar de maña con lo que era fuerza. Siempre hacia lo que más podía y mejor sabia, guardando el decoro al oficio. Aun el ave no estaba bien acabada de pelar, cuando tomaba el almirez y molia misturas para salsas ó para guisados. Traia el herraje como espadas acicaladas, las sartenes que se pudieran limpiar con la capa, los cazos como espejos. Guardábalo en sus cajas, colgábalo en sus clavos, donde solia estar cada cosa, para darlo en mano cuando fuera menester, sin andarlo á buscar, acordándome donde lo puse: todo tenia su lugar diputado con mucha curiosidad y concierto.

Las horas que me sobraban, cuando no había quehacer, en especial por las tardes, que siempre tenia más lugar, los oficiales de casa me daban sus percances que los llevase á vender. Ibame con ellos á las puertas de la carniceria, donde era nuestro puesto y lo acudian á comprar los que lo habían menester. Algunas veces lo que llevaba era bueno, otras no tal y otras hendiendo y malo; mas todo resultaba de lo que llamaban ellos provechos y derechos, que es de diez dos, harto mejor pagado que el almojarifazgo de Sevilla. Lo ordinario y siempre, nunca faltaban menudillos de aves y despojos de terneras, perdices, gallinas, que se perdian andando en el asador ó perdigadas en el hervor de la olla, conejos desollados y mechados con sus garrochitas de tocino ribeteados, como gabán de Sayago, sin dejarles blanco del tamaño de una uña donde no llevasen clavada su saeta. Presas habia que, habiéndose tardado en sacarse á vender, oliscaban. Disfrazaban estas tales de manera que parecian como nuevas: cada uno, el que más podía, mejor afeitaba su hacienda. Vendia también lenguas de vaca, cecina de jabalí, lomo en

adobo, empanadas inglesas de venado, piezas de tocino con tres dedos de tabla en grueso. Mirad, ¡qué derechos tan tuertos y qué provechos tan dañosos, para no sacarse cada día facultades, empeñarse los estados y vender los vasallos!

¡Pobres de los señores, que no pueden ó no saben ó, por mejor decir, no quieren consumir esta langosta, destruyendo tan dañosa polilla! Y desventurados de los que para ostentación quieren tirar la barra con los más poderosos: el ganapán como el oficial, el oficial como el mercader, el mercader como el caballero, el caballero como el titulado, el titulado como el grande, el grande como el rey, todos para entronizarse. Pues, á fe que no es oficio holgado y que el rey no duerme ni descansa con el reposo del ganapán ni come con el descuido del oficial y le affije más lo que la corona le carga, que cuanto el mercader carga. Más le inquieta cómo tiene de proveer sus armadas, que al caballero el aprestar sus armas. Y no hay titulado muy empeñado, que el rey no lo esté más, ni grande tan grande que los trabajos y pesadumbres del rey no sean más grandes y graves. El vela cuando todos duermen. Por esto los egipcios para pintarlo ponían un cetro con un ojo encima. Trabaja, cuando todos huelgan, porque es carro y carretero. Sospira y gime, cuando todos rien y son pocos los que se duelen dél, que no sea por su interese, debiendo por si solo ser amado, temido y respetado.

Pocos le tratan verdad, por no ser odiados. Pocos le desengañan: ellos saben el por qué y para qué y sabemos todos que lo hacen por adelantarse y volar arriba, sea como fuere, aunque sean las alas de cera y hayan de caer en el mar de Icaro. La locura y desvanecimiento de los hombres, como te decia, los trae perdidos en vanidades. Y los que más lastiman son señores y caballeros, que, gastando sin necesidad, vienen á la necesidad. Porque aun pocas espensas, muchas veces hechas, consumen la sustancia, váseles

cayendo la pluma pelo á pelo, de donde, quedando sin cañones, los llamaron pelones ó peludos. Luego se recogen á las aldeas ó caserías, donde dan en criar cebones, gallinas y pollos, contando los huevos de cada dia, haciendo dellos caudal principal. Sácase de aquí en limpio que, si el rico se quisiere gobernar, le aseguro que nunca será pobre; y, si el pobre se comidiere, que presto será rico, acomodándose todos en todo con el tiempo.

Que no siempre le está bien al señor guardar, ni al pobre gastar. Entretenimientos han de tener; mas ténganse tales que sean para entretenerse cada uno conforme á quien es. Que para eso lo tiene; pero no emparejándose todos lado á lado, pie con pie, cabeza con cabeza. Si se alargare el poderoso, deténgase el escudero; no quiera con sus tres hacer lo que el otro con treinta. ¿No considera que son abortos y cosas fuera de su natural, de que todos murmuran, riéndose dél, y, gastada la sustancia, se queda pobre arrinconado? ¿No entiende el que no puede, que hace mal en querer gallear y estirar el pescuezo? Si es cuervo y no sabe ni puede más de graznar, ¿para qué quiere cantar y preciarse de voz, aunque el adulador le diga que la tiene buena? ¿No ve que lo hace por quitarle el queso y burlarlo?

Lo mismo digo á todos: que cada uno se conozca á si mesmo, tiene el temple de sus aceros, no quiera gastar el hierro con la lima de palo y, lo que él murmura del otro, cierre la puerta para que el otro no lo murmure dél. A todos conviene dormir en un pie como la grulla en las cosas de la hacienda, procurando, ya que se gasta, que no se robe. Que el dejar perder no es franqueza y con lo que hurtan veedor, cocinero y despensero, que son los tres del mohino, se pueden gratificar seis criados. No digo más del robo destos que del desperdicio de esotros, pues todos hurtan y todos llevan lo que pueden cercenar de lo que tienen cargo, uno un poco y otro otro poco. De muchos pocos se hace un algo

y de muchos algos un algo tan mucho, que lo embebe todo.

Gran culpa desto suelen tener los amos, dando corto salario y mal pagado, porque se sirven de necesitados y dellos hay pocos que sean fieles. Póneste á jugar en un resto lo que tienes de renta en un año. Paga y haz merced á tus criados y serás bien y fielmente servido. Hay un señor que no dará un real al sirviente más importante, pareciéndole que le basta el sueldo seco y que, en dárselo y su ración, está pagado. No, señor, no es buena razón; que aqueso ya se lo debes, no tiene que agradecerte. Con lo que no le debes lo has de obligar á más de lo que te debe y que con más amor te sirva. Que, si no te alargas de lo que prometiste, siendo señor, no será mucho que el criado se acorte y no se adelante de aquello á que se obligó.

Como sucedió á un hidalgo cobarde, que, habiendo sido demasiado en confianza de su dinero con otro hidalgo de valor, viendo que sus fuerzas y ánimo eran flacos, quiso valerse de un mozo valiente que lo acompañaba. Aconteció que, como una vez echase su enemigo mano para él, su criado lo defendió con pérdida del contrario, que lo retiró en cuanto su señor se puso en salvo. Y en esta cuestión perdió el mozo el sombrero y la vaina de la espada. Esto se pasó. Fuése á su posada. Mas nunca el amo le satisfizo la pérdida ni lo adelantó en cosa alguna. Y como viniese otra vez con un palo y le diese de palos el de la cuestión pasada, el criado se estuvo quedo, mirando cómo lo aporreaban. El amo daba voces pidiendo socorro, á quien el mozo respondió: "vuesa merced cumple con pagarme cada mes mi salario y yo con acompañarle como lo prometí y el uno ni el otro no estamos á más obligado,.. Así que, si quieres que salgan de su paso, aventajándose en tu servicio, de lo que pierdes tan desbaratadamente, gánales las voluntades, que será ganar no te roben la hacienda, defiendan tu persona, ilustren tu fama y deseen tu vida.

¡Oh, cuántas veces vi llevar y llevé tortas de manjar blanco, lechones, pichones, palominos, quesos de cien diferencias y provincias y otras infinitas cosas á vender, que es prolijidad referirlas y faltan tiempo y memoria para contarlas! Sólo quiero decir que estas desórdenes en todos me hizo á mi como á uno dellos. *Andaba entre lobos: enseñéme á dar aullidos.* Yo también era razonable principiante, aunque por diferente camino. Mas entonces perdi el miedo: soltéme al agua sin calabaza, sali de vuelo. Todos jugaban y juraban, todos robaban y sisaban: hice lo que los otros. De pequeños principios resultan grandes fines. Comencé, como dije, de poco á jugar, sisar y hurtar. Fuime alargando el paso, como los niños que se sueltan en andar, hasta que ya lo hacia de lo fino, de á ciento la onza. Y no lo tenía por malo, que aun á esto llegaba mi inocencia; antes por licito y permitido.

Compraba algunas cosillas, que me hacian falta, ó lo echaba en un topa, que siempre de los juegos buscaba los más virtuosos, vueltos ó carteta, para acabar presto y acudir á mi oficio. Acuérdomme una vez que, estando porfiando una suerte con otros mancebitos de mi talle en un corral de casa, se levantó gran grito. Pareció con la vocería hundirse la casa. Mandó nuestro amo al maestresala mirase qué era aquélllo. Hallónos en la brega fregando el delito y, escediendo de su comisión, diónos una rociada de leña seca, sacudiéndonos el polvo del hatillo, de manera que nos levantó ronchas por todo el cuerpo debajo de la camisa. Con que también perdi mi crédito ganado, trayéndome de allí adelante sobre ojos, como dicen, de donde comenzó mi total perdición, de la manera que sabrás adelante.

CAPITULO VI

En que Guzmán de Alfarache prosigue lo que le pasó con su amo el cocinero, hasta salir despedido de él.



MUCHO se debe agradecer al que por su trabajo sabe ganar; pero mucho más debe estimarse aquel que sabe con su virtud conservar lo ganado. Mucho me forzaba la voluntad en agradar; aunque más me tiraba la mala costumbre de la vida pasada. Y así, lo que hacía, como cosa contrahecha, eran las obras de la mona. Que la gloria, falsamente alcanzada, poco permanece y presto pasa.

Fui como la mancha de aceite, que si fresca no parece, brevemente se descubre y crece. Ya no se fiaban de mí. Llamábanme, uno cedacillo nuevo, otro la gata de Venus; y se engañaban, que mi natural bueno era y en el mío ni lo aprendí ni lo supe y lo hice malo y lo dispuse mal. Enseñómelo la necesidad y el vicio: allí me afiné con los otros ministros y sirvientes de casa.

Ladrones hay dichosos, que mueren de viejos; otros desdichados, que por el primer hurto los ahorcan. Lo de los otros era pecado venial y en mí mortal. Fué muy bien, pues degeneré de quien era, haciendo lo que no debía. Perdime con las malas compañías, que son verdugos de la virtud, escalera de los vicios, vino que emborracha, humo que ahoga, hechizo que enhechiza, Sol de Marzo, áspid sordo y voz de sirena. Cuando comencé á servir, procuraba trabajar y dar

gusto; después los malos amigos me perdieron dulcemente. La ociosidad ayudó gran parte y aun fué la causa de todos mis daños. Como al bienocupado no hay virtud que le falte, al ocioso no hay vicio que no le acompañe.

Es la ociosidad campo franco de perdición, arado con que se siembran malos pensamientos, semilla de cizaña, escardadera que entresaca las buenas costumbres, hoz que siega las buenas obras, trillo que trilla las honras, carro que acarrea maldades y silo en que se recogen todos los vicios.

No puse los ojos en mí; sino en los otros. Parecióme lícito lo que ellos hacían, sin considerar que, por estar acreditados y envejecidos en hurtar, les estaba bien hacerlo, pues así habían de medrar y para eso sirven á buenos. Quise meterme en docena, haciéndome como ellos, no siendo su igual; sino un pícaro desandrajado.

Pero, si disculpas valen y la que diere se me admite, como tan libremente vía que todos llevaban este paso, parecióme la tierra de Jauja y que también había de caminar por allí, creyendo, como dije, ser obra de virtud; aunque después me desengañaron, que pensé bien y entendí mal. Porque la gracia de esta bula sólo la concedió el uso á los Hermanos Mayores de la Cofradía de ricos y poderosos, á los privados, á los hinchados, á los arrogantes, á los regaladores, á los que tienen lágrimas de cocodrilo, á los alacranes, que no muerden con la boca, hieren con la cola, á los lisonjeros, que con dulces palabras acarician el cuerpo y con amargas obras destruyen el alma.

Estos tales eran á quien todo les estaba bien y en los como yo, era maldad y bellaquería. Engañéme. Con mi engaño me desenvolví de manera, que desde muy lejos me conocieran la enfermedad; aunque todo era niñería de poca estimación. Suelen decir que el postrero que sabe las desgracias es el marido.

De todas estas travesuras, por maravilla llegaban de mil

una en los oídos de mi amo, ó ya porque los agradaba, no querían ponerme mal y me echara de casa, ó ya porque, aunque me lo reñían, viendo que todo el mundo era uno, de nada se admiraban.

Mas por algunos descuidos míos y cosas que se traslucían, se escaldó mi amo algo conmigo: andábame á las escuelas para cogerme.

Aconteció que lo llamaron para un banquete de un Príncipe Estrangero, nuevamente venido á la Corte. Mandóme ir con él, para trasponer el cebollino, resultas de la cocina, según el uso y costumbre. Luego que en la posada entramos, se nos hizo el entrego. Mi amo comenzó á destrozar, dividir y romper con grandísima destreza, poniendo génerosa parte y de cada cosa lo que le pertenecía, conforme á su arancel, porque con otros cuidados no huviese algún descuido y se mezclasen las acciones, siendo justo dar lo de César á César y aposeionarse cada qual en su hacienda.

Después al cerrar de la noche habíame mandado traer costales. Comenzólos á estivar de maestro y poniéndomelos al hombro á tiempo y de manera que no pudiera ser visto, me hizo dar cuatro caminos, que ninguno me vagaba el resuello, según iba de cargado. Cada uno y todos parecían el arca de Noé y no sé si en ella hubo de tantos individuos ó Dios después los crió. Ya que tuve acabada mi tarea, mandóme aderezar la lumbre, calentar agua, pelar y perdigar, en que ocupé gran parte de la noche.

Al bueno de mi amo no se le cocía el pan, andaba con sobresalto, sin socio, cuidadoso que su muger estaba sola y no podría poner en orden tanta hacienda ó que no sucediese algún torbellino. Y con este alboroto me dixo: Guzmanillo, vete á casa, pon cobro en lo que llevaste, abre los ojos y mira por todo. Di á tu señora que acá me quedo. Ten cuenta con la casa y en amaneciendo ven aquí volando.

Hicelo así, doy á mi ama el recaudo, pido garabatos y

sogas, púselas por unos corredores colgando al patio: allí ensarté los trofeos de la victoria. Era gloria de ver la varia plumajeria del capón, de la perdiz, de la tórtola, de la gallina, del pavo, zorzales, pichones, codornices, pollos, palomas y gansos, que, sacando por entre todo las cabezas de los conejos, que parecían salir de los viveros. Colgué á otra parte perniles de tocino, piezas de ternera, venado, jabali, carnero, lenguas, lechones y cabritos. Entapizóse el patio todo á la redonda en muy buenos clavos que puse, de manera que, mi fe os prometo, según lo que allí campeaba, me pareció haber traído de cinco partes las dos y faltaban por venir los siete Infantes de Lara, que no estaba con esto acabado. Ello quedó muy bien acomodado y yo muy de veras cansado, que lo trabajé muy bien; aunque se me lució muy mal, pagándomelo peor.

Mi ama vivía en un aposento bajo. Dejome como el escarabajo, la carga acuestas y fuése á dormir. Debió de cenar salado, que cargó delantero conforme á su costumbre antigua. Yo, acabada la tarea, hice lo mesmo, subime á la cama.

Hacía tanto calor que por buen rato me entretuve rascando y dando vuelcos, hasta que con algunas malas ganas me dejé ir á media rienda por el sueño adelante. Anduve galopeando con él y con la manta, que sábanas no se usa dar ni más que un jergón viejo á los mozos de mi tamaño en aquella tierra, cuidadoso de madrugar como mi amo me lo había mandado.

Veis aquí, Dios en hora buena, serían como las tres de la madrugada, entre dos luces, oigo andar abajo en el patio una escaramuza de gatos, que hacían banquete con un pedazo de abadejo seco, traído acaso por los tejados de casa de algún vecino. Y como de suyo son de mala condición, que no sabréis cuándo están contentos, como los viejos, ni saben aun comer callando, que á todo gruñen, ó bien sea

que quieran decir que les sabe bien ó que no está bueno de sal, con el ruido de su pendencia me despertaron. Púseme á escuchar y dije: Seria el diablo, si la pesadumbre de esta buena gente fuese sobre la capa del justo y estuviesen á estas horas riñendo por la partija de mis bienes de modo, que comiéndose la carne pagasen mis huesos, metiéndome con mi amo en deuda y en pendencia.

Yo estaba en la cama, como nací del vientre de mi madre. No creí que alguien me viera. Salto en un pensamiento, y como si mi linaje todos le llevaran moros y aquella diligencia valiera su rescate, doy á correr y tropicar por las escaleras abajo, por allegar á tiempo y no fuese como en algunos socorros importantes acontece.

Mi ama, como se acostó primero, llevóme muchas ventajas y más el estar holgada, corría sobre cuatro dormidas, como gusano de seda, y frezaba para levantarse. Oyó el mismo rebato, debiósele de antojar que yo soñaría y en buena razón así debiera ello ser. Parecióle que no lo oyera. Ella, aunque se acostaba vestida, siempre andaba en cueros y esta vez lo estaba, sin tener sobre los heredados de Eva camisa ni otra cobija. Así desnuda y sin acordarse de vestidos, salió corriendo y desvalida, con un candil en la mano, á reparar su hacienda. Los pensamientos suyos y el mío fueron uno, el alboroto igual y la diligencia en causa propia, el ruido de ambos poco, por venir descalzos.

Veisnos aquí en el patio juntos, ella espantada en verme y yo asombrado de verla. Ella sospechó que yo era duende. Soltó el candil y dió un gran grito. Yo atemorizado de la figura y con el encandilado di otro mayor, creyendo fuese el alma del dispensero de casa, que habia fallecido dos días antes y venia por ajustarse de cuentas con mi amo. Ella daba voces, que la oyeran en todo el barrio. Yo con las mías fué poco no me oyese toda la Villa. Fuése huyendo á su aposento. Y yo quise hacer lo mismo al mío. Dieron los

gatos á huir. Tropecé con un mansejón de casa en el primero escalón. Asióseme á las piernas con las uñas. Pensé que ya me llevaba el que redro vaya. Pareció que me arrancaba el alma. Doy de hocicos en la escalera. Desgarréme las espinitas y deshiceme las narices.

No podia ninguno de los dos entender ó sospechar al cierto lo que el otro fuese, como todo sucedió presto y acudimos al sonido de una mesma campana, hasta que yo caido en el suelo y ella escondida dentro de su pieza, nos conocimos por las quejas y llantos.

Con esta alteración, si el fresco de la mañana no lo hizo, á la señora mi ama le faltó la virtud retentiva y afloxándosele los cerraderos del vientre, antes de entrar en su cámara, me la dejó en portales y patio, todo lleno de huesezuelos de guindas, que debía de comérselas enteras. Tuve que trabajar por un buen rato en barrerlo y lavarlo, por estar á mi cargo la limpieza. Allí supe que las inmundicias de tales acaecimientos huelen más y peor que las naturalmente ordinarias. Quede á cargo del filósofo inquirir y dar la causa dello; baste que á costa de mi trabajo, en detrimento de mi olfato, le testifico la experiencia.

Quedó mi ama del caso corrida y yo más. Que, aunque varón, era muchacho y en cosas tales no me había desenvuelto. Tenia tanto empacho como si fuera doncella y, cuando fuera muy hombre, me avergonzara de su vergüenza. Pesóme muy de veras haberla visto. No quisiera tal acaecimiento por la vida; mas nunca la pude persuadir dejase de creer malicia en mí ni bastaron juramentos para ponerla en razón ni encaminarla á mi inocencia.

Desde aquel momento me perdió toda buena voluntad y supe después de una vecina nuestra, á quien ella contó el caso, que lo más de su pena era no haberse hallado desnuda, sino haberse desnudado, que por lo más no se le diera un pito, que eso se quieren las que algo están de sí confiadas.

Cuando vi que nada bastaba, luego vi mala señal y que me habia de levantar algún falso testimonio para echarme de casa, poniéndome mal con su marido, como si, pobre de mí, hubiera sido yo la culpa. Nunca más le conocí el rostro á derechas ni atravesó palabra conmigo. Venido el dia claro, volví á mí tahona como fué mandado.

Fui á tener con mi amo. No desplegué mi boca de lo pasado. Preguntóme si dejaba recaudo en lo de casa. Díjele que sí. Ocupóme en algunas cosas y puedo certificar que mi amo y sus compañeros, yo y los míos, ayudantes y trabajadores, teníamos más que hacer en poner cobro á lo hurtado, que sazón á los manjares. ¡Cuál andaba todo, qué sin orden, cuenta, ni concierto! ¡Qué sin duelo se pedía, qué sin dolor se daba, con qué gloria se recibía, qué poco se gastaba, cuánto se rehundía! Pedían azúcar para tortas y para tortas azúcar, dos y tres veces para cada cosa.

Estos banquetes tales llamábamos jubileos, porque iba el rio vuelto y los peces sobreaguados. Con esto creí que pues era, como dicen, el pan de mi compadre y el duelo ajeno, que no tenía yo menos colmillos para ganar esta indulgencia. Que también estaba mi alma en mi cuerpo, sin faltarme tilde ni hebilleta de hombre, y siquiera de las migajas caídas debajo de la mesa, aun sin querer igualarme á mis iguales, fuera licito valerme algo de la franqueza, gozando del barato.

Yo estaba cansado de pelar aves, limpiar almendras y piñones, calentar aguas y otras cosas. Andaba con una camisilla vieja y un juboncillo roto. De lo que cupo al cuarto de mi amo habia una canasta de huevos. Lleguéme por un par y echéme entre camisa y carnes unos pocos y otros en las faltriqueras de los calzones. Ved, ya que metí la mano, en qué vine á empacharme; mas diciendo verdad, no lo hice tanto por el interese, que fué una desventura, cuanto por decir siquiera que le di un beso á la novia y no se dijera

que salió virgen ó que, yendo á la Corte, no vi al Rey.

El traidor de mi amo sintiolo y para santificarse con mi culpa, asegurando su fidelidad con mi hurto, estando el veedor presente y otros criados graves de casa, cuando quise salir á poner en cobro la pobreza, porque no se me viera, llegose á mí como un león y asiéndome por los cabezones, me trujo á la melena, hollado entre los pies. Bien podrás pensar cuál se puso la mercaderia de bienacondicionada, pues me los deshizo todos á puntillones, corriendo las claras y yemas por las piernas abajo. Sin duda, dije entre mí, algún planeta gallinero me persigue. Quisiera decirle con la cólera: ¿Pues cómo, ladrón, tienes la casa entapizada de lo que hurtaste y yo llevé, y haces algazaras por seis tristes huevos, que me hallaste? ¿No ves que te ofendes con lo que me ofendes? Parecióme más acertado el callar, que el mejor remedio en las injurias es despreciarlas. Mucho la senti, por hacérmela mi amo; que, si fuera de un extraño, no la estimara en tanto. Mas hube de sufrir. No hice más mudamiento ni di otra respuesta, que alzar los ojos al cielo con algunas lágrimas, que á ellos vinieron.

La behetria del banquete se pasó y nos fuimos á casa. Dixome mi amo por el camino: Qué te digo, Guzmanillo? Advierte que lo que yo te di me importó más de lo que piensas. Ya sé que no tuve razón; mañana te compraré unos zapatos por ello y valdrán más que los huevos. Alegréme con la manda, porque los que traia estaban rotos y viejos.

Mi ama le debió de contar algunos males de mí, que desde que entramos en casa siempre mi amo me hizo un gesto de probar vinagre, sin que la ocasión llegase de comprar zapatos, que sin ellos me quedé. Como lo habia torcido, procuraba de quitarle los tropezones de delante, sirviéndole con más cuidado que nunca, sin hacerle falta ni á cosa de la cocina en un cabello.

Un dia de fiesta, como era de costumbre, se hicieron unas

empanadas y pasteles, de que sobró un poco de masa, y otro día lunes habian de correrse toros en la plaza. Estaba en la basura una cañilla de vaca casi entera. Yo tenia necesidad, para holgarme, de unas blanquillas, y en un pensamiento empané mi zancarrón, que como lo puse, no diferenciaba por defuera de un muy hermoso conejo.

Fuime con él á mi puesto, con ánimo de dar gatada á un forastero; mas como estaba de prisa, no pude aguardar merchante. Llegó á comprármela un cano y honrado escudero. Hicele buena comodidad. Concertéla en tres reales y medio. Vi el cielo abierto, por volverme presto. Mas cuanta mi priesa era mucha, su flemma era grande. Púsose debajo del brazo un reportorio pequeñuelo, que llevaba en la mano, colgó del cinto los guantes y lienzo de narices, luego sacó una caja de antojos y en limpiarlos y ponérselos tardó largas dos horas. Fué destilando del bolsico de un garniel cuarto á cuarto y poniéndomelos en la mano, cada medio cuarto le parecia cuartillo y le daba seis vueltas, mirando hacia el Sol.

Apenas me vi con mi dinero, cuando mi amo estaba conmigo, que, con la falta que hice, salió á buscarme. Asíome del brazo diciendo: ¿Qué prendas remataís, mancebo? El escudero estaba presente á todo esto, que no se lo quiso llevar la maldición, para descubrir mi secreto. Halléme atajado, que no supé ni pude darle autor y por no tenerlo quedó como libro prohibido ó mercaderías vedadas, castigándome por ello, pues me pescó las monedas, diciendo: Soldad, bellaco. ¿Sois vos el que me alababan? ¿La mosca muerta, el que hacía del fiel, de quien yo fiaba mi hacienda? ¿Esto tenia en mi casa? ¿A vos daba mi pan y regalaba? No más de un pícaro. No me entréis más en casa ni paséis por mi puerta, que quien se abate á poco no perdonará lo mucho, si ocasión se le ofrece. Y dándome un pescozón y un puntillón á un tiempo y en presencia de mi merchante,

que nunca mi mala suerte lo despegó de allí con su flema, casi me hiciera dar en tierra.

Quedé tan corrido, que no supe responderle; aunque pudiera y tuve harto paño. Mas no siéndome licito, por haber sido mi amo, bajé la cabeza y sin decir palabra me fui avergonzado: que es más gloria huir de los agravios callando, que vencerlos respondiéndolo.

CAPITULO VII

Cómo despedido Guzmán de Alfarache de su amo, volvió á ser pícaro y de un hurto que hizo á un especiero.



AS vale saber que haber en cualquiera acaecimiento. Porque, si la fortuna se revelare, nunca la ciencia desampara al hombre. La hacienda se gasta, la ciencia crece y es de mayor estimación lo poco que el sabio sabe, que lo mucho que el rico tiene. No hay quien dude los excesos, que á la fortuna hace la ciencia. Pintaron varios filósofos á la Fortuna en varios modos. Por ser en todo tan varia cada uno la dibujó según la halló para sí ó la consideró en el otro. Si es buena, es madrastra de toda virtud; si mala, madre de todo vicio y al que más favorece, para mayor trabajo le guarda. Es de vidrio, inestable, sin sosiego, como figura esférica en cuerpo plano. Lo que hoy da, quita mañana. No sabe asegurarse en la resaca de la mar. Traenos rodando y volteando, hasta dejarnos una vez en seco en las márgenes de la muerte, de donde jamás vuelve á cobrarnos y en cuanto vivimos, obligándonos como á representantes á estudiar papeles y cosas nuevas, que salir á representar en el tablado del mundo.

Cualquier vario acaecimiento la descompone y roba. Lo que deja perdido y desahuciado remedia la ciencia fácilmente. Ella es riquísima mina descubierta, de donde los que quieren pueden sacar grandes tesoros, como agua de un caudaloso rio, sin que se agote ni acabe. Ella honra la buena

fortuna y ayuda en la mala. Es plata en el pobre, oro en el rico y en el principe piedra preciosa. En los pasos peligrosos, en los casos graves de fortuna el sabio se tiene y pasa y el simple en lo llano tropieza y cae.

No hay trabajo tan grande en la tierra, tormenta en la mar ni temporal en el aire, que contraste á la ciencia. Y así debe desear todo hombre vivir para saber y saber para vivir. Son sus bienes perpetuos, estables, fixos y seguros. Preguntarásme ¿dónde va Guzmán tan cargado de ciencia? ¿Qué piensa hacer con ella? ¿Para qué fin la loa con tan largas arengas y engrandece con tales veras? ¿Qué nos quiere decir? ¿Adónde ha de parar?

Por mi fe, hermano mio, á dar con ella en un esportón, que fué la ciencia que estudié para ganar de comer. Que es una buena parte de ella, pues quien ha oficio ha beneficio y el que otro no sabía para pasar la vida, tanto lo estimé para mí en aquel tiempo, como en el suyo Demóstenes la elocuencia y sus astucias Ulises.

Mi natural era bueno. Nací de nobles y honrados padres. No lo pude cubrir ni perder. Forzoso les había de parecer, sufriendo con paciencia las injurias, que en ellas se prueban los ánimos fuertes. Y como los malos con los bienes empeoran, los buenos con los malos se hacen mejores, sabiendo aprovecharse de ellos.

¿Quién dijera que tan buen servicio sacara tan mal galardón, por tan inopinada y liviana ocasión? Salvo, si no dices que anda tal el mundo, que por el mesmo caso que uno es bueno, diestro en su oficio y en él hace como debe, por eso mismo lo descompone y arrincona, para que todo se yerre, ó á los que Dios tiene predestinados, tras el pecado envía la penitencia.

¡Ojalá fuera yo tan dichoso y me lo castigaran á cuerpo presente! Mi amo ya conmigo maleaba, que su muger lo indignó contra mí. Cualquier cerrar de ojos bastara y aprove-

chara poco; aunque me desvelara mucho en quitarle las ocasiones. Ya estoy en la calle arrojado y perseguido, sobre despedido. ¿Qué haré, dónde iré, ó que será de mí, pues á voz de ladrón sali de donde estaba? ¿Quién me recibirá de buena ni de mala gana?

Acordéme en aquella sazón de mis trabajos pasados, cómo hallaron puerto en una espuerta. Buñolero solía ser. Volvíme á mi menester. No me pesó de haberlos tenido, pues así me socorri dellos. Y es bien á veces tomarlos de voluntad, para que no cansen tanto los forzosos en la necesidad y, pues nunca pueden faltar, justo es enseñarse á tenerlos, para mejor saber sufrirlos cuando vengan. Demás, que humillan á los hombres á cosas en que después hallan fruto.

No hay trabajo tan amargo, que, si quieres, no saques dél un fin dulce ni descanso tan dulce con que puedas dejar de tener un fin amargo, salvo en el de la virtud. Si como estaba tan á mi gusto acomodado, antes no hubiera padecido trabajos, nunca con la bonanza de mi sollastría supiera navegar en saliendo de la cocina, como piloto de agua dulce, ni hallara tan á la mano de qué me socorrer.

¿Qué fuera entonces de mí? ¿No consideras qué turbado, qué afligido, qué triste me hallaba, quitado el oficio, sin saber de qué socorrerme, sin rincón adonde abrigarme? Con cuanto gané, jugué y hurté, ni compré juro, censo, casa ni capa ó cosa con que me cobijar. Haviase todo ido entrada por salida, comido por servido, jugado por ganado y frutos por pensión.

Del mal el menos. Con todas estas desdichas mi caudal estaba en pie, la vergüenza perdida, que al pobre no le es de provecho tenerla y cuanta menos poseyere, le dolerán menos los yerros que hiciere.

Ya me sabía la tierra y había dineros para esportón; mas antes de resolverme á volverlo al hombro, visitaba las noches y á mediodía los amigos y conocidos de mi amo, si alguno

por ventura quisiera recibirme. Porque ya sabía un poquillo y holgara saber algo más, para con ello ganar de comer. Algunos me ayudaban, entreteniéndome con un pedazo de pan. Debieron de oír tales cosas de mí, que á poco tiempo me despedían, sin querer acogerme. Donde la fuerza oprime, la ley se quiebra.

Con estas diligencias cumplía lo que estaba obligado, para que yo mismo no pudiera acusarme que volvía á lo pasado, huyendo del trabajo. Y te prometo que lo amaba entonces, porque tenía de los vicios experiencias y sabía cuánto es uno más hombre que los otros, cuanto era más trabajador y por el contrario con el ocio. Mas no pude ya otra cosa.

No sé qué puede ser, que, deseando ser buenos, nunca lo somos y, aunque por horas lo proponemos, en años nunca lo cumplimos ni en toda la vida salimos con ello. Y es porque no queremos ni nos acordamos de más de lo presente.

Comencé á llevar mis cargos. Comía lo que me era necesario, que nunca fué mi Dios mi vientre y el hombre no ha de comer más de para vivir, lo que basta y, excediendo, es brutalidad, que la bestia se harta para engordar. Desta manera, comiendo con regla, ni entorpecía el ánimo ni enflaquecía el cuerpo ni criaba malos humores.

Tenia salud y sobrabanme dineros para el juego. En el beber fui templado, no haciéndolo sin mucha necesidad ni demasiado, procurando ajustarme con lo necesario, así por ser natural mio, como parecerme malo la embriaguez en mis compañeros, que privándose del sentido y razón de hombres, andaban enfermos, roncós, enfadosos de aliento y trato, los ojos encarnizados, dando traspiés y reverencias, haciendo danzas con los cascabeles en la cabeza, echando contrapagos atrás y adelante y, sobre toda humana desventura, hecho fiesta de muchachos, risa del pueblo y escarnio de todos.

Que los picaros lo sean: ¡andar! Son picaros y no me ma-

ravillo, pues cualquier bajeza les entalla y se hizo á su medida, como á escoria de los hombres. ¿Pero que los que se estiman en algo, los nobles, los poderosos, los que debian ser abstinentes lo hagan? ¿Que el Religioso se descomponga el grueso de un pelo en ello? ¿No solamente digo descomponga, pero aun llegar á la raya de poderse notar en semejante vituperio? Digan ellos mismos lo que sienten, cuando sienten; sino es que para llevar el absurdo adelante se disculpan con locuras y trayendo consecuencias, que, cometido un yerro, dan en docientos; mas para si todos entienden la verdad. Afrentosa cosa es tratar dello, infamia usarlo, bellaqueria paliarlo, cosa indigna de hombres no abominarlo.

Teníamos en la plaza junto á Santa Cruz nuestra casa propia comprada y reparada de dinero ajeno. Alli eran las juntas y fiestas. Levantábame con el sol. Acudia con diligencia por aquellas tenderas y panaderos. Entraba en la carniceria. Hacía mi agosto las mañanas para todo el día. Dábanme parroquianos, que no tenían mozo, que les llevase la comida. Hacíalo fielmente y diligentemente, sin faltarles cosa.

Acreditéme mucho en el oficio, de manera, que á mis compañeros faltaba y á mi me sobraba para un teniente que siempre me se allegaba. Entonces éramos pocos y andábamos de vagar; agora son muchos y todos tienen en qué ocuparse. Y no hay estado más dilatado que el de los picaros, porque todos dan en serlo y se precian dello. A esto llega la desventura, hacer de las infamias bizzarria y de las bajezas honra.

Sucedió que se dieron condutas á ciertos capitanes y luego que lo tal acontece, se publica en el pueblo y en cada corrillo y casa se hace consejo de Estado. La de los picaros no se duerme, que también gobierna como todos, haciendo discursos, dando trazas y pareceres. No entiendas que por ser bajos en calidad, han de alejarse más los suyos de la verdad ó ser menos ciertos. Engañaste de veras; que es antes al contrario y acontece saber ellos lo esencial de las cosas por la

razón que hay para ello. Porque en cuanto al entendimiento, algunos y muchos hay, que, si lo acomodasen, lo tienen bueno. Pues como anden todo el día de una en otra parte, por diversas calles y casas, y sean tantos y anden tan divididos, oyen á muchos muchas cosas. Y aunque suelen decir que cuantas cabezas, tantos pareceres y, si uno ó un ciento disparan, diciendo locuras donosas, otros discurren con prudencia. Nosotros, pues, recogido todo lo de todos, en cuanto se cenaba, referíamos lo que en la Corte pasaba. Demás, que no había bodegón ni taberna, donde no se hubiera tratado dello y lo oyéramos.

Que allí también son las aulas y generales de los discursos, donde se ventilan cuestiones y dudas, donde se limita el poder del turco, reforman los consejos y culpan á los ministros. Ultimamente allí se sabe todo, se trata en todo y son legisladores de todos, porque hablan todos por boca de Baco, teniendo á Ceres por ascendente, conversando de vientre lleno y, si el mosto es nuevo, hierva la tinaja. Con lo que allí aprendíamos, venia después á tratar nuestra junta de lo que nos parecia. Esta vez acertamos en decir que aquestas compañías, que habian salido, marcharian la vuelta de Italia. Fuése más averando, porque arbolaron las banderas por la Mancha adentro, subiéndose desde Almodóvar y Argamasilla, por las márgenes del reino de Toledo, hasta subir á Alcalá de Henares y Guadalajara, yéndose siempre acercando al mar mediterráneo.

Parecióme muy buena ocasión para la ejecución de mis deseos, que con crueles ansias me espoleaban á hacer este viaje, por conocer mi sangre y saber quiénes y de qué calidad eran mis deudos. Mas estaba tan roto y despedazado, que el freno de la razón me hacia parar á la raya, pareciéndome imposible efectuarse; pero nunca me desvelaba en otra cosa.

En ésta iba y venia, sin poder apartarla de mi. De dia ca-

vaba en ello y de noche lo soñaba. Y, si tiene lugar el proverbio del romano, si quieres ser Papa, estámpalo en la testa, en mí se verificó, que, andando en este cuidado solicito dándole mil trasiegos, me senté en medio de la plaza, junto á una tendera, que allí solía ser mi puesto y de mi teniente y, estando con la mano en la mejilla, determinando de pasar, aunque fuera por mochilero, si más no pudiera, y aun según estaba me sobraba, oi decir: ¡Guzmán, Guzmanillo! Volví el rostro á la voz y sentí que un especiero debajo de los portales de junto á la carnicería me llamaba. Hizome señas con la mano que fuese allá. Levantéme por ver qué me quería. Dijome: Abre ese esportón. Echóme dentro cantidad de dos mil y quinientos reales en plata y en oro y en cuartos pocos. Preguntéle: ¿A qué calderero llevamos este cobre? Dijome: ¿Cobre le parece al picaro? ¡Alto!, aguije, que lo voy á pagar á un mercader forastero, que me vendió algunas cosas para la tienda.

Esto me decía; mas yo en otro pensaba, que era como darle cantonada. Porque no la alegre nueva del parto deseado llegó al oído del amoroso padre ni derrotado marinero con tormentas descubrió de improviso el puerto que buscaba ni el rendido muro al famoso capitán que le combate le dió tal alegría ni tuvo tan suave acento, cual en mi alma sentí, oyendo aquella dulce y sonora voz de mi especiero: **ABRE ESA CAPACHA.**

¡Gran palabra! Letras, que de oro se me estamparon en el corazón, dejándolo colmado de alegría. Y más cuando las calificaron, poniéndome actualmente en quieta y pacífica posesión de lo que creía había de ser mi remedio. Desde aquel venturoso punto comencé á dispensar de la moneda, trazando mi vida.

Cargué con ellas, fingiendo pesar mucho y me pesaba mucho más de que no era más. Mi hombre comenzó á andar por delante y yo á seguirle con increíble deseo de hallar al-

gún aprieto ó concurso de gente en alguna calle ó llegar en alguna casa donde hacer mi hecho.

Deparóme la fortuna á la medida del deseo una como asi me la quiero, pues, entrando por la puerta principal, sali tres calles de alli por un postigo y, dando bordos de esquina en esquina, el paso largo y no descompuesto, para no dar nota, las fui trasponiendo con lindo aire hasta la puerta de la Vega, donde me dejé ir descolgando hacia el rio. Atravesé á la Casa del Campo y, ayudado de la noche, caminé por entre la maleza de los álamos, chopos y zarzas una legua de alli.

En una espesura hice alto, para con maduro consejo pensar en lo por venir, cómo fuese de fruto lo pasado. Que no basta comenzar bien ni sirve de mediar bien, si no se acaba bien. De poco sirven buenos principios y mejores medios, no saliendo prósperos los fines. ¿De qué provecho hubiera sido el hurto, si me hallara con él, sino perderlo y á vueltas del quizás las orejas y haber comprado un cabo de año, si tuviera edad?

Alli entré en acuerdo de lo que fuera bien hacer. Busqué donde el agua tenia más fondo en la mayor espesura y en ella hice un hoyo y en las telas de mis calzones y sayo envuelta la moneda la meti, cubriendola muy bien de arena y piedras por defuera. Puse una señal, no porque me descuidase, que alli residi á la vista por casi quince dias; pero para no turbarme después, buscándola dos pies más adelante ó atrás. Que fuera morirme, si cuando metiera la mano, dejara de asentarla encima. En especial, que algunas noches me alargaba de alli á los lugares de la comarca por viandas para tres ó cuatro dias, volviendo luego á mi albergue, ensotandome en saliendo el sol por aquel bosque del Pardo.

Desta manera me entretuve, en tanto que desmenti las espías y cuadrilleros, que sin duda debieron de ir tras de mí. Asi se perdió el rastro. Y pareciéndome que todo esta-

ría seguro para poder mudar el rancho y marchar, hice un pequenuelo lio de los forros viejos, que del sayuelo me quedaron, donde metí envuelta la sangre de mi corazón. Quédome sólo el viejo lienzo de los calzones, un juboncillo desarrapado y una rota camisa; pero todo limpio, que lo había por momentos lavado. Quedé puesto en blanco, muy acomodado para la danza de espadas de los hortelanos.

Anduve á escoger un par de garrotillos lisos. Del uno colgué á las espaldas el precioso fardo, el otro llevé por bordón en la mano. Ya cansado y harto de estar hecho conejo en aquel vivero, temeroso que una guarda ó cualquiera de allí me viera residir de asiento no tomase de mi mala sospecha, comencé á caminar de noche á oscuras por lugares apartados del camino real, tomando atraviesas, trochas y sendas por medio de la Sagra de Toledo, hasta llegar dos leguas de él á un soto, que llaman Azuqueica, que amaneci en él una mañana.

Metime á la sombra de unos membrillos, para pasar el día. Halléme sin pensar junto á mi un mocito de mi talle. Debía ser hijo de algún ciudadano, que con tan mala consideración como la mía se iba de con sus padres á ver mundo. Llevaba liado su hatillo y, como era caballero novel, acostumbrado á regalo, la leche en los labios, cansábase con el peso, que aun á sí mismo se le hacía pesado llevarse. No debía de tener mucha gana de volver á los suyos ni de ser hallado dellos.

Caminaba como yo, de día por los jarales, de noche por los caminos, buscando madrigueras. Digolo, porque desde que allí llegamos hasta el anochecer, que nos apartamos, no salió de donde yo. Cuando se quiso partir, tomando á peso el fardo, lo dejó caer en el suelo, diciendo: ¡Maldigate Dios y si no estoy por dejarte!

Ya nos habíamos de antes hablado y tratado, pidiéndonos cuenta de nuestros viajes, de dónde y quien éramos. El me

lo negó; yo no se lo confesé: que por mis mentiras conocí que me las decía. Con esto nos pagamos. Lo que más pude sacarle fué descubrirme su necesidad.

Viendo, pues, la buena coyuntura y disgusto que con el cargo llevaba y mayor con el poco peso de la bolsa, parecióme sería ropa de vestir. Preguntéle ¿qué era lo que llevaba, que tanto le cansaba? Dijome: Unos vestidos. Tuve buena entrada para mis deseos y dijele: Gentil-hombre, daríais yo razonable consejo, si lo quisiéredes tomar. El me rogó se lo diese, que siendo tal, me lo agradecería mucho. Volvíle á decir: Pues vais cargado de lo que no os importa, deshaceos de ello y acudid á lo más necesario. Ahí lleváis esa ropa ó lo que es; vendedla, que menos peso y más provecho podrá haceros el dinero que sacáredes della.

El mozo replicó discretamente, que son de buen ingenio los Toledanos: Ese parecer bueno es y lo tomara; mas tengo por impertinente en este tiempo y consejo sin remedio es cuerpo sin alma. ¿Qué me importa quererlo vender, si falta quien me lo pueda comprar? A mi se me ofrece causa para no entrar en poblado á hacer trueco ni venta ni alguno que no me conozca querrá comprarlo.

Luego le pregunté ¿qué piezas eran las que llevaba? Respondióme: Unos vestidillos para remudar con éste que tengo puesto. Preguntéle la color y si estaba muy traído. Respondió que era de mezcla y razonable. No me descontentó, que luego le ofreci pagárselo de contado, si me viniese bien. El mozo se puso pensativo á mirarme, que en todo cuanto llevaba no pudieran atar una blanca de azafrán ni valia un comino y trataba de ponerle su ropa en precio.

Esta imaginación fue mia, que le debió de pasar al otro y que debía de ser algún ladroncillo, que lo quería burlar. Porque estuvo suspenso, regateando si lo enseñaría ó no: que de mi talle no se podía esperar ni sospechar cosa buena.

Esta diferencia tiene el bien al malvestido, la buena ó

mala presunción de su persona y cual te hallo tal te juzgo, que donde falta conocimiento, el hábito califica; pero engaña de ordinario, que debajo de mala capa suele haber buen bebedor.

En el punto entendi su pensamiento, como si estuviera en él y para reducirlo á buen concepto, le dije: Sabed, señor mancebo, que soy tan bueno y hijo de tan buenos padres como vos. Hasta ahora no he querido daros cuenta de mi; mas porque perdáis el recelo, pienso dárosla. Mi tierra es Burgos, della sali, como salis, razonablemente tratado. Hice lo que os aconsejo que hagáis: vendi mis vestidos donde no los hube menester y con la moneda, que de ellos hice y saqué de mi casa, los quiero comprar, donde dellos tengo necesidad. Y trayendo el dinero guardado y este vestido desarrapado, aseguro la vida y paso libremente. Que al hombre pobre ninguno le acomete, vive seguro y lo está en des poblado, sin temor de ladrones que le dañen ni de salteadores que le asalten.

Si os place, vendedme lo que no habeis menester y no os parezca que no lo podré pagar, que si puedo. Cerca estoy de Toledo, á donde es mi viaje: holgaria entrar algo bien tratado y no con tan vil hábito como llevo. El mozo deshizo su lio, sacó de él un ferreruelo, calzones, ropilla, dos camisas y unas medias de seda, como si todo se hubiera hecho para mí.

Concertéme con él en cien reales. No valia más: que, aunque estaba bien tratado el paño, no era fino. Descosí por un lado mi envoltorio, sacando dél los cuartos que bastaran. Que no le dió poca mohina, cuando reconoció la mala moneda, porque iba huyendo de carga y no podia escusarla. Mas consolóse que era menor que la pasada y más provechosa para cualquier acontecimiento. De alli nos despedimos. El se fué con la buena ventura y yo, aunque tarde, aquella noche me entré en Toledo.

CAPITULO VIII

Cómo Guzmán de Alfarache, vistiéndose muy galán en Toledo, trató amores con unas damas. Cuenta lo que pasó con ellas y las burlas que le hicieron y después en Malagón.



UELEN decir vulgarmente que, aunque visitan á la mona de seda, mona se queda. Esta es en tanto grado verdad infalible, que no padece excepción. Bien podrá uno vestirse un buen hábito; pero no por el mudar el malo que tiene podría entretener y engañar con el vestido, mas él mesmo fuera desnudo. Presto me pondré galán y en breve volveré á ganapán. Que el que no sabe con sudor ganar, fácilmente se viene á perder, como verás adelante.

Lo primero que hice á la mañana fué reformarme de jubón, zapatos y sombrero. Al cuello del herreruelo le hice quitar el tafetán que tenia y echar otro de otra color. Trastejé la ropilla de botones nuevos, quitéle las mangas de paño y púseselas de buen tafetán, con que á poca costa lo desconoci todo, con temor que, por mis pecados ó desgracia, no cayera en algún lazo, donde viniera á pagar lo de antaño y lo de hogaño, que buscando al mozuélo, no me vieran sus vestidos y, achacándome haberlo muerto para robarlo, me lo pidieran por nuevo y que diera cuenta dél.

Así andube dos días por la ciudad, procurando saber dónde ó en qué lugar hubiese compañías de soldados. No

supo alguno darme nueva cierta. Andábame azotando el aire. Al pasar por Zocodover, aunque lo atravesaba pocas veces y con miedo y, si salía de la posada, era mal y tarde, no durmiendo tres noches en una, por no ser espiado si fuera conocido, veo atravesar de camino en una mula un gentil-hombre para la Corte, tan bienaderezado, que me dejó envidioso.

Llevaba un calzón de terciopelo morado, acuchillado, largo en escaramuza y forrado en tela de plata. El jubón de tela de oro, colete de ante, con un bravato pasamano milanés casi de tres dedos en ancho. El sombrero muy galán, bordado y bienaderezado de plumas, un trencillo de piezas de oro esmaltadas de negro y en cuerpo. Llevaba en el portamanteo un capote, á lo que pareció de raja ó paño morado, su pasamano de oro á la redonda, como el del colete y calzones.

El vestido del hombre me puso codicia y, como el dinero no se ganó á cavar, haciame cocos desde la bolsa. No me lo sufrió el corazón. A buena fe, le dije, si gana tenéis de danzar, yo os haré el son, y, si no queréis andar de gana conmigo, yo la tengo peor de traeros á cuestras. Cumplireos ese deseo satisfaciendo el mío bien presto y que no tarde.

Fuime de allí á la tienda de un mercader, saqué todo recaudo, llamé un oficial, corté un vestido. Dile tanta priesa, que ni fué, como dicen, oído ni visto, porque en tres dias me envasaron en él; salvo que, por no hallar buen ante para el colete, lo hice de raso morado, guarnecido con trencillas de oro. Púseme de liga pajada, con un rapacejo y puntas de oro, á lo de Cristo me lleve, todo muy á la orden.

Asentábame con el rostro, que no había más que pedir, y en realidad de verdad tuve, cuando mozuelo, buena cara. Viéndome tan galán soldado, di ciertas pavonadas por Toledo en buena estofa y figura de hijo de algún hombre principal.

También recibí luego un paje bientratado, que me acompañase. Acerté con un ladino en la tierra. Parecióme, viéndome entronizado y bienvestido, que mi padre era vivo y que yo estaba restituido al tiempo de sus prosperidades. Andaba tan contento, que quisiera de noche no desnudarme y de día no dejar calle por pasear, para que todos me vieran, pero que no me conocieran.

Amaneció el domingo. Púseme de ostentación y di de golpe con mi lozania en la iglesia mayor para oír misa; aunque sospecho que más me llevó la gana de ser mirado. Paseéla toda tres ó cuatro veces. Visité las capillas donde acudía más gente, hasta que vine á parar entre los dos coros, donde estaban muchas damas y galanes. Pero yo me figuré que era el rey de los gallos y el que llevaba la gala, y, como pastor lozano, hice plaza de todo el vestido, deseando que me vieran y enseñar aun hasta las cintas, que eran del Tudesco.

Estiréme el cuello, comencé á hinchar la barriga y atiesar las piernas. Tanto me desvanecía, que de mis visajes y meneos todos tenían que notar, burlándose de mi necedad; mas como me miraban, yo no miraba en ello ni echaba de ver mis faltas, que era de lo que los otros formaban risas. Antes me pareció que los admiraba mi curiosidad y gallardía.

De cuanto á los hombres, no se me ofrece más que decirte; pero con las damas me pasó un donoso caso, digno por cierto de los tan bobos como yo. Y fué que dos de las que allí estaban, la una de ellas natural de aquella ciudad y hermosa por todo extremo, puso los ojos en mí ó, por mejor decir, en mi dinero, creyendo que lo tenía quien tan bien vestido estaba. Mas por entonces no reparé en ello, ni la vi, á causa que me había cebado en otra, que á otro lado estaba.

A la cual, como le hice algunas señas á lo niño, rióse de mí á lo taimado. Parecióme que aquello bastaría y que ya estaba negociado. Fui perseverando en mi ignorancia y ella en

sus astucias, hasta que, saliendo de la iglesia, se fué á su casa y yo en su seguimiento poco á poco. Ibale por el camino diciendo algunos disparates. Tal era ella que, cual si fuera de piedra, no respondió ni hizo sentimiento; pero no por eso dejaba de cuándo en cuándo de volver la cabeza, dándome cara, con que me abrasaba vivo.

Así llegamos á una calle, junto á la solana de San Cebrían, donde vivía, y al entrar en su casa, me pareció haberme hecho una reverencia y cortesía con la cabeza, los ojos algo risueños y el rostro alegre.

Con esto la dejé y me volví á mi posada por los mismos pasos. Y á muy pocos andados, vi que estaba una moza reparada en una esquina, cubierta con el manto, que casi no se le veían los ojos. La cual me había seguido y, sacando solamente los dos deditos de la mano, me llamó con ellos y con la cabeza. Llegué á ver lo que mandaba. Hizome un largo parlamento, diciendo ser criada de cierta señora casada muy principal, á quien estaba obligado á agradecer la voluntad que me tenía, tanto por esto, cuanto por su calidad y buenos deudos. Que gustaría le dijese dónde vivía, porque tenía cierto negocio para tratar conmigo.

Ya no cabía de contento en el pellejo. No trocara mi buena suerte á la mejor que tuvo Alejandro Magno, pareciéndome que penaban por mí todas las damas. Así le respondí á lo grave, con agradecimiento de la merced ofrecida, que, cuando se sirviese de hacérmela, sería para mí muy grande. En esta conversacion poco á poco nos acercamos á mi posada. Ella la reconoció y despidiéndonos, me entré á comer: que era hora.

Como yo no sabía quién fuera esta señora ni nunca me pareciese haberla visto, no me puso tanta codicia el esperarla, como la otra deseos de verla. Todo se me hacia tarde. Fuime á su calle, di más paseos y vueltas que rocín de noria y á buen rato de la tarde salió, como á hurto, á hablar-

me desde una ventana. Pasamos algunas razones. Ultimamente me dijo que aquella noche me fuese á cenar con ella. Mandé á mi criado comprase un capón de leche, dos perdices, un conejo empanado, vino del Santo, pan el mejor que hallase, frutas y colación para postre y lo llevase.

Después de anohecido, pareciéndome hora, fui á concierto. Hizome un gran recibimiento de bueno. Ya era hora de cenar. Pedile que mandase poner la mesa; mas ella buscando novedades y entretenimientos lo dilataba. Metióme en un labirinto, comenzándome á decir que era doncella de noble parte y que tenía un hermano travieso y malacondicionado, el cual nunca entraba en casa mas de á comer y cenar, porque lo restante, dias y noches, ocupaba en jugar y pasear.

Estando en esta plática, ves aquí que llamaron con grandes golpes á la puerta. ¡Ay Dios!, me dijo, ¡perdida soy! Alborotóse mucho, con una turbación fingida, de tal manera, que á otro mas diestro engañara con ella.

Y aunque ya la señora sabía el fin y los medios cómo todo habia de caminar, se mostró afligida de no saber qué hacerse. Y como si entonces la hubiera ocurrido aquel remedio, me mandó entrar en una tinaja sin agua; pero con alguna lama de haberla tenido y no bienlimpia.

Estaba puesta en el portal del patio. Hice lo que quiso. Cubrióme con el tapador y, volviéndose á su estrado, entró el hermano. El cual, viendo la humareda, dijo: Hermana, vos tenéis algo de brava con este humo y lloverse la casa: gana tenéis que salga huyendo della. ¿Qué tenemos para cenar con tanta humareda? Entró en la cocina y, como viese nuestro aparato, salió diciendo: ¿Qué novedad es ésta? ¿Cuál de nosotros se casa esta noche? ¿De cuándo acá tenemos esto en esta casa? ¿Qué aderezo de banquete es éste ó para qué convidados? ¿Esta seguridad tengo yo en vos? ¿Esta es la honra que sustento y dais á vuestros padres y desdichado

hermano? La verdad he de saber ó todo ha de acabar en mal esta noche.

Ella le dió no sé qué descargos, que con el miedo y estar cubierto no pude bien oír ni entender, mas de que daba voces y, haciendo del enojado, la mandó asentar á la mesa y, habiendo cenado, él por su persona bajó con una vela, miró la casa y echó la aldaba en la puerta de la calle. Y entrándose los dos en unos aposentos, se quedaron dentro y yo en la tinaja.

A todo esto estuve muy atento y devoto, de suerte que no me quedó oración de las que sabía que no rezase, porque Dios le cegara y no mirara dónde estaba. Viéndome ya fuera de peligro, apartando la tapadera, saqué poquito á poco la cabeza, mirando si la señora venia, si tosía ó si escupia. Y si el gato se meneaba ó cualquier cosa, todo se me antojaba que era ella. Mas, viendo que tardaba y la casa estaba muy sosegada, sali del vientre de mi tinaja, cual otro Jonás del de la ballena, no muy limpio.

Mas fué mi buena suerte que con el temor de malas cosas, que suelen suceder y más á muchachos, guardaba el buen vestido para de dia, valiéndome á las noches del viejo, que antes había comprado, y así no me dió cuidado ni pena. Di vueltas por la casa, lleguéme al aposento, comencé á rascar la puerta y en el suelo con el dedo, para que me oyera. Era mal sordo y no quiso oír.

Así se fué la noche de claro. Cuando vi que amaneció, lleno de cólera, triste, desesperado y frio, abrí la puerta de la calle y, dejándola emparejada, sali fuera como un loco, echando mantas y no de lana, haciendo cruces á las esquinas, con determinación de nunca volverlas á cruzar.

Pensando en mis desdichas, llegué al Ayuntamiento y junto á él tenían abierta la puerta de una pastelería. Hartéme de pasteles, picaros como yo, por serme de mejor sabor. Con ellos pasé al estómago el coraje, que me ahogaba en la garganta.

Mi posada estaba cerca. Llamé y abríome mi criado, que me aguardaba. Desnudéme y metime en la cama.

Con el rastro del enojo no podía tener sosiego ni cuajar sueño. Ya me culpaba á mi mismo, ya á la dama, ya á mi mala fortuna. Y estando en esto, siendo de día claro, ves aqui que llaman á mi aposento. Era la moza, que me había seguido el día pasado y venia su ama con ella. Sentóse á la cabecera en una silla y la criada en el suelo junto á la puerta.

La señora me pidió larga cuenta de mi vida, quién era y á qué venia y qué tiempo tardaria en aquella ciudad. Mas yo, todo era mentira. Nunca la dije verdad. Y pensándola engañar, me cogió en la ratonera. Fuila satisfaciendo á sus palabras y perdi la cuenta en lo que más importaba, pues, debiéndole decir que alli había de residir de asiento algunos meses, le dije que ya de paso.

Ella por no perder los dados y que no debía de apetecer amores tan de repelón, quiso dármele. Comenzó á tender las redes en que cazarme. Asi al descuido, con mucho cuidado, iba descubriendo sus galas, que eran buenas guarniciones de oro y otras cosas, que traía debajo de una saya entera, de gorbarán de Italia. Y sacando unos corales de la faltriquera, hizo como que jugaba con ellos y de alli á poco fingió que le faltaba un relicario, que tenia engarzado en ellos.

Afligióse mucho diciendo ser de su marido y con esto se levantó, como que le importaba volverse luego á su casa, por si allá se le hubiera quedado, buscarlo con tiempo. Y aunque le prometí dar otro y le dije muchas cosas y ofreci promesas, no pude acabar con ella que más esperase.

Asi se fue, dándome la palabra de venir otra vez á visitarme y embiar su criada, en llegando á casa, para darme aviso si había parecido la joya. Yo quedé tristísimo que asi se hubiese ido, por ser, como dije, en extremo hermosa, bi-

zarra y discreta; mas comotenia gana de dormir, dejéme llevar del sueño. No pude continuarlo dos horas. Como ya tenia cuidados, levantéme á solicitarlos. En cuanto me vesti, se hizo hora de comer y, estando á la mesa, entró la criada. La cual, como diestra, me entretuvo hasta que hubiera comido y dijome que volvía: si por ventura jugando su ama con el rosario, se le hubiese alli caido la pieza. Todos la buscamos; mas no pareció, porque no faltaba.

Encarecióme que no sentia tanto su valor, como el ser cüya era. Figuróme el tamaño y la hechura, obligándome con buenas palabras que le comprase otra de mi dinero, prometiéndome que el día siguiente al amanecer seria conmigo su señora, porque saldría en achaque de ir á cierta romería.

Asi me fui con ella á los plateros y le compré un librito de oro muy galano, el que la moza escogió y ya el ama le habria echado el ojo. Con él se quedaron, que nunca supe más de ama, ni moza.

Ya eran las tres de la tarde y el pan en el cuerpo no se me cocía, deseando saber la ocasión de la noche pasada y si habia sido burla. Y olvidado de la injuria, volvi á mi paseo. Estaba la señora el rostro como triste y que me esperaba. Llamóme con la mano, poniendo un dedo en la boca y volviendo atrás la cara, como si hubiera alguno, á quien temer y, llegándose á la puerta, me dijo que me adelantase hacia la iglesia mayor.

Hicelo así. Ella tomó su manto y llegamos entrambos casi á un tiempo. Atravesó por entre los dos coros y salió á la calle de la Chapinería, guiñándome de ojo que la siguiera. Fuime tras ella. Entróse en la tienda de un mercader en el Alcaná y yo con ella. Dióme alli satisfacciones, haciendo mil juramentos, no haber tenido culpa ni haver sido en su mano lo pasado.

Hinchóme la cabeza de viento. Creile sus mentiras bien-

compuestas. Prometiome que aquella noche lo emendaria y, aunque aventurase á perder la vida, la arriscaria por mi contento. Rindiome tanto, que pudieran amasarme como cera. Compró algunas cosas, que montaron como ciento y cincuenta reales, y al tiempo de la paga dijo al mercader: ¿Cuánto tengo de dar de esta deuda cada semana? El respondió: Señora, no las doy por ese precio ni vendo fiado; si v. md. trae dineros, llevará lo que ha comprado y, si nó, perdone. Yo le dije: Señor, esta señora se burla, que dineros tiene con que pagarlo: yo tengo su bolsa y soy su mayordomo. Así, sacando de la faltriquera unos escudos, por hacer grandeza con ellos, también saqué mi barba de vergüenza y á la dama de deuda.

Al punto se me representó haber sido estratajema para pagarse adelantado y no quedarse burlada como acontece con algunos. Y no me pesó de lo hecho, pareciéndome que con mi buen proceder la tenia obligada y no diera mis dos empleos de aquel día en las dos damas por México y el Perú. Así la pregunté si su promesa seria cierta y á qué hora. Asegurómela sin duda para las diez de la noche.

Ella se fué á su casa y yo á entretener el día, pareciéndome tener los dos lances en el puño. A la hora del concierto me puse mi vestidillo y volví á la tahona. Hice la seña concertada, que fué dar unos golpes con una piedra por bajo de su ventana; mas fué como darlos en la Puente de Alcántara. Parecióme quizá no seria hora ó no podía más. Esperé otro poco y así me estuve hasta las doce de la noche, haciendo señas á tiempos; mas hablad con San Juan de los Reyes, que es de piedra. Era cansar en vano y burleria, que el que decia ser su hermano era su galán y con aquellos embelecós se sustentaban el uno y el otro, estando de concierto los dos para cuanto hacian.

Eran cordobeses, bientratadas las personas y, entre los mas tordos nuevos que habian cazado, era un mancebico

escribanito, recién casado, que, picado de la señora, le había dado ciertas joyuelas y, como á mi, lo llevaba en largas, haciéndolo esperar, pechar y despechar. Mas, cuando él conoció ser bellaquería, determinó vengarse.

Aquella noche yo estaba ya cansado de aguardar, como lo has oído y, cuando me quería ir, ves aquí veo venir gran tropel de gente. Adelantéme, pareciéndome justicia, y senti que llamaron á la misma puerta. Volví acercándome un poco, por ver qué buscaba la turbamulta y un corchete, diciendo quién eran, hizo que abriesen. Cuando entraron, por mejor entender lo que pasaba, me llegué á la puerta. El alguacil miró toda la casa y no halló cosa de lo que buscaba. Yo que quisiera decir: miren las tinajas y echar á huir.

A mi fe, que ya el escribanito sabia si estaban empegadas, que cuidado tuvo en hacerlas mirar; mas, como estas cosas no pueden tanto encubrirse, que, si se repara en ellas, no se conozcan fácilmente, no faltó quien vió en el suelo un puño postizo, que al tiempo de esconder la ropa del hermano se quedó allí. Y como se hacia el oficio entre amigos, dijo un corchete: Aun este puño dueño tiene. La dama quiso encubrir; pero entretanto volvieron á dar vuelta con más cuidado. Y pareciéndole al alguacil que en un cofre grande, que allí estaba, pudiera haber un hombre, lo hizo abrir, donde hallaron al galán. Vistiéronse los dos y de conformidad los llevaron á la cárcel.

Yo quedé tan contento, cuanto corrido: contento de que no me hubiesen hallado dentro y corrido de las burlas que me habian hecho. Todo lo restante de la noche no pude reposar, pensando en ello y en la otra señora, que esperaba, creyendo esquitarme con ella. Figurábala entre mi mujer de otra calidad y término.

Todo aquel dia la esperé; pero ni aun siquiera un recado me envió ni supe dónde vivia ni quién era. Ves aquí mis

dos buenos empleos y si me hubiera sido mejor comprar cincuenta borregos.

Estaba desesperado y, para consuelo de mis trabajos, á la noche, cuando fui á la posada, hallé un alguacil forastero, preguntando por no sé qué persona. Ya ves lo que pude sentir. Dijele á mi criado que me esperase hasta por la mañana. Sali por la puerta del Cambrón, donde pensando y paseando, pasé hasta por la mañana, haciendo mis discursos en qué podría querer ó buscar aquel alguacil; mas, como amaneciese, parecióme hora segura para ir á casa y mudar de vestido y posada. Aseguré mi congoja, porque no era yo á quien buscaba, según me dijeron.

Sali á la plaza de Zocodover. Pregonaban dos mulas para Almagro. Más tardé en oirlo, que en concertarme y salir de Toledo. Porque alli todo me parecia tener olor de esparto y suela de zapato. Aquella noche tuve en Orgaz y en Malagón la siguiente. Pero con el sobresalto, como las noches antes no había podido reposar, llegué tan dormido, que á pedazos me caía, como dicen; mas despertóme otro nuevo cuidado y fué, que, entrando en la posada, se llegó á tomar la ropa una mozuela, más que criada y menos que hija, de bonico talle, graciosa y decidora, cual para el crédito de tales casas las buscan los dueños dellas.

Habléla y respondió bien. Fuimos adelantando la conversacion de suerte, que concertó conmigo de hablarme, cuando sus amos durmiesen. Puso la mesa. Dile una pechuga de un capón. Brindéla y hizo la razón. Quise asirla de un brazo; desvióse. Yo, por llegarla y ella por huir, cai de lado en el suelo. Era la silla de costillas. Cogióme en medio, de que recibí un mal golpe y sucediera peor, porque se me cayó la daga desnuda de la cinta y, dando con el pomo en el suelo, quedó arriba la punta y se hincó por un brazo de la silla, que fué milagro no matarme y, concluyendo conmigo, dejara pagados mis acreedores.

Volvíle á preguntar si esperaría. Díjome que, si falta hubiese, yo lo vería y otras algunas chocarrerías, con que se despidió de mí. Las noches antes ya te dije lo mal que pasaron. Tal estaba, que fué imposible resistirme; pero con deseo de madrugar, aunque nunca durmiera. Y así, mandé á mis criados tomasen paja y cebada para el pienso de la mañana y lo metiesen en mi aposento. Lo cual hecho y habiéndolo puesto junto á la puerta, me la dejaron emparejada y se fueron á dormir.

Aunque me ejecutaba el sueño, la codicia me desvelaba y, no valiendo mi resistencia, me puse en manos del ejecutor, durmiendo, como dicen, á media rienda. Ves aquí después de la media noche se soltó una borrica de la caballeriza ó bien si era del huésped y andaba en fiado por la casa. Ella se llegó á mi aposento y, habiendo olido la cebada, metió bonito la cabeza por alcanzar algún bocado, y, en llegando al harnero, meneólo y, procurando entrar, sonó la puerta. Yo, que estaba cuidadoso, poco bastaba para recordarme. Ya pensé que tenía los toros en el coso. Estaba todavía soñoliento: parecióme que no acertaba con la cama. Púsememe sentado en ella y llaméla.

Como la borrica me sintió, temió y estúvose queda, salvo que metió una mano en el esportón de la paja. Yo, creyendo que fuese la señora y que tropezaba en él, salté de la cama, diciendo: ¡Entra, mi vida, daca la mano! Alargué todo el cuerpo para que me la diese. Toquéle con la rodilla en el hocico. Alzó la cabeza, dándome con ella en los míos una gran cabezada y fué huyendo, que si allí se quedara, no fuera mucho con el dolor meterle una daga en las entrañas. Salióme mucha sangre de la boca y narices y, dando al diablo al amor y sus enredos, conocí que todo me estaba bien empleado, pues como simple rapaz era fácil en creer. Atranqué mi puerta y volvíme á la cama.

CAPITULO IX

Cómo Guzmán de Alfarache, llegando á Almagro, se sentó por soldado en una compañía. Refiérese de dónde tuvo la mala voz: En Malagón en cada casa, un ladrón y en la del alcalde hijo y padre.



COMO si el amor no fuese deseo de inmortalidad, causado en un ánimo ocioso, sin principio de razón, sin sujeción á ley, que se toma por voluntad, sin poderse dejar con ella, fácil de entrar al corazón y dificultoso de salir de él, así juré de no seguir su compañía. Estaba dormido; no supe lo que dije.

Tal era mi sueño entonces, que con todo mi dolor no había bien recordado. Con esto no pude madrugar. Quedéme en la cama hasta las nueve del día. Entró á estas horas la muy tal y cual á darme satisfacciones de mesón: que sus amos la encerraron. Aunque bien creí que lo hizo de bellaca y mentía y así la dije: Vuestros amores, hermana Lucia, malenajado me han, comenzaron por silla y acabaron en albarda. No me la volveréis á echar otra vez, Aderezadnos de almorzar, que me quiero ir.

Asaron dos perdices y un torrezno, que sirvió de almuerzo y comida, por ser tarde y la jornada corta. Ya me quería partir, las mulas estaban á punto, era la mia mohina de condición y de malproceder. Quise subir en un poyo para de allí ponerme en ella y, al pasar por detrás, creo que me debía de querer decir que no lo hiciese ó que me quitase de

alli y, como no supo hablar mi lengua, para que la entendiese, alzando las piernas y dándome dos coces, me arrojó buen rato de sí. No me hizo mal, porque me alcanzó de cerca y con los corvejones: aun esto más me estaba guardado. Dije algo levantada la voz: no hay hembra que en esta posada no tenga cobrado resabio, aun hasta la mula.

Subí en ella y por el camino, visto las desgracias que había tenido, les fui contando á mis criados lo de la burra. Riéronse mucho dello y más de mi poco entendimiento en fiar de moza de venta, que no tienen mas del primer tiempo. Teníamos andadas dos largas leguas y el mozo de á pie quiso beber. Daca la bota, toma la bota; la bota no parece, que nos la dejamos olvidada. ¡Aun si por el retozo, dijo el mozo, hizo la señora presa en ella, porque no le trajésemos algo de balde! Mi paje respondió: Antes me parece que nos la hurtaron, por sacar adelante la fama deste pueblo.

Entonces tuve deseo de saber qué origen tuvo aquella mala voz. Y como los que andan siempre trajinando de una en otra parte y oyen tratar de semejantes cosas á varias personas, me pareció que podia preguntárselo á mi hombre de á pie y le dije: ¿Hermano Andrés, pues fuistes estudiante y carretero y ahora mozo de mulas, ¿no me diréis, si habéis oído, de donde se le quedó á este pueblo la opinión que tiene y por qué se dijo: En Malagón en cada casa hay un ladrón y en la del alcalde hijo y padre?

El mozo respondió diciendo: Señor, v. md. me pregunta una cosa, que muchas veces me han dicho de muchas maneras y cada una de la suya; pero, si he de referirlas, es el camino corto y el cuento largo y la gana de beber mucha, que no puedo con la sed formar palabra. Mas vaya como pudiere y supiere, dejando á parte lo que no tiene color ni sombra de verdad y conformándome con la opinión de algunos á quien lo oi, de cuyo parecer fio el mio, por ser más llegado á la razón. Que en lo que no la tenemos natural ni

por tradición de escritos, cuando tiene sepultadas las cosas el tiempo, el buen juicio es la ley con quien habemos de conformarnos. Y así, esto tiene origen, que corre de muy lejos, en esta manera:

En el año del Señor de mil y doscientos treinta y seis, reinando en Castilla y León el rey Don Fernando el Santo, que ganó á Sevilla, el segundo año despues de fallecido el rey Don Alfonso de León, su padre, un día estaba comiendo en Benavente y tuvo nueva que los cristianos habian entrado la ciudad de Córdoba y estaban apoderados de las torres y castillos del Arrabal, que llaman Ajarquia, con aquella puerta y muro y que, por ser los moros muchos y los cristianos pocos, estaban muy necesitados de socorro.

Este mismo despacho habian enviado á Don Alvar Pérez de Castro, que estaba en Martos, y á Don Ordoño Alvarez, caballeros principales de Castilla, de mucho poder y fuerzas, y otras muchas personas, que les diesen su favor y ayuda. Cada uno de los que lo supieron acudió al momento, y el Rey se puso luego en camino, sin dilatarlo; no obstante que le dieron la nueva en veinte y ocho de Enero y el tiempo era muy trabajoso de nieves y frios.

Nada se lo impidió; que partió al socorro, dejando dada orden que sus vasallos partiesen en su seguimiento, porque no llegaban á cien caballeros los que con él salieron. Lo mesmo envió á mandar á todas las ciudades, villas y lugares, enviasen su gente á esta frontera donde él iba.

Cargaron mucho las aguas, crecieron arroyos y ríos, que no dejaban pasar la gente. Juntáronse en Malagón cantidad de soldados de diferentes partes, tantos, que con ser entonces lugar muy poblado y de los mejores de su comarca, para cada casa hubo un soldado y en algunas á dos y tres.

El alcalde hospedó al capitán de una compañía y á un hijo suyo, que traía por alférez della. Los mantenimien-

tos faltaban, el camino se trajinaba mal, padeciase necesidad y cada uno buscaba su vida robando á quien hallaba qué.

Un labrador gracioso del propio lugar salió de allí camino de Toledo y, encontrándose en Orgaz con una escuadra de caballeros, le preguntaron de dónde era. Respondió que de Malagón. Volviéronle á decir: ¿qué hay por allá de nuevo? Y dijo: Señores, lo que hay de nuevo en Malagón es en cada casa un ladrón y en la del alcalde quedan hijo y padre.

Este fué el origen verdadero de la falsa fama, que le ponen por no saber el fundamento della. Y es injuria notoria en nuestro tiempo, porque en todo este camino dudo se haga otro mejor hospedaje ni de gente más comedida, cada una en su trato. También podré decir que habemos visto en el hurtos calificados de mucha importancia.

En esto íbamos tratando por alivio del camino, cuando de un caminante supe que en Almagro estaba una compañía de soldados. Certificóme de ello y alegréme grandemente, que sólo esto buscaba para salir de congoja. En llegando á la villa, luego á la entrada de ella, ví en la Calle Real en una ventana una bandera. Pasé adelante y fuíme á posar á uno de los mesones de la plaza, donde cené temprano, yendome luego á dormir para restaurar algo de tantas malas noches pasadas. El mesonero y huéspedes, viéndome llegar bien-aderezado y servido, preguntaban á mis criados quién fuese, y como no sabian otra cosa más de lo que me habían oído, respondian que me llamaba Don Juan de Guzmán, hijo de un caballero principal de la casa de Toral.

A la mañana temprano mi paje me dió de vestir, compuse mis galas y, oída una misa, fui á visitar al capitán, diciéndole cómo venía en su busca para servirle. Recibióme con mucha cortesía, el rostro alegre y lo merecía muy bien el mío, el vestido y dineros que llevaba, que serian poco más de mil reales, porque los otros habian tomado vuelo y hicieron el del cuervo en vestidos, amores y caminos.

Asentóme en su escuadra y á su mesa, tratándome siempre con mucha crianza. Y en remuneración dello lo comencé á regalar y servir, echando de la mano como un príncipe, cual si tuviera para cada martes orejas ó si como en cada lugar habia de hallar otro especiero, otro rio y otro bosque adonde poder ensotarme tan sin miedo. Y con tanta prodigalidad lo despendia y arrojaba en dos á siete y en tres á once, visitaba tan á menudo las tablas de la bandera, que ya, ganando pocas veces y perdiendo muchas, me adelgazaba.

Con esto me entretuve, hasta que comenzamos á marchar, que para socorrer la compañía nos metieron en la iglesia. De allí fuimos uno á uno saliendo y, cuando á mí me llamaron y el pagador me vió, parecile muy mozo. No se atrevió á pasar mi plaza, conforme á la instrucción que llevaba. Encolericéme en gran manera. Tanto me encendi, que casi me descompuse á querer decir algunas libertades, de que después me pesara, pues con ello quedaba obligado á más de lo que era licito.

¡O lo que hacen los buenos vestidos! Yo me conocí un tiempo, que me mataban á coces y pescozones y de ellos traía tuerta la cabeza: callaba y sufría; y ahora estimé por el cielo lo que no pesaba una paja, encendiéndome en cólera rabiosa. Entonces experimenté cómo no embriaga tanto el vino al hombre, cuanto el primero movimiento de la ira, pues le ciega el entendimiento, sin dejarle luz de razón. Y si aquel calor no se pasase presto, no sé cual ferocidad ó brutalidad pudiera parangonizarse con la nuestra.

Pasóseme aquel incendio súbito y, reportado un poco, le dije: Señor pagador, la edad poca es; pero el ánimo mucho: el corazón manda y sabrá regir el brazo la espada, que sangre hay en él para suplir cosas muy graves. El me respondió con mucha cordura: Es así, señor soldado y lo tal creo con más veras de lo que se me puede decir; mas la orden que

traigo es ésta y, en excediendo della, lo pagaré de mi bolsa. No tuve que responder á sus buenas palabras; aunque las colores, que me sacó el enojo al rostro, no se me pudieron quitar tan presto. Al capitán pesó mucho deste agravio: recibiólo como propio. En quitarle mi plaza creyó que luego dejara su compañía y, vuelto contra el pagador, se alargó con él, de manera, que á no ser tan compuesto en sufrir, se levantara entonces algún grande alboroto.

Sosegóse la pendencia, y el socorro hecho, el capitán vino á visitarme á la posada, diciéndome con término bizarro lo que sentia mi pesadumbre y con palabras y promesas honrosas me dejó contento á toda satisfacción.

Tal fuerza tiene la elocuencia que, como los caballos dejan gobernarse de los buenos frenos, asi las iras de los hombres, las razones comedidas, son poderosas á trocar las voluntades, mudando los ánimos ya determinados, reduciéndolos facilmente. Aunque yo estuviera resuelto en dejarlo, su oración me persuadiera en quedarme.

Estuvimos en la conversación buen rato. Y, si va á decir verdades, murmuramos de la corta mano de los hombres valerosos y cuán abatida estaba la milicia, qué poco se remuneraban servicios, qué poca verdad informaban dellos algunos ministros, por sus propios intereses, cómo se yerran las cosas, porque no se camina derechamente al buen fin dellas, antes al provecho particular que á cada uno le sigue. Y porque aquel sabe que el otro, aunque con buen celo, gobierna y guia, lo tuerce y desbarata, metiendo de travesía sus enredos, por alcanzar á ser él solo dueño. Y por el mesmo caso buscara mil rodeos y arcaduces y, aliándose con sus enemigos, lo es de sus amigos, porque venga á parar á su puerta la danza, puestos los ojos á su mejor fortuna.

Quiere ser semejante al Altísimo y poner su silla en aquilón y que otro no la tenga. Llevan los tales la voz en el servicio de su rey; pero las obras enderezadas para si : como

el trabajador, que levanta los brazos al cielo y da con el golpe del azadón en el suelo. Ordenan guerras, rompen paces, faltando á sus obligaciones, destruyendo la república, robando las haciendas y al fin infernando las almas.

¡Cuántas cosas se han errado, cuántas fuerzas perdido, cuántos ejércitos desbaratado, de que culpan al que no lo merece y sólo se causa porque lo quieren ellos! Que aquel mal ha de ser su bien y, si sucediera bien, resultara mal para ellos. Así va todo y así se pone de lodo.

¿Quiere v. md. ver á lo que llega nuestra mala ventura, que siendo las galas las plumas, las colores lo que alienta y pone fuerzas á un soldado, para que con ánimo furioso acometa qualesquier dificultades y empresas valerosas, en viéndonos con ellas, somos ultrajados en España y les parece que debemos andar como solicitadores ó hechos estudiantes capigorristas enlutados y con gualdrapas, envueltos en trapos negros? Ya estamos muy abatidos, porque los que nos han de honrar nos desfavorecen. El solo nombre español, que otro tiempo peleaba y con la reputación temblaba dél todo el mundo, ya por nuestros pecados la tenemos casi perdida. Estamos tan fallidos, que aun con las fuerzas no bastamos; pues los que fuimos, somos y seremos.

Dé Dios conocimiento destas cosas y enmiende á quien las causa, yendo contra su rey, contra su ley, contra su patria y contra si mesmos. Ahora, señor don Juan, el tiempo le doy por testigo de mi verdad y de los daños, que causa la codicia en la privanza. Della nace el odio, del odio la envidia, de la envidia disensión, de la disensión mala orden. Infiera de alli adelante lo que podrá resultar. Vuestra merced no se aflija, que ya marchamos. En Italia es otro mundo y le doy mi palabra de le hacer dar una bandera. Que, aunque es menos de lo que merece, será principio para poder ser acrecentado.

Agradeciselo. Despedimonos. El quisiera irse solo; yo

porfiaba en acompañarlo á su posada. No me lo consintió. Luego otro día marchó la compañía sin parar, hasta que nos acercamos á la costa y el señor capitán á la mía, gastando largo. Estuvimos esperando que viniesen las galeras. Tardaron casi tres meses, en los cuales y en lo pasado la bolsa se rendía y la renta faltaba.

La continuación del juego también me dió prisa y así me descompuse, no todo en un día, sino de todo en los pasados. Yo quedé cual digan dueñas, pues vine á volverme al puesto con la caña.

¡Cuánto sentí entonces mis locuras! ¡Cuánto reñí á mi mismo! ¡Qué de emiendas propuse, cuando blanca para gastar no tuve! ¡Cuántas trazas daba de conservarme, cuando no sabía en qué árbol arrimarme! ¿Quién me enamoró sin discreción? ¿Quién me puso galán sin moderación? ¿Quién me enseñó á gastar sin prudencia? ¿De qué sirvió ser largo en el juego, franco en el alojamiento, pródigo con mi capitán? ¿Cuánto se halla trasero, quien en silla muy delantero? ¿Cuánta torpeza es seguir los deleites?

De seso salía en ver mis disparates, que, habiéndome puesto en buen predicamento, no supe conservarme. Ya por mis mocedades ni era tenido ni estimado. Los amigos que con la prosperidad tuve la mesa franca del capitán y alférez, la escuadra en que me deseaban alistar, parece que el solano entró por ello y lo abrasó, pasó como saeta, corrió como rayo en abrir y cerrar el ojo. Como iba faltando el dinero de que disponer, me comenzaron á descomponer poco á poco, pieza por pieza. Quedé degradado. Fué el obispillo de San Nicolás respetado el día del santo y yo hasta no tener moneda. Los que conmigo se honraban, los que me visitaban, los que me entretenían, los que acudían á mis fiestas y banquetes, apurada la bolsa, me dieron de mano, ninguno me trataba, nadie me conversaba. Y no sólo esto, mas ni me permitían los acompañarse. Hedió el oloroso, fué mo-

hino el alegre, deshonró el honrador, solo por quedar pobre. Y como si fuera delito, me entregaron el brazo seglar: mi trato, mi conversación era ya con mochileros. Y en esto vine á parar y es justa justicia, que quien tal hace, que así lo pague.

CAPITULO X

De lo que sucedió á Guzmán de Alfarache sirviendo al capitán, hasta llegar á Italia.



UE amargo se me hizo de comenzar, qué pesado de pasar, qué triste de padecer nueva desventura. Mas ya sabía de aquel menester y en él había traído los atabales á cuestras. Presto me hice al trabajo, que es gran bien saber de todo, no fiando de bienes caducos, que cargan y vacian como las azudas, que tan presto como suben bajan.

Con una cosa quedé consolado, que en el tiempo de mi prosperidad gané crédito para en la adversidad. Y no lo tuve por pequeña riqueza, habiendo de quedar pobre, dejar estampado en todos que era noble, por las obras que de mi conocieron. Mi capitán me estimó en algo. Reconociendo de las buenas que le hice, quiso y no pudo remediarme, porque aun á si mismo no podía. Conservóme á lo menos en aquel buen punto que de mi conoció, luego que me trató, teniendo respeto á quienes debian de ser mis padres.

Necesitéme á desnudarme, poniendo altiveces á una parte. Volví á vestirme la humildad, que con las galas olvidé y con el dinero menosprecié, considerando que no me asentaba bien vanidad y necesidad. Que el poderoso se hinche, tiene de qué y con qué; mas que el necesitado se desvanezca, es camaleón, cuanto traga es aire sin substancia. Y así, aunque es aborrecible el rico vano, tanto es insufrible y es-

candaloso el pobre soberbio. Vi que no lo podía sustentar.

Di en servir al capitán mi señor, de quien poco antes había sido compañero. Hicelo con el cuidado que al cocinero. Mandábame con encogimiento, considerando quien era y que mis excesos, la niñez y malgobierno de mocedad me habían desbaratado, hasta ponerme á servirle y estaba seguro de mi no haría cosa que desdijese de persona noble por ningún interés. Teníame por fiel y por callado, tanto como sufrido. Hizome tesorero de su secreto, lo cual siempre le agradeci.

Manifestóme su necesidad y lo que pretendiendo había gastado, el prolijo tiempo y excesivo trabajo con que lo había alcanzado rogando, pechando, adulando, sirviendo, acompañando, haciendo reverencias, postrada la cabeza por el suelo, el sombrero en la mano, el paso ligero, cursando los patios tardes y mañanas. Contóme que, saliendo de Palacio con un privado, porque se cubrió la cabeza en cuanto se entró en su coche, le quiso con los ojos quitar la vida y se lo dió á entender, dilatándole muchos días el despacho, haciéndole lastar y padecer.

Librenos Dios, cuando se junta poder y mala voluntad. Lastimosa cosa es que quiera un ídolo de estos tales particular adoración, sin acordarse que es hombre representante, que sale con aquel oficio ó con figura del y que se volverá presto á entrar en el vestuario del sepulcro á ser ceniza, como hijo de la tierra.

Mira, hermano, que se acaba la farsa y eres lo que yo y todos somos unos. Así se avientan algunos, como si en su vientre pudiesen sorber la mar y se divierten como si fuesen eternos y se entronizan como si la muerte no los hubiese de humillar. Bendito sea Dios que hay Dios. Bendita sea su misericordia, que previno igualdía de justicia.

Mi capitán me lastimó con su pobreza, porque no sabía con qué remediarla. Y tanto, cuanto un noble tiene mas ne-

cesidad, tanto se compadece della, más el pobre, que el rico. Algunas joyas tenia para vender; mas honrabase con ellas y, como estaba de partida para embarcarse donde las habia menester, haciasele de mal deshacer lo mucho para remediar lo poco.

En el tiempo que tardaron las galeras, anduvimos por alojamientos. Con la confesión, que mi amo me hizo, lo entendi y el fin para que me la hizo. Y así le dije: Ya, señor, tengo noticia experimentada de lo que son buena y mala suerte, prosperidad y adversidad. En mis pocos años he dado muchas vueltas. Lo que en mí fuere, tendré la lealtad, que debo á mi señor y á quien soy. V. md. descuide: que arriscaré mi vida en su servicio, dando trazas para que, en tanto que mejor tiempo llegue, se pase lo presente con menos trabajo.

Así me encargué de más que mis fuerzas ni el ingenio prometian. De allí adelante hacia de oficio cosas de admiración. En cada alojamiento cogía una docena de boletas, que ninguna valia de doce reales abajo y algunas hubo, que contribuyeron cinquenta. Mi entrada era franca en todas las posadas, sin estar en alguna segura de mis manos ni el agua del pozo. Jamás dejó mi señor de tener gallina, pollo, capón ó palomino á comida y cena y pernil de tocino entero, cocido en vino cada domingo.

Nunca para mí reservé cosa en los encuentros que hice; siempre le acudí con todo el pió. Si en algún asalto me cautivaba el huésped, siendo poco, pasaba por niñería y, si de consideración, el castigo era cogerme mi amo en presencia del que de mí se querellaba y, haciéndome maniatar, con un zapato de suela delgada me daba mucho del zapateado: por ser hueco sonaba mucho y no me dolian. Algunas veces habia padrinos y me la perdonaban; mas, cuando faltasen, el castigo no era riguroso ni levantaba roncha. Y como sabia que me daban más por cumplir, que con gana, sin haberme tocado al sayo, levantaba el grito, que hundia la casa. Des-

ta manera satisfacíamos él con su obligación y yo la necesidad, reparando la hambre y sustentando la honra.

Saliame por los caminos. Tomaba bagajes. Vendiales el favor, encareciendo á los dueños lo que me costaba volvérselos. Pagábanlo á dinero. Los que nos daban en los lugares, rescataba los que podia, hacialos escurridizos y decia que se huyeron. En las muestras y socorros metia cuatro ó seis mozos acomodados del pueblo: pasábanles las plazas. Tal vez hubo, que, metiendo uno en la iglesia por cima del hosario cinco veces, cobró cinco socorros y para el postrero lo puse un parche en las narices para desconocerlo y cada vez le trocaba el vestido, porque mi demasia no descubriera la trampa entrevándome la flor. Con estas travesuras y otros embustes le valia mi persona tanto como cuatro condutas. Estimábame como á su vida; mas era gran gastador y hacia-sele poco.

Llegamos á Barcelona para embarcanos. Hallóse fatigado, sin moneda de rey ni traza de buscarla ni allí podian ser las mias de provecho. Sentilo melancólico, triste, desganado. Conocile la enfermedad, como médico, que otras veces lo habia curado della. Ofrecióseme de improviso su remedio.

Llevaba no sé cuáles joyuelas y un agnusdei de oro muy rico. Pesábale deshacerse dello y dijele: Señor, si de mi se puede hacer confianza, déme ese agnusdei, que le prometo volvérselo mejorado dentro de dos dias. Alegróse oyéndome y como haciendo burla me dijo: ¿Cuál embeleco tienes ya trazado, Guzmanillo? ¿Hay por ventura cuajadas algunas de las bellaquerias que sueles? Y porque sabia que se podia fiar de mi habilidad su provecho y de mi secreto su honra y que su joya estaba segura, sin rogárselo muchas veces me lo dió, diciendo: Quiera Dios que me lo vuelvas y como lo piensas te suceda. Veslo ahí. Tomélo, metilo en el pecho, guardado en una bolsilla bien atada y amarrada en un ojal del jubón.

Fuíme derecho á casa de un platero confeso, gran logrero, que allí habia. Hícele larga relación de mi persona y de la manera que vine á la compañía y lo mucho que en ella, en poco tiempo, habia gastado, reservando para mayor necesidad una joya muy rica que tenia, que, si me la pagase algo menos de su valor, se la daría; pero que se informase primero de mi, quién era y mi calidad y, en sabiéndolo, sin decir para qué lo preguntaba, teniendo bastante satisfacción, se saliese á la marina, que allí lo esperaba solo.

El hombre, codicioso de la pieza, se informó del capitán, oficiales y soldados, hallando la relación que le pareció bastante. Contestaron todos una misma cosa: ser hijo de un caballero principal, noble y rico, que deseoso de pasar á Italia, vine con dos criados, muy bien tratada mi persona y con dineros, que todo lo desperdicié como mozo, quedando perdido cual me veía.

El confeso salió donde lo esperaba y me contó lo que le habian dicho y estaba satisfecho, que seguramente podia comprar de mi cualquiera cosa. Pidióme la joya para verla, que me la pagaria por lo que valiese. Díjele que nos apartásemos á solas en parte secreta y allí se la enseñaría.

Fuimos alargando un poco y, donde me pareció lugar conveniente, meti la mano en el seno y saqué el agnusdei de oro, de cuyo precio estaba yo bien informado, como del que lo habia pagado. Satisfizole al platero. Crecióle la codicia de comprarlo, porque demás que estaba bien obrado, tenia piedras de precio. Pedile por él docientos escudos y era muy poco menos lo que habia costado de lance. Comenzólo á deshacer, bajándolo de punto: púsole cien faltas y ofrecióme mil reales á la primera palabra. Resolvíme, que habian de ser ciento y cincuenta escudos y los valia como un real: no queria bajar de allí. Sirva de aviso al que vende, que nunca baje al precio en que ha de dar la cosa; sino espere á que suba el comprador á lo en que le puede llevar.

Dimos y tomamos. Púsose mi hombre en darme ciento y veinte escudos de oro en oro. Parecióme que de allí no subiría y que bastaban para mi: rematéselo. Bien deseó no apartarse ni dejarme hasta tenerlo pagado y que me fuese con él. Yo le dije: Señor honrado, que buena sea su vida, por lo que aquí me aparté á solas fué con temor no me tomen este dinero, que tengo reservado para en llegando á Italia vestirme y darme á conocer á deudos míos. Y si algún Soldado me ve ir con v. md., bien ha de sospechar que no es á comprar, sino á vender algo y, en sintiéndome algunas blancas, como soy muchacho, me las han de quitar y no me queda otro remedio. Vaya en buen hora, que aquí lo espero: vengan los escudos y llevará su joya: que le haga buen provecho, como deseo. Mi razón le cuadró. Partiô como un potro de carrera hasta su casa por ellos.

Yo habia dado aviso á un mi compañero, de quien mi amo hacia confianza, que me estuviese esperando y, en dándole una seña, llegase á mi secretamente. Púsose en acecho y, venido el platero, contóme los escudos en la palma de la mano. Tenía la joya en la bolsa, hice por quererla desatar y, como estaba tan bien añudada, no pude. Tenía mi merchantante colgada del cinto una caja de cuchillos. Pedile uno. El sin saber para qué me lo dió. Corté la cinta con él, dejando asido el ñudo al jubón como se estaba y disela con el agnusdei. El hombre se admiró y dijo para qué habia hecho tal. Respondile que, como no tenia caja ni papel en que dársela envuelta, lo hice; que no importaba, que ya la bolsa era vieja y no tenia della necesidad, porque aquellos escudos habian de ir cosidos en una faja.

El tomó su joya como se la di, metiôla en el seno, despedimonos y fuése. Hice á mi compañero la seña y, en llegando, dile los escudos y aviséle que aguijase con ellos á casa y, dándoselos á mi señor, le dijese que yo iba luego. Asi me fuí siguiendo á mi platero y, aunque por ir á paso largo me

llevaba ventaja, corri tras él, hasta tener buena ocasión, como esperaba.

Al tiempo que emparejó con un corrillo de soldados, asgo dél con ambas manos, dando voces: ¡al ladrón, al ladrón! ¡señores soldados, por amor de Dios, que me ha robado, no le suelten, ténganlo, quitenle la joya, que me matará mi señor si voy sin ella y me la hurtó, señores!

Conocíanme los soldados y, como me oyeron, creyeron decía verdad. Tuvieron el hombre para saber qué había sido. Y porque quien da más voces, tiene más justicia y vence las más veces con ellas, yo daba tantas, que no le dejaba hablar y, si hablaba, que no lo oyesen, haciéndole el juego maña. Imploraba con grandes exclamaciones, las manos levantadas y juntas las rodillas en el suelo: ¡Señores míos! ¡que me matará el capitán, mi señor, compadézcanse de mí! Dábales lástima mi tribulación. Preguntaron cómo había sido.

No le dejé hacer baza; quise ganar por la mano, acreditando mi mentira, porque no encajase su verdad. Que el oído del hombre, contrayendo matrimonio de presente con la palabra primera que le dan, tarde la repudia, con ella se queda. Son las demás concubinas, van de paso, no se asientan.

Dijeles: esta mañana se dejó mi señor el agnusdei á la cabecera de la cama, mandóme que lo guardase, púselo en la bolsa, metilo en el seno y, estando con este buen hombre en la marina, lo saqué y se lo enseñé. Como era platero, preguntéle lo que valia. Dijome que era de cobre dorado, las piedras vidrios: que si lo queria vender. Dijele que no, que era de mi amo. Preguntóme: ¿y él venderalo? Respondile: no, señor, digaselo v. md. Con esto me llevó en palabras, preguntándome quién era, dónde venia y dónde iba, hasta que nos vimos á solas y, sacando un cuchillo de aquella caja, me dijo que callase ó que me mataria. Sacóme del seno la joya y, como no la pudo desatar, cortóme la cinta y fuése. ¡Búsqüenselo, por un solo Dios!

Viendo los Soldados la bolsa cortada, miraron al platero, que estaba como muerto, sin saber qué decir. Sacáronle el agnusdei del seno, que lo llevaba en la bolsa, como yo se lo habia dado. Echaba maldiciones y juramentos, que se lo habia vendido y que por mi mano con aquel cuchillo corté la bolsa y en ella se lo di, dándome por él ciento y veinte escudos de oro. No lo creyeron, pareciéndoles que ni él comprara de mi aquella pieza, pues habia de creer ser hurtada y porque, habiéndome mirado y rebuscado, no me hallaron dineros. Con esta prueba lo maltrataron de obras y palabras, que no le valian las que decia. Quitáronselo por fuerza. Fuése á quejar á la justicia. Parecí presente. Referi el caso, según antes lo habia dicho, sin faltar sílaba. Los testigos juraron lo que habian visto. Púsose el negocio en términos, que quisieron castigarlo. Diéronle una fraterna y echáronlo de allí y á mi me mandaron que llevase á mi amo la joya. Fuime á la posada y en presencia de toda la gente se la entregué.

La traición aplice y no el traidor, que la hace. Bien puede obrando mal el malo complacer á quien le ordena; pero no puede, que en su pecho no le quede la maldad estampada y conocimiento de la bellaquería, para no fiarse dél en más de aquello, que le puede aprovechar. Por entonces no le pesó á mi amo del hecho; mas dióle cuidado. Hallábase bien con mis travesuras, temíase dellas y de mi. Con este rescondo pasó hasta Génova, donde, habiendo desembarcado y teniendo de mi servicio poca necesidad, me dió cantonada.

Son los malos como las viboras ó alacranes que, en sacando la substancia dellos, los echan en un muladar; sólo se sustentan para conseguir con ellos el fin que se pretende, dejándolos después para quien son. A pocos dias llegados, me dijo: Mancebico, ya estáis en Italia, vuestro servicio me puede ser de poco fruto y vuestras ocasiones traerme mucho daño. Veis aquí para ayuda del camino, partios luego don-

de quisiéredes. Dióme algunas monedas de poco valor y unos reales españoles, todo miseria, con que me fui de con él.

Iba la cabeza baja, considerando por la calle la fuerza de la virtud, que á ninguno dejó sin premio ni se escapó del vicio sin castigo y vituperio. Quisiera entonces decir á mi amo lo en que por él me habia puesto, las necesidades que le habia socorrido, de los trabajos que le habia sacado y tan á mi costa todo; mas consideré que de lo mismo me hacia cargo, apartándome por ello de sí como á miembro cancerado. Viendo mi desgracia y creyendo hallar allí mi parentela, me dió por todo poco. Fuime por la ciudad, tomando lengua, que ni entendia ni sabia, con deseo de conocer y ser conocido.

LIBRO TERCERO
DE
GUZMÁN DE ALFARACHE

TRATA ÉL DE SU MENDIGUEZ
Y LO QUE CON ELLA LE SUCEDIO EN ITALIA

CAPITULO PRIMERO

Cómo no hallando Guzmán de Alfarache los parientes, que buscaba en Génova, se fué á Roma y la burla que antes de partirse le hicieron.



ARA los aduladores no hay rico necio ni pobre discreto,¹ porque tienen antojos de larga vista, con que se representan las cosas mayores de lo que son. Verdaderamente se pueden llamar polillas de la riqueza y carcomas de la verdad. Reside la adulación con el pobre, siendo su mayor enemigo la pobreza, que no es hija del espíritu; es madre del vituperio, infamia general, disposición á todo mal, enemigo del hombre, lepra congajosa, camino del infierno, piélagos donde se anega la paciencia, consumen las honras, acaban las vidas y pierden las almas.

Es el pobre moneda que no corre, conseja de horno, escoria del pueblo, barreduras de la plaza y asno del rico. Come más tarde, lo peor y más caro. Su real no vale medio, su sentencia es necedad, su discreción locura, su voto escarnio, su hacienda del común. Ultrajado de muchos y aborrecido de todos. Si en conversacion se halla, no es oído; si lo encuentran, huyen dél; si aconseja, lo murmuran; si hace milagros, que es hechicero; si virtuoso, que engaña. Su pecado venial es blasfemia, su pensamiento castigan por delito, su justicia no se guarda, de sus agravios apela para la otra vida. Todos lo atropellan y ninguno lo favorece. Sus

necesidades no hay quien las remedie, sus trabajos quien los consuele ni su soledad quien lo acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden; nadie le da, todos le quitan; á nadie debe y á todos pecha.

¡Desventurado y pobre del pobre, que las horas del reloj le venden y compran el sol de Agosto! Y de la manera que las carnes mortecinas y desaprovechadas vienen á ser comidas de perros: tal, como inútil, el discreto pobre viene á morir comido de necios.

¡Cuán al revés corre un rico! ¡Qué viento en popa! ¡Con qué tranquilo mar navega! ¡Qué bonanza de cuidados! ¡Qué descuido de necesidades ajenas! Sus alholies llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios y cofres de moneda. ¡Qué guardado el verano del calor! ¡Qué empapelado el invierno por el frío! De todos es bien recibido. Sus locuras son caballerías, sus necedades sentencias. Si es malicioso, lo llaman astuto; si prodigo, liberal; si avariento, reglado y sabio; si murmurador, gracioso; si atrevido, desenvuelto; si desvergonzado, alegre; si mordaz, cortesano; si incorregible, burlón; si hablador, conversable; si vicioso, afable; si tirano, poderoso; si porfiado, constante; si blasfemo, valiente y si perezoso, maduro.

Sus yerros cubre la tierra. Todos le tiemblan, que ninguno se le atreve; todos cuelgan el oído de su lengua, para satisfacer á su gusto; y palabra no pronuncia, que con solemnidad no la tengan por oráculo. Con lo que quiere sale. Es parte, juez y testigo. Acreditando la mentira, su poder la hace parecer verdad y, cual si lo fuese, pasa por ella. ¡Cómo le acompañan! ¡Cómo se le llegan! ¡Cómo le festejan! ¡Cómo lo engrandecen!

Ultimamente, pobreza es la del pobre, y riqueza la del rico. Y así, donde bulle buena sangre y se siente de la honra, por mayor daño estiman la necesidad, que la muerte. Porque el dinero calienta la sangre y la vivifica. Y así, el

que no lo tiene, es un cuerpo muerto, que camina entre los vivos. No se puede hacer sin él alguna cosa en oportuno tiempo, ejecutar gusto ni tener cumplido deseo.

Este camino corre el mundo. No comienza de nuevo, que de atrás le viene al garbanzo el pico. No tiene medio ni remedio. Así lo hallamos, así lo dejaremos. No se espere mejor tiempo ni se piense que lo fué el pasado. Todo ha sido, es y será una mesma cosa. El primero padre fué alevoso; la primera madre, mentirosa; el primero hijo, ladrón y fratricida.

¿Qué hay ahora, que no hubo ó qué se espera de lo por venir? Parecernos mejor lo pasado, consiste sólo, que de lo presente se sienten los males y de lo ausente nos acordamos de los bienes; y, si fueron trabajos pasados, alegra el hallarse fuera dellos, como si no hubieran sido. Así los prados que, mirados de lejos, es apacible su frescura y, si llegáis á ellos, no hay palmo de suelo acomodado para sentaros. Todo son hoyos, piedras y basura. Lo uno vemos, lo otro se nos olvida.

Muy antigua cosa es amar todos la prosperidad, seguir la riqueza, buscar la hartura, procurar las ventajas, morir por abundancias. Porque donde faltan, el padre al hijo, el hijo al padre, hermano para hermano, yo á mí mesmo quebranto la lealtad y me aborrezco. Así me lo enseñó el tiempo con la disciplina de sus discursos, castigándome con infinito número de trabajos. Ya veo que, si cuando á Génova llegué, me considerara, no arriscara y, si aquella ocasión guardara para mejor fortuna, no me perdiera en ella, como sabrás adelante.

Luego, pues, que dejé á mi amo el capitán, con todos mis harrapos y remiendos, hecho un espantajo de higuera, quise hacerme de los godos, emparentando con la nobleza de aquella ciudad, publicándome por quien era. Y preguntando por la de mi padre, causó en ellos tanto enfado, que me aborrecieron de muerte. Y es de creer que, si á su salvo pu-

dieran, me la dieran y aun tú hicieras lo mesmo, si tal huésped te entrara por la puerta; mas harto me la procuraron por las obras que me hicieron.

A persona no pregunté, que no me socorriese con una puñada ó bofetón. El que menos mal me hizo fué escupiéndome á la cara decirme: ¡Bellaco, marrano! ¿Sois vos genovés? Hijo seréis de una gran mala muger, que bien se os echa de ver! Y como si mi padre fuera hijo de la tierra ó si hubiera docientos años atrás fallecido, no hallé rastro de amigo ni pariente suyo. Ni descubrirlo pude, hasta que uno se llegó á mi con alhagos de cola de serpiente.

¡O hideputa, viejo maldito! y cómo me engañó, diciendo: Yo, hijo, bien oí decir de vuestro padre, aquí os daré quien haga larga relación de sus parientes y han de ser de los más nobles de esta ciudad, á lo que creo. Y pues habréis ya cenado, veníos á dormir á mi casa, que no es hora de otra cosa; de mañana daremos una vuelta y os pondré, como digo, con quien los conoció y trató gran tiempo. Con la buena presencia y gravedad que me lo dijo, su buen talle, la cabeza calva, la barba blanca, larga hasta la cinta, un báculo en la mano, me representaba un San Pablo.

Fiéme dél. Seguilo á su posada, con más gana de cenar, que de dormir. Que aquel día comi mal, por estar enojado y ser á mi costa, que temblaba de gastar. Mas como lo que nos dan es poco y, si nos cuesta dineros, comemos poco pan y duro y aun se nos hace mucho y blando, ya me hacia guardoso. Ibame cayendo de hambre y ¡mira cuál era mi huésped! pues, como el cordobés, me dijo que ya habria cenado. Y si no fuera temiendo perder aquella coyuntura, no fuera con él, sin visitar primero una hosteria; mas la esperanza del bien, que me aguardaba, me hizo soltar el pájaro de la mano, por el buey que iba volando.

Luego como entramos, un criado salió á tomar la capa. No se la dió; antes con su lengua estuvieron razonando. En-

viólo fuera y quedámonos á solas paseando. Preguntóme por cosas de España, por mi madre, si le quedó hacienda, cuántos hermanos tuve y en qué barrio vivia. Fuile dando cuenta de todo con mucho juicio. En esto me entretuvo más de una hora, hasta que volvió el criado. No sé qué recaudo le trajo, que me dijo el viejo: Ahora bien, idos á dormir y mañana nos veremos. ¡Ola! ¡Antonio María! Lleva este hidalgo á su aposento. Fuime con él de una en otra pieza.

La casa era grande, labrada de muchos pilares y losas de alabastro. Atravesamos á un corredor y entramos en un aposento, que estaba al cabo del. Tenianlo bienaderezado con unas colgaduras de paños pintados de matices, á manera de arambeles; salvo que parecian mejor. A una parte habia una cama y junto á la cabecera un taburete. Y como si tuviera que desnudarme, acometiò el criado á quererlo hacer.

Llevaba un vestido, que aun yo no me lo acertaba á vestir, sin ir tomando guía de pieza en pieza y ninguna estaba cabal, ni en su lugar. De tal manera, que fuera imposible discernir ó conocer cuál era la ropilla ó los calzones, si los viera tendidos en el suelo. Asi desaté algunos ñudos, con que lo ataba por falta de cintas y lo dejé caer á los pies de la cama y sucio, como estaba, lleno de piojos, metime entre la ropa.

Era buena, limpia y olorosa. Consideraba entre mi: si este buen viejo es deudo mio y me hace cortesía y no quiere descubrirse hasta mañana, buen principio lleva: haráme vestir, trataráme bien. Pues, estando tal, me hace tan buen acogimiento, sin duda es como lo digo: de esta vez yo soy de la buena ventura. Era muchacho, no ahondaba ni veia más de la superficie; que si algo supiera y experiencia tuviera, debiera considerar que á grande oferta, grande pensamiento, y á mucha cortesía, mayor cuidado. ¡Que no es de balde, misterio tiene!

Si te hace caricias el que no las acostumbra hacer, ó engañar te quiere ó te ha menester.

Salió fuera el criado, dejándome una lámpara encendida. Dijele que la apagase. Respondió que no hiciera tal, porque de noche andaban en aquella tierra unos murciégalos grandes muy dañosos y sólo el remedio contra ellos era la luz, porque huían á lo oscuro. Más me dijo: que era tierra de muchos duendes y que eran enemigos de la luz y en los aposentos oscuros algunas veces eran perjudiciales. Creilo con toda la simplicidad del mundo.

Con esto se salió. Yo luego me levanté á cerrar la puerta, no por miedo de lo que me pudieran hurtar; mas con sospecha de lo que, como muchacho, me pudiera suceder. Volvíme á la cama, dormíme presto y con mucho gusto, porque las almohadas, colchones, cobertores y sábanas me brindaban y á mí no me faltaba gana.

Pasado ya lo más de la noche, declinaba la media caminando al claro día y, estando dormido como un muerto, recordóme un ruido de cuatro bultos, figuras de los demonios, con vestidos, cabelleras y máscaras dello. Llegáronse á mi cama y dióme tanto miedo, que perdí el sentido y sin hablar palabra me quitaron la ropa de encima. Dábame priesa haciendo cruces, rezaba oraciones, invoqué á Jesús mil veces; mas eran demonios bautizados y más priesa me daban.

Habian puesto sobre el colchón, debajo de la sábana, una frazada. Cada uno asió por una esquina della y me sacaron en medio de la pieza. Turbéme tanto, viendo que rezar no me aprovechaba, que ni osaba ni podía desplegar la boca. Era la pieza bien alta y acomodada. Comenzaron á levantarme en el aire, manteándome como á perro en carnestolendas, hasta que ellos, cansados de zarandarme, habiéndome molido, me volvieron á poner á donde me levantaron y, dejándome por muerto, me cubrieron con la ropa y se fueron por donde habian entrado, dejando la luz muerta.

Yo quedé tan descoyuntado, tan sin saber de mí que, siendo de día, ni sabía si estaba en cielo, si en tierra. Dios, que fué servido de guardarme, supo para qué. Serían como las ocho del día. Quiseme levantar, porque me pareció que bien pudiera. Halléme de mal olor, el cuerpo pegajoso y embarrado. Acordóseme de la mujer de mi amo el cocinero y, como en las turbaciones nunca falta un desconcierto, mucho me affligi. Mas ya no podía ser el cuervo más negro que las alas: estreguéme todo el cuerpo con lo que limpio quedó de las sábanas y añudéme mi hatillo.

En cuanto me tardé en esto, estuve considerando qué pudiera ser lo pasado y, á no levantarme descoyuntado, creyera haber sido sueño. Miré á todas partes; no hallaba por donde hubiesen entrado. Por la puerta no pudieron, que la cerré con mis manos y cerrada la hallé. Imaginaba si fueron trasgos, como la noche antes me dijo el mozo; no me pareció que lo serían, porque hubiera hecho mal de no avisarme que había trasgos de luz.

Andando en esto, alcé las colgaduras, para ver si detrás dellas hubiera portillo alguno. Hallé abierta una ventana, que salía al corredor. Luego dije: ¡ciertos son los toros! Por aquí me vino el daño. Y aunque las costillas parece que me sonaban en el cuerpo, como bolsa de trebejos de ajedrez, disimulé cuanto pude por lo de la caca, hasta verme fuera de allí.

Cubri muy bien la cama, de manera que no se viera, en entrando mi flaqueza y por ella me dieran otro nuevo castigo. El criado, que allí me trajo, vino casi á las nueve á decirme que su señor me esperaba en la iglesia, que fuese allá. Y porque allí no se quedara el mozo, para ganarle ventaja, rogúele me llevara hasta la puerta, que no sabía salir. Llevóme á la calle y volvióse. Cuando en ella me vi, como si en los pies me nacieran alas y el cuerpo estuviera sano, tomé las de Villadiego. Afufelas, que no me alcanzara una posta.

Más se huye que se corre. Mucho esfuerzo pone el miedo. Yo me traspuse, como el pensamiento.

Compré vianda y, para ganar tiempo, iba comiendo y andando. Así no paré hasta salir de la ciudad, que en una taberna bebí un poco de vino, con que me reformé para poder caminar la vuelta de Roma, donde hice mi viaje, yendo pensando en todo él con qué pesada burla quisieron desterrarme, porque no los deshonrara mi pobreza. Mas no me la quedaron á deber, como lo verás en la segunda parte.

CAPITULO II

Cómo saliendo de Génova Guzmán de Alfarache, comenzó á mendigar y, juntándose con otros pobres, aprendió sus Estatutos y Leyes.



AL salí de Génova, que si la muger de Lot hiciera lo que yo, no se volviera piedra. Nunca volví atrás la cabeza. Iba la cólera en su punto, que, cuando hierve, por maravilla se sienten aun las heridas mortales; después, cuanto más el hombre se reporta, tanto más reconoce su daño.

Yo escapé de la de Roncesvalles, como perro con vejiga. No había ligadura fiel en toda mi humana fábrica. Mas no lo sentí mucho, hasta que reposé, llegando á una villeta diez millas de allí, que aporté sin saber dónde iba, desbaratado, desnudo, sin blanca y aporreado. ¡O necesidad! ¡Cuánto acobardas los ánimos, cómo desmayas los cuerpos! Y aunque es verdad que sutilizas el ingenio, destruyes las potencias, menguando los sentidos de manera, que vienen á perderse con la paciencia.

Dos maneras hay de necesidad: una desvergonzada que se convida, viniendo sin ser llamada; otra que, siendo convidada, viene llamada y rogada. La que se convida, librenos Dios della: ésa es de quien trato. Huésped forzoso en casa pobre, que con aquella fuerza trae mil eses en su compañía. Es fuste en quien se arman todos los males, fabricadora de todas traiciones, fuerte de sufrir y de ser corri-

da. Farol á quien siguen todos los engaños, fiesta de muchachos, folla de necios, farsa rediculosa, fúnebre tragedia de honras y virtudes. Es fiera, fea, fantástica, furiosa, fastidiosa, floja, fácil, flaca, falsa. Por maravilla da fruto, que infamia no sea.

La otra, que convidamos, es muy señora, liberal, rica, franca, poderosa, afable, generosa, conversable, graciosa y agradable. Déjanos la casa llena, hácenos la costa, es firme defensa, torre inexpugnable, riqueza verdadera, bien sin mal, descanso perpetuo, casa de Dios y camino del cielo. Es necesidad que se necesita y no necesitada, levanta los ánimos, da fuerza en los cuerpos, esclarece las famas, alegra los corazones, engrandece los hechos, inmortaliza los hombres.

Cante sus alabanzas el valeroso Cortés, su verdadero esposo. Tiene las piernas y pies de diamante, el cuerpo de zafiro y el rostro de carbunco. Resplandece, alegra y vivifica. La otra su vecina parece á la tendera sucia: toda es montón de trapos de hospital, asquerosa, no hay á quien bien parezca, todos la aborrecen y tienen razón.

Miren, pues, qué tal soy yo, que de mi se enamoró. Amancebóse conmigo á pan y cuchillo, estando en pecado mortal, obligándome á sustentarla. Para ello me hizo estudiar el arte bribiática. Llevóme por esos caminos, hoy en un lugar, mañana en otro, pidiendo limosna en todos. Justo es dar á cada uno lo suyo y te confieso que hay en Italia mucha caridad y tanta, que me puso golosina el oficio nuevo para no dejarlo.

En pocos dias me hallé caudaloso, de manera que desde Génova, de donde salí, hasta Roma, donde paré, hice todo el viaje sin gastar cuatrin. La moneda toda guardaba, la vianda siempre me sobraba. Era novato y echaba muchas veces á los perros lo que después vendido me valía muchos dineros. Quisiera luego en llegando vestirme y tornar sobre mí.

Parecióme mal consejo. Volvi diciendo: ¿hermano Guz-

mán, ha de ser esta otra como la de Toledo? ¿Y si estando vestido no hallas amo, de qué has de comer? Estate quedo, que, si bienvestido pides limosna, no te la darán. Guarda lo que tienes, no seas vano. Asentóseme. Diles otro ñudo á las monedas: aquí habéis de estaros quedas, que no sé cuándo os habré menester.

Comencé con mis trapos viejos, inútiles para papel de estraza, los harrapos colgando, que parecían pizuelos de frisas, á pedir limosna, acudiendo al mediodía donde hubiese sopa y tal vez hubo, que la cobré de cuatro partes. Visitaba las casas de los cardenales, embajadores, príncipes, obispos y otros potentados, sin dejar alguna que no corriese.

Guiábame otro mozuelo de la tierra diestro en ella, de quien comencé á tomar liciones. Este me enseñó á los principios cómo había de pedir á los unos y á los otros; que no á todos ha de ser con un tono ni con una arenga. Los hombres no quieren plagas, sino una demanda llana, por amor de Dios; las mujeres tienen por devoción la Virgen María, á Nuestra Señora del Rosario. Y así: ¡Dios encamine sus cosas en su santo servicio y las libre de pecado mortal, de falso testimonio, de poder de traidores y de malas lenguas! Esto les arranca el dinero de cuajo, bien pronunciado y con vehemencia de palabras recitado.

Enseñóme cómo había de compadecer á los ricos, lastimar á los comunes y obligar á los devotos. Dime tan buena maña, que ganaba largo de comer en breve tiempo.

Conocía desde el papa hasta el que estaba sin capa. Todas las calles corría. Y para no enfadarlos pidiendo á menudo, repartía la ciudad en cuarteles y las iglesias por fiestas, sin perder punto.

Lo que más llegaba eran pedazos de pan. Este lo vendía y sacaba dél muy buen dinero. Comprábanme parte dello personas pobres, que no mendigaban; pero tenían la bola en el emboque. Vendíalo también á trabajadores y hombres que

criaban cebones y gallinas. Mas quien mejor lo pagaba eran turroneiros, para el alajúr ó alfajor, que llaman en Castilla. Recogia, demás desto, algunas viejas alhajas, que como era muchacho y desnudo, compadecidos de mi, me lo daban. Después di en acompañarme con otros ancianos en la facultad, que tenían primores en ella, para saber gobernarme. Ibane con ellos á limosnas conocidas, que algunos por su devoción repartían por las mañanas en casas particulares.

Yendo una vez á recibirla en la del embajador de Francia, senti otros pobres tras de mí, que decían: este rapaz español, que ahora pide en Roma, nuevo es en ella, sabe poquito y nos destruye por lo que he visto, que habiendo una vez comido, en las más partes que llega, si le dan vianda, no la recibe. Destruýenos el arte, dando muestras que los pobres andamos muy sobrados. A nosotros hace mal y á si propio no sabe aprovecharse. Otro, que con ellos venía, les dijo: pues dejádmelo y callad, que yo lo disciplinaré cómo se entienda y no se deje tan fácil entender.

Llamóme pasico y apartóme á solas. Era destrísimo en todo. Lo primero que hizo, como si fuera protopobre, examinó mi vida, sabiendo de dónde era, cómo me llamaba, cuándo y á qué había venido. Dijome las obligaciones, que los pobres tienen á guardarse el decoro, darse avisos y ayudarse, aunarse como hermanos de mesta, advirtiéndome de secretos curiosos y primores que no sabia. Porque en realidad de verdad, lo que primero aprendí de aquel muchacho y otros pobretes de menor cuantia todas eran raterías, respecto de las grandiosas que allí supe.

Dióme ciertos avisos, que en cuanto viva no me serán olvidados. Entre los cuales fué uno, con que soltaba tres ó cuatro pliegues al estómago, sin que me parase perjuicio, por mucho que comiese. Enseñóme á trocar á trascantón, con que hacía dos efectos: lastimaba, creyendo que estaba enfermo y que, aunque envasase dos ollas de caldo, quedara

lugar para más y así se publicase la hambre y miseria de los pobres.

Supe cuántos bocados y cómo los había de dar en el pan, que me daban, cómo lo había de besar y guardar, qué gestos había de hacer, los puntos que había de subir la voz, las horas á que á cada parte había de acudir, en qué casas había de entrar hasta la cama y en cuáles no pasar de la puerta, á quién había de importunar y á quién pedir sola una vez. Refirióme por escrito las Ordenanzas mendicativas, advirtiéndome dellas, para evitar escándalo y que estuviese instructo, que decían así:

Ordenanzas mendicativas.

Por cuanto las naciones todas tienen su método de pedir y por él son diferenciadas y conocidas, como son los alemanes cantando en tropa, los franceses rezando, los flamencos reverenciando, los gitanos importunando, los portugueses llorando, los toscanos con arengas, los castellanos con fieros haciéndose malquistos, respondones y malsufridos: á estos mandamos, que se reporten y no blasfemen y á los más que guarden la orden.

Item mandamos que ningún mendigo, llagado ni estropeado, de cualquiera de estas naciones, se junte con los de otra, ni alguno de todos haga pacto ni alianza con ciegos rezadores, saltaembanco, músico ni poeta ni con cautivos libertados, aunque Nuestra Señora los haya sacado de poder de turcos, ni con soldados viejos, que escapan rotos del presidio, ni con marineros, que se perdieron con tormenta. Que, aunque todos convienen en la mendiguez, la bribia y labia son diferentes. Y les mandamos á cada uno dellos que guarde sus Ordenanzas.

Item, que los pobres de cada nación, especialmente en sus tierras, tengan tabernas y bodegones conocidos, donde presidan de ordinario tres ó cuatro de los más ancianos, con sus báculos en las manos. Los cuales diputamos para que allí dentro traten de todas las cosas y casos que sucedieren, den sus pareceres y jueguen al rentoy, puedan contar y cuenten hazañas ajenas y suyas y de sus antepasanos y las guerras en que no sirvieron, con que puedan entretenerse.

Que todo mendigo traiga en las manos garrote ó palo y los que pudieren, herrados, para las cosas y casos que se les ofrezcan; pena de su daño.

Que ninguno pueda traer ni traiga pieza nueva ni demediada; sino rota y remendada, por el mal ejemplo que daría con ella; salvo si se la dieren de limosna, que para solo el día que la recibiere le damos licencia, con que se deshaga luego della.

Que en los puestos y asientos guarden todos la antigüedad de posesión y nó de personas y que el uno al otro no lo usurpe ni defraude.

Que puedan dos enfermos ó lisiados andar juntos y llamarse hermanos, con que pidan á remuda y entonando la voz alta: el uno comience de donde el otro dejare, yendo parejos y guardando cada uno su acera de calle y, no encontrándose con las arengas, cante cada uno su plaga diferente y partan la ganancia; pena de nuestra merced.

Que ningún mendigo pueda traer armas ofensivas ni defensivas de cuchillos arriba ni traiga guantes, pantuflos, anillos ni calzas atacadas; pena de las temporalidades.

Que puedan traer un paño sucio atado á la cabeza, tijeras, cuchillo, alesna, hilo, dedal, aguja, hortera, calabaza, esportillo, zurrón y talega; como no sean alforjas, costal, espuerta grande ni cosa semejante.

Que traigan bolsa, bolsico y retretes y cojan la limosna en el sombrero. Y mandamos que no puedan hacer ni hagan

landre en capa, capote ni sayo; pena que, siéndoles atisbada, la pierdan por necios.

Que ninguno descorne levas ni las divulgue ni brame al que no fuere del arte profeso en ella; y el que nueva flor entrevare, la manifieste á la pobreza, para que se entienda y sepa, siendo los bienes tales comunes, no habiendo entre los naturales estanco. Mas, por via de buena gobernacion, damos al autor privilegio, que lo imprima por un año y goce de su trabajo, sin que alguno sin su orden lo use ni trate; pena de nuestra indignación.

Que los unos manifiesten á los otros las casas de la limosna, en especial de juego y partes donde galanes hablaran con sus damas, porque allí está cierta y pocas veces falta.

Que ninguno críe perro de caza, galgo ni podenco ni en su casa pueda tener más de un gozquejo, para el cual damos licencia y que lo traiga consigo atado con un cordel ó cadennilla del cinto.

Que el que trajere perro, haciéndolo bailar y saltar por el arco, no se le consienta tener ni tenga puesto ni demanda en puerta de iglesia, estación ó jubileo, salvo que pida de pasada por la calle; pena de contumaz y rebelde.

Que ningún mendigo llegue al tajón á comprar pescado ni carne, salvo con extrema necesidad y licencia del médico, ni cante, taña, baile ni dance, por el escándalo, que en lo uno y en lo otro daría, lo contrario haciendo.

Damos licencia y permitimos que traigan alquilados niños hasta la cantidad de cuatro. Examinando las edades puedan los dos haber nacido de un vientre juntos, con tal que el mayor no pase de cinco años. Y que, si fuere mujer, traiga el uno criando á los pechos y, si hombre, en los brazos y los otros de la mano y no de otra manera.

Mandamos que los que tuvieren hijos, los hagan venteros, perchando con ellos las iglesias y siempre al ojo, los cuales pidan para sus padres, que están enfermos en una cama: esto

se entienda hasta tener seis años y, si fueren de mas, los dejen volar, que salgan ventureros, buscando la vida y acudan á casa con la pobreza á las horas ordinarias.

Que ningún mendigo consienta ni deje servir á sus hijos ni que aprenda oficio ni les den amos, que ganando poco trabajan mucho y vuelven pasos atrás de lo que deben á buenos y á sus antepasados.

Que el invierno á las siete ni el verano á las cinco de la mañana ninguno esté en la cama ni en su posada; sino que al Sol salir ó antes media hora vayan al trabajo y otra media antes que anochezca se recoja y encierre en todo tiempo, salvo en los casos reservados, que de Nos tiene licencia.

Permitimosles que puedan desayunarse las mañanas echando tajada, habiendo aquel día ganado para ello y no antes, porque se pierde tiempo y gasta dinero, disminuyendo el caudal principal; con tal que el olor de boca se repare y no se vaya por las calles y casas jugando de punta de ajo, tajo de puerro, estocada de jarro; pena de ser tenidos por inhábiles é incapaces.

Que ninguno se atreva á hacer embelecocos, levante alhaja ni ayude á mudar ni trastejar ni desnude niño, acometa ni haga semejante vileza; pena que será excluido de nuestra Hermandad y Cofradía y relajado al brazo seglar.

Que, pasados tres años, después de doce cumplidos en edad, habiéndolos cursado legal y dignamente en el arte, se conozca y entienda haber cumplido la tal persona con el Estatuto; no obstante que hasta aquí eran necesarios otros dos de jábega y sea tenida por profesa, haya y goce las libertades y excepciones por Nos concedidas, con que de allí adelante no pueda dejar ni deje nuestro servicio y obediencia, guardando nuestras Ordenanzas y so las penas dellas.

CAPITULO III

Cómo Guzmán de Alfarache fué reprehendido de un pobre jurisperito y lo más que le pasó mendigando.



EMÁS destas Ordenanzas, tenían y guardaban otras muchas, no dignas deste lugar, las cuales legislaron los más famosos poltrones de la Italia, cada uno en su tiempo las que le parecieron convenientes: que pudiera decir ser otra nueva Recopilación de las de Castilla. Ilustrábalas entonces un Alberto, por nombre propio y por el malo, Micer Morcón.

Teníamoslo en Roma por Generalísimo nuestro. Merecía por su talle, trato y loables costumbres la corona del Imperio, porque ninguno le llegó de sus antecesores. Pudiera ser príncipe de Poltronia y archibribón del cristianismo. Comiase dos mondongos enteros de carnero con sus morcillas, pies y manos, una manzana de vaca, diez libras de pan, sin zarandajas de principio y postre, bebiendo con ellos dos azumbres de vino. Y con juntar él solo más limosna que seis pobres ordinarios de los que más llegaban, jamás le sobró ni vendió comida, que le diesen, ni moneda recibió, que no la bebiese. Y andaba tan alcanzado, que nos era forzoso, como á vasallos de bien y malpasar, socorrerlo con lo que podíamos. Nunca lo vimos abrochado ni cubierto de la cinta para arriba ni puesto ceñidor ni mediacalza. Traía descubierta la cabeza, la barba rapada, reluciendo el pellejo, como si se lo lardaran con tocino.

Este ordenó que todo pobre trajese consigo escudilla de palo y calabaza de vino, donde no se le viese. Que ninguno tuviese cántaro con agua ni jarro en qué beberla y el que la bebiese fuera en un caldero, barreño ó tinajón ó cosa semejante, donde metiese la cabeza como bestia y no de otra manera. Que quien con la ensalada no brindase, no lo pudiese hacer en toda aquella comida ó cena y quedase con sed. Que ninguno no comprase ni comiese confites, conservas ni cosas dulces. Que las comidas tuviesen sal ó pimienta ó se la echasen antes del comerlas. Que durmiesen vestidos en el suelo, sin almohada y de espaldas. Que hecha la costa del día, ninguno trabajase ni pidiese.

Comia echado y en el invierno y verano dormía sin cobija. Los diez meses del año no salía de tabernas y bodegones.

Teníamos, como digo, nuestras leyes. Sabíalas yo de memoria; pero no guardaba más de las pertenecientes á buen gobierno y las tales, como si de mi observancia pendiera mi remedio. Toda mi felicidad era que mis actos acreditaran mi profesión y verme consumado en ella. Porque las cosas, una vez principiadas, ni se han de olvidar ni dejar, hasta ser acabadas; que es nota de poca prudencia muchos actos comenzados y acabado ninguno. Nada puse por obra, que soltase de las manos antes de verle el fin. Mas, como estaba verde y la edad no madura ni sazónada, faltábame la práctica. Hallábame más atajado cada día en casos que se ofrecían y en muchos erraba.

Una fiesta de los primeros de Setiembre, como á la una de la tarde, sali por la ciudad con un calor tan grande, que no lo puedo encarecer, creyendo que, quien me oyera pedir á tal hora, pensara obligarme gran hambre y me favorecieran con algo. Quise ver lo que á tales horas podía sacar, sólo por curiosidad. Anduve algunas calles y casas. De ninguna saqué más de malas palabras, enviándome con mal. Así lle-

gué á una, donde toqué con el palo á la puerta. No me respondieron. Bati segunda y tercera vez: tampoco. Vuelvo á llamar algo recio, por ser la casa grande.

Un bellacón, mozo de cocina, que debía de estar fregando, púsose á una ventana y echóme por cima un gran pailón de agua hirviendo y, cuando la tuve acuestas, dice muy desesperado: ¡Agua val! ¡guardaos debajo! Comencé á gritar, dando voces que me habían muerto. Verdad es que me escaldaron; mas no tanto como lo acriminaba. Con aquello hice gente. Cada uno decia lo que le parecía: unos que fué malhecho, otros que yo tenia la culpa, que si no tenia gana de dormir, que dejara los otros dormidos. Algunos me consolaron y entre los más piadosos junté alguna moneda, con que me fui á enjugar y reposar.

Iba entre mí diciendo: ¿Quién me hizo tan curioso, sacando el rio de su madre? ¿Cuándo podré reportarme? ¿Cuándo escarmentaré? ¿Cuándo me contentaré con lo necesario, sin querer saber más de lo que me conviene? ¿Cuál demonio me engañó y sacó del ordinario curso, haciendo más que los otros?

Llegaba cerca de mi casa y junto á ella vivia un viejo de casi setenta años de pobre, porque nació de padres del oficio y se lo dejaron por herencia, con que pasó su vida. Era natural cordobés: digolo para que sepáis que era tinto en lana. Trájolo su madre al pecho á Roma el año del Jubileo. Cuando me vió pasar de aquella manera, hecho un trapajo mojado, sucio, lleno de grasa, berzas y garbanzos, me preguntó el suceso. Yo se lo conté y él no podia tener la risa y dijo: Tú, Guzmanejo, bien me temo no seas otro Benitillo. Como te hierva la sangre, antes quieres ser maestro que discipulo. ¿No ves que haces mal en exceder de la costumbre? Pues por ser de mi pais y muchacho te quiero doctinar en lo que debes hacer. Siéntate y considera que no se ha de pedir por la siesta el verano y menos en las casas de

hombres nobles, que en las de los oficiales: es hora desacomodada, reposan todos ó quieren reposar, dales pesadumbre que nadie los despierte y se enfadan mucho con importunidades.

En llamando á una puerta dos veces, ó no están en casa ó no lo quieren estar, pues no responden. Pasa de largo y no te detengas, que, perdiendo tiempo, no se gana dinero.

No abras puerta cerrada; pide sin abrirla ni entrar dentro, que acontece abriendo, descuidados de lo que sucede, salir un perro, que se lleva media nalga en un bocado y no sé cómo nos conocen, que aun dellos estamos odiados. Y si perro faltare, no faltará un mozo desesperado, diciendo lo que no quieras oír, si acaso con eso poco se contenta.

Cuando pidas, no te rías ni mudes tono; procura hacer la voz de enfermo, aunque puedas vender salud, llevando el rostro parejo con los ojos, la boca justa y la cabeza baja.

Friégate las mañanas el rostro con un paño, antes liento, que mojado, porque no salgas limpio ni sucio. Y en los vestidos echa remiendos, aunque sea sobre sano y de color diferente. Que importa mucho ver á un hombre más remendado que limpio; pero no asqueroso.

Aconteceráte algunas veces llegar á pedir limosna y el hombre quitarse un guante y echar mano á la faltriguera, que te alegrarás, pensando que es para darte limosna, y verásle sacar un lienzo de narices, con que se las limpia. No por eso te ensañes ni lo gruñas, que por ventura estará otro á su lado, que te la quiera dar y, viéndote soberbio, te la quite.

Donde fueres bien recibido, acude cada día: que aumentando la devoción, crece tu caudal. Y no te apartes de su puerta sin rezar por sus difuntos y rogar á Dios que le encamine sus cosas en bien.

Responde con humildad á las malas palabras y con blandas á las ásperas, que eres español y por nuestra soberbia siendo malquistos, en todas partes somos aborrecidos: y quien

ha de sacar dinero de ajena bolsa, más conviene rogar que reñir, orar que renegar y la becerria mansa mama de su madre y de la ajena.

Donde no te dieran limosna, responde con devoción: ¡Loado sea Dios! El se lo dará á vuestras mercedes, con mucha salud, paz y contento desta casa, para que lo den á los pobres. Esta treta me valió muchos dineros, porque respondiéndoles con tal blandura y las manos puestas, levantándolas, con los ojos al cielo, me volvían á llamar y dabanme lo que tenían.

Demás desto, enseñóme á fingir lepra, hacer llagas, hinchar una pierna, tullir un brazo, teñir el color del rostro, alterar todo el cuerpo y otros primores curiosos del arte, á fin que no se nos dijese que, pues teníamos fuerzas y salud, que trabajásemos. Hizome muchas amistades. Tenia secretos curiosos de naturaleza con que se valia. Nada escondió de mí, porque le parecí capaz y entonces comenzaba. Y como ya él estaba el pie puesto en el estribo para la sepultura, quiso dejar capellán, que rogase á Dios por él. Así fué, que luego se murió.

Juntámonos algunos á referir con cuáles exclamaciones nos hallábamos mejor. Estudiábamolas de noche. Inventábamos modos de bendiciones. Pobre había, que sólo vivia de hacerlas y nos las vendia como farsas. Todo era menester para mover los ánimos y volverlos compasivos.

Los dias de fiesta madrugábamos á los perdones, previniendo buen lugar en las iglesias: que no alcanzaba poco quien cogía la pila del agua bendita ó la capilla de la estación. Salíamos á temporadas á correr la tierra, sin dejar aldea ni alqueria de la comarca, que no anduviésemos, de donde veníamos bien proveidos, porque nos daban tocino, queso, pan, huevos en abundancia, ropa de vestir, doliéndose mucho de nosotros. Pedíamos un traguito de vino por amor de Dios, que teníamos gran dolor de estómago. Donde-

quiera nos decían si teníamos en qué nos lo diesen. Llevábamos un jarrillo, como para beber, de algo menos de medio azumbre: siempre nos lo henchían. Luego en apartándonos de la puerta, lo vaciábamos en una bota, que no se nos caía colgando atrás del cinto, en que cabían cuatro azumbres. Y acontecía henchirla en una calle, que nos era forzoso ir á á casa y echarlo en una tinajuela, para volver por más.

De ordinario andábamos calzados, descalzos y cubiertas las cabezas, yendo descubiertos. Porque los zapatos eran unas chancletas muy viejas y muy rotas y el sombrero de lo mismo. Pocas veces llevábamos camisa, porque, pidiendo á una puerta con la humildad acostumbrada nuestra limosna, si decían: ¡perdonad, hermano! ¡Dios los ayude! ¡otro día daremos!, volvíamos á pedir unos zapatillos viejos ó sombrero viejo, ¡para este pobre que anda descalzo y descubierto al sol y al agua! ¡Bendito sea el Señor, que libró á vuestras mercedes de tanto afán y trabajo como padecemos! ¡Que él se lo multiplique y libre sus casas de poder de traidores, dándoles la salud para el alma y el cuerpo, que es la verdadera riqueza!

Si también decían: En verdad, hermano, que no hay que daros, no lo hay ahora, aún quedaba otro replicato, pidiendo ¡Una camisilla vieja, rota, desechada, para cubrir las carnes y curar las llagas de este sinventura pobre, que en el cielo lo hallan y los cubra Dios de su misericordia! ¡Por el buen Jesús se lo pido, que no lo puedo ganar ni trabajar, me veo y me deseo! ¡Bendita sea la limpieza de Nuestra Señora la Virgen María! Con esto ó con esotro, de acero eran las entrañas y el corazón de jaspe, que no se ablandaban.

Escapábanse pocas casas de donde no saliese prenda. Y cualquier par de zapatos no podían ser tan malos, tan desechado el sombrero ni la camisa, que se nos daba, tan vieja, que no valiera más de medio real. Para nosotros era mucho

y á quien lo daba no era de provecho ni lo estimaba. Era una mina en el cerro de Potosí.

Teníamos merchantes para cada cosa, que nos ponían la moneda sobre tabla, sahumada y lavada con agua de ángeles. Llevábamos de camino unos asnillos en que caminábamos á ratos en tiempo lloioso, para poder pasar los arroyos. Y si atisbábamos persona, que representase autoridad, comenzábamos á plaguearle de muchos pasos atrás, para que tuviera lugar de venir sacando la limosna. Porque, si aguardábamos á pedir al emparejar, muchos dejaban de darla, por no detenerse y nos quedábamos sin ella. De esotro modo se erraban pocos lances.

Otras veces, que había ocasión y tiempo, en devisando tropa de gente, nos apercibíamos á cojear, variando visajes, cargándonos á cuestras los unos á los otros, torciendo la boca, volteando los párpados de los ojos para arriba, haciéndonos mudos, cojos, ciegos y, valiéndonos de muletas, siendo sueltos más que gamos, metíamos las piernas en vendos, que colgaban del cuello, ó los brazos en orillos. De manera, que con esto y buena labia, ¡que Dios les diese buen viaje y llevase con bien á ojos de quien bien querían!, siempre valía dinero. Y esta llamábamos venturilla, por ser en des poblado y por suceder veces muy bien y en otras no llegar más de lo que tasadamente nos era necesario para el camino.

Teníamos por excelencia bueno sobre todo que no se hacía fiesta de que no gozásemos, teniendo buen lugar, ni aun banquete donde no tuviésemos parte. Oliamoslo á diez barrios. No teníamos casa y todas eran nuestras: que portal de cardenal, embajador ó señor no podía faltar. Y corriendo todo túrbio, de los pórticos de las iglesias nadie nos podía echar. Y no teniendo propiedad, lo poseíamos todo. También había quien tenía torreoncillos viejos, edificios arruinados, aposentillos de poca sustancia, donde nos reco-

giamos. Que ni todos andábamos ventureros ni todos teníamos pucheros. Mas yo, que era muchacho, donde me hallaba la noche, me entregaba al siguiente día. Y así, aunque los llevaba malos, la juventud resistía, teniéndolos por muy buenos.

CAPITULO IV

En que Guzmán de Alfarache cuenta lo que le sucedió con un caballero y las libertades de los pobres.



NA verdadera señal de nuestra predestinación es la compasión del prójimo. Porque tener dolor del mal ajeno, como si fuese propio, es acto de caridad, que cubre los pecados y en ella siempre habita Dios. Todas las cosas con ella viven y sin ella mueren. Que ni el don de profecía ni conocimiento de misterios ni ciencia de Dios ni toda la fe, faltando caridad, es nada. El amar á mi prójimo, como me amo á mi, es entre todos el mayor sacrificio, por ser hecho en el templo de Dios vivo. Y sin duda es de gran merecimiento recibir uno tanto pesar de que su hermano se pierda, como placer de que el mismo se salve.

Es la caridad fin de los preceptos. El que fuere caritativo, el Señor será con él misericordioso en el día de su justicia. Y como nada merezcamos por nosotros y ella sea don del cielo, es necesario pedir con lágrimas que se nos conceda y hacer obras con que alcanzarla, humedeciendo la sequedad hecha en el alma y durezas del corazón. Que no será desechado el humillado y contrito; antes le acudirá Dios con su gracia, haciéndole señaladas mercedes. Y aunque la riqueza, por ser vecina de la soberbia, es ocasión á los vicios desflaqueciendo las virtudes, á su dueño peligrosa,

señor tirano y esclavo traidor, es de la condición del azúcar, que, siendo sabrosa, con las cosas calientes calienta y refresca con las frías. Es al rico instrumento para comprar la bienaventuranza por medio de la caridad. Y aquel será caritativo, verdaderamente rico, que, haciendo rico al pobre, se hiciere pobre á sí, porque con ello queda hecho discípulo de Cristo.

Yo estaba un día en el zaguán de la casa de un cardenal, envuelto y revuelto en una gran capa parda, tan llena de remiendos, unos cosidos en otros, que tenia por donde menos tres telas, sin que se pudiera conocer de qué color había sido la primera. Tenia un canto como una tabla para el tiempo, harto mejor que la mejor frazada, porque abrigaba mucho y no la pasara el aire, agua ni frio ni, estoy por decir, un dardo.

Entrólo á visitar un caballero. Parecia principal en su persona y acompañamiento. El cual, como me vió de aquella manera, creyó debiera estar malo de ciciones y fué que, habiéndome quedado allí la noche antes, como era invierno y aventaba fresco, estábame quedo hasta que entrara bien el día. Paróse á mirarme y llamóme. Saqué la cabeza y con el susto de ver aquel personaje junto á mí, no sabiendo qué pudiera ser, mudé la color. Parecióle que temblaba y dijome: Cúbrete, hijo, estate quedo. Y sacó de las faltriqueras lo que llevaba, que seria cantidad hasta trece reales y medio, y diómelos y tomélos y quedé fuera de mí, tanto de la limosna, como ver cuál iba levantando los ojos.

Creo por sin duda, debía decir: ¡Bendigante, Señor, los angeles y tus cortesanos del cielo, todos los espíritus te alaben, pues los hombres no saben y son rudos!, que no siendo yo de mejor metal y no sé si de mejor sangre que aquél, yo dormi en cama y él durmió en el suelo, yo voy vestido y él queda desnudo, yo rico y él necesitado; yo sano, él enfermo, yo admitido y él despreciado. Pudiendo haberle dado

lo que á mi me diste, mudando las plazas, fuiste, Señor, servido de lo contrario. Tú sabes por qué y para qué. ¡Sálvame, Señor, por tu sangre!, que ésa será mi verdadera riqueza, tenerte á ti y sin ti no tengo nada.

Digo yo que aquel sabia verdaderamente granjear los talentos, que, no considerando á quien lo daba, sino por quien lo daba, viéndome y viéndose, me dió lo que llevaba con mano franca y ánimo de compasión. Estos tales ganaban por su caridad el cielo por nuestra mano y nosotros lo perdíamos por la de ellos, pues con la golosina del recibir, pidiendo sin tener necesidad, lo quitábamos al que la tenia, usurpando nuestro vicio el oficio ajeno.

Andábamos comidos, bebidos, lomienhiestos. Teníamos una vida, que los verdaderamente senadores y aun comedores, nosotros éramos: que, aunque no tan respetados, la pasábamos más reposada, mejor y de menos pesadumbre y dos libertades aventajadas más que todos ellos ni que algún otro romano, por calificado que fuese. La una era libertad en pedir sin perder, que á ningún honrado le está bien. Porque la miseria no tiene otra mayor, que hallarse un hombre tal, obligado alguna vez á ello, para socorrer lo que le hace menester, aunque sea su propio hermano. Porque compra muy caro el que recibe y más caro vende quien lo da al que lo agradece. Y si en esto del pedir he de decir mi parecer, es lo peor que tiene la vida del pobre, siéndole forzoso, porque aunque se lo dan, le cuesta mucho pedirlo.

Mas te diré cuál sea la causa, que el pedir escuece y duele tanto. Como el hombre sea perfecto animal racional, criado para eternidad, semejante á Dios, como él dice, que, cuando lo quiso hacer, asistiendo á ello la Santísima Trinidad, dijo: Hagámosle á nuestra imagen y semejanza; también te pudiera decir cómo se ha de entender esto; mas no es éste su lugar. Quedó el hombre hecho, saliendo con aquel natural, todos inclinados á querernos endiosar, avecindándonos cuan-

to mas podemos, y siempre andamos con esta sed secos y con esta hambre flacos.

Vemos que Dios crió todas las cosas. Nosotros queremos lo mesmo. Ya que no podemos, como su Divina Majestad, de nada, hacemoslo de algo, como alcanza nuestro poder, procurando conservar los individuos de las especies, en el campo los animales, los peces en el agua, las plantas en la tierra y asi en su natural cada cosa de las del mundo. Miró las obras hechas de sus manos, parecióronle muy bien, como manos benditas y poderosas. Alegróse de verlas, que estaban á su gusto.

Eso pasa hoy al pie de la letra. Queremos hacer ó contra-hacer. ¡Cuán bien me parece el ave que en mi casa crió, el cordero que nace en mi cortijo, el árbol que planto en mi huerto, la flor que en mi jardin sale! Como me huelgo de verlo en tal manera, que aquello que no crié, hice ó planté, aunque sea muy bueno, lo arrancaré, destruiré y desharé, sin que me dé pesadumbre, y lo que es obra de mis manos, hijo de mi industria, fruto de mi trabajo, aunque no sea tal, como hechura mia, me parece y la quiero bien.

Del árbol de mi vecino y del conocido, no sólo quitaré la flor y fruto; mas no le dejaré hoja, ni rama, y si se me antojare, cortaréle el tronco. Del mio me llega al alma, si hallo una hormiga que le dañe ó pájaro que le pique, porque es mio. Y en resolución, todos aman sus obras. Asi, en quererlas bien me parezco al que me crió y dél lo heredé yo.

En todos los más actos es lo mismo. Es muy proprio en Dios el dar y muy improprio el pedir, cuando no es para nosotros mismos. Que lo que nos pide, no lo que quiere para sí ni le hace necesidad al que es remedio de toda necesidad y hartura de toda hambre. Mucho tiene y puede dar y nada le puede faltar. Todo lo comunica y reparte, cual tu pudieras dejar sacar agua de la mar y con mayor largueza, lo que va de tu miseria á su misericordia.

Queremos también parecerle en esto. A su semejanza me hizo, á él he de semejar, como á la estampa lo estampado. ¡Qué locos, qué perdidos, qué deseosos y desvanecidos andamos todos por dar al avariento! El guardoso, el rico, el logrero, el pobre, todos guardan para dar; sino que los más entienden menos, como he dicho antes de agora, que lo dan después de muertos.

Si preguntases á éstos, que llegan el dinero y lo entierran en vida ¿para qué lo guardan?, responderían los unos que para sus herederos, otros que para sus almas, otros que para tener que dejar y todos desengañados de que consigo no se lo han de llevar. Pues ves cómo lo quieren dar, sino que es fuera de tiempo, como un aborto, que no tiene perfección.

Mas al fin éste es nuestro fin y deseo. ¡Qué Dios se halla un hombre, cuando con ánimo generoso tiene que dar y lo da! ¡Qué dulce le queda la mano, alegre el rostro! ¡Qué descansado el corazón! ¡Qué contenta el alma! ¡Quitánsele las canas, refréscasele la sangre, la vida se le alarga y tanto, mucho sin comparación, más cuanto sabe que tiene para ello, sin temor que le hará falta.

De donde queriendo hacer lo que hace el que como á si nos hizo, gustamos tanto en el dar y sentimos el pedir y aquellos con quien la divina mano fué tan franca, que habiéndolos hecho y de ánimo noble, que es otro don particular, se hallan oprimidos, faltos de bienes, querrian padecer antes cualquier miseria, que pedir á otro que se la socorra.

Destos es de quien se debe tener lastima y éstos son á los que á manos llenas habia todo el mundo de favorecer y en esto se conoce quien les hace amistad y se la muestra. Que viendo al necesitado, lo socorren sin que lo pida; que, si aguardan á ese punto, ni le da ni le presta: deuda es que le paga, con logro lo vende y con ventajas. Ese es el amigo,

que socorre á su amigo y este llamo socorro, con el que corro. Yo he de darlo, que no han de pedirlo; con él he de correr, que no esperar ni andar.

Si me detuve y no satisface, perdona mi ignorancia, recibiendo mi voluntad. Así que la libertad en pedir sólo al pobre le es dada. Y en esto nos igualamos con los reyes y es particular privilegio poderlo hacer y no ser bajeza, como lo fuera en los más. Pero hay una diferencia: que los reyes piden al común para el bien común, por la necesidad que padecen, y los pobres para sí solos, por la mala costumbre que tienen.

La otra libertad es de los cinco sentidos. ¿Quién hay hoy en el mundo, que más licenciosa ni francamente goce dellos, que un pobre, con mayor seguridad ni gusto? Y pues he dicho gusto, comenzaré por él, pues no hay olla que no espumemos, manjar de que no probemos, ni banquete de donde no nos quepa parte. ¿Dónde llegó el pobre, que si hoy en una casa le niegan, mañana no le den? Todas las anda, en todas pide, de todas gusta y podrá decir muy bien en cuál se sazona mejor.

El oír, ¿quién oye más que el pobre? Que como desinteresados en todo género de cosa, nadie se recela que los oiga. En las calles, en las casas y en las iglesias, en todo lugar se trata cualquier negocio, sin recelarse dellos, aunque sea caso importante. Pues de noche, durmiendo en las plazas y calles ¿qué musica se dió, que no la oyésemos? ¿Qué requiebro hubo, que no lo supiésemos? Nada nos fué secreto y de lo público mil veces lo sabiamos mejor que todos, porque oíamos tratar dello en más partes que todos.

Pues el vér, ¿cuán francamente lo podiamos ejercitar sin ser notados ni haber quien lo pidiese ni impidiese? ¿Cuántas veces me acusé que, pidiendo en las Iglesias, estaba mirando y alegrándome? Quiero decir, para mejor aclararme, codiciando mujeres de rostros angélicos, cuyos amantes no se atre-

vieran ni osaran mirar, por no ser notados y á nosotros nos era permitido.

Oler, ¿quién más pudo oler, que nosotros, que nos llaman oledores de casas ajenas? Demás que, si el olor es mejor, cuanto nos es más provechoso nuestro ámbar y almizcle, mejor que todos y más verdadero era un ajo, que no faltaba de ordinario, preservativo de contagiosa corrupción. Y si otro oler queríamos, nos íbamos á una esquina de las calles, donde se venden estas cosas y allí estábamos al olor de los coletos y guantes aderezados, hasta que los polvillos nos entraban por los ojos y narices.

El tacto querrás decir que nos faltaba, que jamás pudo llegar á nuestras manos cosa buena. Pues desengañaos, ignorantes: que es diferente la pobreza de la hermosura. Los pobres tocan y gozan cosas tan buenas como los ricos y no todos alcanzan este misterio. Pobre hay, que con su mendiguez y pobreza sustenta mujer, que el muy rico desea mucho gozar y quiere más á un pobre, que la dé y no la falte, que á un rico, que la infame. Y ¡cuántas veces algunas damas me daban de su mano la limosna! No sé lo que los otros hacían; mas yo con mi mocedad trababa della con las mias y en modo de reconocimiento devoto no la soltaba hasta hábersela besado.

Mas esto es gran miseria y bobería; que sobre todas las cosas, gusto, vista, olfato, oído y tacto, el principal y verdadero de todos los cinco sentidos juntos era el de aquellas rubias caras de los encendidos doblones, aquella hermosura de patacones, realeza de Castilla, que ocultamente teníamos y con secreto gozábamos en abundancia. Que tenerlos para pagarlos ó emplearlos no es gozarlos. Gozarlos es tenerlos de sobra, sin haberlos menester más de para confortación de los sentidos. Aunque otros dicen que el dinero nunca se goza hasta que se gasta.

Traíamoslos cosidos en unas almillas de remiendos, en lu-

gar de jubones, pegados á las carnes. No habia remiendo, por sucio y vil que fuera, que no valiera para un vestido nuevo razonable. Todos manábamos oro, porque, comiendo de gracia, la moneda que se ganaba, no se gastaba. Y ese te hizo rico, el que te hizo el pico. Grano á grano hinche la gallina el papo. Llegábamos á tener caudal, con que algún honrado levantara los pies del suelo y no pisara lodos. Descansa un poco en esta venta; que en la jornada del capitulo siguiente oirás lo que aconteció en Florencia con un pobre, que alli falleció, contemporáneo mio, en quien conocerás el tacto nuestro, si es como quiera bueno.

CAPITULO V

En que Guzmán de Alfarache cuenta lo que aconteció en su tiempo con un mendigo, que falleció en Florencia.



UY ordinaria cosa es á todo pobre ser tracista, desvelándose noches y dias, buscando medios para su remedio y salir de laceria. En todas partes acontece. Y aunque dicen que en materia de crueldad Italia lleva la gala y en ella más los de la comarca de Génova, no creo que va en la tierra, sino en la necesidad y codicia. Diciéndose destes, que lo tienen todo, sus mismos naturales ciudadanos vinieron á llamarlos moros blancos. Ellos, para vengarse y echarles las cabras, dicen que quien descubre la alcabala, ese la paga; que no se dijo por ellos ni se ha de entender sino por los tratantes de Génova, que traen las conciencias en faltriqueras descosidas, de donde se les pierde y ninguno la tiene.

Uno dijo que no; que de más atrás corría. Y era que, cuando los genoveses ponen sus hijos á la escuela, llevan consigo las conciencias, juegan con ellas, hacen travesuras: unos las olvidan, otros perdidas allí se las dejan. Cuando barren la escuela y las hallan, danlas al maestro. El cual con mucho cuidado las guarda en una arca, porque otra vez no se les pierdan. Quien después la ha menester, si se acuerda dónde la puso, acude á buscarla. Como el maestro guardó tantas y las puso juntas, no sabe cual es de cada uno. Dale la primera que halla y vase con ella, creyendo llevar la suya

y lleva la del amigo, la del conocido ú deudo. Dello resulta que, no trayendo ninguno la propia, miran y guardan las ajenas. Y de aquí quedó el mal nombre.

¡Ah, ah España! ¡amada patria, custodia verdadera de la fe! ¡Téngate Dios de su mano, cómo hay en ti mucho desto! también tienes maestros, que truecan las conciencias y hombres, que las traen trocadas. Cuántos, olvidados de sí, se desvelan en lo que no les toca: la conciencia del otro reprehenden, solicitan y censuran.

Hermano, vuelve sobre ti, deshace el trueco. No espulgues la mota en el ojo ajeno; quita la viga del tuyo. Mira que vas engañado. Eso que piensas, que descarga tu conciencia, es burla y tú te burlas de ti. No disimules tu logro, diciendo: fulano es mayor logrero. No hurtes y te consuelen ó disculpes con que el otro es mayor ladrón. Deja la conciencia ajena; mira la tuya. Esto te importa á ti. Aparte cada uno de sí lo que no es suyo y los ojos del pecado ajeno, pues ni la idolatria de Salomón ni el sacrilegio de Judas desculpan el tuyo: á cada uno darán su castigo merecido.

Como te inclinas á lo dañoso y malo, ¿por qué no imitas al bueno y virtuoso, que ayuna, confiesa, comulga, hace penitencia, actos de santidad y buena vida? ¿Es por ventura más hombre que tú? ¿Dejas, como el enfermo, lo que te ha de sanar y comes lo que te ha de dañar? Pues yo te prometo que importara para tu salvación acordarte de ti y olvidarte de mí.

Donde hay muchas escuelas de niños y maestros, que guardan conciencias, aunque, como digo, ninguna ciudad, villa ni lugar se escapa en todo el mundo, es en Sevilla, de los que se embarcan para pasar la mar, que los más dellos, como si fuera de tanto peso y valume, que se hubiera de hundir el navio con ellas, así las dejan en sus casas ó á sus huéspedes, que las guarden hasta la vuelta. Y si después las cobran, que para mí es cosa dificultosa, por ser tie-

rra larga, donde no se tiene tanta cuenta con las cosas, bien. Y si no, tampoco se les da por ellas mucho. Y si allá se quedan, menos.

Por esto en aquella ciudad anda la conciencia sobrada de los que se la dejaron y no volvieron por ella. No quiero pasearme por las gradas ó lonja ni entrar en la plaza de San Francisco ni anegarme en el río. Déjese á una banda todo género de trato y contrato, que sería, si comenzase, no salir dello. Apuntado se quede y como sí lo dijera, piensen que lo digo, que quizá lo diré algún día.

Hubo un hombre, natural de un lugar cerca de Génova, gran persona de invenciones y de sutil ingenio. Llamábase Pantalón Casteleto. Pobre mendigo, que, como fuese casado en Florencia y le naciese un hijo, desde que la madre le parió anduvo el padre maquinando cómo dejarle de comer, sin obligarle á servir ni á tomar oficio. Allá dicen vulgarmente: ¡Dichoso el hijo que tiene á su padre en el infierno! Aunque yo lo llamo desdichado, pues no es posible lograr lo que le dejó ni llegar á tercero poseedor.

Este me parece que, por dejar el suyo bien parado y reparado, se puso á peligro. Y aunque por ser casado, que es particular granjeria y largo de contar casar pobres con pobres y ser todos de un oficio, tenían razonablemente lo que les era menester y qué poder dejar á su heredero para un moderado trato; no se quiso fiar de la fortuna.

Púsosele en la imaginación la crueldad más atroz, que se puede pensar. Estropeólo, como lo hacen muchos de todas las naciones en aquellas partes, que de tiernos los tuercen y quiebran, como si fueran de cera, volviéndolos á entallar de nuevo, según su antojo, formando varias monstruosidades dellos, para dar más lástima. En cuanto son pequeños, ganan de comer para su vejez y después con aquella lesión les dejan buen patrimonio, con que pasan su carrera.

Mas este quiso aventajarse con géneros de tormentos, mar-

tirizando al pobre y tierno infante. No se los dió todos de una vez; que, como crecía, se los daba, como camisas ó baños, uno seco y otro puesto, hasta venirlo á dejar entallado, como te lo pinto.

Cuanto á lo primero, no le tocó ni pudo en lo que recibió de naturaleza. Tenia, con toda su desdicha, buen entendimiento, era decidor y gracioso. En lo que le dió, que fué la carne, comenzando por la cabeza, se la torció y traída casi atrás, caído el rostro sobre el hombro derecho. Lo alto y bajo de los párpados de los ojos eran una carne. La frente y cejas quemadas, con mil arrugas.

Era corcovado, hecho su cuerpo un ovillo, sin hechura ni talle de cosa humana. Las piernas vueltas por cima de los hombros, desencasadas y secas. Tenia sanos los brazos y la lengua. Andaba como en jaula, metido en un arquetoncillo, encima de un borrico y con sus manos lo regia; salvo que para subir ó bajar buscaba quien lo hiciese y no faltaba.

Era, como digo, gracioso, decia muchas y muy buenas cosas. Con esto andaba tan roto, tan despedazado, tan miserable, que toda Florencia se dolía dél y así por su pobreza, como por sus gracias le daban mucha limosna.

Desta manera vivió setenta y dos años, poco más, al cabo de los cuales le dió una grave dolencia, de que claramente conoció que se moria. Viéndose en este punto y en el de salvarse ó condenarse, como era discreto, revolvió sobre sí, pareciendole no ser tiempo de burlas ni de confesiones para cumplir con la parroquia. Era la postrera y quiso que fuese la valedera. Pidió un confesor conocido suyo, de muchas letras y gran opinión en vida, costumbres y doctrina. Con él trató sus pecados, comunicando sus cosas de manera, que ordenó hacer su testamento con las más breves y compendiosas palabras, que se puede imaginar. Porque hecha la cabeza, por ser oficio del notario, él en lo que le tocaba dijo así:

Mando á Dios mi alma, que crió y mi cuerpo á la tierra, el cual entierren en mi parroquia.

Iten mando que mi asno se venda y con el precio dél se cumpla mi entierro y el albarda se le dé al Gran Duque mi señor, á quien le pertenece y es por derecho suya, al cual nombro por mi albacea y della le hago universal heredero.

Con esto cerró su testamento, debajo de cuya disposición falleció. Como todos le tenían por decidór, creyeron que se habían emparejado muerte y vida, todo gracias, como suele acontecer á los necios; mas, cuando el Gran Duque supo lo testado, que luego se lo dijeron, como conoció al testador y lo tenía por discreto, coligió no vacar la cláusula de misterio. Mandó que le llevaran á palacio su herencia y, teniéndola presente, la fueron descosiendo pieza por pieza y sacaron della de diferentes monedas y apartados, en que estaban, todas en oro, cantidad que montaba de los nuestros castellanos tres mil y seiscientos escudos de á cuatrocientos maravedis cada uno.

Al pobre le aconsejaron y le pareció que aquello no era suyo ni se podía restituir de otra manera que dejándolo al señor natural, á cuyo cargo estaban todos los pobres, con que descargaba su conciencia. El Gran Duque, como príncipe tan poderoso y señor generoso, mandó que de todo ello se hiciesen algunas memorias perpetuas, que le ordenó por su alma, como buen cabezalero y mejor caballero.

¿Qué dirás ahora del trato deste pobre? No es el tuyo tal ni con gran parte; aunque goces de otra Venus. Destas dos ventajas éramos dueños, que ninguno era tan franco en ellas, sin otras muchas, que pudiera referir.

Cuando me pongo á considerar los tiempos, que gocé y por mi pasaron, no porque se me antoje ni tenga olvidados los trabajos, para que los que agora padezco en esta galera me parezcan mayores ó no tales; mas no hay duda, que sus

memorias estimo en mucho. Aquel tener siempre la mesa puesta, la cama hecha, la posada sin embarazo, el zurrón bastecido, la hacienda presente, el caudal en pie, sin miedo de ladrones ni temor de lluvias, sin cuidado de Abril ni recelo de Mayo, que son la polilla de los labradores, no desvelado en trajes ni costumbres, sin prevención de lisonjas, sin composición de mentiras para valer y medrar. ¿Qué sustentaré, para que me estimen? ¿Cómo visitaré, para que no me olviden? ¿Cómo acompañaré, para dejar obligados? ¿Qué achaque buscaré, para hablarles, porque me vean? ¿Cómo madrugaré, para que me tengan por solícito y más cuanto es el tiempo más riguroso? ¿Cómo trataré de linajes, para encajar la limpieza del mio? ¿Cómo descubriré al otro su falta, para que quien oyere que la murmuro piense que yo no la tengo? ¿Cómo tendré conversación, para hacer ostentación? ¿Por dónde rodearé, para encajar mi dicho? ¿A qué corrillos iré, que yo sea el gallo y en saliendo dellos no me murmuren, como hice de los otros?

¡Oh! ¡Esto de los corrillos y murmuraciones, y cómo es larga la historia! ¡Quien tuviera lugar de significar lo mal que parece un hidalgo ser sastre de tan mala ropa, que no hay religioso á quien no corten loba con falda ni mujer honrada queda sin saya entera! ¡Visten al Santo y al pecador al talle largo.

Quédese aquí, porque, si vivimos, allá llegaremos. ¿A cuál derecha regla, recorrido nivel y medido compás ha de ajustarse aquel desventurado pretendiente, que por el mundo ha de navegar, esperando fortuna de mano ajena? Si ha de ser buena, ¡qué tarde llega! Si mala, ¡qué presto ejecuta! Por más que se ajuste, ha de pecar de falso y falto. Si no es bienquisto, todo se le nota. Si habla, aunque bien, le llaman hablador; si poco, que es corto; si de cosas altas y delicadas, temerario, que se mete en honduras, que no entiende; si de no tales, abatido. Si se humilla, es infame; si se

levanta, soberbio; si acomete, desbaratado y loco; si se reporta, cobarde; si mira, embelesado; si se compone, hipócrita; si se ríe, inconstante; si se mesura, saturnino; si afaible, tenido en poco; si grave, aborrecido; si justo, cruel; si misericordioso, buey manso.

De toda esa desventura tienen los pobres carta de guía, siendo señores de si mismos, francos de pecho ni derrama, lejos de emuladores. Gozan su vida sin almotacén que se la denuncie, sastré que se la corte ni perro que se la muerda.

Tal era la mia, si el tiempo y la fortuna, consumidores de las cosas, que no consienten permanecer en un estado alguna, no me derribaran del mío, declarando por el color de mi rostro y libres miembros estar de salud rico, no llagado ni pobre, según lo publicaban mis lamentaciones.

Porque, como una vez me sentase á pedir limosna en la ciudad de Gaeta en la puerta de una iglesia, donde por curiosidad quise ir á ver si la caridad y limosna igualaba con la de Roma, descubrí mi cabeza, como recién llegado y no prevenido de lo necesario. Para luego y presto valime de tiña, que sabía contrahacer por excelencia. Entrando el gobernador, pasó por mí los ojos, dióme limosna, fuéme razonable algunos días.

Y como la codicia rompe el saco, parecióme un día de fiesta sacar nueva invención. Hice mis preparamentos, adreché una pierna, que valía una viña. Fuime á la iglesia con ella, comencé á entonar la voz, alzando de punto la plaga, como el que bien lo sabía. Mi desgracia lo quiso ó mi poco saber, que siempre de la ignorancia y necedad proceden los acaecimientos.

No tenía yo para qué buscar pan de trastrigo ni andar hecho truecaborricas en pueblo corto. Pasara con mi tiña, que me daba de comer y estaba recebida, sin andarme buscando mas retartalillas ni ensayando invenciones. Vino el gover-

nador aquel dia en aquella iglesia para oír misa y, como me reconocí, hizome levantar, diciendo: Vente conmigo, daréte una camisa, que te pongas. Creílo. Fuí con él á su posada. Si supiera lo que me quería, no sé si me alcanzara con una culebrina ni me asiera en sus manos, por buena maña que se diera.

Cuando allá estuve, miróme al rostro y dijo: Con esos colores y frescura de cuerpo, que estás gordo, recio y tieso, ¿cómo tienes así esa pierna? No acuden bien lo uno á lo otro. Respondí turbado: No sé, señor, Dios ha sido servido dello. Luego conocí mi mal y atisbaba la salida, para si pudiera tomar la puerta. No pude, que estaba cerrada. Mandó llamar un cirujano, que me examinase.

Vino y miróme de espacio. A los principios turbélo, que no sabía qué fuese; mas luego se desengañó y le dijo: Señor, este mozo no tiene más en su pierna, que yo en los ojos. Y para que se vea claramente, lo mostraré. Comenzó á desenfardelarme: desenvolviendo adobos y trapos, me dejó la pierna tan sana, como era verdad que lo estaba. Quedó el gobernador admirado en verme de aquella manera y más de mi habilidad. Yo pasmé, sin saber qué decir ni hacer. Y si la edad no me valiera, otro que Dios no me librara de un ejemplar castigo. Mas el ser muchacho me reservó de mayor pena y en lugar de la camisa, que me prometió, mandó que el verdugo en su presencia me diese un jubón para debajo de la rota, que yo llevaba y que saliese de la ciudad luego al momento. Mas, aunque no me lo mandaran, en cuidado lo tenía, que allí no quedara, si señor della me hicieran.

Fuí temeroso, temblando y encogido, volviendo de cuando en cuando atrás la cabeza, sospechoso si, pareciéndoles no llevar bastante recaudo, quisieran darme otra vuelta. Con esto me fui á la tierra del Papa, acordándome de mi Roma y echándole á millares las bendiciones, que nunca re-

paraban en menudencias ni se ponian á espulgar colores; cada uno busque su vida, como mejor pudiere. Al fin tierra larga, donde hay que mariscar y por donde navegar; y no por estrechos, siempre por la canal, donde á pocos bordos, con poca tormenta, darás en bajios, quedando roto y desbaratado.

CAPITULO VI

Cómo vuelto á Roma Guzmán de Alfarache, un cardenal, compadecido dél, mandó que fuese curado en su casa y cama.



IENT es verdad natural en los de poca edad tener corta vista en las cosas delicadas, que requieren gravedad y peso, no por defecto del entendimiento, sino por falta de prudencia, la cual pide experiencia y la experiencia tiempo. Como la fruta ver-

de malsazonada no tiene sabor perfecto, antes acedo y desabrido, así no le ha llegado al mozo su maduro. Fáltale el sabor, la especulación de las cosas y conocimiento verdadero dellas. Y no es maravilla que yerre; antes lo sería, si acertase. Con todo esto el buen natural de ordinario siempre tiene más capacidad para las consideraciones.

Conoci del mío, que muchas veces me levantó el espíritu más de lo que pedían mis años, poniéndome, como el aguililla sus pollos, los ojos clavados en el sol de la verdad, considerando que todas mis trazas y modos de engañar era engañarme á mi mesmo, robando al verdaderamente necesitado y pobre lisiado, impedido del trabajo, á quien aquella limosna pertenecía, y que el pobre nunca engaña ni puede, aunque su fin es ése. Porque quien da no mira al que lo da y el que pide es el reclamo, que llama las aves y él se está en su percha seguro.

El mendigo con el reclamo de sus lamentaciones recibe

la limosna, que convierte en útil suyo, metiendo á Dios en su voz, con que lo hace deudor, obligándole á la paga. Por una parte me alegraba, cuando me lo daban, por otra temblaba entre mí, cuando me tomaba la cuenta de mi vida. Porque, sabiendo cierto ser aquel camino de mi condenación, estaba obligado á la restitución, como hizo el florentin. Mas, cuando algunas veces veía que algunos hombres poderosos y ricos con curiosidad se ponían á hacer especulación para dar una desventurada moneda, que es una blanca, no lo podía sufrir: gastábaseme la paciencia y aun hoy se me refresca con ira, envistiéndoseme un furor de rabia en contra de ellos, que no sé como lo diga.

¿Rico amigo, no estás harto, cansado y ensordecido de oír las veces que te han dicho que lo que hicieres por cualquier pobre, que lo pide por Dios, lo haces por el mismo Dios y él mismo te queda obligado á la paga, haciendo deuda ajena, suya propia?

Somos los pobres como el cero de guarismo, que por sí no vale nada y hace valer á la letra, que se le allega y tanto más, cuantos más ceros tuviere delante. Si quieres valer diez, pon un pobre par de ti y cuantos más pobres remediases y más limosna hicieres, son ceros, que te darán para con Dios mayor merecimiento. ¿Qué te pones á considerar si gano, si no gano, si me dan, si no me dan? Dame tú lo que te pido, si lo tienes y puedes, que, cuando no por Dios, que te lo manda, por naturaleza me lo debes; y no entiendas que lo que tienes y vales es por mejor lana, sino por mejor cardada y el que á tí te lo dió y á mí me lo quitó, pudiera descruzar las manos y dar su bendición al que fuera su voluntad y la mereciera.

No seas especulador ni hagas elecciones. Que si bien lo miras, no son sino avaricia y excusas para no darla. Yo lo sé, alarga el ánimo para ello y que veas el efecto de la limosna.

Oye lo que cuenta Sofronio, á quien cita Canisio, varon docto. Teniendo una mujer viuda una sola hija, muy hermosa doncella, el emperador Zenón se enamoró della y por fuerza contra toda su voluntad la estupró, gozándola con tirania. La madre, viéndose affigida por ello y ultrajada, teniendo gran devoción á una imagen de nuestra Señora, cada vez que á ella se encomendaba, decía: Virgen Maria, venganza y castigo te pido desta fuerza y afrenta, que Zenón, tirano emperador, nos hace. Dice que oyó una voz, que le dijo: Ya estuvieras vengada, si las limosnas del emperador no nos huvieran atado las manos.

Desata las tuyas en favorecer los mendigos, que es tu interese y te va más á ti en darlo, que á ellos en recibirlo. No hizo Dios tanto al rico para el pobre, como al pobre para el rico. No tengas con decir quién lo merece mejor. No hay más de un Dios, por ése te lo piden, á él se lo das, todo es uno y tú no puedes entender la necesidad ajena cómo aprieta ni es posible conocerla en lo exterior que juzgas, pareciéndote no estar sano y no ser justo darle limosna. No busques escapatorias para descabullirte; déjalo á su dueño. No es á tu cargo el examen; jueces hay á quien toca. Si nó, miralo por mí, si hubo descuido en castigarme: lo mismo hará á los demás.

No te pongas, ¡oh tu de malas entrañas!, en acecho, que ya te veo. Digo que la caridad y limosna su orden tiene. No digo que no la ordenes; sino que la hagas, que la des y no la espulgues si tiene, si no tiene, si dijo, si hizo, si puede, si no puede. Si te la pide, ya se lo debes. Caro le cuesta, como he dicho, y tu oficio sólo es dar. El corregidor y el regidor, el prelado y su vicario abran los ojos y sepan cuál no es pobre, para que sea castigado. Ese es su oficio, esa es dignidad: cruz y trabajo. No los hicieron cabezas para comer el mejor bocado, sino para que tengan mayor cuidado; no para reir con truhanes, sino para gemir las desventuras

del pueblo; no para dormir y roncar, sino para velar y suspirar, teniendo como el dragón continuamente clara la vista del espíritu.

Así que á ti te toca solamente el dar de la limosna. No pienses que cumples, dando lo que no te hace provecho y lo tienes á un rincón para echarlo al muladar. Que, como si el pobre lo fuese, das en él con ello, no tanto por dárselo, como por sacarlo de tu casa: que así fué el sacrificio de Cain. Lo que ofrecieres, lo mejor ha de ser, como lo hizo el justo Abel, con deseo y voluntad que fuera mucho mejor y que haga mucho provecho. No como de por fuerza, ni con trompetas; antes con pura caridad, para que saques della el fruto que se promete, acetándote el sacrificio.

Alejado voy de Roma, para donde caminaba. Cuando allá llegué, me reventaron las lágrimas de gozo. Quisiera fueran los brazos capaces de abrazar aquellas santas murallas. El primer paso, que dentro puse, fué con la boca, besando aquel santo suelo. Y como la tierra, que el hombre sabe, ésa es su madre, yo sabía bien la ciudad, era conocido en ella. Comencé como antes á buscar mi vida. Vida la llamaba, siendo mi muerte. Aquél me parecía mi centro.

¡Cuán casados estamos con las pasiones nuestras y cómo lo que aquello no es nos parece extraño, siendo lo verdadero y cierto! Así me pareció la suma felicidad, juzgando á desventura lo demás. Y aunque todo lo miraba, inclinábame á lo peor y eso tenía por mejor.

Levantéme una mañana, según lo tenía costumbre, y mi pierna, que se pudiera enseñar á vista de oficiales. Púseme con ella, pidiendo á la puerta de un cardenal y, como él saliese para el palacio sacro, reparóse á oirme: que pedía la voz levantada, el tono estravagante y no de los ocho del canto llano, diciendo: ¡Dame noble cristiano, amigo de Jesu-christo! ¡Ten misericordia deste pecador afligido y llagado, impedido de sus miembros! ¡Mira mis tristes años!

¡Amancillate deste pecador! ¡O Reverendisimo Padre, Monseñor Ilustrisimo! ¡Duélase Vuestra Señoría Ilustrisima de este misero mozo, que me veo y me deseo! ¡Loada sea la pasión de nuestro maestro y redentor Jesuchristo!

Monseñor, después de haberme oído atentamente, apiadóse en extremo de mí. No le parecí hombre; representósele el mismo Dios. Luego mandó á sus criados que en brazos me metiesen en casa y que, desnudándome aquellas viejas y rotas vestiduras, me echasen en su propia cama y en otro aposento junto á éste le pusiesen la suya. Hizose asi en un momento.

¡O bondad grande de Dios! ¡Largueza de su condición hidalga! Desnudáronme para vestirme, quitáronme de pedir para darme y que pudiera dar. Nunca Dios quita, que no sea para hacer mayores mercedes. Dios te pide: darte quiere. Pónese cansado á medio dia en la fuente, pidete un jarro de agua de que beben las bestias: agua viva te quiere dar por ella, con que lo goces entre los ángeles. Este santo varón lo hizo á su imitación. Y luego mandó venir dos expertos cirujanos, ofreciéndoles buen premio. Les encargó mi cura, procurando mi sanidad. Y con esto, dejándome en las manos de los dos verdugos, en poder de mis enemigos, fué su viaje.

Aunque el fingir de llagas hacíamos de muchas maneras, las que tenía entonces era con cierta yerba, que las hacia de tan malparecer, que á quien las viera parecieran incurables y necesitadas de grande remedio, teniéndolas por cosa cancerada. Pero, si sólo tres dias dejara la continuación de aqueste embeleco, la propia naturaleza pusiera las carnes con la perfección y sanidad que antes tenían.

A los dos cirujanos les pareció de la primera visita cosa de mucho momento. Quitáronse las capas. Pidieron un brasero de lumbre, manteca de vacas, huevos y otras cosas. Que, cuando todo estuvo á punto, me desfajaron muy de propósi-

to. Preguntáronme cuánto tiempo había que padecía de aquel mal, si me acordaba de qué hubiese procedido, si bebía vino, qué cosas comía y otras preguntas como ésta, que los en el arte peritos acostumbran hacer en semejantes actos.

A todo enmudecí, quedando como un muerto, que no estaba en mí ni lo estuve en mucho rato, viendo tanto preparamento para cortar y cauterizar, y cuando desto escapase, mi maldad había de quedar manifiesta. Lo en Gaeta padecido se me antojaban flores: aquí fué el temer á monseñor, cuan bravo castigo me había de mandar hacer por la burla recebida.

No sabía cómo remediarme, qué hacerme ni de quién valerme, porque en toda la letanía ni en el Flos Sanctorum ni hallaba santo defensor de bellacos, que quisiera disculparme. Habíanme mirado y dado cien vueltas. Dije: perdido voy, aun de vida soy, si pellejo me dejan esta vez. Dos horas son de trabajo, si ya no me sepultan en el Tiber. Pasarélas como pudiere y, si me cortan la pierna, quedaré con mejor achaque y cierta la ganancia; si no es que me muera. Mas cuando tan mal suceda, tendrélo hecho para adelante y no será menester otra vez.

¿Qué puedo más, desdichado de mí? Nacido soy, paciencia y barajar, que ya está hecho. En esto vacilaba, cuando de la codicia y avaricia de los cirujanos hallé abierta la puerta de mi remedio. El uno dellos más experimentado vino á conocer aquello ser fingido y que por las señales procedía de los efectos de la misma yerba, que yo usaba. Callólo para sí, diciéndolo al compañero: Cancerada está esta carne. Será necesario, para que el daño se ataje y nazca otra nueva, quitar hasta la viva y quedará como conviene. El otro dijo: Tiempo largo es menester para esta cura: ocasión hay para sacar el vientre de mal año.

El que sabía más tomó al otro por la mano y sacólo allá

fuera en la antesaleta. Yo, que los vi salir, salté de la cama tras ellos á escuchar y oí que le dijo así: Señor doctor, no creo que vuestra merced tiene advertida esta enfermedad y no me maravillo, por se curar pocas á ella semejantes y así pocos las conocen. Pues quiero que sepa que tengo descubierto un gran secreto. ¿Qué, por mi vida, le dijo el otro? Yo diré á vuestra merced, le respondió. Este es un grandísimo poltrón, las llagas que tiene son fingidas, ¿qué haremos? Si lo dejamos, el bien se nos va de las manos, con la honra y el provecho; si lo queremos curar, no tenemos de qué y reírse de nuestra ignorancia. Y si de una ni otra manera se puede salir bien dello, será lo mejor decir al cardenal el caso como pasa. El otro dijo: No señor, por ahora no conviene. Menos mal es que para con éste, que es un picaro, quedemos con poca opinión, que dejar de gozar tan fina ocasión. No nos demos por entendidos; antes le iremos curando con medicamentos, que entretengan; y si fuere necesario, aplicandole corrosivos, que le coman de la carne sana, en que nos ocupemos algunos días. El otro dijo: No señor, que para ese mejor seria desde luego comenzar con el fuego, cauterizando lo inficionado.

En cuál de los dos remedios habian de comenzar y cómo se habia de partir la ganancia estuvieron discordes, á punto de manifestarme á monseñor, porque el que conoció el mal queria más parte.

Viendo, pues, en lo que reparaban y ser de poco momento, que de buen partido lo diera yo de mi desventurada pobreza, en trueco de no quedar perdido, así como estaba desnudo salí á ellos y, postrado ante sus pies, les dije: Señores, en vuestras manos y lengua está mi vida ó muerte, mi remedio y mi perdición. De mi mal no se os puede seguir bien y de mi bien está cierto el provecho y la reputación. Ya os es notorio la necesidad de los pobres y la dureza de los corazones de los ricos, que para poderlos mo-

ver á que nos den una flaca limosna es necesario llagar nuestras carnes con todo género de martirios, padeciendo trabajos y dolores. Y aun éstas ni otras mayores lástimas nos valen. Gran desventura es tener necesidad de padecer lo que padecemos, para un miserable sustento, que dello sacamos. Doleos de mi por un solo Dios, que sois hombres, que corréis por la plaza del mundo y de carne como yo y el que me necesitó, pudiera necesitaros. No permitáis que sea descubierto. Haced vuestra voluntad, que en lo que tocara á serviros y ayudaros no faltaré punto, de manera que salgáis desta cura muy aventajados. Fiaos de mi, que, cuando no estuviera de por medio algún otro seguro, que el temor de mi pena, me hiciera tener secreto. En lo de la ganancia no se repare: mejor es aceptarla que perderla. Juguemos tres al mohino, que más vale algo que nada.

Estas plegarias y prerrogativas fueron bastantes á que tuviesen por acertado mi consejo y más cuando vieron que sali al camino. Gustaron tanto de ello, que á hombros quisieran volverme á la cama de contento. Ellos y yo lo recibimos, por lo que á cada uno le importaba. Tanto se tardaron en estos conciertos y debates, que apenas estaba vuelto á cubrir con la ropa y monseñor entraba por la puerta. Uno de los dos cirujanos le dijo: Crea Vuestra Señoría Ilustrísima que la enfermedad de este mozuelo es grave y necesariamente se le han de hacer grandes beneficios, porque tiene la carne cancerada en muchas partes y el daño tan arraigado, que los medicamentos es imposible obrar sin largo transcurso de tiempo; mas estoy confiado y sin alguna duda certifico que ha de quedar sano y bueno, mediante la voluntad de Dios.

El otro dijo: Si este mozuelo no cayera en las piadosas manos de Vuesa Señoría Ilustrísima, dentro de pocos días acabara de corromperse y muriera; mas atajarásele su daño de modo, que dentro de seis meses y aun antes le quedarán

sus carnes tan limpias como las mías. El buen cardenal, á quien sólo caridad movía, les dijo: En seis ó en diez, cùrese como se ha de curar, que yo mandaré proveer lo necesario. Con esto los dejó y se entró en otro aposento.

Esto me alentó y, como si de otra parte me trajeran el corazón y me lo pusieran en el cuerpo, así entonces lo sentí, que aun hasta este en punto no estaba fiado de aquellos traidores. Temía no dieran alguna vuelta, dejándome perdido; mas ya con lo que allí trataron en mi presencia quedé alegre y consolado. Pero la costumbre del jurar, jugar y bribar son duras de desechar. No pudo dejar de darme gran pesadumbre verme impedido, encerrado, inhábil de gozar lo mucho y bueno, que tenía pidiendo; mas pasabase menos mal, por el curioso tratamiento, comida y cama que tenía, que era, según podía desearse, como un príncipe, servido como la persona de monseñor, curado, y así lo mandó á los de su casa. Demás que por su propia persona venía todos los días á visitarme y algunos tardaba conmigo, hablando de cosas que gustaba oirme. Con esto sané de la enfermedad y, cuando pareció á los cirujanos tiempo, se despidieron, siendo de su poco trabajo mucho y bienpagados y á mí me mandaron hacer de vestir y pasar al cuartel de los pajes, para que, como uno dellos, de allí adelante sirviese á su señoría ilustrísima.

CAPITULO VII

Cómo Guzmán de Alfarache sirvió de paje á monseñor ilustrísimo cardenal y lo que le sucedió.



E todas las cosas criadas ninguna podrá decir haber pasado sin su imperio. A todos les llegó su vida y tuvieron vez. Mas, como el tiempo todo lo trueca, las unas pasan y otras han corrido. De la poesía ya es notorio cuánto fué celebrada. Diga de la oración la antigua Roma, la veneración que dió á sus oradores. Y hoy nuestra España, á las sagradas letras, de tantos tiempos atrás bien recibidas y en el punto en que están ambos derechos. Los vestidos y trajes de España no se escapan, que, inventando cada día novedades, todos ahilan tras ellas como cabras. Ninguno queda, que no los estrene y aquello no parece bien, que hoy no admite el uso; no obstante que se usó y tuvo por bueno, llegando la ignorancia del vulgacho á querer todos emparejarse, vistiendo á una medida, el alto como el bajo de cuerpo, el gordo como el flaco, el defectuoso como el sano, haciendo sus talles de feas monstruosidades, por querer igualmente seguir tras el uso y querer con un jarabe ó purga curar todas las enfermedades.

También los vocablos y frasis de hablar corrompió el uso y, los que algún tiempo eran limados y castos, hoy tenemos por bárbaros. Las comidas también tienen su cuándo, que no nos sabe bien en el invierno lo que por el verano apetecemos, ni en otoño lo que en el estio y al contrario.

Los edificios y máquinas de guerra se innovan cada día. Las cosas manuales van rodando: las sillas, los bufetes, escritorios, mesas, bancos, taburetes, candiles, candeleros, los juegos y danzas. Que aun hasta en lo que es música y en los cantares hallamos esto mismo, pues las seguidillas arrinconaron á la zarabanda, otros vendrán, que las destruyan y caigan.

¿Quien vió los machuelos un tiempo, que tanto terciopelo arrastraron en gualdrapas y ser incapaces hoy de toda corte-sia, que ni cosa de seda ni dorada se les puede poner?

Testigos somos todos, cuando el hermano sardesco era el regalo de las damas, en que iban á sus estaciones y visitas; agora es todo sillas, las que antes eran albardas.

Digan las mismas damas cuán esencial cosa sea y lo que importa en nuestros tiempos tener perritos falderillos, monas y papagayos, para pasar el tiempo, que en los pasados gastaban con la rueca y con las almohadillas. Mas fueron desgraciadas y pasaron. Corrieron, como todo.

A la Verdad aconteció lo mismo. También tuvo su cuándo, de tal manera, que antiguamente se usaba más que agora y tanto, que vinieron á decir haber sido sobre todas las virtudes respetada y aquel, que decía mentira más ó menos de importancia, era conforme á ella castigado, hasta darle pena de muerte, siendo públicamente apedreado. Mas, como lo bueno cansa y lo malo nunca se daña, no pudo entre los malos ley tan santa conservarse. Sucedió que, viniendo una gran pestilencia, todos aquellos á quien tocaba, si escapaban con la vida, quedaban con lesión de las personas. Y como la generación fué pasando, alcanzándose unos á otros, los que sanos nacían, vituperaban á los lisiados, diciéndoles las faltas y defectos, de que notablemente les pesaba de ser notados. De donde poco á poco vino la Verdad á no querer ser oída, y de no quererla oír llegaron á no quererla decir, que de un escalón se sube á dos y de dos hasta el más alto de

una centella se abrasa una ciudad. Al fin fuéronsele atreviendo, hasta venir á romper el estatuto, siendo condenada en perpetuo destierro y á que en su silla fuese recibida la mentira.

Salió la Verdad á cumplir el tenor de la sentencia. Iba sola, pobre y cual suele acontecer á los caidos, que tanto uno vale, cuanto lo que tiene y puede valer y en las adversidades los que se llaman amigos se declaran por enemigos. A pocas jornadas, estando en un repecho, vió parecer por cima de un collado mucha gente y, cuanto más se acercaba, mayor grandeza descubria. En medio de un escuadrón, cercado de un ejército, iban reyes, principes, gobernadores, sacerdotes de aquella gentilidad, hombres de gobierno y poderosos da aquellas provincias, cada uno conforme á su calidad más ó menos llegados cerca de un carro triunfal, que llevaban en medio con gran majestad, el cual era fabricado con admirable artificio y extrema curiosidad.

En él venia un trono hecho, que se remataba con una silla de marfil, ébano y oro, con muchas piedras de precio engastadas en ella y una mujer sentada, coronada de reina, el rostro hermosísimo; pero cuanto más de cerca perdía de su hermosura, hasta quedar en extremo fea. Su cuerpo estando sentada parecia muy gallardo; mas, puesto en pie ó andando, descubria muchos defectos. Iba vestida de tornasoles riquisimos á la vista y de colores varios; mas tan sutiles y de poca substancia, que el aire los maltrataba y con poco se rompian.

Detúvose la Verdad en tanto que pasaba este escuadrón, admirada de ver su grandeza y, cuando el carro llegó, que la Mentira reconoció á la Verdad, mandó que parasen. Hizo la llegar cerca de sí. ¿Preguntóle de dónde venia, dónde y á qué iba? Y la verdad se la dijo en todo. A la Mentira le pareció convenir á su grandeza llevarla consigo, que tanto es uno más poderoso, cuanto mayores contrarios vence y tanto es más tenido, cuantas más fuerzas resistiere.

Mandóla volver. No pudo librarse: hubo de caminar con ella; pero quedóse atrás de toda la turba, por ser aquél su propio lugar conocido.

Quien buscare á la Verdad, no la hallará con la Mentira ni sus ministros; á la postre de todo está y allí se manifiesta. La primera jornada que hicieron, fué á una ciudad, en donde salió á recibirlos el Favor, un príncipe muy poderoso. Convidóla con el hospedaje de su casa. Aceptó la Mentira la voluntad; mas fuése al mesón del Ingenio, casa rica, donde le aderezaron la comida y festearon.

Luego, queriendo pasar adelante, llegó el mayordomo, Ostentación, con su gran personaje, la barba larga, el rostro grave, el andar compuesto y la habla reposada. Preguntóle al huésped lo que debía. Hicieron la cuenta y el mayordomo, sin reparar en alguna cosa, dijo que bien estaba. Luego la Mentira llamó á la Ostentación, diciendo: Pagadle á ese buen hombre de la moneda que le distes á guardar, cuando aquí entrastes.

El huésped quedó como tonto, qué moneda fuese aquélla que decia. Túvolo á los principios por donaire; mas, como instasen en ello y viese que lo afirmaba tanta gente de buen talle, lamentábase diciendo nunca tal habersele dado. Presentó la Mentira por testigos al Ocio su tesorero, á la Aducción su maestresala, al Vicio su camarero, á la Asechanza su dueña de honor y á otros sirvientes suyos. Y para más convencerlo, mandó comparecer ante sí al Interés, hijo del huésped, y la Codicia, su mujer. Todos los cuales contestes afirmaron ser así.

Viéndose apretado el Ingenio, con exclamaciones rompía los aires, pidiendo á los cielos manifestase la verdad; pues no sólo le negaban lo que le debían, pero le pedían lo que no debía.

Viéndolo la Verdad tan apretado, como tan amiga, que siempre deseó ser suya, le dijo: Ingenio, amigo, razón tenéis;

pero no puede aprovecharos, que es la Mentira quien os niega la deuda y no hay aquí más de á mi de vuestra parte y en lo que puedo valeros es en sólo declararme, como lo hago. Quedó la Mentira tan corrida de aqueste atrevimiento, que mandó á los ministros pagasen al Ingenio de la hacienda de la Verdad.

Y así se hizo y pasaron adelante, haciendo por los caminos, ventas y posadas lo que tiene de costumbre semejante género de gente, sin dejar alguna, que no robasen. Que un malo suele ser verdugo de otro y siempre un ladrón, un blasfemo, un rufián y un desalmado acaba en las manos de otro su igual: son peces, que se comen grandes á chicos.

Llegaron más adelante á un lugar, donde la Murmuración era señora y gran amiga de la Mentira. Salióla á recibir, llevando delante de sí los poderosos de su tierra y privados de su casa, entre los cuales iban la Soberbia, Traicion, Engaño, Gula, Ingratitud, Malicia, Odio, Pereza, Pertinacia, Venganza, Invidia, Injuria, Necedad, Vanagloria, Locura, Voluntad, sin otros muchos familiares.

Convidóla con su posada, la cual aceptó la Mentira, con una condición, que sólo se le diese el casco de la casa, porque ella quería hacer la costa. La Murmuración quisiera mostrarle allí su poder y regalarla; mas, como debía dar gusto á la Mentira, recibió la merced que le hacia, sin replicarle más en ello y así se fueron juntas á palacio. El veedor Solicitud y el despensero Inconstancia proveyeron la comida. Y á la fama vinieron de la comarca con suma de bastimentos. Todo se recibía, sin reparar en precios. Y en habiendo comido, queriendo ya partirse, los dueños pidieron su dinero de lo que habian vendido. El tesorero dijo que nada les debía y el despensero que lo habia pagado.

Levantóse gran alboroto. Salió la Mentira, diciendo: Amigos, ¿qué pedis? Locos estais ó no os entiendo; ya os han pagado cuanto aquí trujistes, que yo lo vi y os dieron el di-

nero en presencia de la Verdad. Ella lo diga, si basta por testigo. Fueron á la Verdad que lo dijese. Hizose dormida. Recordáronla con voces; mas ella, considerando lo pasado, dudaba en lo que habia de hacer. Acordó fingirse muda, escarmentada de hablar, por no pagar ajena costa y de sus enemigos, y con aquella costumbre se ha quedado.

Ya la Verdad es muda, por lo que le costó el no serlo. Ese que la trata, paga. Mas, á mi parecer, pinto en la imaginación que la Verdad y la Mentira son como la cuerda y la clavija de cualquier instrumento. La cuerda tiene lindo sonido, suave y dulce; la clavija gruñe, rechina y con dificultad voltea. La cuerda va dando de sí, alargándose, hasta que la ponen en su punto; la clavija va dando tornos, quedando apretada, señalada y gastada de la cuerda. Pues así pasa. La Verdad es la clavija y la Mentira es la cuerda. Bien puede la Mentira, yéndose estirando, apretar á la Verdad y señalarla, haciéndola gruñir y que ande desabrida; pero al fin va dando tornos y estirando, aunque con trabajo y, quedando sana, la Mentira quiebra.

Si mi trato fuera verdad, aunque pasara por tantos tormentos, afrentas y pesadumbres, no pudieran al cabo dejar de tener buen puerto. Era mentira, embuste y bellaqueria: luego faltó y quebró. No puedo resistir la torcedera: siempre rodando de daño en daño, de mal en peor, que un abismo llama á otro.

Ya soy paje. ¡Quiera Dios que no vengamos á peor! No es posible lo que está violentado dejar de bajar ó subir á su centro, que siempre apetece. Sacáronme de mis glorias, bajándome á servir. Presto verás lo poco que asisto en ello. Que tanto caminar apriesa, el cansancio llegará presto. Venir tan de vuelo de uno en otro extremo no puede ser con firmeza: es dificultosísimo de conservarse. Si el árbol no echa raíces, no lleva fruto, presto se seca. No las pude echar en el oficio nuevo, aunque perseveraré algunos años, ni vine á

fructificar. Fué mucho salto á paje de picaro, aunque son en cierta manera correlativos y convertibles, que sólo el hábito los diferencia: por fuerza me había de lastimar.

Bien al revés me aconteció que á los otros, pues dicen que las honras, cuanto más crecen, más hambre ponen. A mí me daban hastio las que había profesado. Esas lo eran para mí. Cada uno en lo que se cria. Bueno sería sacar el pece del agua y criar los pavos en ella, hacer volar al buey y el águila que are, sustentar al caballo con arena, cebar con paja al halcón y quitar al hombre el risible. Yo estaba enseñado á las ollas de Egipto. Mi centro era el bodegón, la taberna el punto de mi círculo, el vicio mi fin, á quien caminaba. En aquello tenía gusto, aquello era mi salud y todo lo á esto contrario lo era mío. El que como yo estaba hecho á qué quieres boca, cuerpo qué te falta, los ojos hinchados de dormir, las manos como seda de holgar, el pellejo liso y tieso de mucho comer, que me sonaba el vientre como un pandero, las nalgas con callos de estar sentado, mascando siempre á dos carrillos como la mona, de qué manera pudiera sufrir una limitada ración y estar un día de guarda y á la noche la hacha en la mano, en pie como grulla, arrimado á la pared, hasta casi amanecer, á veces sin cenar y aun las más, era más á lo cierto, helado de frío, esperando que salga, entre la visita, hecho resaca de las escaleras ó fuelles de herrero, bajando y subiendo, acompañar, seguir la carroza á horas y deshoras, poniéndonos el invierno del lodo y el verano de polvo, sirviendo á la mesa, ahilado el vientre con el goloso deseo, invidiando con los ojos y deseando con el alma lo que allí se ponía, llevar el recaudo, volver con otro, gastando zapatos, y de mes á mes, que nos los daban, los quince días andábamos descalzos.

En esto se pasa desde primero de Enero hasta fin de Diciembre de cada un año. Preguntado al cabo dello ¿qué tenéis horro, qué se ha ganado?, la respuesta está en la mano:

Señor, sirvo á mercedes, he comido y bebido, en invierno frío, en verano caliente, poco, malo y tarde. Traigo este vestido, que me dieron y no tanto con que me cubriese, cuanto para con que sirviese; no para que me abrigase, sino con que los honrase. Hiciéronlo á su gusto y á mi costa: diéronme por mis dineros las colores de su antojo. Lo que habemos medrado en abundancia ha sido resfriados, que no hay hombre, que pueda alzar un plato; granos y comezón con que nos entretenemos y otras cosas de frutillas, tales ó peores.

Cuando el viento corre fresco y alcanzamos valor de diez ó doce cuartos todo en grueso, ha sido de otros tantos pellizcos ó bocados de cera, que quitamos á la hacha y los vendemos á un zapatero de viejo. El que puede acaudalar un cabo, ya ése tiene patrimonio, hace grandezas, compra pasteles y otras chucherías; mas acaso, si en ello lo hallan, en azotes lo paga, que es un juicio. Sólo esto se permitía hurtar, digo se hurtaba menos mal que si se nos permitiera. Cabo á cabo me diera tal maña, que pusiera tienda de cerería; mas, cuando esquilmaba de la mía ó traspalaba de las de mis compañeros, aquello era todo.

Eran ellos tan rateruelos, que nunca les vi meter mano en otra cosa, dejado á parte de comida, que las tales consúmense y nunca se venden. Y aun en esto hacían mil burradas. Que, como uno levantase un panal de la mesa, envolviólo de presto en un lienzo y metiólo en la faltriquera. Como servía los manjares y no pudiese tan presto darle puerto de salvación ó el cobro que deseaba y con el calor se fuese la miel derritiendo, iba corriendo por las medias calzas abajo á mucha priesa. Monseñor lo miraba desde la mesa y con gana de reir, que tuvo, mandóle que se estirase arriba las calzas. El paje lo hizo. Como pasó las manos por cima de la miel, pegósele y quedó corrido de lo que allí se rieron; mas á fe que le amargó, porque, sin gustar de la miel, con una correa le hicieron que diese la cera.

No fuera yo, que á fe que nunca tal me sucediera. Sabia muy bien cualquier bellaqueria y no estaba olvidado de mis mañas. Porque no se me secase la vaina, me ocupaba siempre en menudencias, haciendo cuidadosos á mis compañeros. El diablo trujo á palacio necios y lerdos, que se dejan caído cada pedazo por su parte: gente enfadosa de tratar, pesada de sufrir y molesta de conversar. El hombre ha de parecer al buen caballo ó galgo, en la ocasión ha de señalar su carrera y fuera della se ha de mostrar compuesto y quieto.

Paje habia y digo que los más y me alargó más, que todos eran unos leños, lerdos, poco bulliciosos, así delante, como detrás de su señor. Tan tardos en los mandados, como en levantarse de la cama. Flojos, haraganes, descuidados, que por ser tales holgaba de hacerles tiros, acomodándolos de medias, ligas, cuellos, sombreros, lienzos, cintas, puños, zapatos y lo más que podía, de que poblaba el jergón de la cama de mi compañero, porque no lo hallasen en la mia. En los aires lo trocaba por otro y, aunque fuera por hierro viejo, no habia de quedar en mi poder. Tuviera cada uno buena cuenta con su hatillo; que, si un punto se descuidaba, ojos que lo vieron ir, nunca lo vieran volver.

De estas travesuras hacia muchas y todas eran obras de mozo liviano. Di en un cosa despues, que jamás me habia pasado por el pensamiento, y fué en goloso. No sé si lo hizo el comer por tasa y que levantó el deseo el apetito ó que debía estar en muda. Porque dicen que en ciertas edades truecan los hombres de costumbres.

Ibame tras la golosina, como ciego en el rezado. Las que mis ojos columbraban, en el erario no estaban seguras. Mis manos eran águilas y, como el ciervo con el resuello saca las culebras de las entrañas de la tierra, así yo, poniendo los ojos en las cosas de comer, se me rendian, viniéndoseme á la boca.

Tenia monseñor un arcón grande, que usan en Italia, de

pino blanco. Aun en España he visto muchos dellos, que suelen traer de allá con mercaderías, especialmente con vidrios ó barros. Este estaba en la recámara para su regalo, con muchos géneros de conservas azucaradas, digo secas. Allí estaba la pera bergamota de Aranjuez, la ciruela gino-visca, melón de Granada, cidra sevillana, naranja y toronja de Plasencia, limón de Murcia, pepino de Valencia, tallos de las Islas, berenjena de Toledo, orejones de Aragón, patata de Málaga. Tenia camuesa, zanahoria, calabaza, confituras de mil maneras y otro infinito número de diferencias, que me traian el espíritu inquieto y el alma desasosegada.

Siempre que habia de hacer colación ó comer alguna destas cosas, dábanme la llave, que la sacase en su presencia, sin fiarla nunca de mí á solas. Desta desconfianza nació ira, de la ira deseo de venganza. Con él me puse á soñar, estando despierto: ¡Válgame Dios! ¿Cómo le daríamos á este arcón garrote? Ya dije que era grande, á mi parecer de dos varas y media, una de alto y otra en ancho, blanco mas que un papel, la veta menuda como hilos de cambray, bien labrado, pulido, cerrado con cantoneras y su chapa en medio.

Si sabes qué es hurtar ó lo has oído decir, cómo será bueno vaciarlo sin falsar llave, abrir cerradura, quitar gozne ni quebrar tabla, espera, diréte qué hacia. Cuando me cabia la guarda y habia en casa visita ó cualquier otra ocupación, que parecia forzosa ó prometia seguridad, tenia mi herramienta prevenida. Alzaba un poquito el un canto de la tapa, cuanto podia meter una cuña de madera y, alzaprímado un poco más, metia un palo rollizo torneado, como cabo de martillo. Este iba poco á poco cazando con él, dando vueltas hacia la chapa y, cuanto más á ella lo llegaba, tanto la dejaba del canto más levantada. De manera que, como era mozuelo y tenia delgado el brazo, sacaba lo que se me antojaba, de que poblaba las faltriqueras.

Más hacia, cuando alguna vez no alcanzaba lo que estaba

un poco lejos. Contra la contumacia y rebeldía de las tales cosas, ponía en un palillo ó cabo de caña dos alfileres, uno de punta y otro hecho garabato, con que lo hacía venir á obediencia. Así era señor de cuanto dentro estaba, sin tener llave para ello. Dime tan buena maña que, aunque había mucho, ya se veía la falta y conociase claro por una zamboa castellana que, como fuese muy grande y estuviese toda dorada, me incliné á ella. Era una ascua de oro á la vista y después me supo, que hasta hoy la traigo en la boca: nunca mejor cosa ni su semejante vi en mi vida.

Como era pieza conocida y faltase de allí, comenzó la sospecha general. Mas nunca se entendió que se hubiera sacado menos que con llave contrahecha. Y desto pesara mucho á monseñor, tener en su casa quien se atreviera á falsarle cerraduras y más las de dentro de su retrete. Llamó á sus criados principales, para que la verdad se supiera. Qui-so mi buena suerte que ya estaba toda digerida, sin memoria della en mi poder. Era el mayordomo un capellan melancólico, de mala digestión. Dijo que llamasen á todos los criados para que, encerrados en una pieza, se hiciera en ellos cala y cata y en sus aposentos, porque obra semejante no era de hombre de razón, sino atrevimiento de criado mozo.

A todos nos enjaularon; mas no fué de substancia, que nos hallaron cabales de la marca y á ninguno falso. Esta se pasó; mas el cuidado no, que á buena fe, que andaba el amo deseoso de saber la verdad. Yo con el alboroto dejé pasar algunos dias, hasta que se olvidase y hubiese otro asno verde, sin osar poner las manos ni aun la vista en el arcón. Mas la corcova, que el árbol pequeño hiciere, en cuanto fuere mayor, se le hará peor: las malas mañas, que aprendí, me quedaron endebletes. Así pudiera sustentarme sin ello, como sin resollar. Y más aquellas niñerías, que ya les había tomado el tiento y me sabían bien. No pude tenerme en la

silla, sin volver á caer y á visitarle de nuevo. Volvime á la querencia.

Un día, que mi amo jugaba, parecióme lance forzoso asistir allí con otros cardenales, aunque le pesara. Estaba el arcón en un retretillo como alcoba, más adentro de la cámara en que dormía y, teniendo mi brazo arremangado dentro dél, acertó á darle á monseñor gana de orinar. Levantóse á su aposento y, no viendo algún paje, tomó el orinal, que estaba á la cabecera y, estando orinando, sentilo y alborotéme. Quise con el sobresalto sacar el brazo de presto, cayóse el garrotejo rollizo en el suelo y quedéme asido dentro, el brazo entre la tapa y el canto de las maderas: quedé como gorrión en la loseta, bien apretado. Al ruido del golpe monseñor preguntó: ¿Quién está ahí? No pude no responderle ni apartarme de como estaba. Entró dentro y hallóme de rodillas, castrando la colmena. Preguntóme qué hacia. Hube de confesar.

Dióle tanta gana de reir en verme de aquella manera, que llamó á los que con él jugaban para que me vieran. Riéronse todos y rogaron por mí, que aquella se me perdonase por ser la primera y golosina de muchacho. Monseñor porfiaba que nó y que habia de ser azotado. Sobre cuantos azotes me habian de dar hubo nueva chacota, que así los iban recateando, como si fuera hechura de algún pontifical. Quedaron de concierto fuesen una docena. Remitieron la paga al domine Nicolao, que servía de secretario. Era mi mortal enemigo. Diómelos con tales ganas en su aposento, que en quince días no pude estar sentado.

Pero no le sucedió dello como pensaba, que me lo pagó muy presto y aun con setenas. Y fue que, como los mosquitos le persiguiesen y hubiese muchos en toda Roma y en casa buena cantidad, le dije: Yo, señor, daré un remedio de que usábamos en España para destruir esta mala canalla. El me lo agradeció y con ruegos me importunó se lo dijese. Dijele

que mandase traer un manojo de perejil y, mojado en buen vinagre, lo pusiese á la cabecera de la cama, que todos acudirian al olor y, en sentándose en él, irian cayendo muertos. Creyóme y hizolo luego. Cuando se fue á la cama, cargó tanto número dellos aquella noche y diéronle tan mala vida, que le sacaban los ojos á tenazadas y le comian las narices. Dábase mil bofetadas para matarlos y, creyendo que morirían, pasó hasta por la mañana.

La noche siguiente, como el remedio hubiese atraído, no sólo los de casa, mas aun de todo el barrio, labraron de tal manera, que le disfiguraron el rostro y todo lo más que pudieron alcanzar de su cuerpo, con tal exceso, que fué necesario dejar el aposento y salirse dél huyendo. El secretario me quiso matar y, viéndolo monseñor de aquella manera, que parecía leproso, y que yo de miedo no parecía, se descompuso riendo de la burla que le hice y mandóme llamar. Me preguntó que por qué había hecho aquella travesura. Respondile: Vuestra señoría ilustrísima me mandó dar una docena cabal de azotes por lo de las conservas y se acuerda bien cuánto se recatearon uno á uno; demás de esto, no habían de ser azotes de muerte, sino de los que pudieran llevar mis años. El dómine Nicolao me dió más de veinte por su cuenta, siendo los postreros los mas crueles. Y así vengué mis ronchas con las suyas. Pasóse en gracia y, porque de mi atrevimiento pasado quedé azotado y desterrado del servicio de la cámara, servi este tiempo al camarero.

CAPITULO VIII

Cómo Guzmán de Alfarache vengó una burla, que el secretario hizo al camarero á quien servía, y el ardid que tuvo para hurtar un barril de conserva.



RA hombre donoso, sin punta de malicia, todo el buen tiempo, hecho á la buena fe, sin mal engaño, salvo que era un poco importuno y más de un poco imaginativo. Tenia unas parientas pobres y cada día les enviaba su ración y algunas veces comía ó cenaba con ellas. Como lo hizo la noche antes que sucediese lo que oiréis adelante, y de achaque de un jarro de agua y unas tajarinas, que es un manjar de masa cortada y cocida en grasa de ave, con queso y pimienta, no vino bien dispuesto. Fúese á la cama derecho y metióse dentro desnudo. Pues, como faltase á la cena de monseñor y preguntase por él, dijéronle lo que pasaba. Enviólo á visitar y respondió no sentirse bueno; mas que confiaba en Dios lo estaría por la mañana, con la merced que su señoría ilustrísima le hacía, enviando á saber de su salud.

Esto se quedó así por entonces y á la mañana yo era ido á casa de las parientas con la comida y un compañero mio quedó limpiando los vestidos, para que su señor se levantara. El y el secretario se burlaban mucho y de las burlas, por ser sin perjuicio, gustaba monseñor. Levantóse el secretario y fuese adonde mi compañero estaba y preguntóle: ¿Cómo está vuestro amo? El respondió que reposaba, porque la no-

che antes no lo habia hecho ni podido dormir. Volvióle á decir: Pues, en tanto que no se viste, idos con este mi criado, ayudariéisle á traer cierto recaudo. Y ha de ser presto, que yo quedaré aqui entretanto. El mozo fué donde le mandaron. Ya el secretario, con el achaque de la cena fuera de casa y haber faltado á la mesa, tenia trazada una donosa burla y prevenido un mozuelo, que, vestido un hábito de dama cortesana, se metiese tras de su cama. Pues, como estuviese durmiendo y la entrada franca para mayor seguridad, entró el secretario primero sin ser sentido. El mozuelo se escondió, como estaba industriado y estúvose quedo. Volvió el secretario á salir y fuese donde monseñor se paseaba rezando, el cual preguntó luego por el camarero. Respondióle: Señor, ahora supe dél y me dijo su criado no haber estado esta noche bueno. Y no me maravillo, que antes de recogerme anoche le visité y no me habló de buena gracia; no sé lo que se tiene. Monseñor, que era la misma caridad, al momento lo fue á visitar. Y estando sentado á su cabecera, salió el mozuelo por la cortina trasera de la cama y dijo: ¡Ay amarga de mi! Voyme señor, que es tarde, por amor de mi marido. Y así salió por medio de todos los criados del cardenal, que con él habian allí venido. Monseñor se admiró, que lo tenia por un santo y el camarero, asombrado, creyó ser visión. Comenzó á dar gritos: ¡Jesús, Jesús! ¡el demonio, el demonio! Y así saltó en camisa de la cama, huyendo por toda la pieza. El secretario y algunos, que lo sabian, se estuvieron riendo y en ello conoció monseñor que habia sido burla. Dijéronle la verdad.

El camarero no sosegaba ni sabia por dónde huir. Y aunque todos procuraban reportarlo, no volvió tan presto en sí; antes quedó asombrado y corrido de la burla, por haber sido en presencia de monseñor. Disimuló cuanto pudo, como cortesano y el cardenal se fué santiguando y riendo del entretenimiento donoso. Ya cuando yo vine, todo era pasado;

mas tanto lo senti, como si dado me hubieran otros tantos azotes. Diera el camarero por vengarse un ojo de la cara. Como me vió triste y él también lo estaba, me dijo: ¿Qué te parece, Guzmanillo, de lo que han hecho conmigo estos bellacos? Respondile: Bueno ha sido; mas creo que, si á mi me la hicieran, que no le diera su santidad la penitencia ni en mi testamento aguardara á dejarle la manda; que antes dello cobrara la deuda y no mal. Todos me tenian por travieso y tracista. No fué necesario muchas palabras, que ya me sacaba los bofes porque le dijese algo. Recelábame de darle consejo, por no ser licito á un paje vengar las injurias de un ministro grave, otro su igual. Anda cada oveja con su pareja, que no son buenas burlas con los mayores. Una bastó para mi satisfacci3n y en causa propia, que fué con disculpa. ¿Quién ó para qué me embarazaba en cosas, de que no podia escapar, menos que con buenos azotes ó las orejas cuatro dedos más largas y sin pelo ni cañ3n en la cabeza? Por eso callaba y estábame quedo.

Mas yo, que de mío era bullicioso, siendo tantas veces importunado, haciéndome grandes ofrecimientos y promesas y entender que monseñor había de saber ser obra de mis manos, en defensa de quien por entonces era mi amo, determiné hacerme dueño dello. Y asi dejé pasar algunos días, esperando que hiciese más calor. Cuando me pareció tiempo y que el ordinario de España queria partir, el secretario trabajaba con gran priesa. Compré un poco de resina, encienso y almáciga. Molilo y cernilo todo junto, dejándolo hecho sutil harina.

Estaba el mozo del secretario aquella mañana envuelto con los vestidos, limpiándolos de priesa. Fuime derecho á él, diciendo: Hola, hermano Jacobo, hágote saber que tengo en el asador un muy gentil torrezno. Pan hay: si tienes vino, serás mi compañero; y si nó, perdona, que quiero buscar camarada. El dijo: No, pesia á tal, que yo lo daré: quédate

aquí, que luego soy con él y contigo. Entretanto que fué por él á la despensa, saqué mi papel de polvos y, volviendo las calzas, rociélas con un poco de vino, que llevaba en un pomillo de vidrio y polvoréelas muy bien, tornándolas á poner como el mozo las dejò. El volvió bien presto con el jarro proveído y, antes que hablase palabra, su amo lo estaba llamando, que se quería vestir. Dejòme el vino en poder y entròse allá dentro. Metiéronse en papeles, que hasta medio día no pudo volver á salir.

Era el secretario muy vellosó. Comenzaron los polvos á disponerse y hacer labor. Era por los caniculares y con la fuerza del calor obraron de manera, que desde la cintura hasta la planta del pie se hizo un pegote tan recio y fortalecido, que le daba maltrato, arrancándosele un ojo con cada pelo.

Como así se vió, comenzó á llamar su gente, para saber aquello qué fuese. Ninguno lo supo decir ni darle razón, hasta que el camarero entró y le dijo: Señor, esto ha sido burlar al burlador y dar al maestro cuchillada: si buena me la hizo, buena me la paga. Ella fué tal, pues con unas tijeras iban cortando pelo á pelo entre dos criados y fué necesario descoser las calzas, para poderlas quitar. La burla se solenizó más que la primera, porque escoció más. De esta vez quedé confirmado por quien era: todos huían de mis burlas, como del pecado.

Los dos meses del destierro se pasaron. Después volví á mi oficio, con la mesma poca vergüenza que primero. Ya tendrás noticia de la fábula, cuando apartaron compañía la Vergüenza, el Aire y el Agua, que, preguntándose dónde volverían á verse, dijo el Aire que en la altura de los montes y el Agua en las entrañas de la tierra y la Vergüenza que, una vez perdida, imposible sería hallarla. Yo la perdí, sin ella me quedé y sin esperanza de volver á ella. Ni me estaba á cuento, porque á quien le falta, la villa es suya.

¿A quién lo pasado no pusiera escarmiento, para no volver más á caso semejante? Contaréte de la enmienda lo que me aconteció. Ya tenia las tripas dulces y tan hechas á esto, que aquellos dias, que faltó, fué quitar al enfermo el agua ó al borracho el vino. Dejárame caer de lo alto de San Angel, para hurtarlas del suelo. Y es asi que quien teme la muerte no goza la vida. Si el miedo me acobardara, sin gozar de mas dulce me quedara.

Hice mi cuenta: cuando en otra me hallen ¿qué me pueden hacer? ¿Qué mal me puede venir? Siempre vi pintar al miedo flaco, despeluzado, amarillo, triste, desnudo y encoogido. Es el miedo acto servil, muy propio en esclavos, nada emprende, de nada sale bien. Como el perro medroso, que es mas cierto en ladrar, que á moder. Es el miedo verdugo del alma y es necesidad temer lo que evitar no se puede. Erame imposible por mi condición abstenerme. Venga lo que viniere, que á los osados favorece la fortuna. Con mi persona lo he de pagar y no con bienes muebles ni raices, pues Dios no ha sido servido de darme tierra propia, de que haga un bodoque, ni semovientes, que comigo no anden.

Era monseñor aficionado á unos pipotillos de conservas almibaradas, que suelen traerse de Canaria ó de las islas de la Tercera y, estando en vacios, echábanlos á mal. Yo acaudalé uno de media arroba, que me servia de baúl y en él tenia guardados naipes, dados, ligas, puños, lienzos de narices y otras cosas de paje pobre.

Mandó un dia, estando comiendo, á su mayordomo, que comprase á un mercader tres ó cuatro quintales dellos, que habian llegado frescos. Yo lo estaba oyendo y pensando en el mismo tiempo cómo valerme de un barril. Alzóse la mesa, recogieronse todos á comer. Entretanto me fui á mi aposento y en abrir y cerrar el ojo recogí dentro del que tenia cuantos trapos viejos y tierra hallé á la mano hasta henchirlo. Púsele su fondo, apretéle los arcos, como si naturalmente lo hubie-

ran traído con raíces de escorzonera. Dejélo estar, poniéndome á la mira de lo que sucediera.

Ves aqui sobretarde veo traer dos acémilas cargadas de conservas, que descargaron en el recibimiento. Mandónos el mayordomo á los pajes las llevásemos al aposento de monseñor. Vile á la dama el copete. No os pasareis, le dije, sin que os asga del cabello. Carguème de uno, como todos los demás y, quedándome de los postreros, al pasar por delante de mi aposento métolo dentro y saco el otro, el cual me llevé á la recámara y así hice mis tres caminos, dando de todos buena cuenta.

Cuando subí el postrero, púseme muy mesurado en la sala. Monseñor me dijo: ¿Qué te parece desta fruta, Guzmancillo? ¡Aquí no se puede meter el brazo! ¡Poco valen las cuñas!

Respondile al punto: Monseñor ilustrisimo, donde no valen cuñas, aprovechan uñas y, si no cupiere el brazo, me vâldrame la mano y eso me bastará.

Replicóme: ¿Cómo entrarán las uñas ni la mano, de la manera que están? Esa es la ciencia, le respondi, que, estando de otra fáciles de ser abiertos: ni grado ni gracias. En las dificultades han de conocerse los ingenios y en las cosas grandiosas de importancia se muestran; que no hincando en la pared un clavo ni en calzarse los zapatos, cosas agibles, de suyo ya hechas.

Ahora, pues, dijo, si en estos ocho días fuere tu habilidad tanta, que me hurtés algo dellos, te daré lo que hurtares y otro tanto; pero, si no lo haces, te has de obligar á una pena.

Monseñor ilustrisimo, le dije: Ocho dias de plazo es vida de un hombre, negocio largo y que podria ser, cuando allá llegásemos, ó el concierto se hubiese resfriado ó la memoria perdido. Yo acepto la merced que se me ofrece y, si mañana á estas horas no estuviere negociado, dejo la pena en el arbitrio del secretario, porque estoy cierto de lo que desea ven-

gar el enojo pasado, que todavía sabe á la pez y no se la cubre pelo.

Rióse monseñor y los que con él estaban y así quedamos de concierto para el siguiente día. Mas, como ya estaba el negocio seguro, pudiera desde luego salir de la obligación y dejélo hasta su tiempo.

Estaba la mesa puesta y monseñor sentado á ella, comiendo los principios, que yo serví primero y, mirándome á la cara con alguna risa, me dijo: Guzmanillo, poco te queda de aquí á la tarde, llegándosete ya el plazo. ¿Qué dieras ahora por verte libre?

Ya el dómine Nicolao tiene puesto á punto el recaudo y me parece que traza cómo vengarse de tú y tu de satisfacerte dél. De mi consejo sería se hubiese bien contigo, no tanto por ti, como por si.

Yo le respondi: Monseñor ilustrísimo, seguro estoy de la pena de sus manos y no lo están las conservas de las mias y, si se pudiera jugar á siete y llevar y tuviera que perder más de la pobreza de mi persona, desta vez determinara jugarlo, por no tener mi suerte cierta.

Así pasó la comida hasta el servir los postres, que me fui al aparador, y tomando una media fuente, la llené del barril y con ella me fui á la mesa y la puse en ella.

Cuando monseñor la vió, admiróse, porque él mesmo en su aposento guardó los barriles y allí los tenía, que á nadie los fió por el apuesta y se guardó la llave. Llamó al camarero y mandóle entrar dentro, que los contase y viese si estaba alguno abierto ó malacondicionado. Entró y hallólos como se pusieron.

Salió diciendo que estaban enteros y cabales, sanos y sin sospecha de faltar en alguno de todos ellos un cabello.

¡Ah, ah, ah!, dijo monseñor, ¡no te han de valer bellaque-
rias! ¡Desta vez pagar tienes! ¿Querías decir que lo sacas-
te de los barriles y lo tendrás pagado con tus dineros?

Domine Nicolao, dijo al secretario, yo os entrego á Guzmanillo, que hagáis dél á vuestra posta, pues ha perdido en la apuesta.

El secretario respondió: Monseñor ilustrísimo, vuestra ilustrísima señoría haga en él cual castigo le pareciere, que yo par dél ni de su sombra quiero llegarme ni me atrevo, que lo tengo por tal, que buscará sabandijas que me coman. Si á mi castigo dejan su pena, yo lo absuelvo y lo quiero por amigo.

No he tenido culpa hasta agora, respondi, para que me den absolución. Donde no hay materia, no tienen que buscar forma. Yo tengo ganado lo que prometí y, cuando no fuere verdad y se viere palpablemente, castiguenme como quisieren. ¿De qué sirven las palabras, donde hay obras? Digo que esta conserva es de la que ayer se trujo y no sólo ésta; pero un barril entero está en mi aposento.

Santiguábase monseñor, maravillado cómo pudiera ser. En cuanto acabó de comer y alzaron la mesa, no hacía otra cosa que santiguarse con toda la mano. Y deseoso de certificarse dello, se levantó y fué á mirarlo por sus ojos. Había puesto ciertas señales. Hallólas fieles, el número cabal, consigo la llave: no sabía cómo fuese.

Creyó con más veras que compré el barril y dijome: Guzmanillo, ¿no sabes que metiste aquí tantos? Pues, cuéntalos.

Yo los conté y le dije: Monseñor ilustrísimo, cabales están; pero de lo contado come el lobo. Ya veo que están buenos; mas no todos y para que así se vea, tráigase uno, que tengo en mi aposento, y abran aquel que está allí y hallaránlo trocado.

Abriéronlo, conociendo mi verdad y sutileza, porque la tierra y trapos viejos lo manifestaron. Quedaron admirados de pensar cómo pudiera haber sido. Todos me lo preguntaron; mas á ninguno lo dije.

Luego supliqué se cumpliese conmigo lo prometido. Así

se hizo. Mandáronme dar otro y tuve dos. Pero, para que conociesen de mi ánimo ser noble, tal como me lo entregaron lo di á los pajes mis compañeros, que lo partiesen entre sí.

Y aunque monseñor quedó escandalizado de la sutileza del hurto, admiróse más de mi liberalidad y túvolo en mucho. Temíase de mis malas mañas y sin duda entonces me echara de su casa, si no fuera tan santo varón.

Hizo una consideración: Si á éste desamparo, algún gran mal podrá sucederle por sus malas costumbres. Las cosas, que en mi casa hace, son travesuras de niñez y de lo que no me pone en falta. Menor daño es que á mí se atreva en poco, que con la necesidad á otros en mucho. Con esto hizo, para mejor disimularlo, del vicio gracia. Y es gran prudencia, cuando el daño puede remediarse, que se remedie y, cuando nó, que se disimule. Hizose risa dello, contándolo á cuantos principes y señores lo visitaban, en las conversaciones que se ofrecían.

CAPITULO IX

De otro burto de conservas, que hizo Guzmán de Alfarache á monseñor y cómo por el juego él mesmo se fue de su casa.



A ordenación de la caridad, aunque antes quedó apuntado, digo que comienza de Dios, á quien se siguen los padres y á ellos los hijos, después á los criados y, si son buenos, deben ser más amados que los malos hijos. Mas, como monseñor no los tenía, amaba tiernamente á los que le servían, poniendo, después de Dios y su figura, que es el pobre, todo su amor en ellos. Era generalmente caritativo, por ser la caridad el primer fruto del Espiritu Santo y fuego suyo, primero bien de todos los bienes, primer principio del fin dichoso. Tiene inclusas en si la Fe y Esperanza. Es camino del cielo, ligaduras, que atan á Dios con el hombre, obradora de milagros, azote de la soberbia y fuente de sabiduría.

Deseaba tanto mi remedio, como si dél resultara el suyo. Obligábame con amor, por no asombrarme con temor. Y para probar si pudiera reducirme á cosas de virtud, me regalaba de la mesa, quitándome las ocasiones y deseo de su plato. De sus niñerías, cuando las comía, partía conmigo, diciendo: Guzmanillo, esto te doy por treguas, en señal de paz, mira que, como el dómine Nicolao, contigo no quiero pendencia, conténtate con este bocado y con que te reconozca vasallaje, dándote párias.

Decialo sonriéndose con alegre rostro, sin reparar que estuvieran en su mesa cualesquier señores. Era humanísimo caballero, trataba y estimaba sus criados, favorecialos, amábalos, haciendo por ellos lo posible, con que todos lo amaban con el alma y servían con fidelidad.

Que sin duda al amo que honra el criado le sirve y, si bien paga, bien le pagan; pero, si es humano, lo adoran. Y al contrario, al señor soberbio, mal pagador, de poco agradecimiento, ni le dicen verdad ni le hacen amistad, no le sirven con temor ni regalan con amor; es aborrecido, odiado, vituperado, pregonado en plazas, calles y tribunales, desacreditado con todos y defendido de ninguno. Si supiesen los señores cuánto les importan honrados y buenos criados, la comida se quitarían para dársela, por ser ellos la verdadera riqueza. Y es imposible ser el criado diligente con el señor que no lo amare.

Trujéronle á monseñor de Génova unas cajas de conservas, muy grandes, muy doradas, labradas por encima: lo que se podía desear. Eran frescas, acabadas de hacer y en el camino habían tomado alguna humedad. Cuando se las pusieron delante, holgóse de verlas y más por haberlas hecho y enviado una señora deuda suya, de quien solía ser ordinariamente regalado. Yo no estaba en casa y, en tanto que volvía entraron en acuerdo qué se haría dellas ó dónde se podrían enjugar, que tuviesen salvoconducto de mi persona. Porque, como se hubiesen de poner al sol, corrían peligro aun dentro de la urna, con las cenizas de Julio César. Cada uno dió su parecer y ninguno bueno.

Monseñor acordó en una cosa y dijo: No hay para qué buscar donde guardarlas. Dandoselas que las guarde, será lo más seguro. Cuadró á todos la razón y, luego como vine, me dijo: ¿Guzmanillo, qué habemos de hacer destas conservas, que vienen húmedas, para que no se acaben de perder?

Yo dije: Lo más cierto me parece, monseñor ilustrisi-

mo, comerlas luego. ¿Y atreviéraste á comerlas todas? me preguntó. Respondile: No son muchas. Si el tiempo fuese mucho más, no soy tan comedor, que para luego me atreviera solo con tanta y tan honrada gente.

Pues yo quiero que las guardes y tengas cuenta con sacarlas al sol cada día, que aquí no hay lance. Por cuenta se te han de entregar y las tienes de volver. Descubiertas van y llenas. Asegurado estoy del daño que les puede venir.

Yo no lo estoy, le respondí, de mí mesmo ni del que les podría hacer, que soy hijo de Eva y, metido en un paraíso de conservas, podriame tentar la serpiente de la carne.

Volvió á decir: Pues mira cómo ha de ser, que me las tienes de dar como te las doy, tan enteras y cabales, ó mira por tí lo que te va en ello.

Volvile á decir: No viene el pleito sobre ese artículo, que hasta volverlas como están, sin que se les conozca falta ni daño, cosa es fácil; otra es en la que reparo.

¿En qué reparas? me volvió á preguntar. Dije: Que me pongo á gran peligro, porque conozco de mi habilidad y flaqueza que, cumpliendo con lo que se manda, forzoso he de gustar mucha parte dello.

Monseñor, admirándose, dijo: Ahora, pues, en esto quiero ver lo que sabes. Doyte licencia que comas, hasta que te hartes una vez, con tal condición, que me las vuelvas á entregar sin que se les conozca falta y, si se le conociere, me lo has de pagar.

Aceptélo. Fuéronme todas entregadas. Otro día saquélas al sol á unos corredores y entre todas había una de azahar y limón, que á la vista se venía. Llegome bonico con un cuchillo pequeño y quitole las tachuelas del suelo y, dejándola trastornada sobre la tapa, con el mesmo cuchillo le saqué casi la mitad por abajo, volviéndola á clavar como primero, poniendo en lugar de conserva otro tanto de papel de estraza, cortado á la medida y tan justo, que no había más que ver.

Estando monseñor aquella noche haciendo colación, trájeme á la mesa cuatro cajas de aquéllas y preguntéle si habia hecho buena guarda. Respondiome: Si así están las demás, yo me contento.

Fuíselas trayendo todas y holgóse de verlas, porque estaban algo mas enjutas y cabales.

Luego volví con un plato y en él todo mi hurto, que en realidad de verdad, aun dello no probé cantidad de una nuez: aquello hice solamente para la ostentación del ingenio.

Cuando lo vió, me preguntó: ¿Qué es esto? Yo le respondí: Parto con vuestra señoría ilustrisima de mi hurto. El me dijo. Yo mandé que te hartases; mas nó que hurtases. Perdido has esta vez.

Repliquéle: Yo no me he hartado ni lo he probado. No pienso perder por ese camino, que eso es de lo que me he de hartar y todo el hurto entero, como se podrá bien ver. Y si del haber usado virtud ha de resultarme daño, no sé por dónde camine que acierte, pues me tienen tomadas las verdades. No se me da nada del castigo ni de haber perdido, porque creí haber ganado; mas otra vez no perderé.

Ahora no quiero dejarte quejoso, me respondió. Sin razón te culpo. Mas ¿de cuál de todas éstas, deseo saber, lo sacaste? Alargué la mano, diciendo: Desta es la falta y enseñéle cómo y por dónde.

Holgóse de la gran sutileza; mas no quisiera que tuviera tanta, porque se temian mucho no la emplease mal en algún tiempo. Mandóme alzar la caja y que me la llevase.

Destas cosas pasaban por mi muchas. Gustaba dellas y de mi, como de un juglar. Porque, si algún paje se dormía, bien pudieran otro día comprarle zapatos y medias, que libramientos de cera eran sus despertadores. Nuestro ejercicio era cada día dos horas á la mañana y dos á la tarde oír á un preceptor, que nos enseñaba. De quien aprendí, el tiempo que allí estudié, razonablemente la lengua latina, un poco

de griego y algo de hebreo. Lo más, después de servir á nuestro amo, que era harto poco, leíamos libros, contábamos novelas, jugábamos juegos. Si salíamos de casa, era sólo á engañar buñoleros, que con los pasteleros buen crédito teníamos ganado.

De noche dábamos leijas á las damas cortesanas y á las puertas cantaletas. En esto pasé hasta que me apuntó la barba. Y conque te parecerá vida de entretenimiento, era entretenerme en un palo, con una argolla al pescuezo, puesto á la vergüenza. Todo me hedia, nada me asentaba. Día y noche sospiraba por mis pasados deleites.

Cuando me vi mancebo, que pudiera bien ceñir espada, holgara de algún acrecentamiento, de donde pudiera cobrar esperanzas para valer adelante. Y estoy cierto que, si mis obras lo merecieran, no me faltara; mas, en lugar de cobrar juicio y hacer cosas virtuosas, para ganar la voluntad, obligando con ellas, di en jugar, aun hasta mis vestidos. Y como era un poco libre, también lo andaba en el juego.

Siempre procuré aprovecharme de todas cuantas trampas y cautelas pude, en especial jugando á la primera. ¿Cuántas veces, yendo en dos, tomé tres y, teniendo cinco, envidé con las tres mejores? ¿Cuántas veces tomé la carta postrera y, poniéndola debajo, veía si era buena ó nó y muy de espacio la brujuleaba y hacía partidos, que era robar en poblado? ¿Cuántas veces tenía un diácono á mi lado, que se hacia dormido y me daba las cartas por debajo? ¿Cuántas veces andaba un adalid porcima, que me daba el punto de los otros, para saber el que tenían y á qué iban por señas tan sutiles me lo decía, que era imposible poder entenderse? ¿Cuántas pandillas hice, dando al contrario cincuenta y dos y, quedándome con un as, hice cincuenta y cinco ó con un cinco, que hice cincuenta y cuatro, y mejoré mi punto ó gané por la mano?

Pues ya, cuando jugábamos dos á uno y nos dábamos las

cartas, tomar naipes desechado, poniéndolo encima, jugar con guión, hacer trascartones, poner el naipé de mayor ó señalarlo, habiéndome hecho de concierto con el coimero ó con el que los vende. ¡Oh qué hice de ruindades y fullerias! Ninguna hubo, que no entendiera y supiera: todas las obraba. Porque la ceguera del juego es tal, que tienen los cautelosos en él mucho campo. Y si licito fuese... Digo licito, que como en la republica se permiten casas de pecados, por excusar otros mayores, habia de haber en cada pueblo principal maestros destas bellaquerias, donde los inclinados al juego las entendiesen y no los engañasen. Porque nuestra sensualidad se deja vencer fácilmente del vicio y hacer vil costumbre lo que se inventó por licito ejercicio.

Con razón se dirá vil costumbre, cuando descompuestamente lo siguieren, sacándolo de su curso. El juego fué inventado para recreación del ánimo, dándole alivio del cansancio y cuidados de la vida; y lo que desta raya pasa es maldad, infamia y hurto. Pues pocas veces se hace que no se le junten estos atributos. Voy hablando de los que se llaman jugadores, que lo traen por oficio y tienen por costumbre; no obstante que deseo más que se aparten del aquellos, que son mas nobles, considerando los daños, que dello se les sigue, viendo que el malo se iguala con el bueno y que, si él gana y el otro pierde, se obliga á sufrir muchos atrevimientos y descomposturas, palabras y meneos, que la ganancia sola pudiera sufrirlo y no un hombre de honor. Y otras cosas, que no me atrevo á decir, tales, de calidad, que, no sólo por ellas y las dichas habian de aborrecer el juego, pero las casas donde se juega.

Mas, ya que nuestro apetito es tan desenfrenado, no seria malo, sino importante, que sepa el mancebo las leyes, los partidos, las tretas, los engaños, que en él hay. Y si rehundieren, rehunda el resto en botas, calzas, puños, cuello, cinto en el pecho, en las mangas, donde pueda, para que no

pierda su dinero y como bestia, que demás de ganárselo, burlan dél.

Una cosa procuré: nunca sentarme á jugar con poco ni de poco ni con persona, que no aventurase á ganar mucho, jugando mi real á tres y sin dar mohina ni tomarla. Yo me entretenía ya de manera, que hacía muchas faltas. Y no es posible que pueda el jugador cumplir con sus obligaciones y menos el que sirve. Yo no sé cuál señor quiere dar pan á criado jugador. Porque, si tiene hacienda á su cargo y pierde, ha de jugar por cuenta del amo, en ventura si también pierde y después no tiene de qué ni con qué pagar, si no tiene hacienda. No es posible asistir á las horas que debe servir ni lo han de hallar, cuando fuere menester, como á mí me aconteció.

Sentíalo monseñor en el alma. Nada pudo aprovechar conmigo amonestaciones, persuasiones, palabras ni promesas, para quitarme de malas costumbres. Y estando una vez con los más criados de casa, en mi ausencia les dijo lo bien que me quería y deseo, que de mi bien tenía, y, pues conmigo no bastaban buenos medios, se usase una estratajema, que, echándome unos días de casa, podría ser que, viendo mis faltas, conociendo mi miseria amansaría; pero que no se me quitase la ración, porque con la necesidad de la comida no hiciese cosa torpe ni malhecha. ¡Oh virtud singular de príncipe, digna de alabanza eterna y á quien deben imitar los que quieren ser bien servidos! Que, si los criados no son cual yo era, es imposible no dar mil vidas por sólo un pequeño gusto de los tales amos.

Previnome la necesidad forzosa de la comida. ¡Dios todopoderoso os libre de tal necesidad! Todas las otras, trabajo se padece con ellas; pero el comer y no tener de qué, llegar la hora y estar en ayunas, pasar hasta la noche y no hallarla, no aseguro la primera capa, que se encontrare, por la mitad de lo que vale. Hizose así y en tiempo harto

trabajoso, porque como un día y una noche hubiese estado jugando y perdido cuanto dinero tenía y del vestido me quedase sólo un juboncillo y zaragüelles de lienzo blanco, viéndome así, metime en mi aposento, sin osar salir dél. Y aunque me quise fingir enfermo, no pude, porque monseñor era tan puntual en la salud y cosas necesarias de sus criados, que al momento me hiciera visitar de los médicos, y también porque de boca en boca luego se supo en toda la casa mi daño.

Como le falté á la mesa tantos días, preguntaba siempre por mí. Pesábale que se dijese chismas y de que unos fiscaleasen á otros. Y así le decían: por ahí anda. Creció su sospecha no me hubiera sucedido alguna desgracia y, apretando mucho por saber de mí, fué necesario satisfacerlo, diciéndole la verdad. Pesóle tanto de mi mala inclinación, viendo cuán disolutamente sin temor ni vergüenza procedía, que mandó me hiciesen un vestido y con él me echasen de casa en la forma que lo había mandado antes.

Vistióme el mayordomo y despedióme. Corrimo tanto dello, que, como si fuera deuda, que se me debiera tenerme monseñor consigo, que haciendo fieros me sali, sin querer nunca más volver á su casa; no obstante que me lo rogaron muchas veces de su parte con recaudos y promesas, diciéndome el fin con que se había hecho y sólo haber sido pensando reformarme. Significáronme lo que me quería y en mi ausencia decía de mí. Nada pudo ser parte que volviese; siempre tuve mis trece, que parecía vengarme con aquello. Extendime como ruin, quedéme para ruin, pues fui ingrato á las mercedes y beneficios de Dios, que por las manos de aquel santo varón de mi amo me hacía.

Justa sentencia suya es que, á quien las buenas obras no aprovechan y las tiernas palabras no mueven, las malas le domen con duro y riguroso castigo. Fuera de juicio, salgo del poco mio que tuve, dándoseme por todo nada, como si

nada me faltara. ¡Cuánto menosprecié lo mucho que por mí se hizo, tan sin qué, por qué ni para qué, pues ni en mi capacidad cabía ni á mi servicio se debía ni por gratitud lo merecía! ¡Qué mal supe conservar aquel bien ni merecer el que con aumento esperaba y sin duda recibiera! ¡Qué desconocido anduve al regalo con que fui curado! ¡Qué olvidado de la solicitud con que fui administrado! ¡Qué ingrato á la caridad con que fui servido! ¡Qué descuidado del cuidado con que fui dotrinado! ¡Qué soberbio á la mansedumbre con que fui amonestado! ¡Qué pertinaz á las dulces palabras con que fui persuadido! ¡Qué sordo á las graves razones amorosas con que fui reprehendido! ¡Qué aspero á la paciencia con que fui sufrido! ¡Qué incorregible al favor con que fui defendido! ¡Qué rebelde á los medios, que para mi remedio se buscaron! ¡Qué incapaz del buen término con que fui tratado y qué sin enmienda de los descuidos que me disimularon!

Si cualquiera de los dos, que me tuvieron por hijo, fuera vivo ni ambos juntos, que volvieran á su prosperidad, hicieran tanto ni con tanto amor, sufriendome por sólo él, tantas y tan perjudiciales travesuras, que así tan desenvueltamente las usaba, no como en casa de mi señor ni de mi padre, sino cual en la mía. Con menos respeto trataba en su presencia, que si fuera igual mío y él con entrañas de Dios me lo sufría. Estoy cierto que quien me engendró me hubiera aborrecido y dejado de la mano, cansado de mis cosas. Monseñor no se cansó, no se indignó ni airó contra mí.

¡Oh condición real, heredada del Padre verdadero, hacer bien y más bien á los tales como yo! Esperándome un día, una semana, un mes, un año y muchos años, no faltando con sus misericordias en todos ellos, para que no haya excusa y que, atajados con vergüenza, pronunciemos contra nosotros la sentencia, que nuestros delitos merecieren.

En todo seguí mi gusto, á todo hice oídos de mercader.

Apelé para mi carne, que pronta para mis vicios en seguirla me desvaneci. Tuve para ejecutarlos fuerzas, para buscarlos habilidad, para perseverar en ellos constancia y para no dejarlos firmeza. En ellos era tan natural, como extraño en las virtudes. Querer culpar á la naturaleza, no tendré razón, pues no menos tuve habilidad para lo bueno, que inclinación para lo malo. Mas fué la culpa, que nunca ella hizo cosa fuera de razón; siempre fué maestra de verdad y de vergüenza, nunca faltó en lo necesario. Mas, como se corrompe por el pecado y los míos fueron tantos, yo produje la causa de su efecto, siendo verdugo de mi mismo.

CAPITULO X

Cómo, despediao Guzmán de Alfarache de la casa del cardenal, asentó con el embajador de Francia, donde bizo algunas burlas. Refiere una historia, que oyó á un gentilhombre napolitano, con que da fin á la primera parte de su vida.



O me puedo quejar de haberme monseñor despedido de su casa, si, como dije y fué verdad, tanta instancia hizo por volverme á ella, mas, como hervia la sangre, considerélo bien mal. Quiero decir hice bien mal de no considerar mi mal, bien. Andábame vagando á la flor del berro por las calles de Roma y, como tenia de mi prosperidad algunos amigos de mi profesión, viéndome desacomodado, me convidaban. Aunque me costaba muy caro. Que la comida en compañía del malo, dando el alimento al cuerpo, destruye con malos humores el alma. Y no tanto me hartaban aquellos bocados, como me destruian sus malos consejos y costumbres, de que sólo me ha quedado el arrepentimiento, porque lo vine á conocer, cuando ya me hallé con el agua á la boca.

Entranse los vicios callando, son lima sorda, no se sienten hasta tener al hombre perdido. Son tan fáciles de recibir, cuanto dificultosos de dejar. Y los amigos tales son fuelles: encienden la llama que comienza á arder y con una centella levantan gran hoguera.

Bien pudiera yo cobrar mi ración, habiéndome dicho el

mayordomo de mi amo que fuese ó enviase por ella cada día; mas dejélo de obstinado y quería más la hambre con los malos, que hartura de los buenos. Bien presto me dieron el pago los que me aconsejaron que la perdiese y por cuya confianza yo lo hice. Cansáronse de dármele muy presto. No sólo no me lo dieron; mas, por no dármele, me aborrecieron. Esto de huéspedes tiene misterio. Siempre halla en el que convida boca de miel y manos de hiel. Con franqueza prometen, con avaricia dan, con alegría convidan y con tristeza comen.

Los huéspedes han de ser á deseo, ricos y de pasaje; han de pisar poco la casa, calentar poco la silla y asistir poco á la mesa, para no dar hastio. No te fies, creyendo ser hospedado liberal y francamente, como suenan las palabras. Que para mí es regla cierta de hospederías haberse de recibir de un pariente una semana, del mejor hermano un mes, de un amigo fino un año y de un mal padre toda la vida.

Sólo el padre no se cansa; que todos los más de poco empalagan y enfadan. Lo que más tardares, has de ser odioso y enojoso y te querrian echar en el pan zarazas. Dame, pues, por ventura, si te convida un casado y la mujer es angosta de pechos, la hacienda suya y un poco brava ó si es madre ó hermana, finalmente mujer, que las más de suyo son avarientas: ¡cómo lo lloran, cómo lo sienten, cómo lo maldicen y aun á sí mismas con ello! El día, que en tu casa pudieres comer con piedras duras, no quieras en la ajena pavos blandos.

Mis amigos, hartos de mí, no fué necesario que yo avergonzado los dejase, pues ellos me desecharon, yéndose acortando en el dar, hasta sin rebozo venirlo á negar. Fuéme forzoso buscar un árbol donde arrimarme, que me hiciese sombra con la comida. Vime tan apretado que, cual el hijo pródigo, quisiera volver á ser uno de los mercenarios de la casa de monseñor. Fué mi desgracia tanta, que ya era falle-

cido. Ya yo estaba rendido y me quería sujetar con muy determinada voluntad en la enmienda; mas acudí tarde. Que quien, cuando puede, no quiere, bien es que, cuando quiera, no pueda y pierda por el malquerer el bienpoder.

No distó mi buena de mi mala fortuna espacio de dos meses. Y, si los asistiera sin la mudanza que hice, cuando mal y peor librara, me quedara como á el que menos de sus criados, con una honrada ración para toda mi vida y en ventura de alguna mejoría; mas, pues así fué, sea Dios loado. No podré decir que mi corta estrella lo causó, sino que mi larga desvergüenza lo perdió.

Las estrellas no fuerzan, aunque inclinan. Algunos ignorantes dicen: ¡Ah señor!, al fin habia de ser y lo que ha de ser conviene que sea. Hermano mio, mal sientes de la verdad, que ni ha de ser ni conviene ser; tú lo haces ser y venir. Libre albedrío te dieron con que te gobernases. La estrella no te fuerza ni todo el cielo junto con cuantas tiene te puede forzar; tú te fuerzas á dejar lo bueno y te esfuerzas en lo malo, siguiendo tus deshonestidades, de donde resultan tus calamidades.

Entré á servir al embajador de Francia, con quien monseñor, que esté en gloria, tuvo estrechas amistades y en su tiempo gustaba de mis niñerías. Mucho se deseaban servir de mí. No se atrevió á recebirme, por el amistad, que estaba de por medio. En resolución allá me fui. Hacíame buen tratamiento; pero con diferente fin. Que monseñor guiaba las cosas al aprovechamiento de mi persona y el embajador al gusto de la suya, porque lo recibía de donaires que le decía, cuentos que le contaba y á veces de recaudos que le llevaba de algunas damas á quien servía.

No me señaló plaza ni oficio; generalmente le servía y generalmente me pagaba. Porque ó él me lo daba ó en su presencia yo me lo tomaba en buen donaire. Y hablando claro, yo era su gracioso; aunque otros me llamaban truhán choca-

rrero. Cuando teníamos convidados, que nunca faltaban, á los de cumplimiento servíamos con gran puntualidad, desvelando los ojos en los suyos; mas otros importunos, necios, enfadosos, que sin ser llamados venían, á los tales hacíamos mil burlas. A unos dejándolos sin beber, que parecía que los criábamos como melones de secano, á otros dándoles á beber poco y con tazas penadas, á otros muy aguado, á otros caliente. Los manjares, que gustaban, alzábamos el plato, servíamosles con salado, acedo y malsazonado. Buscábamos invención para que les hiciese malprovecho, por aventarlos de casa.

Una vez aconteció que, como un inglés hubiese dicho ser pariente del embajador y tuviese costumbre de venirse á casa cada día, mi amo se enfadaba, porque, demás de no ser su deudo, no tenía calidades ni sangre noble y sobre todo era en su conversación impertinente y cansado. Hombres hay, que aporrean un alma con sólo mirarlos y otros, que se meten en ella, dejándose querer, sin ser en las manos del uno ni en el poder del otro el odio ni el amor. Pero éste parecía todo de plomo, mazo sordo.

Una noche al principio de cena comenzó á desvanecerse con mil mentiras, de que el embajador se enfadó mucho y, no pudiéndolo sufrir, me dijo en español, que el otro no entendía: Mucho me cansa este loco. No lo dijo á tonto ni sordo; luego lo tomé á destajo. Fuile sirviendo con picantes, que llamaban á gran priesa. Era el vino suavísimo, la copa grande. Iba menudeando. De polvillo en polvillo se levantó una polvareda de la maldición. Cuando lo vi rendido y á treinta con rey, quitéme una liga y púsele una lazada floja en la garganta del pie, atando el cabo con el de la silla y, levantados los manteles, cuando se quiso ir á su posada, no tan presto se alzó del asiento, como estaba en el suelo, hechas las muelas y los dientes y aun deshechas las narices. De manera, que, vuelto en sí otro día y viendo su mal recaudo, de corrido no volvió más á casa.

Bien me fué con éste, porque sucedió como deseaba; mas no todos los lances salen ciertos. Algunos hay, que pican y se llevan el cebo, dejando burlado el pescador y el anzuelo vacío. Como me aconteció con un soldado español, de más de la marca. ¡Oh hi de puta traidor y qué madrigado y redomado era! Oye lo que con él nos pasó. Entrósenos en casa á mediodía, cuando el embajador queria comer y, llegándose á él, dijo ser un soldado, natural de Córdoba, caballero principal della y que tenía necesidad y así le suplicaba se la favoreciese, haciéndole merced. El embajador sacó un bolsico donde tenía unos escudos y sin abrirlo se lo dió, por parecerle que sería lo que significaba. No contento con esto, deteniase, contándole quién era y las ocasiones en que se había hallado de lance en lance. Como el embajador se fué á sentar á la mesa, él hizo lo mismo. Llegando una silla, se puso á un lado. Yo iba por la vianda y veo que otros dos jerifaltes como él entraban por el corredor y, como lo vieron comiendo, dijo el uno al otro: ¡Voto á tal! que parece que el pecado nos ata los pies, que siempre este chocarrero nos gana por la mano. Como los oí, lleguéme á ellos y dijeles: ¿Vuestras mercedes conocen aquel caballero? El uno me respondió: Conocemos aquel bodegonero. Su padre no se hartó de calzarme borceguies en Córdoba, donde tiene su ejecutoria en el techo de la Iglesia Mayor.

Esta es la desventura nuestra, que, si pasamos veinte caballeros á Italia, vienen cien infames, cual éste, á quererse igualar, haciéndose de los godos. Como entienden que no los conocen, piensan que engomándose el bigote y arrojando cuatro plumas han alcanzado la nobleza y valentia, siendo unas infames gallinas, pues no pelean plumas ni bigotes, sino corazones y hombres. ¡Vámonos, que yo le haré al marica que desocupe nuestros cuarteles y busque rancho. Fuéronse y quedé considerando cuáles eran todos tres y cómo se honraban.

Con los dos me indigné, pareciéndome fanfarrones y por su mal término en hablar, infamando á el que se deseaba honrar, sin ajena costa ni perjuicio, y con el huésped cobré gran ira, por su demasiado atrevimiento. Debiérase contentar con lo que le habian dado, sin ser desvergonzado, poniéndose á la tabla con semejante desenvoltura.

Dióme deseo de burlarlo y aprovechóme poco, pues, pensando ir por lana, volvi tresquilado, no saliendo con mi intento. Pidióme de beber. Hice que no lo entendia. Señálome con la mano. Acerquéme junto á él. Volvió tercera vez con una seña; volvi los ojos á otra parte, mesurando el rostro. Y viendo que ó lo hacia de tonto ó de bellaco, no me lo volvió á pedir; antes dijo al embajador: No le parezca á vuestra señoría ser atrevimiento el haberme sentado á su tabla, sin ser convidado, por las muchas excusas, que tengo para ello. Lo primero, la calidad de mi persona y noble linaje merece toda merced y cortesia. Lo segundo, ser soldado me hace digno de cualquier tabla de príncipe, por haberlo conquistado mis obras y profesión. Lo último, que se junta con lo dicho, mi mucha necesidad, á quien todo es común. La mesa de vuestra señoría se pone para remediar á semejantes, con que no es necesario esperar á ser convidados los que fueren soldados de mis prendas. Suplico á vuestra señoría se sirva mandar que se me dé la bebida, que, como soy español, no me han entendido, aunque la he pedido.

Mi amo nos mandó darle de beber y así no pudo excusarse; pero jurésela que me lo habia de pagar. Trújele la bebida en un vaso, muy pequeño y penado, y el vino muy aguado, de manera que lo dejé casi con la misma sed. Mas, como á los españoles poco les basta para entretener y sufrir mucho trabajo, con aquella gota pasó como pudo hasta el fin de la comida, habiendonos todos los pajes conjurado de no mirarle á la cara en cuanto comiese, porque no volviese con señas á

pedirlo y nos obligase á darlo. Mas él supo mucho, que, cuando satisfizo el estómago de viandas y servian los postres, volvió á decir: Con licencia de vuestra señoría voy á beber. Y levantándose de la silla se fué al aparador y en el vaso mayor, que halló, echó vino y agua, lo que le pareció. Y satisfecha la sed, quitándose la gorra y haciendo una reverencia, salió de la sala y se fué sin hablar otra palabra.

Quedó el embajador tan risueño de mis trazas y admirado de la resolución del hombre, que me dijo: Guzmanillo, este soldado se parece á ti y á tu tierra, donde todo se lleva con fieros y poca vergüenza.

En libertades de españoles estábamos tratando sobre-mesa, cuando entró por la puerta un gentilhombre napolitano, diciendo: Vengo á contar á vuestra señoría el caso más atroz y de admiración, que se ha visto en nuestros tiempos, que hoy ha sucedido en Roma. El embajador pidió se lo contase. Yo por oirlo entretuve la comida, lleguéle una silla y en sentándose dijo así:

En esta ciudad residió un caballero mancebo, de edad hasta veinte y un años, de noble sangre y no mucha hacienda. Tenia buen parecer, era virtuoso, hábil, diestro, de gran valor por su persona. Enamoróse de una doncella dentro de Roma y de edad tendria diez y siete años, en extremo hermosa y honesta. Ambos iguales en estado y más en voluntad, pues si el uno amaba, el otro ardía. El se llamaba Dorido y ella Clorinia.

Sus padres la criaban tan recogida, que no le permitian trato ni conversación, de que pudiera resultarle daño, ni asomar á ventana, sino acaso y muy pocas veces. Porque el exceso de su hermosura era causa para ser de todos los nobles mancebos codiciada. Sus padres y un hermano que tenia estaban muy celosos, por lo cual no podian los dos amantes tratarse como quisieran. Es verdad que á Clorinia, como bienenamorada nada se le ponía por delante para mos-

trarse á Dorido todas las veces, que por la calle pasaba. Porque tenía pared en medio de su ventana otra de una amiga suya, que con más libertad, por ser casada, siempre podía residir á ella. Y como le hubiese dado cuenta de sus amores, cuando pasaba Dorido, le daba cierta seña, con que luego salía por verlo y así recibía de su amante lo que con esta avaricia podía.

Esto estuvo así por algún tiempo; que otra cosa no había más, que mirarse de pasada. Pero Dorido impaciente, codicioso de mejorarse en los favores, buscó modo cómo con más comodidad gozar de la dulce vista, ya que otro no le era permitido.

Fué á hacer amistad muy estrecha con el hermano, que se llamaba Valerio. Dióse tal maña, que no podía Valerio vivir sin Dorido, lo cual fué causa que muchas veces lo llevase á su casa, haciéndose señor della, donde á su placer contemplaba la hermosura de su dama. Iban con estos cebos tomando los amores fuerza, declarándose más las voluntades con los ojos.

Clorinia, como menos fuerte y por ventura más encendida, se descubrió á una criada suya, llamada Scintila, la cual, deseosa de servir á su ama, fué á buscar á Dorido y le dijo: Ya Dorido no es tiempo que os excuséis de mi, pues no me es nuevo los amores que pasan entre vos y mi señora y, para que veayas que no os engaño, sabed que ella mesma me los ha revelado, pidiéndome ayuda en que os declare su pecho y lo que os ama: y así me dió esta cinta verde, señal de esperanza, para que por su gusto la pongáis en el brazo. Bien creo estaréis cierto que viene de su mano, pues muchas veces se la conocistes revuelta en sus cabellos, de manera, que de hoy en adelante podréis fiaros de mi, que tanta gana tengo de serviros. Oyendo aquesto Dorido, quedó espantado y malcontento, como aquel que siempre se había recelado della, no teniéndola por capaz de negocio de tanta confianza, te-

miendo no fuesen descubiertos sus amores. Mas, visto que no había otro remedio, habiéndolo hecho Clorinia, disimuló su poca satisfacción y lo mejor que pudo le agradeció la buena voluntad y obras.

Pasados algunos días y creciendo el deseo en Dorido de hablar á boca á su señora y no hallando medios para ello, amor, que todo lo puede y vence acometiendo imposibles, le abrió camino, mostrándole modo de poder conseguir lo que tanto deseaba. Estaba pegado á la pared de la casa de Clorinia, que correspondia por la calle pública, un pedazo de pared antigua, medio derribada, de altura que casi llegaba á una ventana de la casa, y un poco más bajo della estaba un agujero, tapado con una piedra movediza, que se quitaba y ponía.

Este solia servir algunas veces á Clorinia de celojía, mirando por él sin ser vista los que pasaban por la calle. Era bien conocido de Dorido, por las veces que en él había visto á su señora. Parecióle oportunidad favorable á su deseo. Comunicólo á Scintila y, rogándole que le favoreciese, le dijo: Ya, Scintila, que quiso mi dicha que á nuestros amores os haya hallado dispuesta en mi gusto, no dejaré de ponerme en vuestras manos, con seguridad que pondréis en todo el cuidado, que la voluntad de servir á vuestra señora y hacerme merced os obligan. Sabed que, desde que á Clorinia di el alma, haciéndola dueña verdadera della y de mi vida, no tengo alcanzada otra cosa, más de haberme respondido con la voluntad, significada por los ojos, por habernos faltado mejor comodidad. Cuanto más me ha sido defendido, más ha crecido el deseo: que siempre la privación engendra el apetito. Hame venido ahora un pensamiento cómo con vuestra ayuda pueda quedar honestamente satisfecho mi deseo.

Ya sabéis el agujero, que está debajo de la ventana. Ese será el lugar y vos el instrumento de mi buena dicha. Diréis

á Clorinia, suplicándole por mí, corresponda en mi ruego y, cuando lo rehusase, podréis guiarle la voluntad, si acaso no se atreviere, para que aquesta noche, pues la oscuridad nos ayuda, que ya, después de su gente sosegada, se sirva de hablarme por él, que otra cosa no le pido ni pretendo.

A Scintila pareció cosa fácil y sin riesgo. Dióle buena esperanza, prometiéndole su solicitud hasta ponerlo en efecto. Así lo cumplió y señaló la hora en que pudiera ir, advirtiéndole de cierta señal, que haría de la ventana.

Dorido, venida la noche, disfrazado el vestido, fuese al determinado lugar, donde estuvo esperando. Llegada la ocasión, cuando todos los de casa estaban sosegados, Scintila se fué á la ventana y la abrió con achaque de verter un poco de agua. Lo cual visto por Dorido, que ya estaba encima de la pared y, habiendo conocido á Scintila, dijo: Aquí estoy. Ella le dijo que esperase y, cerrando la ventana, se entró dentro.

Dorido quedó saltándole el corazón en el pecho, que parecía querer salir de allí, reventando con el deseo encendido en fuego de amor, temeroso de vario suceso, que le impiese aquella gloria, cuidadoso de pensar qué palabras le poder decir. Todo acudía con el pensamiento y con los ojos á mirar por el agujero, lo que la malencajada piedra permitía. Ya veía cómo Clorinia hablaba con Scintila, ya con sus padres, ya cómo se levantaba de donde estaba y pasaba en otra parte, hasta que, sus padres acostados, la vió venir al puesto y llegar tan turbada de vergüenza, que intentaba volverse; mas, como la esforzase Scintila, llegóse.

Luego que se vieron juntos, tanto se turbó Dorido, que, aunque estaba prevenido de lo que pensaba decirle, quedó mudo y ella no menos temblando, sin tener en tal coyuntura quien al uno diese aliento para pronunciar palabra. Mal ó bien, poco á poco, cuando hubieron cobrado calor las lenguas heladas, formaron de ambas partes algunas con que se saludaron.

Dorido la pidió la mano y ella se la dió de buena gana. No pudo más que besársela, trayéndola por todo su rostro, sin alejarla punto de su boca. Después él alargó la suya, alcanzando á tentar el rostro de su dama, sin poderse gozar otra cosa ni el lugar era más dispuesto. En esto entretuvieron un gran rato. En cuanto las manos hablaban, ellos callaban, que lo uno impedía lo otro.

Y como Scintila les daba priesa, por el temor de no ser descubiertos, Dorido con muchos encarecimientos pidió á Clorinia que la noche siguiente, á la misma hora y en el mismo lugar, pudiese gozar de aquel regalo. Ella se lo prometió y así se despidieron, cada uno lleno de contento y él mucho más, que no le cabía en todo el cuerpo. Y con el deseo que pasasen presto aquella noche y el siguiente día, se fué á su casa, donde si sentado no podía reposar, en levantándose, buscaba en qué acostarse y, como allí no sosegaba, con inquietud y deseo paseábase. No hallaba descanso en cosa alguna.

Esta manera padeció hasta la siguiente noche y punto señalado, que con ampolletas estaba midiendo haciéndosele todo perezoso. Fuése á su puesto, esperando que le diesen la seña. Metióse en el hueco de una puerta antigua, que estaba en el paredón muy cerca de la ventana y, estando para subir al agujero, vió que pasaron dos galanes, de dos damas de la misma calle, los cuales anduvieron por ella dando vueltas, esperando que se desocupase, por gozar de otra semejante ocasión.

Eran grandes amigos de Dorido y sabían que andaba enamorado de Clorinia. Conociéronse bien los unos á los otros; mas, como en sus amores andaba tan recatado, no quería descubrirse, por la sospecha que pudiera dar de lo que no había. Y así, en cuanto aquellos estuvieron paseando, no se atrevió á subir en el paredón, por no ser visto. Que, aunque la noche fuera más oscura, se dejara muy bien reconocer

el bulto por los que allí andaban; aunque por los que pasaran de largo no se advirtiera tanto. Y así, porque no lo conociesen yéndose de allí se puso más lejos, esperando que se fueran ó entretuviesen en sus paradas, para volver á la suya. Mas, como vió que tardaban y llegase la hora, parecióle que, si su dama venia y allí no le hallaba, que ignorando la causa, se lo tuviera por descuido y poco amor. Esto llegó con la cólera en tal desesperación, que estuvo determinado de acometerles, dándoles caza, si no le aguardaran, y, si se defendieran, matarlos.

Pudieralo bien hacer, así por su mucho esfuerzo, como porque iba bien apercebido. Demás que la ira en que ardía le ayudara, que semejante coraje acrecienta las fuerzas. Y más, que los cogiera descuidados. Pero considerando, no el peligro, sino el estado de sus negocios, por no perderlos, estuvo sosegado, mordiéndose los labios, torciéndose las manos, mirando al cielo, dando pisadas en la tierra como un loco.

Viendo, pues, que el tiempo era pasado, se fué tan disgustado, cuanto alegre la noche pasada. Luego el siguiente día estos dos hombres fueron en busca de Dorido y le dijeron: Ya señor sabéis que somos vuestros amigos y como tales no es justo entre nosotros haya cosa oculta. Y lo mesmo es justo, si lo sois nuestro, se haga de vuestra parte, diciéndonos la verdad, que se os preguntare y fuere lícito. Ayer á cuatro horas andadas después de anochecido, paseando por nuestra calle, que así la podemos llamar, pues en ella tenemos cada cual de nosotros el alma, buscando nuestra ventura, vimos un hombre que nos anduvo acechando, siguiéndonos los pasos, sin perdernos de vista un solo credo.

Tuvimos deseo de reconocer quién fuera y lo dejamos de hacer por no causar algún escándalo. No pudimos aún sospechar quién fuese, hasta después estar certificados, por lo que sucedió, ser vos. Y fué que, habiéndonos parado cerca

de la ventana de vuestra dama, la sentimos abrir y ponerse á ella Scintila, que viendo los bultos y no conociendo, dijo: Dorido ¿por qué no subís? Cuando aquello la oimos, con una impertinente curiosidad, fiados de vuestra amistad, le respondimos: ¿Por dónde?

A esta palabra, sin replicar otra alguna, cerrando la ventana se entró dentro. De donde sospechamos debíades haber hecho algún concierto y por no impedirlo nos fuimos de allí luego y en vuestra busca; más no parecistes. Y así no pudimos deciros hasta ahora lo pasado; mas porque deseamos serviros y que, conservando nuestra amistad, nuestras pretensas vayan adelante, cada uno con la suya, sin que podamos impedirnos, partamos la noche. Nosotros tomaremos de la media hasta el día, dejando la prima; y, si lo queréis, al trocado: sea como gustáredes, que á nosotros todo nos viene á ser una cuenta.

Dorado quisiera disimular con ellos; mas hallándose atajado con razones, no pudo y así escogió la primera, que le ofrecieron y con esta llaneza prosiguió la noche tercera su visita, bien falto de esperanza de hacerla y que ella allí volviese, por el suceso pasado.

Mas, como Clorinia amaba, nada se le ponía por delante, que con mucho cuidado solicitaba si volvería su galán, por alegrarse con su vista y saber qué impedimento le hubiera hecho faltar la noche pasada. En tanto que sus padres estaban cenando, levantándose de la mesa, fué al agujero. Podíalo hacer con seguridad, porque la chimenea, junto á la cual cenaban, estaba á la una parte de la sala, que era grande, y la ventana del agujero á la otra, cerca del rincón della, y en medio había ciertos embarazos, que impedían la vista de la una parte á la otra.

Sus padres estaban de manera, que fácilmente pudiera llegar y hablar bajo, sin ser sentida de alguno. Verdad es que estaba sobre aviso de lo que pudiera suceder, para qui-

tarse presto. Ella llegó á tan buen tiempo, que ya Dorido la estaba esperando, porque desde la calle le pareció sentir pasos en la sala. Fué cierta señal para él que serian de su dama y subió de presto á verlo y, como era la segunda vez que se veían, ya no tuvieron el empacho que primero.

Habláronse con más osadía lo que les dió lugar el tiempo, que fué aquella noche breve y como hurtado. Despidiéronse con grandes ternezas, dejando concertado que, en cuanto la luna les diese lugar con su menguante, gozasen ellos de su creciente, hasta que otro mejor medio se hallase.

En este tiempo un mancebo, muy gran amigo de Dorido, que llamaban Oracio, se enamoró de Clorinia. Serviala, no embargante que entendia ser prenda de su amigo. Pero juntamente sabia que no trataba de casarse con ella y él sí. Confiándose de su grande amistad, en la justa petición y causa honesta, le pidió muy encarecidamente desistiese de los amores de Clorinia y le diese lugar, pues el fin de ambos era tan diferente.

Valieron mucho con Dorido las afectuosas palabras y ruego lícito de Oracio y así le respondió ser muy contento, prometiéndole, si su señora dello gustase, desembarazaria el puesto, dejándole desocupada la plaza, sin contradicción alguna y viviese seguro que no le seria competidor, para lo cual haria dos cosas. La una desengañar á Clorinia, diciéndole cómo por cierto voto él no podia ser casado con ella, y la otra que para poderla olvidar procuraria amar en otra parte; pero que por la grande amistad, que con Valerio tenia, no podia dejar de visitarla y dello podia resultarle algún provecho y de ninguna manera daño, pues entendia favorecerlo en las ocasiones que se ofreciesen.

Quedó con esto Oracio contento, satisfecho y muy agradecido á Dorido, no considerando que, habiéndolo dejado á la elección de Clorinia, hasta saber su voluntad, habia poco negociado. Y el haber hecho Dorido la oferta, fué confiado,

que hablar á Clorinia en ello fuera sacarle el corazón. Con estas varias confianzas Oracio pidió á Dorido hablase por él, y así se lo prometió, por conservar su amistad, no dando nota ni escándalo en sus amores. Como lo ofreció, lo hizo, que, viéndose con su dama, le relató una grande arenga de todo lo pasado, diciéndole que, si su voluntad era amar á Oracio, que nunca Dios permitiera que él impidiera su honrado intento; más á lo menos, cuando no lo quisiese, tenía la obligación de agradecerle la voluntad, no mostrándose áspera y, si pasase por la calle, no huille, que le hiciese rostro alegre, aunque fuese fingido.

A esto respondió Clorinia con enojo, diciendo que no le mandase tal ni hablase más en ello, porque, cuando por este fin él la dejase, antes gustaría de ser aborrecida que ofenderle, poniendo su amor en otra parte. Que él había sido el primero y sería el último en su vida, la cual desde luego le sacrificaba, para que, no siendo caso de mandarle que lo olvidase, dispusiese de todo restante á su voluntad.

No dejaba Dorido de recibir contento, por ser el verdadero crisol donde se afinaban sus amores y la seguridad con que le amaban y así no se lo volvió á tratar; antes prosiguió sus visitas de día y noche, habiendo primero desengañado á Oracio de lo pasado.

El no lo quiso creer. Entristeciése grandemente de oirlo y, con todo esto, no dejaba de servirla; mas nunca la halló dispuesta en hacerle algún favor, antes áspera y rigurosa. De donde resultó que, viéndose desdeñado y á Dorido preferido, el furor irritó la paciencia, encendiéndose de tal manera en una ira infernal, que el amor que le tenía trocó en aborrecimiento. Y así como por lo pasado siempre deseó servirla, de allí adelante se desvelaba buscando su daño, poniendo en ello todo su estudio y diligencia, de tal manera que, como hubiese algunas veces acechado á Dorido y supiera la hora, lugar y modo cómo subía por el paredón y se

hablaban, una noche se anticipó á la venida del verdadero amante y, fingiendo ser él, subió al puesto y hizo un pequeño ruido con la piedra, que estaba en el agujero, según lo había visto hacer algunas veces.

Pues, como Clorinia sintió la seña y sin considerar el tiempo, que era muy anticipado, acudió al reclamo luego, quitando la piedra, recibió con dulces palabras al fingido amador, que callado estaba, lo cual incitó más á Oracio en su traición y, metiendo la mano por el agujero, asió de la de Clorinia y se la sacó afuera, fingiendo querérsela besar. Así se la tuvo apretada con la suya izquierda y, con la derecha sacando un afilado cuchillo que llevaba, sin mucha dificultad y con suma impiedad, se la cortó y llevó consigo, dejando la triste doncella en el suelo amortecida. Porque el dolor, que se habia de desfogar con voces y quejas, refrenólo, haciendo fuerzas á la flaqueza femenil, encerróse en el corazón y, ofendiendo los espíritus vitales, quedó casi muerta.

Allí acabara, sin duda, si brevemente no acudieran. Que, como la hallasen menos y llamándola no respondiese á sus padres, alborotados dello salieron á buscarla y la hallaron desangrándose en el suelo junto del agujero, que quedó abierto. Y en vello ensangrentado, dió indicios de la causa de su muerte, que tal vez se juzgaba, pues en ella no habia señal de vida.

Viendo los afligidos padres el cruel espectáculo triste y el tronco del brazo sin su mano, no pudiendo refrenar el dolor, cayeron como muertos junto á la sinventura hija, no menos desalentados, que ella estaba; más, volviendo luego en sí, con las mayores lástimas, que nunca se oyeron, comenzaron á lamentar su mucha desventura y lastimoso caso. Pero en medio del excesivo dolor, consideraron, ya que la vida de la hija se perdía, que también perdían la honra y no ser licito aventurarla todo junto.

Parecióles ocultar el suceso, refrenando los suspiros y gemidos. Así sosegaron la casa y, llevando á Clorinia, con los muchos beneficios que la hicieron la volvieron algo en sí. La cual, viéndose en medio de sus padres llorosos y de aquella manera, le fué otro tanto dolor y acrecentado de la vergüenza, de nuevo se amorteció.

Visto por ellos, creció su dolor de manera, que se les arrancaban las almas y, con las palabras más tiernas que podían regaladamente procuraban consolarla, diciéndole dulces amores, como padres que tanto la querían, para curarle con ellas la herida del ánimo, que era la que más ella sentía.

Con esto la afligida Clorinia se alentó algún tanto y, llorando su mal, que hasta entonces no había podido, movía las piedras á sentimiento. Luego con gran secreto trataron de curarla.

Valerio, su hermano, fué á llamar un cirujano amigo suyo, de quien podía secretamente fiarse. La noche hacía muy oscura. Llevaba una lanterna, con la cual al atravesar una calle reconoció á Dorido, que muy descuidado venía, para verse con su dama, ignorante de todo lo pasado. Comenzó á llamar con voz dolorosa y triste y, como volviese, le dijo: ¡Ay amigo verdadero!, ¿dónde vais? ¿Vais por ventura á llorar con nosotros nuestra desgracia y el trágico dolor que nos acaba las vidas? ¿Habéis visto ó sentido desventura como la nuestra y de la desdichada Clorinia? ¡Ay! que á vos, que sois amigo verdadero, no se podrá encubrir lo que á todo el mundo habemos de negar, porque sé que habemos de tener en vos compañero en nuestro duelo y que, como nosotros mismos, haréis diligencia en la venganza, procurando saber quién sea el cruel homicida de mi hermana.

Dorido quedó sin sentido de oír estas palabras y fué maravilla poderse tener en pie, según le hirieron en el corazón; pero, cobrándose algo con el deseo de entender el caso, procurando esforzarse, con voz turbada preguntó lo que había

sido. Valerio le dijo por orden lo pasado y cómo iba á llamar un cirujano. Rogóle se fuese con él, pues corría peligro con la tardanza la vida de Clorinia. Dorido lo acompañó.

Y aunque le hacía más menester ser consolado, que dar consuelo; todavía lo menos mal que pudo, dijo así: Valerio, hermano, es tanto lo que siento vuestras lástimas y de la desdichada Clorinia, que no menos que á vos pueden darme el pésame de su desdicha. De tal manera lo siento, que estoy seguro y cierto que no me hacéis ventaja; empero, viendo cuán poco el dolor aprovecha ni el llanto importa, no acudo á más que á aconsejaros en lo que se debe hacer. Y os digo que se busque el traidor, que tal maldad ha hecho, para que en él se ejecute la mayor venganza, que nunca se hizo.

Yo me encargo dello, que para esta diligencia bien creo seré bastante á salir con ella, descubriendo rastros por donde lo halle. Vos id por el cirujano, que no es bien, donde á tanto se ha de acudir, que todos asistamos á una cosa, siendo la de mi cargo tan forzosa. Cada uno haga la suya. Los con Dios, que no me basta la paciencia á detenerme punto.

Con esto se apartaron. A Dorido se le asentó en el ánimo que otro que Oracio no pudo haber sido autor de tal maldad, por muchas razones que concurrieron, que cada cual era manifiesto indicio dello. Y así determinó hacer en él un castigo, igual á lo que su justo enojo le pedia. Con esta determinación se fué á su casa y, entrado en su aposento, soltó las riendas al llanto, lamentando el áspero desastre.

¡Clorinia, le decía, de mis ojos!, bien veo el mal, que por mi te ha venido. Yo fui la causa dello. Engañóte el traidor Oracio. Pensaste que era tu querido Dorido. ¡Ay desdichada señora de mi vida! Yo te truje á este paso tan amargo, yo te he muerto, pues te inquieté de tu reposo, yo te saqué de tu recogimiento. ¡Ay maldito agujero! ¡Ay malditos ojos que te vieron! ¡Ay maldita lengua con que pedí me hablastes!

¡Amada Clorinia! ¡Clorinia, vida mía, ya no vida, sino muerte, pues con la tuya vendrá la mía! ¡Yo te hice este mal!

Mas ¡viva yo hasta que te venga y vive tú hasta que sepas la venganza en el traidor, que será tan ejemplar, como es justo, para que quede por memoria en siglos venideros! Yo prometo sacrificar á tus cenizas la impía sangre del traidor Oracio. Por una mano que te quitó, dará dos tuyas. Una cortó inocente; dos le cortaré sacrilegas. Dete el cielo tanta vida, que lo alcance y deje gozar el galardón, que por ello te debo.

Y tú, dulce Clorinia, perdona la culpa que tengo, que, si fuese tu gusto mi muerte, con mis manos te lo hubiera dado. Con estas y otras lastimosas palabras lamentaba el caso, digno de eternas lágrimas. Y bien el dolor le acabara, según le apretaba; mas ibase sustentando con el deseo de venganza y así entre muerte y vida pasó aquella noche. Luego el siguiente día los fué á visitar.

Los padres y hermano de nuevo renovaron las lágrimas, abrazando los unos á los otros. Y el padre dijo: ¿Qué desdicha tan grande, hijo Dorido, ha sido la nuestra? ¿Qué rigor de cielos, contra mí se conjuraron? ¿Qué furia infernal intentó semejante delito? ¿Qué os parece de nuestra desgracia? ¿Cómo sentis nuestra honra? ¿Qué capa cubrirá tan fea mancha? ¿Y qué venganza podrá mitigar dolor semejante? Decidnos ¿qué consuelo será el nuestro? ¿Cómo podremos vivir sin la que nos daba vida?

Dorido no pudiendo resistir las lágrimas consolando los afligidos padres y hermano, dijo: No es tiempo, señores, de gastarlo lamentando; antes debemos ocuparlo en lo que más á todos nos es importante. Y aunque para lo que quiero proponer fuera necesario no ser yo mismo, la ocasión y secreto me obligan que lo haga. Bien conocéis y habéis visto la general desdicha sucedida, tan vuestra como mía y más mía que vuestra, por sentir vuestro dolor juntamente con el mio. Y veo cortado el hilo de mi vida, que sólo espe-

ro la muerte tan amarga, cuanto creí me fuera dichosa, si la acabara primero que Clorinia.

Ya sabéis quién soy y sé yo vuestro mucho valor y calidad. Que, cuando al mío no sobrepujara, lo hiciera la singular amistad, que me hebéis tenido, poniéndome en obligación eterna. Este caso es propio mío y para que así lo entienda el mundo, lo que después por otro tercero había de suplicaros, quiero pedirlos de merced me deis á mi Clorinia por esposa y con esto hacéis dos cosas: rescatáis vuestras honras y ejecutáis con mano propia la venganza.

Si el cielo me fuere tan favorable, que le conceda vida, conmigo quedará, no como merece su calidad, mas como se debe á mi deseo de servirla; y, si otra cosa sucediere, bien es que se sepa que hizo su esposo lo que estuvo obligado y nó Dorido, amigo de sus padres. Concededme este bien, por lo bien que á todos podría resultar dello.

A los padres y hermano pareció justa y honrada petición. Agradeciéronselo mucho; mas, porque quien más en ello había de ser parte era Clorinia, quisieron tomar su parecer. La cual, cuando se lo dijeron, le salieron las lágrimas de gozo y dijo: Con sola ésta espero tener vida y, si más caro me costara, la compraba barato. Confío en Dios de vivir alegre y morir consolada y así suplico se haga, como mi esposo Dorido lo pide.

Luego lo llamaron y, viéndose juntos, en mucho rato no pudieron hablarse, con lo que las almas de los dos sentían. Y así se juraron, quedando concertado el matrimonio y hechas en él con todo secreto las diligencias que convino, entretanto que pudieran ser desposados.

En esto pasaron tres días y del contento parecía tener Clorinia alguna mejoría; mas era fingida, porque con la mucha sangre, que la había salido, poco á poco se acababa. Viendo Dorido ser imposible escapar su esposa con la vida, para que muriese de todo punto alegre y satisfecha, si tal pue-

de haber en la muerte, al cuarto día, pareciéndole tiempo conveniente á lo que tenia trazado, para el quinto convidó á Oracio, como hacia otras veces. El cual, confiado en el secreto con que cometió el delito y que ni en la ciudad ni vecindad se hablaba ni entendia palabra, paseábase muy seguro, como si tal no hubiera hecho y asi no se recelaba.

Dorido para más desvelarlo, fingió no saber alguna cosa. Mostróle el rostro alegre, la boca risueña, que, asegurado tan bien con esto, aceptó el convite. Habia hecho Dorido conficionar un vino, que daba profundo sueño siendo bebido, el cual secretamente mandó que le sirviesen á la mesa. Hizose así y, habiendo comido, con el postrer bocado se quedó en la silla como un muerto. Y luego Dorido, atándole los pies y brazos fuertemente á los de la misma silla, cerradas todas las puertas de la casa y ellos dos en ella solos, le dió á oler una poma, con que luego recordó del sueño en que estaba sepultado y, viéndose de tal modo, sin ser señor de poderse menear, conoció ser castigo de su culpa.

Dorido le cortó ambas manos y en el canto de la silla le dió garrote, con que lo dejó ahogado. Y esta madrugada lo trujo antes de amanecer delante de sí en la silla de un caballo y, poniendo un palo en el agujero donde cometió el delito, lo dejó ahorcado dél y con una cinta las dos manos atadas al cuello y por dogal un soneto:

SONETO

Yo fuí el acelerado, á quien el celo,
Viéndome de otro amante preferido,
Imitando su voz, seña y vestido,
Ciego con el enojo de un martelo,
A los hombres cruel, traidor al cielo,
A Clorinia inocente, aleve he sido:
Cansóse de mi amor y de su olvido,
Memoria eterna y lágrimas al suelo.

Una mano y la vida al ángel bello
Por venganza quité con inclemencia.
Desdeñóme y amaba otro mi amigo.
Ese me puso aquí las mías al cuello,
Fué parte, juez, testigo y su sentencia
Según mi culpa, aun es poco castigo.

Con esto se ausentó de Roma, pareciéndole que sin su Clorinia, patria ni vida pudieran consolarlo. Hoy, que amaneció este espectáculo, ha fallecido Clorinia y en este punto acaba de espirar.

Al embajador causó gran lástima y admiración el caso. Era hora de ir á palacio y despidiéronse. Yo di mil gracias á Dios, que no me hizo enamorado; pero, si no jugué los dados, hice otros peores baratos, como verás en la segunda parte de mi vida, para donde, si la primera te dió gusto, te convidó.

FIN

T A B L A

DE LO CONTENIDO EN ESTE LIBRO

	Folios.
LIBRO PRIMERO	
CAPITULO I.—En que Guzmán de Alfarache cuenta quién fué su padre.	33
CAP. II.—En que Guzmán de Alfarache prosigue contando quiénes fueron sus padres y principio de conocimiento y amores de su madre.	49
CAP. III.—Cómo Guzmán salió de su casa un viernes por la tarde y lo que le sucedió en una venta.	67
CAP. IV.—En que Guzmán refiere lo que un arriero le contó que le había pasado á la ventera de donde había salido aquel día y una plática que le hicieron.	77
CAP. V.—De lo que á Guzmán de Alfarache le aconteció en Cantillana con un mesonero.	89
CAP. VI.—En que Guzmán de Alfarache acaba de contar lo que le sucedió con el mesonero.	97
CAP. VII.—Cómo creyendo ser ladrón Guzmán fué preso y habiéndolo conocido lo soltaron. Prometenle contar una historia, para entretenimiento del camino.	103
CAP. VIII.—En que Guzmán de Alfarache refiere la historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja, segun se la contaron.	113
LIBRO SEGUNDO	
CAPITULO I.—Cómo Guzmán de Alfarache, saliendo de Cazalla la vuelta de Madrid, en el camino sirvió á un ventero .	163
CAP. II.—Cómo Guzmán de Alfarache, dexando al ventero se fué á Madrid y llegó hecho picaro.	173

CAP. III.—En que Guzmán de Alfarache prosigue contra las vanas honras. Declara una consideración que hizo de cual debe ser el hombre con la dignidad que tiene.....	179
CAP. IV.—En que Guzmán de Alfarache refiere un soliloquio que hizo y prosigue contra las vanidades de la honra.....	187
CAP. V.—Cómo Guzmán de Alfarache sirvió á un cocinero...	195
CAP. VI.—En que Guzmán de Alfarache prosigue lo que le pasó con su amo el cocinero hasta salir despedido dél.	209
CAP. VII.—Cómo despedido Guzmán de su amo volvió á ser picaro y de un hurto que hizo á un especiero	219
CAP. VIII.—Como Guzmán de Alfarache, vistiéndose muy galán en Toledo, trató amores con unas damas. Cuenta lo que pasó con ellas y las burlas que le hicieron y después en Malagón.....	231
CAP. IX.—Cómo Guzmán de Alfarache, llegando á Almagro, asentó por soldado de una compañía. Refiérese de dónde tuvo la mala voz: En Malagón en cada casa un ladrón y en la del alcalde hijo y padre.....	243
CAP. X.—De lo que Guzmán de Alfarache le sucedió sirviendo al capitán hasta llegar á Italia.....	253

LIBRO TERCERO

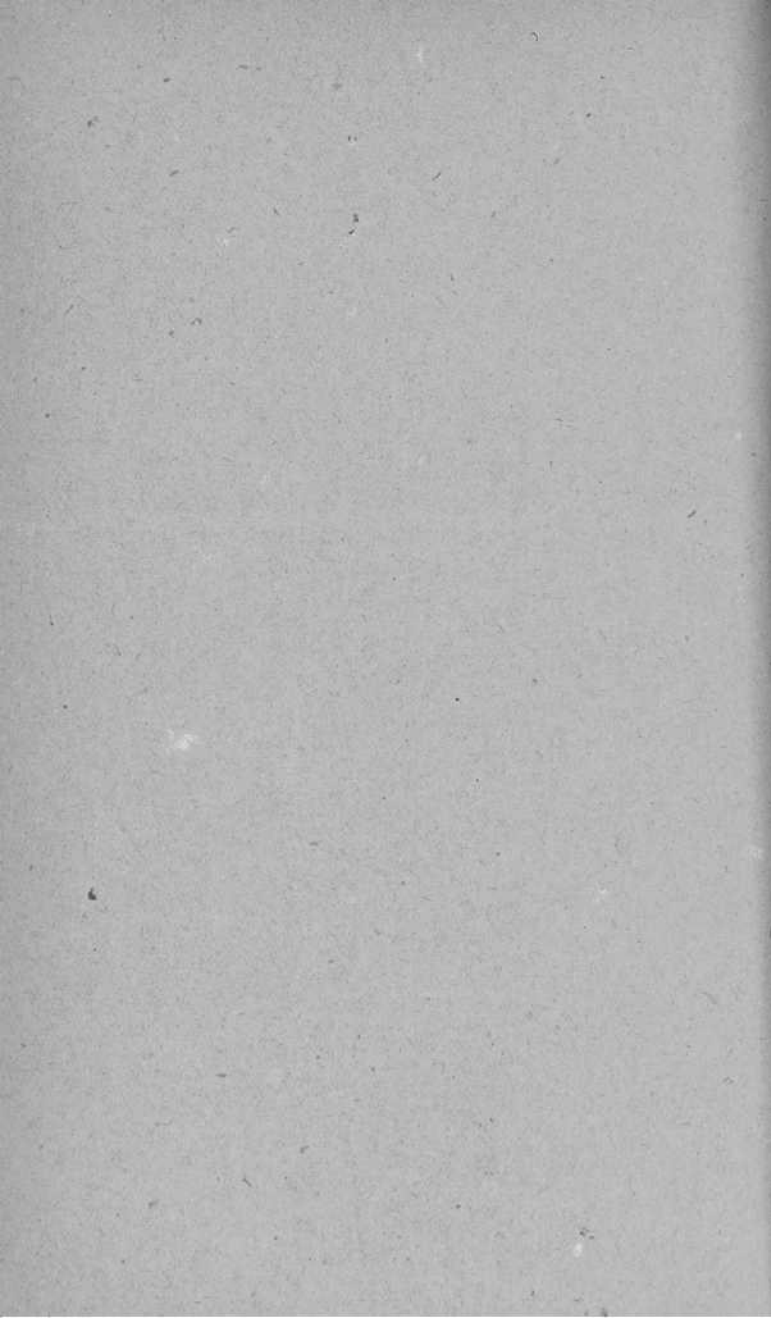
CAPITULO. I.—Cómo no hallando Guzmán de Alfarache los parientes que buscaba en Génova, se fué á Roma y la burla que antes de partirse le hicieron.....	265
CAP. II.—Cómo saliendo de Génova, Guzmán de Alfarache comenzó á mendigar y, juntándose con otros pobres, aprendió sus estatutos y leyes.....	273
CAP. III.—Cómo Guzmán de Alfarache fué reprehendido de un pobre jurisperito y lo que más le pasó mendigando.	281
CAP. IV.—En que Guzmán de Alfarache cuenta lo que le sucedió con un caballero y las libertades de los pobres.....	289
CAP. V.—En que Guzmán de Alfarache cuenta lo que le aconteció en su tiempo con un mendigo, que falleció en Florencia	297

Folios.

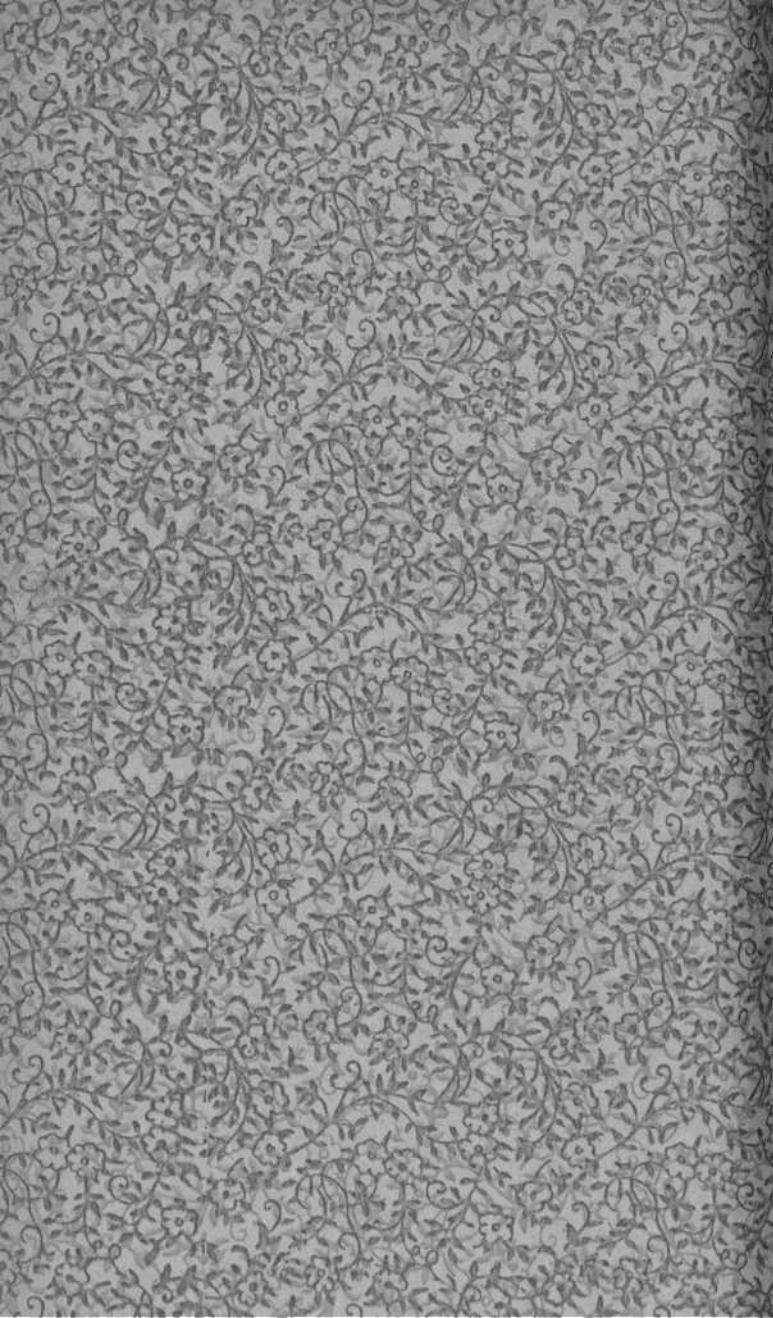
CAP. VI.—Cómo vuelto á Roma Guzmán de Alfarache, un cardenal, compadecido dél, mandó que fuese curado en su casa y cama	307
CAP. VII.—Cómo Guzmanillo sirvió de paje á Monseñor Ilustrísimo Cardenal y lo que le sucedió.	317
CAP. VIII.—Cómo Guzmán de Alfarache vengó una burla que el secretario hizo al camarero á quien servía y el ardid que tuvo para hurtar un barril de conserva.	331
CAP. IX.—De otro hurto de conservas, que hizo Guzmán de Alfarache á Monseñor y cómo por el juego él mismo se fué de su casa	341
CAP. X.—Cómo despedido Guzmán de Alfarache de la casa del Cardenal asentó con el embajador de Francia, donde hizo algunas burlas. Refiere una historia que oyó á un gentil-hombre napolitano, con que da fin á la Primera Parte de su vida.	351

FIN DE LA TABLA

*Acabóse esta reimpresión de
la edición de Coimbra
del año MDC, en
la imprenta "Re-
nacimiento,, el
día 15 de Fe-
brero del año
MCMXIII*







Biblioteca Pública de Soria



71353342 DR 9273



ALEMAN
—
GUZMAN
DE ALFARACHE

I

DR
9273